
Nadie
reclama
a los
ahogados
Lonly Violet

Nadie reclama a los ahogados

Capítulo 1 — El domingo de Irene

Daniel Salcedo llegó nueve minutos tarde al domingo de su hija y, durante los primeros ocho, todavía creyó que podía arreglarlo con una sonrisa.

Clara abrió la puerta antes de que él llamara al timbre. No dijo nada. Solo miró el reloj de la entrada, ese reloj absurdo con marco de madera clara que Daniel había comprado cuando aún vivían juntos y todavía existía la clase de futuro que se compraba en tiendas de decoración.

Esa mirada fue peor que un insulto.

Los insultos permitían defenderse. El silencio, no.

—Había tráfico —dijo Daniel.

Clara lo miró como si él hubiera elegido una mentira de saldo en una tienda cara.

—Es domingo.

—En Madrid siempre hay tráfico.

—Llegas tarde una vez al mes, Daniel.

Él abrió la boca para responder, pero vio a Irene detrás de su madre y decidió tragarse la frase. Había aprendido, demasiado tarde y por el camino más caro, que algunas discusiones solo servían para confirmar lo que la otra persona ya sabía de ti.

Irene llevaba una chaqueta vaquera demasiado fina para aquel febrero gris y una mochila pequeña colgada de un hombro. Tenía doce años, aunque en los últimos meses Daniel había empezado a verla mayor de una forma que le incomodaba. No más alta, no más seria, no más hecha. Mayor en el sentido triste. Como si algunas decepciones le hubieran enseñado a esperar sin poner demasiada ilusión encima de la mesa.

—Hola, papá.

Daniel sonrió con una alegría inmediata, casi profesional.

—Hola, princesa.

Lo dijo como siempre. Como si la palabra aún le perteneciera. Como si no estuviera gastada de tanto usarla para tapar ausencias.

Irene se acercó y él la abrazó. Notó que el abrazo duraba menos que antes. O quizá él lo imaginó. Últimamente imaginaba muchas cosas, casi todas contra sí mismo. Ella olía a champú de manzana y a casa limpia. Daniel olía a tabaco frío, a colonia barata aplicada con demasiada fe y a la humedad de la habitación donde vivía desde hacía ocho meses.

—¿Nos vamos? —preguntó él.

Irene miró a Clara, esperando permiso o quizá solo confirmación de que no estaba traicionando a nadie por querer irse con su padre.

Clara asintió.

—A las siete aquí.

—Claro —dijo Daniel.

Clara no apartó los ojos de él.

—A las siete, Daniel.

Él forzó una risa pequeña.

—He dicho claro.

—Lo sé. También lo dijiste el mes pasado.

Irene bajó la mirada hacia sus zapatillas.

Daniel sintió el impulso de decir algo elegante, algo que rebajara el golpe, algo con ese tono suyo de hombre razonable que siempre había sabido encontrar una frase a tiempo. Durante años había vivido de eso: de vender calma, seguros, condiciones revisables, pólizas que nadie leía y promesas con letra pequeña. Había hecho de la voz templada una profesión. De la sonrisa, una herramienta. De la confianza ajena, una puerta abierta.

Pero delante de Clara ya no funcionaba.

Clara había comprado todas sus versiones y las había devuelto una por una, defectuosas.

—A las siete —repitió él, esta vez sin adornos.

Irene salió al rellano. Clara le colocó bien el cuello de la chaqueta con un gesto automático, de madre cansada y precisa. Luego miró a Daniel una última vez.

—Tiene que merendar algo. Y no la tengas con el móvil todo el día.

—No soy un criminal.

Clara no contestó.

Ese fue el problema.

Daniel bajó las escaleras con Irene a su lado. No usaron el ascensor. Clara vivía en un tercero sin demasiada luz, en un edificio de Arganzuela donde los vecinos se saludaban con esa cortesía seca de quienes comparten paredes, tuberías y pequeñas derrotas. Daniel había odiado ese piso cuando se mudaron allí. Le parecía estrecho, mal distribuido, provisional. Después, cuando lo perdió, empezó a recordarlo como si hubiera sido una casa decente. La memoria era una estafadora más, y al menos esa no cobraba intereses.

En la calle, Madrid tenía color de plato sin lavar. Un cielo bajo, coches aparcados en doble fila, motos atadas a farolas, un perro temblando delante de una panadería y gente caminando deprisa hacia ninguna parte importante.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Daniel.

Irene se encogió de hombros.

—No sé.

—Venga, algo querrás hacer.

—Lo que quieras tú.

A Daniel le dolió más de lo razonable. Antes Irene pedía cosas con una naturalidad feroz: cine, helado, una tienda de cómics, el parque, patatas fritas, cualquier tontería que convertía el domingo en una pequeña negociación feliz. Ahora respondía como alguien que no quería ponerlo en aprietos.

Doce años y ya sabía no pedir demasiado.

Una educación magnífica, pensó Daniel. De esas que los padres destrozados ofrecen sin querer. Formación integral en decepción temprana.

—Podemos ir a Madrid Río —dijo él—. Caminamos un poco, comemos algo, luego vemos una tienda. ¿Te parece?

—Vale.

—¿Solo vale?

Irene lo miró de reojo.

—Vale está bien.

—Antes decías “supervale”.

—Antes tenía nueve años.

Daniel soltó una carcajada breve, auténtica. Irene también sonrió, apenas, pero sonrió. Él se agarró a esa sonrisa como un náufrago a una tabla ridícula, de esas que en las películas siempre flotan lo suficiente porque el guionista tiene piedad.

Fueron andando hacia Madrid Río. Daniel había pensado en coger el metro, pero tenía nueve euros con setenta en la cartera y no quería gastar antes de saber si la tarjeta seguía aguantando. Técnicamente tenía dinero en una cuenta, pero no sabía cuánto duraría. Técnicamente tenía una tarjeta de crédito, pero la palabra crédito ya le parecía una forma educada de decir soga. Técnicamente, muchas cosas seguían existiendo. Técnicamente, él también.

—¿Qué tal el instituto? —preguntó.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Normal.

—Bien y normal. Gran informe. Casi necesito una carpeta.

Irene volvió a sonreír.

—Lengua mal.

—¿Mal de suspender o mal de profesora pesada?

—Mal de que la profesora cree que todos queremos escribir redacciones sobre nuestras vacaciones.

Daniel notó un pinchazo en el pecho.

—Bueno, las vacaciones son un tema clásico.

—Sí, para la gente que va de vacaciones.

No lo dijo con crueldad. Ese era el problema. Irene no intentaba herirlo. Simplemente había contestado con la precisión involuntaria de los niños cuando todavía no saben que la verdad debería llevar funda.

Daniel miró hacia el río artificial, hacia los árboles desnudos, hacia un grupo de corredores vestidos como si estuvieran entrenando para sobrevivir al fin de la civilización con mallas caras.

—Podríamos hacer un viaje algún día —dijo.

Irene no respondió enseguida.

—¿A dónde?

—No sé. A la playa. Al norte. A Lisboa. Donde quieras.

—Mamá dice que primero tienes que ordenar cosas.

Clara estaba en todas partes. En las frases de Irene, en las normas, en los horarios, en el silencio de la puerta. Daniel sintió la vieja irritación subirle por la garganta, esa rabia infantil de quien sabe que el otro tiene razón y aun así se ofende por la forma en que se la recuerda.

—Tu madre tiene razón —dijo, y le sorprendió que la frase saliera limpia.

Irene lo miró.

—¿Sí?

—Sí.

—Casi nunca dices eso.

—Estoy madurando.

—Tienes cuarenta y dos.

—Nunca es tarde para empezar a fingir evolución personal.

Irene se rio. Esta vez de verdad. Daniel sintió algo parecido a la felicidad, pero más pequeño, más peligroso, como una cerilla encendida en una habitación con una fuga de gas.

Caminaron junto al río. Él le preguntó por sus amigas, por una excursión, por un trabajo de ciencias. Irene fue respondiendo de forma irregular. A veces hablaba con entusiasmo; otras, como si recordara de pronto que no debía acostumbrarse demasiado a conversar con él. Daniel intentó no mirar el móvil, pero el aparato vibraba en el bolsillo con una insistencia casi animal.

Sabía quién podía ser.

Un número desconocido. Un recobro. Una financiera. Un mensaje de advertencia. Una app recordándole que la deuda no dormía, que la deuda no respetaba domingos con hijas, que la deuda tenía mejores hábitos que él.

No lo sacó.

Durante una hora quiso ser padre sin notificaciones.

No era mucho, pero era algo.

Entraron en un centro comercial porque empezó a lloviznar y porque Irene dijo que tenía frío. Daniel la llevó a una hamburguesería de cadena en la planta superior, un sitio con luces

demasiado blancas, mesas pegajosas y familias que parecían vivir en un anuncio de detergente con presupuesto limitado.

—Pide lo que quieras —dijo Daniel.

Irene miró el menú.

—No tengo mucha hambre.

—Has oído a tu madre. Tienes que merendar algo. Y yo, por una vez en mi vida, voy a obedecer instrucciones.

—Eso sí que es nuevo.

—No abuses. Estoy en fase beta.

Irene pidió una hamburguesa pequeña, patatas y agua. Daniel pidió café. Le habría gustado pedir comida también, pero no tenía hambre o, mejor dicho, tenía esa clase de hambre nerviosa que no se cura comiendo. Mientras Irene esperaba el pedido, él sacó el móvil por debajo de la mesa.

Cinco llamadas perdidas.

Dos mensajes.

Uno de ellos decía:

"Daniel, última oportunidad antes de iniciar procedimiento. Llame hoy."

El otro, más breve, parecía escrito por alguien que había renunciado a la gramática porque la amenaza ya hacía todo el trabajo:

"Sabemos que has cobrado. No nos obligues."

Daniel bloqueó la pantalla.

—¿Todo bien? —preguntó Irene.

—Sí.

—Has puesto cara rara.

—Es mi cara. Ha venido así de fábrica.

Ella lo miró con una mezcla de diversión y desconfianza. Daniel guardó el móvil.

Cuando llamaron su número, él fue a buscar la bandeja. Se la llevó a Irene con un gesto exageradamente solemne.

—Su banquete, señorita.

—Gracias, camarero endeudado.

La frase salió de la boca de Irene como una broma inocente. Daniel se quedó un segundo inmóvil, con la bandeja todavía en las

manos.

Irene se dio cuenta.

—Era broma.

—Ya lo sé.

—Mamá no me ha dicho nada.

—No he dicho que te haya dicho nada.

—Pero has puesto cara de que sí.

Daniel dejó la bandeja sobre la mesa.

—Estoy cansado, Irene.

Era una frase segura. Nadie podía discutirle el cansancio a un hombre con ojeras. El cansancio era la coartada universal de los adultos. Servía para no explicar la tristeza, la deuda, la adicción, el miedo y esa sensación constante de estar viviendo con una puerta cerrándose despacio detrás de uno.

Irene comió dos patatas.

—Mamá dice que trabajas mucho.

Daniel casi sonrió.

Clara seguía protegiéndolo en algunos lugares. Incluso después de todo. Incluso después de las mentiras, las llamadas, los préstamos, las noches sin volver, los recibos devueltos, la vergüenza. Clara todavía no había dicho a Irene la palabra exacta.

Ludópata.

La palabra era fea. Sonaba a diagnóstico y a insulto, a sala de espera y a persiana bajada. Daniel prefería "problemas con el juego", como si el juego y él hubieran tenido una mala relación de pareja, diferencias irreconciliables, incompatibilidad de caracteres. Pero la palabra verdadera estaba ahí, esperándolo con paciencia.

—Trabajo lo que puedo —dijo.

—¿Y por eso no puedes venir más?

Daniel miró su café. El camarero había dibujado una espuma triste que ya se deshacía.

—A veces es complicado.

—Todo es complicado.

—Cuando seas mayor verás que sí.

—No quiero que todo sea complicado.

Daniel levantó la vista.

Irene no lo decía como reproche. Lo decía como quien expresa una preferencia razonable: no quiero brócoli, no quiero lluvia, no quiero que la vida sea una cosa difícil que convierte a mi padre en alguien que siempre llega tarde.

—Yo tampoco —dijo él.

La vio comer en silencio. Tenía las manos de Clara, finas y nerviosas, pero los ojos eran suyos. Eso le provocaba una mezcla de orgullo y terror. Había algo cruel en dejarle a una hija los ojos de un hombre que no sabía mirar su propia vida sin apartarse.

Después de comer, entraron en una tienda de libros y regalos. Daniel pensó que podía comprarle algo pequeño. Un cuaderno, quizá. Irene siempre había tenido una debilidad por los cuadernos bonitos, aunque luego escribiera tres páginas y los abandonara como si fueran proyectos familiares.

—Elige uno —dijo.

—No hace falta.

—Quiero comprártelo.

—Papá.

—No me quites el placer burgués de comprar papelería.

Irene tocó varios cuadernos. Eligió uno azul oscuro, con una luna dorada en la portada. Costaba doce euros con noventa. Daniel vio la etiqueta y sintió un pequeño descenso interno, como si un ascensor se hubiera soltado un piso dentro de él.

Doce noventa.

Era ridículo. Había perdido quinientos euros en veinte minutos una madrugada de miércoles y ahora doce noventa le parecían una montaña. La economía de la ruina tenía ese sentido del humor: no te hacía pobre de golpe, te convertía en alguien que temía objetos pequeños.

Fueron a caja.

La dependienta pasó el cuaderno por el lector.

—Doce con noventa.

Daniel sacó la tarjeta de crédito. La buena, pensó. La última que todavía respiraba.

La acercó al datáfono.

Pitido.

La pantalla mostró un mensaje breve.

Operación denegada.

La dependienta no cambió la expresión. Las dependientas de Madrid habían visto tarjetas rechazadas, rupturas, niños vomitando, adultos gritando y hombres buscando regalos de último minuto con culpa en los bolsillos. Una tarjeta más no merecía juicio visible.

Irene sí lo vio.

Daniel notó que la niña bajaba la mirada hacia el cuaderno.

—Perdón —dijo él, demasiado rápido—. Esta tarjeta está dando problemas estos días.

Sacó otra.

Sabía que era peor.

La pasó.

Operación denegada.

El pitido pareció más alto la segunda vez, aunque seguramente fue solo su sangre intentando escapar del cuerpo por los oídos.

—Puede ser la conexión —dijo la dependienta con amabilidad profesional.

Daniel habría querido besarla por aquella mentira piadosa.

—Sí, seguro. Últimamente pasa mucho.

Sacó la cartera. Nueve euros con setenta. Una moneda de dos. Varias de veinte céntimos. Un billete de cinco doblado como si también estuviera avergonzado.

—Déjalo —dijo Irene.

—No.

—De verdad, no pasa nada.

Esa frase lo destruyó.

No pasa nada.

Los niños solo dicen "no pasa nada" cuando ya ha pasado algo y han aprendido que nombrarlo empeora la escena.

Daniel reunió las monedas. No llegaba.

—Mira, vamos a hacer una cosa —dijo con una sonrisa que le dolía en la cara—. Lo compramos por internet, que seguro está más barato. Aquí te cobran el alquiler del centro comercial, la iluminación y la dignidad del cliente.

Irene asintió.

—Vale.

La dependienta retiró el cuaderno con discreción.

—Se lo puedo guardar hasta mañana si quiere.

Daniel tuvo que hacer un esfuerzo para no odiarla por ser amable.

—No hace falta. Gracias.

Salieron de la tienda.

Durante varios metros ninguno dijo nada. El centro comercial seguía funcionando con su música ambiental, sus familias, sus bolsas, sus escaleras mecánicas llevando personas de una planta a otra como si el consumo fuera una religión con liturgia vertical.

Daniel caminaba deprisa. Irene tuvo que acelerar un poco para seguirlo.

—Papá.

Él se detuvo.

—Perdona.

—No pasa nada.

Otra vez.

Daniel se agachó un poco para quedar a su altura, aunque Irene ya no era tan baja y el gesto empezó a parecer teatral.

—Escúchame. Es un problema del banco. Me han bloqueado la tarjeta por seguridad. A veces pasa cuando detectan movimientos raros.

Irene lo miró.

Durante un segundo Daniel vio en los ojos de su hija la misma expresión de Clara. No todavía la dureza, no todavía el cansancio entero, pero sí el principio. La primera semilla. La pequeña oficina interna donde una hija empieza a archivar pruebas contra su padre.

—Vale —dijo Irene.

No le creyó.

O peor: eligió hacer como que sí.

Daniel habría preferido una acusación. Una rabieta. Un "mentiroso" infantil y furioso. Algo que le permitiera sentirse víctima, reaccionar, prometer, abrazarla. Pero Irene le regaló silencio, y el silencio lo dejó sin teatro.

Salieron de nuevo a la calle. La lluvia había parado. Madrid olía a asfalto húmedo, gasolina y pan reciente de alguna cafetería cercana. Daniel miró la hora. Las seis y cuarto.

Quedaban cuarenta y cinco minutos.

Cuarenta y cinco minutos para ser padre.

Luego volvería a ser expediente, deudor, número de teléfono bloqueado, hombre solo en una habitación de alquiler con una persiana rota y una bolsa de ropa limpia que nunca terminaba de guardar.

—¿Quieres un chocolate caliente? —preguntó.

Irene negó con la cabeza.

—Estoy llena.

Mentía. Había comido media hamburguesa y algunas patatas. Pero Daniel aceptó la mentira. Las familias rotas sobrevivían intercambiando mentiras pequeñas, como soldados cambiando cigarrillos en una guerra que nadie declaraba.

Caminaron de vuelta. Irene le habló de una compañera que quería cambiarse de clase, de una profesora que olía a chicle de menta, de un chico que siempre decía "literal" aunque nada de lo que contaba fuera literal. Daniel escuchó con atención exagerada. Quiso memorizarlo todo. Quiso merecer aquella conversación.

A las siete menos cinco llegaron al portal de Clara.

Daniel se sintió orgulloso de la puntualidad con la miseria de quien celebra no haber provocado otro incendio.

Irene no llamó enseguida al telefonillo.

—Papá.

—Dime.

—¿El mes que viene vas a venir?

Daniel miró hacia el portal. Vio su reflejo en el cristal: el pelo un poco revuelto, la barba mal afeitada, la chaqueta demasiado ligera, los ojos de alguien que seguía actuando incluso cuando no había público suficiente.

—Claro.

Irene sostuvo la mirada.

—Seguro.

No era una pregunta exactamente. Era una cuerda tendida sobre un agujero.

Daniel podría haber dicho la verdad. Podría haber dicho no lo sé, estoy mal, necesito ayuda, he vuelto a perder dinero, tengo miedo, tu padre es un desastre con zapatos. Podría haberle dado a su hija, por una vez, una frase limpia.

Pero la verdad tenía la mala costumbre de exigir otra verdad después.

—Seguro —dijo.

Irene asintió.

—Vale.

Él le apartó un mechón de la frente.

—El mes que viene hacemos algo mejor.

La frase salió sola, como una moneda falsa de una máquina vieja.

Irene sonrió con educación.

Daniel deseó que no hubiera sonreído.

Clara abrió desde arriba y el portal emitió un zumbido largo. Irene empujó la puerta.

—Adiós, papá.

—Adiós, princesa.

Ella entró. Antes de que la puerta se cerrara, Daniel la vio subir los primeros escalones. No miró atrás.

Quizá porque ya era mayor.

Quizá porque estaba aprendiendo.

Quizá porque a veces los hijos dejan de mirar atrás antes que los padres, no por falta de amor, sino por instinto de supervivencia.

Daniel se quedó unos segundos frente al portal. Luego sacó el móvil.

Tenía nueve llamadas perdidas.

Tres mensajes nuevos.

Uno de Clara:

"Ha llegado bien. Gracias por traerla puntual."

La frase parecía amable. En realidad era un recibo. Clara todavía sabía escribirle como si le estuviera dejando constancia de algo ante un juez invisible.

Otro mensaje era de un número desconocido:

"Último aviso. Mañana antes de las 14:00."

El tercero era de una aplicación financiera que Daniel había instalado dos semanas antes y luego había borrado sin borrar del todo, porque nada desaparecía de verdad, ni siquiera las apps miserables.

"Tu solicitud sigue preaprobada. Dinero disponible en minutos."

Daniel apagó la pantalla.

Caminó sin rumbo durante diez minutos. Luego entró en un bar estrecho cerca de Delicias, pidió una caña que no debería pagar y se sentó en una mesa del fondo. El camarero le sirvió sin mirarlo. En la televisión hablaban de fútbol. Dos hombres discutían sobre un penalti con la pasión moral que el país reservaba para las cosas verdaderamente importantes.

Daniel encendió el móvil otra vez.

Abrió la aplicación.

La pantalla le pidió confirmar datos.

Nombre: Daniel Salcedo.

DNI.

Cuenta bancaria.

Importe solicitado.

Sus dedos se movieron con una calma obscena. La misma calma con la que había firmado pólizas, solicitudes, refinanciaciones, aplazamientos. La calma profesional de los hombres que saben que el papel puede convertir una desgracia en trámite.

Durante unos segundos pensó en Clara. En Irene. En el cuaderno azul con la luna dorada. En la frase "el mes que viene hacemos algo mejor".

Después pensó en pagar una parte. En ganar tiempo. En ordenar algo. En llamar a alguien. En pedir ayuda de verdad, esa humillación tan poco elegante.

La aplicación mostró una última pantalla.

Aceptar.

Daniel apoyó el pulgar.

Confirmado.

El bar siguió igual. La televisión siguió igual. Madrid siguió igual. Nadie levantó la cabeza. Ningún trueno sonó sobre Delicias para

señalar el instante exacto en que un hombre volvía a cavar hacia abajo creyendo que había encontrado una salida.

Minutos después, recibió la notificación.

Dinero ingresado.

Daniel miró la cifra como quien mira una puerta.

Por primera vez en semanas no pensó en pagar.

Pensó en irse.

Y, casi al mismo tiempo, con una claridad que le dio miedo, pensó en morir lejos.

Capítulo 2 — Clara ya no gritaba

Daniel despertó a las nueve y trece con la boca seca, la ropa puesta y una sensación absurda de haber hecho algo importante.

Durante unos segundos no recordó qué.

La habitación seguía igual: una cama estrecha, una silla con ropa doblada a medias, una persiana que no bajaba del todo, una mesa pequeña donde convivían un vaso con agua vieja, dos cartas sin abrir y una caja de ibuprofeno comprada con la esperanza ridícula de que el dolor físico pudiera encargarse también del resto. En una esquina, una maleta negra permanecía de pie desde hacía meses. Daniel nunca la deshacía del todo. Decía que era por comodidad. La verdad, como casi siempre, era menos práctica y más vergonzosa: no había conseguido convencer a su vida de que aquella habitación fuera un lugar definitivo.

El móvil estaba en el suelo, junto a la cama.

Lo recogió.

La pantalla se encendió con una violencia blanca que le obligó a cerrar un ojo.

Notificación bancaria.

Dinero ingresado.

Entonces recordó.

El préstamo.

La caña en Delicias.

La aplicación.

El pulgar aceptando.

Y, después, aquella idea final, limpia y terrible, apareciendo en su cabeza como si siempre hubiera estado allí esperando un hueco.

Morir lejos.

Daniel se incorporó despacio. Le dolía la espalda. No había bebido lo suficiente para tener resaca, pero su cuerpo ya no distinguía bien entre alcohol, miedo y cansancio. Todo terminaba dejando el mismo sabor a metal en la boca.

Abrió la aplicación del banco.

La cifra seguía ahí.

Durante un instante sintió alivio. No felicidad. No esperanza. Alivio. Esa forma menor y cobarde de la felicidad que consiste en que el verdugo se retrase unos días.

Luego vio el saldo real, las retenciones, los recibos pendientes, el descubierto en otra cuenta, la tarjeta al límite, las cuotas atrasadas. El dinero nuevo no arreglaba nada. Solo iluminaba mejor el tamaño del agujero.

Daniel dejó el móvil sobre la cama.

Había una época en la que recibir dinero significaba hacer planes. Ahora significaba elegir qué incendio no apagar.

Se levantó y abrió la ventana. Entró un aire frío con olor a gasóleo, humedad y pan tostado de algún bar de la calle. Vivía en una habitación alquilada cerca de Delicias, en un piso compartido con dos hombres a los que apenas conocía. Uno trabajaba de noche y dejaba platos con arroz seco en el fregadero. El otro estudiaba oposiciones y hablaba por teléfono con su madre cada tarde como si le estuviera narrando una guerra silenciosa. Daniel los había oído discutir una vez sobre quién había usado la sartén grande. Le pareció una discusión envidiable. La gente con problemas pequeños siempre tenía una energía admirable para defenderlos.

El móvil vibró.

Clara.

No era una llamada. Clara ya casi nunca llamaba. Las llamadas exigían respiración, pausas, tonos. Los mensajes permitían dejar constancia. Clara había aprendido a comunicarse con Daniel como si cada frase pudiera acabar algún día impresa en un expediente.

“Irene me ha preguntado por el cuaderno.”

Daniel cerró los ojos.

El cuaderno azul.

La luna dorada.

Doce euros con noventa.

Un precio ridículo para una humillación tan bien terminada.

Escribió:

“Se lo compro esta semana.”

Antes de enviar, borró.

Volvió a escribir:

“Ayer hubo un problema con la tarjeta. Se lo compraré.”

Borró también.

La verdad tenía muchas versiones previas, todas cobardes.

Finalmente escribió:

“Sí. Lo siento. Se lo llevaré cuando pueda.”

Envió.

La respuesta llegó casi enseguida.

“No le prometas cosas que no sabes si vas a cumplir.”

Daniel leyó la frase dos veces. Luego una tercera, buscando en ella alguna injusticia a la que agarrarse. No encontró ninguna. Eso lo molestó más.

Escribió:

“No hace falta que aproveches todo para atacarme.”

No lo envió.

Escribió:

“Solo era un cuaderno.”

Tampoco lo envió.

Miró la habitación, las cartas, la maleta, la chaqueta tirada sobre la silla. Todo parecía estar esperando que eligiera una mentira.

Envió:

“Tienes razón.”

El mensaje quedó allí, breve, humillante, casi adulto.

Clara tardó más en responder.

“Lo sé.”

Daniel soltó una risa sin alegría.

Clara siempre había tenido talento para las frases cortas cuando ya no necesitaba ganar una discusión. Al principio de su matrimonio discutía mucho. Gritaba incluso. Lloraba. Pedía explicaciones. Se sentaba en la cocina de madrugada con una taza intacta delante y le exigía a Daniel que la mirara mientras hablaban de dinero, de mentiras, de llamadas extrañas, de recibos que desaparecían del buzón antes de que ella los viera.

Entonces Daniel aún podía moverse.

Girar la culpa.

Prometer.

Decir que era temporal.

Decir que estaba controlado.

Decir que ella no entendía la presión.

Decir que él lo arreglaría.

La primera vez que Clara dejó de gritar, Daniel pensó que había ganado.

Recordarlo ahora le daba una vergüenza casi física.

Clara dejó de gritar la noche en que encontró el extracto de una tarjeta que él había jurado cancelar seis meses antes. No dijo nada. Puso el papel sobre la mesa, se sirvió agua y bebió medio vaso despacio. Daniel preparó su defensa como quien prepara una presentación: error bancario, cargo duplicado, una apuesta pequeña para recuperar liquidez, una promoción, un ingreso pendiente. Tenía frases para todo. Siempre las tenía. Su cabeza funcionaba de maravilla en los incendios que él mismo provocaba.

Pero Clara no le pidió explicaciones.

Solo dijo:

—Mañana voy a llamar a mi hermana.

—¿Para qué?

—Para que Irene y yo durmamos allí unos días.

Daniel recordó su propia voz, demasiado alta:

—No exageres.

Y recordó la mirada de Clara. No furiosa. No rota. Peor. Una mirada ya organizada.

—No estoy exagerando —dijo ella—. Estoy haciendo inventario.

Aquella palabra lo asustó más que cualquier insulto.

Inventario.

Como si el matrimonio ya no fuera una herida sino una caja con objetos que separar.

Desde entonces Clara fue apagándose de una forma metódica. Dejó de revisar sus bolsillos. Dejó de preguntarle por llamadas. Dejó de esperarlo despierta. Dejó de creer en recaídas aisladas y empezó a hablar de patrones. Daniel odiaba esa palabra. Patrón. Sonaba a cosa de psicóloga, a gráfico, a condena con terminología limpia.

Lo peor fue que tenía razón.

El móvil vibró de nuevo.

"Voy a comprarle yo el cuaderno."

Daniel escribió rápido, antes de pensar:

"No. Lo compro yo."

Esta vez Clara llamó.

Daniel miró la pantalla como si el nombre fuera una amenaza.

Contestó.

—Buenos días —dijo él.

—No conviertas un cuaderno en otra promesa.

La voz de Clara sonaba clara, sin sueño, sin ira. Daniel la imaginó en la cocina del piso de Arganzuela, de pie junto a la encimera, con el pelo recogido de cualquier manera y esa bata gris que nunca habría elegido para una vida feliz, pero que ya formaba parte del paisaje doméstico de Irene.

—Quiero comprárselo yo —dijo Daniel.

—Lo querías comprar ayer.

—Tuve un problema con la tarjeta.

—Daniel.

Solo dijo su nombre.

Él apretó la mandíbula.

—Fue un problema con la tarjeta.

—No me interesa cómo lo llames.

—¿Entonces para qué llamas?

Hubo un silencio breve al otro lado. Daniel supo que Clara estaba decidiendo si colgar. Clara ya no amenazaba con colgar. Colgaba. También eso lo había aprendido.

—Llamo porque Irene me preguntó si de verdad se lo vas a traer el mes que viene.

Daniel cerró los ojos.

—Se lo llevaré.

—No lo entiendes.

—Sí lo entiendo.

—No. Tú crees que esto va de un cuaderno.

Daniel caminó hasta la ventana. En la acera de enfrente, una mujer tiraba de un niño que no quería ir al colegio. El niño arrastraba los pies con una resistencia solemne. Daniel pensó que la infancia estaba llena de pequeñas tragedias que luego uno extrañaba por puro desconocimiento de lo que venía después.

—¿De qué va, Clara?

—Va de que no puedes seguir dejándole migas a Irene y esperar que las confunda con una casa.

Daniel no respondió.

La frase se quedó entre ellos, demasiado exacta para discutirla.

—Ayer volvió seria —dijo Clara—. Dijo que no pasaba nada. ¿Sabes cuántas veces me dice últimamente que no pasa nada?

Daniel apoyó la frente en el cristal frío.

—No quería que se sintiera mal.

—Pues deja de ponerla en situaciones donde tenga que protegerte.

—No me protege.

Clara respiró hondo.

—Claro que te protege. Tiene doce años y ya mide tus mentiras para que no te derrumbes delante de ella.

Daniel sintió rabia. Una rabia inmediata, defensiva, casi cómoda. La rabia era más fácil que la culpa. La rabia le daba bordes. La culpa lo volvía líquido.

—No soy el monstruo que crees.

—Nunca he dicho que seas un monstruo.

—Lo dices de otras formas.

—No, Daniel. Ese es el problema. Si fueras un monstruo sería más fácil. Los monstruos no prometen llevar a su hija a Lisboa algún día.

Daniel no recordaba haberle contado a Clara lo de Lisboa. Luego entendió que Irene se lo habría dicho. Claro. Las promesas viajaban más rápido que el dinero.

—Fue una conversación —dijo.

—Para ti todo son conversaciones.

—No empieces.

—No estoy empezando nada. Estoy terminando.

La frase cayó con la calma de una puerta cerrada.

Daniel se apartó de la ventana.

—¿Qué quieres de mí?

La pregunta salió más pobre de lo que esperaba. Casi sincera.

Clara tardó en contestar.

—Quiero que no le prometas viajes, ni cuadernos, ni domingos mejores, ni versiones tuyas que no existen. Si puedes venir, vienes. Si puedes pagar algo, pagas. Si no puedes, lo dices. Pero deja de pedirle a Irene que viva esperando al Daniel del mes que viene.

El Daniel del mes que viene.

A Daniel le habría gustado odiar la frase. Pero era demasiado buena. Clara siempre había escrito mejor sus derrotas que él sus excusas.

—Estoy intentando arreglarlo —dijo.

—No.

—¿Perdona?

—No estás intentando arreglarlo. Estás intentando aguantar hasta que algo pase.

Daniel miró la maleta negra en la esquina.

Algo.

La palabra pareció encenderse sola.

—No sabes cómo estoy —dijo.

—Sí lo sé.

—No. No lo sabes.

—Sé cómo estás porque he vivido al lado de cada versión de esto. La versión arrepentida, la versión optimista, la versión agresiva, la versión enferma, la versión de "última vez", la versión de "ahora sí".

Daniel tragó saliva.

—Eso no es justo.

—Lo justo se acabó hace mucho.

Por el pasillo del piso compartido se oyó una puerta. Pasos. Un grifo. Alguien carraspeó con la intimidad grotesca de los desconocidos que comparten techo. Daniel bajó la voz sin querer.

—No quiero hacerle daño a Irene.

—Ya lo sé.

La respuesta de Clara fue tan rápida que lo dejó sin aire.

—Entonces, ¿por qué me hablas así?

—Porque no querer hacer daño no te ha impedido hacerlo.

Daniel se sentó en la cama. El colchón se hundió bajo él con un quejido metálico.

Durante unos segundos ninguno habló.

Clara fue la primera.

—Irene tiene una excursión el mes que viene.

Daniel parpadeó. El cambio de tema lo descolocó.

—¿Qué excursión?

—Segovia. Con el instituto.

—Ah.

—Son treinta y cinco euros.

Daniel sintió que algo pequeño y miserable se cerraba en su pecho.

Treinta y cinco euros.

La cifra era insultantemente humana.

—Claro —dijo—. Te hago un Bizum.

Silencio.

—Daniel.

—Te lo hago.

—No me digas "te lo hago" si no vas a hacerlo.

—Tengo dinero ahora.

La frase salió sola.

Demasiado rápido.

Clara lo notó.

—¿Ahora?

Daniel cerró los ojos.

—Me ha entrado algo.

—¿De dónde?

—De un trabajo pendiente.

La mentira apareció sin esfuerzo. Pequeña, flexible, entrenada. Una mentira de andar por casa, con zapatillas.

Clara no preguntó más. Eso fue peor.

—Vale —dijo.

—Te lo envío hoy.

—Hazlo antes de decirle nada a Irene.

Daniel apretó el móvil.

—No soy un niño.

—No. Ojalá. Los niños, al menos, tienen excusa.

Aquello sí dolió. Y Clara debió de saberlo, porque se quedó callada después.

Daniel quiso responder con crueldad. Tenía frases. Algunas muy buenas. Podía recordarle que ella también se había cansado, que no todo había sido culpa suya, que Clara sabía ser fría como una mesa de quirófano, que a veces lo había mirado más como expediente que como marido. Podía hacer daño. Todavía sabía.

No lo hizo.

Quizá por cansancio.

Quizá porque Irene estaba en algún lugar de aquel piso, desayunando cereales o peinándose frente al espejo, sin saber que sus padres seguían discutiendo incluso cuando hablaban en voz baja.

—Te mando lo de la excursión —dijo él.

—Gracias.

La palabra salió correcta, pero sin confianza.

Daniel miró la carta sin abrir sobre la mesa. En el sobre aparecía el logo de una financiera.

—Clara.

—Dime.

Durante un instante estuvo a punto de decirlo.

Estoy mal.

Muy mal.

No como antes.

Peor.

No sé qué hacer.

Ayúdame.

La frase llegó hasta la garganta, pero allí encontró la vieja aduana de su orgullo. Daniel podía pedir dinero con más facilidad que ayuda. El dinero tenía números, plazos, excusas. La ayuda exigía ponerse de rodillas sin contrato.

—Nada —dijo—. Que se lo digas a Irene. Lo de la excursión. Que vaya tranquila.

—Se lo diré cuando esté pagado.

Claro.

Siempre Clara, haciendo de la realidad una cosa verificable. Qué vulgaridad tan necesaria.

—Está bien.

—Adiós, Daniel.

—Adiós.

Clara colgó.

Daniel se quedó sentado con el móvil en la mano. La pantalla se apagó. En el reflejo oscuro vio su cara partida por una grieta de luz de la persiana.

Se levantó y fue al baño compartido. El espejo tenía manchas de pasta de dientes y una esquina negra. Daniel se lavó la cara. El agua estaba fría. Se miró durante unos segundos, intentando encontrar al hombre que Clara había amado al principio. No lo encontró. Encontró una versión cansada, algo hinchada, con la barba desigual y los ojos demasiado atentos, como los de alguien que lleva años esperando una mala noticia y aun así se sorprende cuando llega.

Volvió a su habitación.

Hizo el Bizum de treinta y cinco euros a Clara.

Lo hizo rápido, casi con furia, como quien paga una multa injusta aunque sepa que la merece.

Después abrió la lista de movimientos.

El dinero del préstamo seguía allí, reducido apenas por aquella cantidad mínima. Daniel empezó a calcular.

Si pagaba el atraso de la tarjeta, le quedaría poco.

Si pagaba a la financiera, otra llamaría mañana.

Si pagaba al número desconocido, quizá se calmarían una semana.

Si pagaba el alquiler de la habitación, seguiría teniendo techo pero no salida.

Si pagaba una parte a todos, todos seguirían enfadados.

La aritmética de la ruina tenía una crueldad especial: cualquier operación daba el mismo resultado.

Abrió una de las cartas.

Leyó palabras sueltas.

Requerimiento.

Impago.

Intereses.

Procedimiento.

Fichero.

La lengua administrativa siempre le había parecido obscena. Podía convertir la destrucción de una vida en una escalera de sustantivos. Daniel la conocía bien. Había trabajado con ella. Había usado palabras parecidas para vender tranquilidad a personas que no entendían del todo lo que firmaban.

La tranquilidad era un producto magnífico.

El problema era cuando el vendedor se quedaba sin existencias.

Su móvil vibró.

Mensaje de Clara.

"Recibido."

Luego otro.

"Gracias."

Daniel miró la palabra.

Gracias.

Treinta y cinco euros habían comprado una gratitud mínima, casi burocrática. Ni siquiera era gratitud. Era confirmación de pago con educación.

Aun así, durante unos segundos, se sintió mejor.

Y esa fue la parte más miserable: lo fácil que era confundir una cuota pagada con una reparación moral.

Se sentó frente a la mesa. Apartó las cartas. Encendió el portátil viejo que usaba para buscar trabajo, mentir en formularios y apostar de madrugada cuando el móvil le parecía demasiado pequeño para perderse entero.

La pantalla tardó en responder. Daniel esperó con una paciencia que nunca había tenido para las personas.

Abrió el navegador.

Durante un rato miró ofertas de empleo sin leerlas. Comercial de seguros. Captador de clientes. Gestor de ventas. Asesor energético. Teleoperador con incentivos. Todas las ofertas parecían versiones rebajadas de sí mismo, trajes colgados en una tienda de segunda mano.

Luego, sin decidirlo del todo, escribió:

Vuelos baratos Indonesia marzo.

Se quedó mirando la búsqueda antes de pulsar Enter.

Indonesia.

No sabía por qué había escrito Indonesia y no otra cosa. Quizá porque sonaba lejos de una forma limpia. Quizá porque había visto un vídeo de Bali semanas antes, una playa imposible, motos, templos, gente sonriendo frente a un atardecer que parecía diseñado para vender cursos de libertad financiera a idiotas. Quizá porque el nombre tenía suficientes sílabas para que Madrid pareciera pequeño.

No era Filipinas todavía.

Todavía no.

Uno no empieza pensando en fingir su muerte. Eso habría sido demasiado teatral incluso para Daniel. Uno empieza pensando en desaparecer unos días. En no contestar. En dejar que el móvil se descargue. En mirar el mar desde un país donde nadie pronuncie tu nombre con reproche.

Pulsó Enter.

Aparecieron precios, escalas, aerolíneas, fechas.

Daniel sintió algo parecido a la calma.

No la calma buena, sino otra: la calma de los hombres que encuentran una dirección para su cobardía.

Miró de nuevo el saldo.

No podía pagar sus deudas.

Podía pagar una salida.

La diferencia era pequeña en la pantalla y enorme en la conciencia.

El portátil zumbaba. En el pasillo, uno de sus compañeros hablaba por teléfono sobre un temario de oposiciones. Fuera, Madrid seguía empujando coches, niños, desayunos tardíos y vidas que, de algún modo incomprensible, todavía sabían continuar.

Daniel abrió una pestaña nueva.

Esta vez escribió:

Filipinas islas menos turísticas.

No supo por qué lo hizo.

O sí lo supo, pero decidió no formularlo todavía.

Había pensamientos que, mientras no se decían con palabras completas, conservaban una especie de inocencia técnica.

Miró la maleta negra en la esquina.

Por primera vez en meses, no le pareció un síntoma de fracaso.

Le pareció una herramienta.

Y Daniel, que había sido muchas cosas —marido, padre, vendedor, deudor, mentiroso—, descubrió aquella mañana algo nuevo sobre sí mismo.

Todavía era capaz de hacer planes.

Eso debería haberlo tranquilizado.

En cambio, lo asustó.

Porque los planes de Daniel Salcedo siempre empezaban con una promesa.

Y siempre terminaban con alguien más pagando la factura.

Capítulo 3 — El hombre que sabía vender

Daniel Salcedo sabía que la confianza no se pedía.

Se construía.

Primero el traje. No el mejor, no el más caro, sino el correcto: azul marino, camisa blanca, zapatos limpios. Luego la postura: espalda recta, hombros relajados, manos visibles. Después la voz: baja, tranquila, con esa pausa medida que hacía pensar al otro que nada grave podía ocurrir mientras Daniel siguiera hablando.

Durante años había vivido de eso.

De parecer una solución antes de explicar cuál era el problema.

Esa mañana se vistió como quien prepara una coartada.

El traje llevaba meses colgado detrás de la puerta, dentro de una funda de plástico transparente. Tenía una arruga en la manga derecha y olía a armario cerrado, pero en el espejo todavía funcionaba. Daniel se afeitó con cuidado. Se cortó bajo la mandíbula y observó la sangre aparecer en una línea fina, casi elegante. Presionó la herida con papel higiénico.

La sangre se detenía.

Qué envidia.

A las diez y veinte salió de la habitación con el portátil en la mochila, la carpeta bajo el brazo y el móvil cargado. Había dormido poco. Había pagado los treinta y cinco euros de la excursión de Irene. Había buscado vuelos a Indonesia. Había cerrado el portátil antes de reservar nada, como si no pulsar un botón bastara para seguir siendo inocente.

La calle olía a lluvia vieja y café barato. Madrid empujaba gente hacia oficinas, bares, obras, colegios, consultas, bocas de metro. Nadie parecía libre. Esa fue una de las pocas cosas que consoló a Daniel: la mayoría solo tenía una jaula mejor decorada.

Caminó hasta una cafetería cerca de Atocha donde todavía lo conocían.

No por su nombre.

Por su tipo.

Hombres con portátil, prisa fingida y llamadas que se contestaban diciendo "te llamo en cinco". Comerciales, gestores, intermediarios, autónomos de traje cansado. La fauna natural de las oportunidades a comisión.

Daniel eligió una mesa al fondo, de espaldas a la pared. Siempre había preferido ver la puerta. No por paranoia, se decía. Por costumbre profesional. La diferencia entre paranoia y profesionalidad, pensó, era que la segunda quedaba mejor en LinkedIn.

Pidió un café solo y abrió el portátil.

La pantalla tardó en encender. Mientras esperaba, sacó de la carpeta tres hojas impresas: una propuesta de colaboración comercial, un listado de contactos antiguos y una simulación de campaña para seguros de vida y protección de pagos. Documentos limpios. Márgenes alineados. Tipografía sobria.

Parecían trabajo.

En realidad eran anzuelos.

El primer nombre de la lista era Marcos Valcárcel.

Daniel no lo llamó.

Marcos era demasiado listo, demasiado viejo y demasiado cansado de él. Habría detectado la urgencia en la segunda frase. No. Daniel necesitaba alguien con memoria suficiente para recordarlo como competente, pero no tanta como para recordarlo del todo.

Bajó por la lista.

Eduardo Peñalver.

Cuarenta y ocho años. Dueño de una pequeña correduría en Chamberí. Había trabajado con Daniel años atrás en campañas de captación. Ambicioso, desconfiado, vanidoso. Sobre todo vanidoso. Eduardo necesitaba creer que era más listo que el resto, y Daniel sabía que no había puerta más fácil de abrir que la vanidad de un hombre mediocre con despacho propio.

Marcó.

A la tercera señal, una voz respondió:

—¿Sí?

—Eduardo. Daniel Salcedo.

Silencio breve.

El silencio era información. Daniel lo escuchó como otros escuchaban música.

—Hombre —dijo Eduardo al fin—. Daniel. Cuánto tiempo.

Demasiada neutralidad. No era entusiasmo, pero tampoco rechazo. Servía.

—Demasiado. ¿Te pillo mal?

—Depende de para qué.

Daniel sonrió. Ahí estaba Eduardo, creyéndose una muralla por teléfono.

—Para ganar dinero, básicamente. Si te parece mal, cuelgo y seguimos siendo pobres por separado.

Eduardo soltó una risa corta.

La primera grieta.

—Sigues igual.

—Eso dicen las malas personas.

—¿Qué quieres?

—Diez minutos. Tengo una cartera dormida y una idea sencilla para activarla. Autónomos, familias con hipoteca, protección de pagos, vida riesgo. Nada revolucionario. Precisamente por eso puede funcionar.

—¿Ahora estás otra vez en seguros?

—Estoy otra vez en lo que sé hacer.

La frase salió perfecta porque era verdad y mentira a la vez. Daniel no había perdido el talento. Solo había perdido el derecho a usarlo sin ensuciar algo.

—Estoy hasta arriba hoy —dijo Eduardo.

—Por eso te llamo. Si estuvieras tranquilo, significaría que tu negocio no necesita nada.

Otra pausa.

—Mándame algo por mail.

—No. Si te lo mando, lo mirarás el jueves, pensarás que está bien, lo dejarás para el lunes y para entonces ya se te habrá pasado la única emoción útil: la codicia.

Eduardo se rio otra vez, más claro.

Segunda grieta.

—Qué cabrón.

—Exacto. Por eso me escuchas. Estoy a quince minutos de tu oficina.

No estaba a quince minutos. Estaba a veintiséis en metro y ocho andando. Pero la precisión no siempre servía a la verdad. A veces solo servía al miedo de perder una oportunidad.

—Tengo un hueco a las doce —dijo Eduardo.

—Te veo a las doce menos cinco. Así parece que respeto tu agenda.

Colgó.

Daniel dejó el móvil sobre la mesa y bebió café. Estaba frío.

Miró su reflejo en la pantalla negra del portátil. Durante unos segundos sintió algo parecido al orgullo. No por la llamada. Por el mecanismo. Seguía ahí. La pieza giraba. El hombre roto todavía sabía tocar la cerradura.

Luego el móvil vibró.

Número oculto.

Daniel no contestó.

Volvió a vibrar.

No contestó.

A la tercera llamada, bloqueó la pantalla y guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta, cerca del pecho, como si las deudas pudieran confundirse con un latido.

A las once y cincuenta y dos entró en la oficina de Eduardo Peñalver.

Era un local reformado en una calle estrecha de Chamberí, con vinilos opacos en los cristales y una frase motivacional en la pared: "Protegemos lo que importa." Daniel la leyó al entrar y tuvo que contener una sonrisa. Las empresas pequeñas amaban las frases grandes. Eran baratas y llenaban huecos.

Una recepcionista joven le ofreció agua. Daniel aceptó. El agua siempre era buena: te daba algo que hacer con las manos y transmitía austeridad. Pedir café en una reunión breve parecía ansiedad disfrazada de cortesía.

Eduardo salió de un despacho acristalado.

Había engordado. No mucho, lo justo para que su traje pareciera elegido por un optimista. Llevaba gafas nuevas y un reloj demasiado visible.

—Daniel Salcedo —dijo, abriendo los brazos sin abrazarlo.

—Eduardo Peñalver. El hombre que convirtió la mediocridad en modelo de negocio.

—Y tú sigues sin saber entrar sin insultar.

—Si lo hago con cariño no computa.

Se estrecharon la mano.

Eduardo lo miró de arriba abajo.

—Te veo bien.

Daniel sostuvo la sonrisa.

—Tú también mientes mejor que antes.

Eduardo se rio, pero sus ojos hicieron inventario: traje, zapatos, barba, ojeras, carpeta. Daniel sintió el repaso. Lo aceptó. Nadie compraba confianza sin comprobar antes el envase.

Entraron al despacho.

Pared de cristal. Mesa limpia. Dos sillas frente a frente. Un portátil caro. Un difusor de aroma intentando convencer al mundo de que aquella oficina no olía a objetivos mensuales.

Daniel no se sentó hasta que Eduardo lo hizo.

—Tienes diez minutos —dijo Eduardo.

—Necesito siete. Los otros tres los puedes usar para fingir que lo vas a pensar.

—Empieza.

Daniel abrió la carpeta y colocó una sola hoja sobre la mesa. No tres. Una. La gente ocupada no quería información. Quería la sensación de que alguien había pensado por ella.

—Tu cartera tiene un problema —dijo.

Eduardo sonrió.

—¿Mi cartera?

—Sí. La tienes envejeciendo sin tocarla. Clientes con pólizas antiguas, autónomos que contrataron lo mínimo, familias con hipoteca firmada en años mejores. Gente que ahora tiene miedo, pero no sabe cómo convertirlo en una decisión. Ahí entras tú.

—Qué amable.

—No tú personalmente. Tu marca. Tú personalmente asustas poco. Eso es útil.

Eduardo se inclinó un poco hacia la hoja.

Bien.

Daniel siguió.

—No hay que venderles seguros. Eso lo hace cualquiera con un argumentario y ganas de ser odiado. Hay que venderles una pregunta: si mañana faltas, ¿cuánto tarda tu familia en darse cuenta de que además de llorarte tiene que hacer cuentas?

Eduardo dejó de sonreír.

Daniel esperó un segundo.

La pausa era parte del producto.

—Eso no es agresivo —continuó—. Es honesto. La gente no compra protección porque entienda coberturas. Compra porque durante medio minuto se imagina a su mujer, a su marido o a sus hijos mirando una cuenta corriente. Nuestro trabajo es que ese medio minuto ocurra sentado delante de nosotros.

Eduardo miró la hoja.

—"Nuestro".

—Yo abro puertas. Tú cierras. Documentación tuya, producto tuyo, control tuyo. Comisión por operación. Sin nómina. Sin riesgo.

—¿Y por qué no lo haces tú con otra correduría?

Daniel se reclinó un poco.

—Porque tú necesitas crecer y todavía no lo has admitido en voz alta.

Eduardo soltó aire por la nariz.

—Bonito.

—Y porque te conozco. No eres el más grande, no eres el más barato y no eres el más tecnológico. Pero atiendes el teléfono. Eso, en este sector, ya casi es innovación.

Eduardo se echó a reír.

Tercera grieta.

Daniel bebió agua.

No demasiada. Beber mucho parecía nerviosismo. Beber poco parecía control. El cuerpo también vendía.

—¿Qué te llevas tú? —preguntó Eduardo.

—Porcentaje sobre comisión neta durante el primer año. Escalable. Si no traigo nada, no cobro nada.

—Eso suena a alguien que necesita liquidez.

—Eso suena a alguien que confía en cerrar.

—No has respondido.

—Sí he respondido. Solo que no con la frase que querías.

Eduardo apoyó los codos en la mesa.

—He oído cosas, Daniel.

Ahí estaba.

Siempre llegaba.

Las cosas.

Las cosas eran la forma elegante que tenían los cobardes de decir "deudas", "juego", "divorcio", "me han dicho que das problemas". Daniel lo sabía porque él mismo había usado esa palabra mil veces cuando quería acercarse al daño sin mancharse los zapatos.

—Yo también he oído cosas de ti —dijo Daniel—. Casi todas aburridas.

—No juegues conmigo.

La palabra juego apareció en la habitación con una precisión cruel.

Daniel no pestañeó.

—No estoy jugando.

—Eso espero.

—Eduardo, si has oído que mi vida personal ha sido un desastre, no has oído una mentira. Si has oído que no sé vender, eso sí sería difamación.

Eduardo lo miró.

Daniel dejó que la frase respirara.

Era arriesgada. Reconocer una parte de la verdad desactivaba el resto. La gente confiaba más en una confesión pequeña que en una defensa completa. Daniel había vendido así durante años: concede algo, conserva lo importante.

—¿Estás limpio? —preguntó Eduardo.

Daniel sonrió apenas.

—Qué pregunta tan americana.

—Daniel.

—Estoy trabajando.

—No es lo mismo.

—Nunca lo es.

Eduardo se quedó callado.

Daniel vio la duda. No duda moral. Duda económica. Esa era más útil.

Sacó otra hoja.

—Te traigo diez nombres esta semana. Diez. No cien. No humo. Diez perfiles. Si de esos diez sacamos dos reuniones, hacemos números. Si no sale nada, me das la mano y me dices que sigo siendo un encantador hijo de puta sin mercado.

—No quiero líos.

—Por eso te lo propongo así. Sin adelanto.

Daniel dijo "sin adelanto" porque sabía que Eduardo esperaba oír lo contrario. Y porque pedir un adelanto en la primera reunión habría sido vulgar. La desesperación, cuando se vestía de prudencia, parecía profesional.

—¿Nada de adelanto? —preguntó Eduardo.

—Nada.

—¿Ni gastos?

—Ni gastos.

Eduardo bajó la mirada a la hoja.

La había mordido.

No entera, pero sí lo suficiente.

Daniel sintió el viejo placer. No alegría. Placer. La sensación de mover a alguien de un punto a otro sin que se diera cuenta del todo. Era un placer feo, íntimo, parecido al de una apuesta cuando el marcador todavía permitía imaginar la remontada.

—Pruébalo —dijo Eduardo al fin—. Diez nombres. Sin usar mi marca hasta que yo lo autorice. Sin prometer condiciones. Sin tocar documentación. Si veo algo raro, se acaba.

Daniel extendió la mano.

—Eso es un sí muy vestido de amenaza. Me sirve.

Eduardo le estrechó la mano.

—Y una cosa más.

—Dime.

—Si necesitas ayuda de verdad, esto no te la va a dar.

Daniel retiró la mano.

—No he venido a pedir ayuda.

—Eso ya lo sé.

Eduardo abrió un cajón y sacó una tarjeta. La dejó sobre la mesa, boca arriba.

Daniel no necesitó leerla entera. Vio "Asociación", "Juego", "Adicciones comportamentales".

Por supuesto.

La vida tenía un sentido del humor pésimo y una logística impecable.

—Marcos me dio una igual una vez —dijo Daniel.

—Pues quizá era buena idea.

—Marcos siempre tuvo vocación de cura sin fe.

—Y tú de ahogado que critica la temperatura del agua.

Daniel sonrió, pero esta vez no salió bien.

—Me llevo lo de la colaboración —dijo.

—Llévate también la tarjeta.

—No.

—Daniel.

—No.

La palabra quedó limpia, dura, infantil.

Eduardo recogió la tarjeta lentamente y la guardó otra vez en el cajón. No insistió. Eso fue peor. La insistencia habría permitido a Daniel sentirse perseguido. La ausencia de insistencia lo dejaba a solas con su negativa.

Salió de la oficina a las doce y treinta y nueve.

En la calle, el frío le pareció más claro. Había conseguido algo. Una pequeña oportunidad. Diez nombres. Una puerta lateral. Nada que resolviera su vida, pero sí lo suficiente para que una parte de su cabeza intentara fabricar una esperanza.

Esa parte duró tres minutos.

El móvil vibró.

Número desconocido.

Esta vez contestó.

—¿Sí?

—Daniel Salcedo.

No era pregunta.

La voz era joven, masculina, áspera. No sonaba a oficina. No sonaba a banco. Los bancos tenían voces entrenadas para fingir que la violencia era un procedimiento. Esta voz ni siquiera se molestaba.

—¿Quién eres?

—Alguien que espera.

Daniel siguió caminando.

—Pues tendrás que concretar. Hay cola.

—No te hagas el gracioso.

La frase no venía con rabia. Venía con cansancio. Peor.

Daniel notó un punto frío en el estómago.

—Dile a Sergio que esta semana le doy algo.

—Hoy.

—Hoy no puedo.

—Has cobrado.

Daniel se detuvo en seco.

La gente tuvo que esquivarlo.

—¿Qué has dicho?

—Que has cobrado.

El ruido de Madrid bajó de volumen alrededor de él.

Daniel miró los coches, los balcones, una mujer con bolsas, un repartidor subido a una moto. Todo siguió normal. Esa era una de las crueldades favoritas del mundo: permitir que tu pánico ocurriera en un decorado perfectamente cotidiano.

—No sé qué te han contado —dijo.

—Hoy antes de las ocho. Quinientos.

—No debo quinientos.

—Ahora sí.

La llamada se cortó.

Daniel se quedó mirando la pantalla.

Quinientos.

No era la cantidad más grande. Ni de lejos. Había cifras mucho peores orbitando su vida: tarjetas, préstamos, cuotas, intereses, nombres que ya evitaba pronunciar. Pero aquellos quinientos tenían

otra textura. No venían con carta certificada. No venían con plazo legal. Venían con alguien que sabía que el dinero había entrado.

Eso significaba que su ruina ya hablaba entre sí.

Se metió en el primer bar que encontró.

No era uno conocido. Mejor. Pidió un café, se sentó al fondo y abrió el portátil con manos demasiado tranquilas. Había una calma que no nacía del control, sino de la saturación. Cuando el miedo se acumulaba demasiado, el cuerpo empezaba a administrarlo como una secretaria eficaz: esto ahora, esto luego, esto lo archivamos hasta el colapso.

Daniel abrió el correo.

Un mensaje de Eduardo ya estaba allí.

"Asunto: Colaboración comercial."

Dentro, dos líneas:

"Pásame los perfiles iniciales. Lo vemos esta semana. Sin promesas a clientes hasta que yo revise."

Daniel leyó el mensaje.

Había ganado una pequeña partida.

Y aun así no sintió nada.

Ni alivio.

Ni orgullo.

Solo la certeza matemática de que aquella oportunidad llegaba tarde, pequeña y mal orientada. Podía trabajar. Podía captar. Podía cerrar. Podía ganar algo. Podía pagar una parte. Podía pedir más tiempo. Podía correr detrás de una vida que ya iba tres estaciones por delante.

Abrió la aplicación del banco.

Miró el saldo.

El dinero del préstamo seguía ahí. Reducido por lo de Irene. Suficiente para tapar algunas bocas. Insuficiente para cerrar ninguna.

Abrió otra pestaña.

Vuelos Madrid Denpasar.

La búsqueda apareció por autocompletado antes de que terminara de escribir.

Daniel la miró como si el ordenador lo hubiera delatado.

Pulsó Enter.

Fechas.

Escalas.

Precios.

Solo ida.

La expresión "solo ida" tuvo una belleza obscena.

No decía vacaciones.

Decía abandono con buena interfaz.

Daniel tragó saliva.

Después abrió otra pestaña.

Filipinas islas tranquilas extranjeros.

No pulsó Enter enseguida.

Miró la frase.

Sonaba inocente. Sonaba a turista cansado, a hombre buscando playa, a oficinista con ansiedad que necesitaba mirar el mar durante dos semanas para volver diciendo que había aprendido a relativizar.

No sonaba a lo que era.

Eso le gustó.

Pulsó Enter.

Aparecieron nombres, fotos, mapas. Palawan. Cebú. Bohol. Siquijor.

Siquijor.

Daniel repitió el nombre en voz baja.

Tenía algo de conjuro barato, de isla que no necesitaba hacer promesas porque ya sonaba a desaparición.

El móvil vibró.

Mensaje de Clara.

"Irene dice gracias por lo de la excursión."

Daniel leyó la frase.

Durante un momento, el bar, el portátil, el dinero, Eduardo y la llamada desaparecieron. Solo quedó Irene, quizá en su habitación, quizá aliviada porque iba a ir a Segovia como los demás. Una niña agradeciendo treinta y cinco euros como si su padre hubiera hecho algo digno de mención.

Daniel escribió:

"Dile que la quiero."

Clara respondió al cabo de un minuto.

"Díselo tú cuando la veas."

Daniel miró la frase.

Cuando la veas.

No "si la ves".

Clara todavía le concedía futuro gramatical.

Qué generosa.

Qué cruel.

Abrió el chat de Irene.

La última conversación era del día anterior.

"Papá, ¿me traerás algo?"

Él había respondido:

"Claro, princesa."

Daniel dejó el dedo sobre la pantalla, pensando en escribirle. Podía mandarle algo sencillo. Te quiero. Me alegro de lo de la excursión. Perdona lo del cuaderno. El mes que viene lo arreglamos.

El mes que viene.

Siempre el mes que viene.

Apagó la pantalla.

En el portátil, una página mostraba una playa imposible, un mar azul, una línea de palmeras inclinadas sobre la arena.

Daniel miró aquella imagen y entendió que la esperanza, cuando uno estaba desesperado, podía ser indistinguible de una mala idea.

Sacó una libreta pequeña de la mochila.

En la primera página escribió:

Indonesia.

Debajo:

Filipinas.

Luego, durante casi un minuto, no escribió nada más.

La camarera pasó junto a su mesa con una bandeja de tostadas. Dos hombres discutían en la barra sobre el precio del alquiler. Una mujer hablaba por teléfono diciendo que no podía más. Madrid seguía fabricando pequeñas derrotas con puntualidad industrial.

Daniel miró los dos nombres escritos.

Indonesia.

Filipinas.

No había un plan todavía.

Solo una dirección.

Pero Daniel sabía vender. Sabía que ninguna venta importante empezaba con el producto. Primero había que crear la necesidad. Luego el miedo. Luego la promesa. Después, cuando el cliente ya estaba preparado, se le ofrecía la salida como si hubiera sido idea suya.

Aquella tarde, en una mesa pequeña de un bar cualquiera, Daniel empezó a hacerse a sí mismo la última venta.

No la llamó huida.

No la llamó abandono.

No la llamó cobardía.

Todavía no.

La llamó plan.

Capítulo 4 — La última apuesta

A las siete y diecisiete de la tarde, Daniel Salcedo estaba delante de un cajero automático con quinientos euros en la mano y la sensación humillante de estar a punto de hacer lo correcto.

El cajero había escupido los billetes con una lentitud obscena. Diez de cincuenta, nuevos, rígidos, casi limpios. Daniel los sostuvo unos segundos antes de guardarlos en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al móvil, cerca del pecho. Le pareció un lugar adecuado. El dinero y el miedo siempre habían sabido encontrar el corazón.

El mensaje del número desconocido seguía en la pantalla.

"Antes de las ocho. No hagas tonterías."

No hagas tonterías.

Daniel casi sonrió.

Tarde para eso, campeón.

Había pasado la tarde caminando por Madrid con el portátil en la mochila y la libreta en el bolsillo. Indonesia. Filipinas. Dos nombres escritos con bolígrafo negro como si fueran destinos turísticos y no los primeros ladrillos de una tumba administrativa.

A las seis y media, después de mirar la cuenta del banco durante demasiado tiempo, decidió sacar el dinero. Pagar los quinientos. Comprar un poco de silencio. Eso era lo sensato. Lo adulto. Lo casi digno.

Y ahora tenía los billetes.

Solo tenía que llamar.

Solo tenía que quedar en algún sitio.

Solo tenía que entregar el dinero y volver a su habitación, abrir el portátil, seguir buscando vuelos, pensar con calma.

Calma.

Daniel hacía años que usaba esa palabra como otros usan estampitas religiosas.

Guardó el dinero y empezó a caminar hacia Delicias. El aire era frío. Los escaparates encendidos daban a la calle un brillo falso, de ciudad que sabe fingir prosperidad incluso cuando la mitad de sus

habitantes están calculando cuánto queda hasta la próxima nómina. Pasó frente a una farmacia, una tienda de móviles, una frutería con cajas de mandarinas en la entrada y un local de apuestas con los cristales cubiertos de vinilos brillantes.

Se detuvo.

No de golpe.

No como en las películas, donde la tentación aparece con música y luces rojas, porque la vida real suele ser más cutre y, por tanto, más peligrosa.

Solo redujo el paso.

En la pantalla exterior del local aparecían cuotas de fútbol, baloncesto, tenis. Números cambiando. Promesas disfrazadas de matemáticas. Una ruleta digital giraba en silencio junto a la imagen congelada de un delantero celebrando un gol con los brazos abiertos, como si hubiera resucitado para anunciar depósitos mínimos.

Daniel miró el reloj.

Siete y veintidós.

Tenía tiempo.

Ese fue el primer error.

Pensar "tengo tiempo".

El segundo fue pensar "solo voy a mirar".

El tercero fue entrar.

Dentro olía a café quemado, ambientador dulce y derrota masculina. Había cinco personas. Dos hombres mayores mirando carreras de galgos en una pantalla. Un chico con sudadera gris haciendo combinadas en una máquina. Una mujer sentada frente a la ruleta electrónica con el bolso sobre las rodillas y la expresión vacía de quien ya no juega para ganar, sino para que el tiempo no avance. Detrás del mostrador, un empleado joven levantó la vista.

—Buenas.

—Buenas.

Daniel no era habitual de ese local concreto. Esa era parte de la mentira que se contó al entrar. No era "su" sitio. No lo conocían. No contaba. Como si la adicción respetara la geografía.

Se acercó a una máquina y tocó la pantalla.

Solo mirar.

Fútbol.

Partidos en directo.

Baloncesto europeo.

Tenis en Doha.

Caballos.

Ruleta.

Casino.

Promociones.

El mundo entero reducido a probabilidades con colores agradables.

Daniel metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y tocó los billetes. El papel le dio seguridad. No iba a usarlos. No esos. Esos tenían destino. Esos eran para comprar silencio, no esperanza.

Sacó el móvil.

Abrió la aplicación bancaria.

Todavía quedaba dinero del préstamo. No mucho, si uno lo comparaba con sus deudas. Demasiado, si uno lo comparaba con su capacidad para destruirlo.

Volvió a la pantalla de apuestas.

Había un partido empezado. Segunda división. Un equipo perdiendo en casa al descanso, cuota alta para remontada o empate. Daniel conocía la categoría lo justo para saber que no conocía nada, pero eso nunca había detenido a nadie con una intuición y una enfermedad.

Miró estadísticas.

Posesión.

Tiros.

Córners.

Tarjetas.

El equipo que perdía había tirado más. Había tenido dos ocasiones claras. El rival jugaba con un central amonestado. En la cabeza de Daniel, los datos empezaron a ordenar una historia.

No era azar.

Era lectura.

No era impulso.

Era análisis.

No era ludopatía.

Era oportunidad.

La mentira no necesitaba ser buena. Solo necesitaba llegar antes que la vergüenza.

Metió veinte euros.

Solo veinte.

La máquina aceptó el billete con un ruido breve, casi educado. Daniel seleccionó empate o victoria local. Dudó. El empate era más prudente. La victoria local pagaba mejor. Si apostaba veinte a victoria, podía sacar una cantidad decente. Nada espectacular. Lo suficiente para cubrir algo, quizá para pagar a Sergio y no tocar tanto el dinero de la cuenta.

Qué frase tan limpia: no tocar tanto.

Como si el problema fuera la conservación del saldo y no el movimiento de su mano.

Apostó.

El ticket salió con un zumbido.

Daniel lo sostuvo entre los dedos.

El papel era caliente.

Siempre le había impresionado eso. Que una apuesta recién impresa tuviera temperatura. Parecía viva durante unos segundos. Luego se enfriaba y se convertía en prueba.

Miró la pantalla.

Minuto cincuenta y uno.

El equipo local atacaba.

Daniel sintió un golpe en el pecho.

No miedo.

Algo peor.

Interés.

La vida, que media hora antes era una sucesión gris de amenazas, adquirió de pronto una forma simple: un balón, un marcador, una cuota. Durante unos minutos no fue padre, ni deudor, ni exmarido, ni hombre que buscaba vuelos a países lejanos. Fue solo alguien esperando que un desconocido centrara bien desde la derecha.

Eso era lo que nadie entendía.

No se jugaba solo por dinero.

El dinero era el uniforme.

Lo que Daniel compraba era desaparición momentánea.

Una anestesia con marcador.

El local gritó suavemente cuando hubo ocasión. El chico de la sudadera golpeó la máquina con dos dedos.

—Vamos, joder.

Daniel sonrió sin querer.

Pertenecer a una ruina colectiva siempre era menos humillante que arruinarse solo.

Minuto sesenta y dos.

Gol del equipo local.

El local reaccionó. No con alegría verdadera, sino con ese sobresalto común de los que creen haber visto una señal. Daniel apretó el ticket.

Empate.

Su apuesta iba bien.

Tenía que parar ahí.

Podía cobrar si el resultado se mantenía. O cerrar la apuesta, si la máquina lo permitía. Sacar algo. Poco, pero algo. Dar media vuelta. Irse. Pagar. Seguir vivo un día más con una derrota menos.

La pantalla ofreció cierre anticipado.

Ganancia pequeña.

Daniel la miró.

Pequeña.

Esa palabra le pareció insultante.

La pequeña ganancia era para gente pequeña. Para hombres que aceptaban migajas. Para personas capaces de mirar una oportunidad y decir "suficiente", esa palabra repugnante con la que los cobardes disfrazaban su falta de ambición.

No cerró.

Minuto setenta.

El equipo local seguía empujando.

Daniel sacó el móvil. Miró la cuenta. Miró el reloj.

Siete y treinta y seis.

El número desconocido había enviado otro mensaje.

"¿Dónde estás?"

Daniel bloqueó la pantalla.

La realidad insistía demasiado.

Volvió a la máquina.

Había otra opción: siguiente gol, equipo local. Buena cuota. No absurda. Buena. Si marcaban, compensaba mucho más. Los datos lo apoyaban. La dinámica lo apoyaba. La necesidad lo apoyaba, y cuando la necesidad empieza a opinar sobre estadística, uno debería llamar a emergencias.

Daniel metió cincuenta euros.

No de los quinientos.

De la cuenta.

Técnicamente.

Como si el dinero tuviera compartimentos morales.

Apostó.

Minuto setenta y cuatro.

Córner.

El balón entró al área.

Un cabezazo.

Fuera por poco.

Daniel se llevó las manos a la nuca.

La mujer de la ruleta ni se movió.

Los galgos seguían corriendo en otra pantalla, animales flacos persiguiendo algo que nunca iban a alcanzar. Daniel los vio de reojo y pensó que quizá alguien había inventado toda la industria del juego a partir de esa imagen: criaturas entrenadas para confundir la persecución con el sentido de la vida.

Minuto ochenta.

El equipo visitante hizo un cambio defensivo.

Buena señal.

El local iba a apretar.

Daniel metió otros cincuenta.

Esta vez no lo razonó.

La frontera entre decisión e impulso se cruzaba sin aduana.

Apostó a victoria local.

El empleado del mostrador bostezó.

La normalidad del local era insoportable. Para Daniel, cada minuto era una operación a corazón abierto. Para el empleado, era martes.

Minuto ochenta y cuatro.

Penalti reclamado.

No pitado.

El chico de la sudadera gritó algo contra el árbitro. Uno de los hombres mayores se rió con una tos seca. Daniel no dijo nada. Había aprendido hacía tiempo que insultar al árbitro no cambiaba el resultado, aunque proporcionaba una sensación momentánea de participación democrática.

Minuto ochenta y siete.

Gol anulado al local.

Fuera de juego.

La pantalla mostró la repetición. El delantero tenía medio hombro adelantado. Medio hombro. Una porción ridícula de cuerpo separando a Daniel de la reparación de su vida. El mundo siempre encontraba formas elegantes de burlarse.

Daniel miró el ticket inicial.

El empate todavía servía.

Respiró.

Siete y cuarenta y nueve.

Tenía once minutos.

Si quedaba empate, cobraría algo. No suficiente, pero algo. Si marcaba el local, mucho mejor. Si marcaba el visitante, todo se iba al demonio.

El pensamiento apareció antes que el gol.

Y quizá por eso, cuando el visitante recuperó el balón en el centro del campo, Daniel ya supo.

Contraataque.

Tres contra dos.

Pase a la banda.

Centro raso.

Gol.

El local quedó en silencio.

Un silencio breve, administrativo.

Marcador: 1-2.

Daniel miró la pantalla sin entender del todo. No porque el resultado fuera imposible. Precisamente porque era demasiado posible. La realidad tenía esa vulgaridad: casi nunca te destruía con milagros, sino con consecuencias.

El chico de la sudadera soltó una carcajada fea.

—Siempre igual.

Siempre igual.

Daniel dejó los tickets en la máquina.

La apuesta inicial perdida.

La segunda perdida.

La tercera perdida.

El dinero no desapareció de forma espectacular. No hubo golpe de música, ni cámara lenta, ni iluminación dramática. Solo números descontados, tickets sin valor, una pantalla ofreciendo nuevas cuotas para gente que todavía quería discutir con la evidencia.

Daniel metió la mano en el bolsillo interior.

Los quinientos euros seguían allí.

Podía parar.

Todavía.

La frase llegó limpia:

Recupero lo perdido y me voy.

Esa era la frase más peligrosa del idioma.

No "te odio".

No "me voy".

No "firma aquí".

Recupero lo perdido y me voy.

La puerta de todos los infiernos con felpudo de lógica.

Daniel miró otra pantalla.

Baloncesto.

Partido en directo. Un equipo perdía de ocho al final del tercer cuarto. Cuota interesante. Había remontadas todo el tiempo. Ocho puntos no eran nada. En baloncesto ocho puntos eran una mala racha, un triple, una pérdida, dos tiros libres. Ocho puntos eran una opinión.

Sacó cien euros de los quinientos.

Los miró.

No.

Los volvió a guardar.

Sacó la tarjeta.

La introdujo en la máquina.

Denegada.

La máquina no hizo drama. Solo informó.

Daniel sintió que alguien lo había visto desnudo.

Probó otra tarjeta.

Denegada.

El empleado del mostrador levantó la vista, apenas.

Daniel retiró la tarjeta.

Miró el reloj.

Siete y cincuenta y tres.

El teléfono vibró.

"Última vez. ¿Dónde estás?"

Daniel salió del local.

El aire frío le golpeó la cara con una violencia justa. Caminó unos metros sin dirección. Luego se detuvo junto a una papelera y sacó los quinientos euros.

Diez billetes.

Podía entregarlos.

Podía decir que no había podido antes.

Podía cerrar eso.

Pero ahora la pérdida en el local le ardía en la cabeza. No por la cantidad. Por el mecanismo interrumpido. La apuesta perdida no se sentía como una decisión mala, sino como una conversación cortada antes de poder explicarse. La mente de Daniel no aceptaba el final. Quería una réplica. Una última palabra.

Miró hacia la acera de enfrente.

Otro local.

Más pequeño.

Cristales oscuros.

Sin vinilos brillantes. Peor. Más discreto. Más de barrio. Menos teatro, más hábito.

Daniel cruzó.

Mientras esperaba el semáforo, se dijo que solo cambiaría un billete. Cincuenta euros. Nada más. Una apuesta rápida. Algo con cuota baja. Recuperar parte, calmar la cabeza, pagar lo de Sergio.

El semáforo se puso verde.

Daniel cruzó hacia el local como quien se acerca a una explicación.

Dentro había menos luz. Dos máquinas, una barra pequeña, una pantalla con carreras, otra con fútbol sudamericano. Un hombre con chaleco hablaba por teléfono cerca de la puerta. El encargado, un tipo de barba canosa, apenas lo miró.

Daniel cambió un billete de cincuenta.

La máquina tragó.

Apostó a una cuota baja.

Perdió.

Cambió otro.

Apostó.

Ganó algo.

No lo suficiente.

Reinvirtió.

Perdió.

Entonces ya no estaba jugando para ganar dinero.

Jugaba para corregir la escena anterior.

Para demostrar que el error no era él, sino el momento, la elección, la mala suerte, el árbitro, la cuota, la máquina, la configuración secreta del universo.

Cambió otro billete.

Y otro.

A las ocho y dieciocho, Daniel Salcedo seguía allí.

A las ocho y veintisiete, le quedaban doscientos euros de los quinientos.

A las ocho y treinta y uno, el número desconocido llamó.

Daniel miró el móvil vibrar sobre la repisa de la máquina.

No contestó.

A las ocho y cuarenta y dos, le quedaban cincuenta.

A las ocho y cuarenta y seis, no le quedaba nada.

El último ticket perdió en una carrera de galgos que Daniel ni siquiera había visto. Apostó porque el perro llevaba el número tres y el tres era el día del cumpleaños de Irene. Esa fue la explicación que su cabeza fabricó después de pulsar, tarde, como un abogado borracho intentando defender un asesinato ya confesado.

El galgo número tres salió mal, corrió peor y terminó penúltimo.

Daniel miró la pantalla.

No sintió rabia.

Eso fue lo peor.

La rabia habría sido humana. Habría permitido gritar, culpar, golpear una pared, prometer no volver. Pero no sintió rabia. Sintió una quietud inmensa. Como si algo dentro de él hubiera dejado de intentar salvar los muebles y se hubiera sentado a mirar el incendio.

El encargado lo observaba desde la barra.

—¿Todo bien?

Daniel giró la cabeza.

—Sí.

La palabra salió perfecta.

Sí.

Todo bien.

No tenía el dinero.

Había ignorado llamadas.

Había perdido los quinientos euros que no eran suyos.

Tenía deudas, un préstamo nuevo, una hija que le daba las gracias por una excursión, una exmujer que ya no gritaba, una amenaza esperando respuesta y dos nombres escritos en una libreta: Indonesia y Filipinas.

Todo bien.

Salió del local.

Madrid había oscurecido. Las luces de los coches dibujaban líneas rojas sobre el asfalto mojado. En un balcón, alguien fumaba. Un autobús frenó con un suspiro mecánico. Un grupo de adolescentes pasó riéndose, con esa crueldad involuntaria de la gente que todavía cree que la noche empieza por diversión y no por fuga.

Daniel caminó sin saber hacia dónde.

El móvil vibró otra vez.

Esta vez contestó.

—¿Dónde estás? —preguntó la voz.

Daniel miró la calle.

Podía mentir.

Siempre podía.

Pero estaba cansado.

—No tengo el dinero.

Silencio.

Luego una risa corta.

—¿Qué?

—No lo tengo.

—Pues consíguelo.

—No puedo.

—Daniel, escucha bien. No me importa si puedes o no.

Daniel cerró los ojos.

—Mañana.

—No.

—Mañana te doy algo.

—Hoy has tenido dinero.

Daniel abrió los ojos.

Un taxi pasó despacio junto a él. Durante un segundo vio su reflejo en la ventanilla: traje oscuro, cara pálida, el corte de afeitar todavía marcado bajo la mandíbula.

—Lo he perdido —dijo.

La frase quedó en el aire.

Simple.

Fea.

Verdadera.

La voz al otro lado tardó en responder.

—Eres gilipollas.

Daniel casi agradeció la precisión.

—Sí.

—Mañana a primera hora. Y no me vuelvas a colgar.

La llamada terminó.

Daniel bajó el móvil.

Durante unos segundos se quedó inmóvil en mitad de la acera. La gente lo rodeaba. Nadie lo miraba demasiado. Madrid tenía una capacidad casi profesional para no involucrarse en los hundimientos ajenos. Era una ciudad educada en ese sentido: te dejaba caer sin interrumpir el tráfico.

Empezó a caminar hacia su habitación.

No pensó en apostar más.

No pensó en pagar.

No pensó en pedir ayuda.

Pensó en el local de apuestas, en los billetes entrando uno a uno, en el galgo número tres perdiendo por una distancia ridícula, en Irene dando las gracias por treinta y cinco euros, en Clara diciendo: "No le prometas cosas que no sabes si vas a cumplir."

Tenía razón.

Clara siempre tenía razón en los momentos menos útiles.

Al llegar al portal del piso compartido, se quedó fuera un rato. No quería entrar. Entrar significaba volver a ser un hombre en una habitación con cartas sin abrir. Quedarse fuera tampoco solucionaba nada, pero al menos la calle tenía amplitud suficiente para que la vergüenza respirara.

Sacó la libreta.

La abrió por la primera página.

Indonesia.

Filipinas.

Debajo, con la mano un poco más firme de lo que esperaba, escribió:

No volver.

Miró las tres palabras.

No volver.

Ya no eran una fantasía. Ya no eran una búsqueda de vuelos. Ya no eran cansancio.

Eran una dirección moral.

Una dirección espantosa, sí, pero dirección al fin.

Daniel guardó la libreta.

Subió las escaleras.

En el pasillo, uno de sus compañeros de piso hablaba por teléfono con su madre. Decía que el examen había ido regular, que no sabía si aprobaría, que estaba cansado pero iba a seguir. Una vida pequeña, normal, obstinada. Una vida que aceptaba la derrota sin convertirla inmediatamente en plan de fuga. Daniel sintió por él una envidia feroz.

Entró en su habitación.

Cerró la puerta.

Se quitó la chaqueta y la dejó sobre la silla. El traje ya no parecía una coartada. Parecía una prueba.

Abrió el portátil.

La página de vuelos seguía en el historial.

Madrid — Denpasar.

Solo ida.

Daniel apoyó los dedos sobre el teclado.

Por primera vez en todo el día, no intentó justificarse.

No se dijo que era temporal.

No se dijo que lo arreglaría.

No se dijo que era por Irene.

No se dijo que Clara estaría mejor.

No se dijo nada.

A veces la cobardía, cuando por fin deja de hablar, revela su verdadera forma.

Daniel miró la pantalla hasta que los ojos le ardieron.

Luego buscó fechas.

Y esta vez no cerró la pestaña.

Capítulo 5 — Solo ida

Daniel no compró el billete aquella noche.

Lo tuvo delante durante cuarenta y tres minutos, que era una forma bastante sofisticada de no tomar una decisión mientras la decisión te miraba desde la pantalla.

Madrid — Denpasar.

Una escala larga.

Un precio que cambiaba cada vez que actualizaba, como si incluso los algoritmos hubieran aprendido a oler la desesperación.

Solo ida.

Esa expresión seguía ahí, limpia, pequeña, casi inocente. Dos palabras que podían significar muchas cosas. Un mochilero. Un nómada digital. Un divorciado con ansiedad. Un hombre haciendo algo espontáneo por primera vez en su vida. Un imbécil convencido de que el océano Pacífico tenía servicio de lavandería moral.

Daniel apoyó los codos sobre la mesa y se frotó la cara.

El corte bajo la mandíbula volvió a abrirse un poco. Notó el escozor. Se tocó y vio una mancha roja en la yema del dedo.

Seguía sangrando por sitios pequeños.

La habitación olía a ropa usada, papel viejo y miedo encerrado. En el pasillo, el opositor hablaba por teléfono con su madre en voz baja. Daniel escuchó fragmentos.

"No, mamá, estoy bien."

"Sí, he cenado."

"Mañana estudio más."

Una mentira doméstica. Decente. De esas que se dicen para no preocupar a alguien que te quiere. Daniel sintió una envidia absurda. Hasta sus mentiras parecían vivir en una clase social inferior.

Miró el móvil.

No había mensajes nuevos de Clara.

No había mensajes de Irene.

Sí había tres llamadas perdidas del número desconocido y un mensaje que no abrió. No hacía falta. Las amenazas tenían poca creatividad. Uno podía leer una y entender el género completo.

Abrió la app del banco.

El saldo seguía allí, mutilado por su estupidez de la tarde.

El préstamo había entrado como una promesa y ya parecía un animal herido.

Podía usarlo para comprar tiempo.

Podía pagar una parte a unos, otra a otros, calmar a Sergio, respirar una semana, quizá dos. Podía llamar a la asociación de la tarjeta que Eduardo le había ofrecido. Podía decirle a Clara la verdad. Podía pedir ayuda.

Las opciones correctas tenían todas el mismo defecto: lo mantenían en Madrid.

Y Madrid ya no era una ciudad.

Era un sistema de reconocimiento facial.

Cada calle sabía algo de él. Cada bar, cada número desconocido, cada puerta, cada estación de metro. Madrid tenía la cara de Clara mirando el reloj, la voz de Irene diciendo "no pasa nada", el pitido de la tarjeta rechazada, el silencio de Eduardo guardando la tarjeta de la asociación en un cajón.

Madrid no lo perseguía.

Madrid lo recordaba.

Eso era peor.

Daniel cerró la aplicación del banco y volvió a la página de vuelos.

El botón de reserva seguía ahí.

No lo pulsó.

En su lugar, abrió otra pestaña y buscó hoteles en Bali.

No porque pensara dormir bien allí.

Porque necesitaba vestir la idea de vacaciones.

La palabra "vacaciones" era útil. Tenía una respetabilidad casi infantil. La gente la entendía. La gente no desconfiaba de un hombre que decía necesitar vacaciones después de un divorcio, problemas económicos y una temporada mala. Al contrario. Lo animaban. Le decían que se despejara. Que cambiara de aire. Que volviera con otra energía. Qué hermosa era la sociedad cuando colaboraba con la huida usando frases de autoayuda.

Miró alojamientos baratos.

Habitaciones con ventiladores.

Camas blancas.

Piscinas pequeñas.

Desayuno incluido.

Fotos de templos, playas, motos, arrozales.

Todo parecía diseñado para personas que querían encontrarse a sí mismas. Daniel, en cambio, buscaba perderse con cierta eficacia.

Abrió la libreta.

Indonesia.

Filipinas.

No volver.

Se quedó mirando las tres líneas.

Todavía podía arrancar la página.

Eso lo sorprendió.

No porque fuera difícil hacerlo. Al contrario. La página era fina, barata, vulgar. Podía arrancarla, romperla en cuatro pedazos, tirarla a la basura y despertar al día siguiente siendo el mismo Daniel de siempre: arruinado, amenazado, cobarde, pero todavía localizable.

Arrancar la página era más fácil que continuar.

Quizá por eso no lo hizo.

Debajo escribió:

Vacaciones.

La palabra quedó ridícula. Tan limpia al lado de "no volver" que parecía escrita por otra persona.

Luego añadió:

Necesito ordenar mi cabeza.

Eso ya sonaba mejor. Era una frase que podía decirle a Clara. Incluso podía creérsela durante unos segundos, que siempre ayudaba a mentir con naturalidad.

Se levantó y fue hasta la maleta negra.

La abrió.

Dentro había ropa doblada de cualquier manera, una toalla, un cargador antiguo, unos papeles, una camiseta de Irene que se había llevado por error hacía meses. Daniel la sacó despacio.

Era una camiseta blanca con un dibujo de una ballena azul. Le quedaría pequeña ya. La recordaba usándola un verano en una

piscina municipal, saltando al agua con gafas rosas y esa falta de vergüenza corporal que los niños pierden antes de que nadie les explique por qué.

La sostuvo demasiado tiempo.

Después la dejó sobre la cama.

No sabía si devolverla.

No sabía si guardarla.

No sabía si tenía derecho a tocarla.

El móvil vibró.

Esta vez era Clara.

Daniel sintió un sobresalto absurdo, como si ella pudiera ver la libreta desde Arganzuela.

Contestó.

—¿Sí?

—¿Estabas dormido?

—No.

—Te he escrito antes.

Daniel miró la pantalla. No había visto el mensaje. O sí lo había visto y su cabeza lo había archivado en ese lugar donde guardaba las cosas que podían exigirle algo.

—Perdona. He estado liado.

—Ya.

Ese "ya" de Clara tenía más historia que algunas novelas familiares.

—¿Pasa algo? —preguntó Daniel.

—Irene tiene que llevar una autorización firmada para la excursión. Te la mandé por correo hace dos semanas.

Daniel cerró los ojos.

Claro.

La autorización.

Un papel. Una firma. Una responsabilidad tan pequeña que casi daba risa. Daniel era perfectamente capaz de fallar incluso en tareas que cabían en un folio.

—La tengo —mintió.

—No la tienes.

—Clara.

—El tutor me ha escrito. Falta tu firma.

Daniel miró la mesa. Cartas sin abrir. Papeles. Sobres. Publicidad. La autorización podía estar allí, bajo algún requerimiento de deuda, aplastada por la biografía administrativa de su fracaso.

—La busco y te la mando mañana.

—La necesitas escanear.

—Lo haré.

—¿Seguro?

Daniel odió la pregunta.

No porque fuera ofensiva.

Porque era necesaria.

—Sí.

Hubo un silencio.

—Daniel, si no puedes con estas cosas, dímelo. No pasa nada.

No pasa nada.

Otra vez.

La frase que Irene había aprendido.

La frase que Clara usaba cuando ya había pasado todo.

Daniel miró la camiseta de la ballena sobre la cama.

—Puedo con una autorización, Clara.

—No va solo de una autorización.

—Últimamente nada va de lo que va.

—Porque tú conviertes todo en símbolo.

Daniel soltó una risa seca.

—Eso suena a frase de terapia.

—Quizá deberías probarla alguna vez.

La respuesta le entró limpia, sin violencia.

Daniel caminó hasta la ventana. La calle estaba oscura. En el edificio de enfrente, alguien cenaba frente a la televisión. La luz azul parpadeaba sobre una mesa pequeña.

—Estoy pensando en irme unos días —dijo.

La frase salió antes de que pudiera medirla.

Al otro lado, Clara no respondió.

Daniel sintió que acababa de abrir una puerta que tal vez no sabría cerrar.

—¿Irte dónde? —preguntó ella.

—Fuera.

—Eso no es un sitio.

—Indonesia.

Silencio.

Esta vez fue más largo.

Daniel imaginó a Clara apartando el móvil de la oreja, mirando la pantalla, comprobando que seguía hablando con el mismo hombre que no había podido comprar un cuaderno de doce euros.

—¿Indonesia? —repitió.

—Sí.

—Daniel.

—Necesito salir de aquí.

—¿Con qué dinero?

Ahí estaba Clara. Siempre directa hacia el hueso. Nunca respetaba las envolturas bonitas. Una falta de educación espantosa para alguien que intentaba mentirse con estética.

—He cobrado algo.

—¿Algo?

—Un trabajo pendiente.

La mentira ya estaba usada, pero todavía caminaba.

—¿Y en vez de pagar deudas te vas a Indonesia?

Daniel apretó los dedos contra el marco de la ventana.

—No es tan simple.

—Nunca lo es contigo.

—Necesito ordenar mi cabeza.

La frase de la libreta funcionó peor en voz alta.

Incluso Daniel lo notó.

Clara respiró despacio.

—¿Desde cuándo estás pensando eso?

—No lo sé. Poco.

—¿Poco es hoy?

Daniel no respondió.

—Daniel.

—No quiero discutir.

—Yo tampoco. Por eso te estoy preguntando con calma.

La calma de Clara era una forma de precisión quirúrgica. Abría sin manchar.

—Unos días fuera me pueden venir bien —dijo él—. Volver con otra perspectiva.

—¿Y qué perspectiva esperas encontrar a once mil kilómetros que no puedas encontrar aquí hablando con un médico?

—No empieces con eso.

—No estoy empezando. Estoy señalando que quizá tu problema no sea Madrid.

Daniel se giró hacia la habitación.

La maleta abierta.

La camiseta de Irene.

La libreta.

La página de vuelos brillando en el portátil.

Todo parecía declararlo culpable en silencio.

—No voy a hacer nada malo —dijo.

La frase quedó suspendida.

Qué frase tan curiosa, pensó Daniel. Nadie la dice antes de hacer algo claramente bueno.

—No sé qué significa eso —respondió Clara.

—Significa que necesito respirar.

—Tienes una hija.

—Lo sé.

—No. Saberlo no es lo mismo que actuar como si lo supieras.

Daniel cerró los ojos.

—Clara, por favor.

—¿Cuándo pensabas decírselo a Irene?

—Cuando lo tuviera claro.

—Entonces todavía no lo tienes claro.

Daniel miró la pantalla del portátil.

Madrid — Denpasar.

Solo ida.

—No —dijo.

Y por un segundo fue verdad.

No lo tenía claro.

No del todo.

La idea seguía siendo una forma sin nombre, un animal debajo de la cama. Todavía podía llamarla vacaciones. Todavía podía fingir que volvería. Todavía podía reservar una vuelta. Todavía podía hacer que todo pareciera razonable.

—No le digas nada hasta que sepas qué vas a hacer —dijo Clara.

—No soy idiota.

—No, Daniel. Ese nunca fue el problema.

La frase cayó despacio.

Él se apoyó en la pared.

—¿Entonces cuál fue?

Clara tardó.

Cuando habló, su voz sonó más baja.

—Que eres inteligente para todo menos para dejar de hacerte daño.

Daniel no contestó.

La frase no era exacta.

Era peor: era incompleta.

Porque Daniel no solo se hacía daño a sí mismo. Esa era la mentira noble. El resto lo recibían los demás, por transferencia, por contacto, por vivir demasiado cerca de él.

—Busca la autorización —dijo Clara—. Mándamela mañana. Y si de verdad vas a irte, no conviertas eso en otra promesa para Irene.

—No lo haré.

—Buenas noches, Daniel.

—Buenas noches.

Clara colgó.

Daniel se quedó con el móvil en la mano.

Luego miró la camiseta de Irene sobre la cama y la dobló con una torpeza cuidadosa. La colocó dentro de la maleta. No porque fuera a llevársela, se dijo. Solo para no verla.

Volvió al portátil.

La sesión había caducado.

Tuvo que empezar de nuevo.

Madrid.

Denpasar.

Fechas.

Pasajero.

Daniel Salcedo.

Nombre completo, fecha de nacimiento, documento.

Cada campo parecía obligarlo a existir.

Al llegar a "tipo de viaje", dudó.

Ida y vuelta.

Solo ida.

El cursor descansó sobre la segunda opción.

Solo ida era demasiado evidente, incluso para él. Demasiado desnudo. Demasiado honesto.

Eligió ida y vuelta.

La vuelta, a tres semanas vista.

No porque pensara volver.

Porque las mentiras también necesitaban decoración.

El precio subió.

Daniel lo aceptó.

Luego eligió un alojamiento barato para las primeras noches en Bali. Nada lujoso. Lo bastante decente para parecer que no estaba huyendo, lo bastante barato para no sentirse completamente imbécil. Aunque esa última parte ya iba con retraso.

Al introducir la tarjeta, la página tardó demasiado.

Daniel contuvo la respiración.

La primera tarjeta fue rechazada.

Por supuesto.

La segunda también.

La tercera quedó procesando.

El círculo giró en la pantalla.

Daniel sintió el cuerpo entero reducido a ese pequeño símbolo.

Procesando.

Procesando.

Procesando.

Confirmado.

Durante unos segundos no entendió la palabra.

Confirmado.

Reserva realizada.

Billete emitido.

Correo enviado.

Daniel no se movió.

La habitación siguió igual.

El pasillo siguió igual.

Madrid no tembló.

Nadie llamó a la puerta.

No hubo música.

No hubo trueno.

No hubo señal.

El mundo, con su habitual falta de sensibilidad literaria, permitió que una de las decisiones más cobardes de su vida ocurriera con la misma solemnidad que comprar una batidora.

Daniel abrió el correo.

Ahí estaba.

Su nombre.

Su vuelo.

Su salida.

Dentro de ocho días.

Ocho días.

El tiempo adquirió una forma nueva. Ya no era una masa informe de deudas y llamadas. Era una cuenta atrás.

Ocho días para fingir que preparaba vacaciones.

Ocho días para mentir bien.

Ocho días para ver a Irene, quizá.

Ocho días para no pensar demasiado en la palabra volver.

Abrió la libreta y escribió:

8 días.

Debajo:

Volver parece opcional.

Tachó la frase enseguida.

La tachadura la hizo más visible.

El móvil vibró.

Mensaje del número desconocido.

"Mañana a las 10. Si no, vamos a verte."

Daniel miró el mensaje.

Luego miró el correo del billete.

Por primera vez en horas, la amenaza no lo atravesó igual. Seguía dándole miedo. Seguía siendo real. Pero algo había cambiado. Una parte de él ya no estaba completamente allí para recibir el golpe.

Eso lo asustó.

Y también lo alivió.

Se quitó el traje. Lo dejó sobre la silla, arrugado. Se puso una camiseta vieja y se sentó en la cama. La maleta abierta parecía observarlo.

Pensó en Irene.

En la excursión a Segovia.

En el cuaderno azul.

En la ballena de la camiseta.

En la frase de Clara: "No conviertas eso en otra promesa para Irene."

Daniel abrió el chat de su hija.

Escribió:

"Princesa, me alegro de que vayas a la excursión."

Borró "princesa".

Lo volvió a escribir.

Lo dejó.

Añadió:

"Cuando vuelva, hacemos algo especial."

Miró la frase.

Cuando vuelva.

No "el mes que viene".

Cuando vuelva.

La mentira tenía ahora un calendario internacional.

No envió el mensaje.

Lo borró.

Escribió solo:

"Me alegro de lo de Segovia. Te quiero."

Envió.

La respuesta llegó cinco minutos después.

"Yo también. Buenas noches papa."

Sin tilde.

Irene siempre olvidaba esa tilde.

Daniel se quedó mirando el mensaje hasta que la pantalla se apagó.

Después apagó la luz.

No durmió.

La habitación quedó en penumbra, con la franja de la persiana rota dibujando una línea sobre la pared. Desde la cama, Daniel veía la maleta abierta y el traje en la silla. Dos versiones de sí mismo. El hombre que vendía confianza. El hombre que se iba.

Ninguna parecía verdadera.

A las tres y veintiséis de la madrugada volvió a encender el móvil.

Abrió el correo del billete.

Lo leyó otra vez.

Madrid — Denpasar.

Ocho días.

Daniel sintió un frío lento recorrerle el cuerpo.

No era miedo exactamente.

Era algo más parecido a la lucidez.

Había cruzado una línea.

No la línea final. Todavía no. Todavía podía cancelar, arrepentirse, pedir ayuda, decirle a Clara que se había asustado, llamar a la asociación, aceptar que su vida era una ruina pero no un cadáver.

Todavía podía.

Esa fue la parte más terrible.

La libertad seguía allí.

Pequeña, humillante, difícil.

Y Daniel, que siempre había sido muy bueno encontrando argumentos, empezó a preparar los necesarios para no usarla.

Capítulo 6 — Morir lejos

Durante los ocho días siguientes, Daniel Salcedo aprendió que una cuenta atrás no necesita hacer ruido para volverse insoportable.

El primer día todavía pudo fingir que no pasaba nada.

Fue al bar de abajo, pidió café, abrió el portátil y revisó ofertas de empleo durante veinte minutos con la seriedad admirable de un hombre que acababa de comprar un billete a Indonesia y aun así quería conservar la estética del intento. Mandó tres currículums. Corrigió una coma. Adaptó una carta de presentación. Incluso escribió "me considero una persona responsable, resolutiva y orientada a objetivos" sin que el teclado se incendiara por puro sentido de la justicia.

Luego abrió el correo del vuelo.

Madrid — Denpasar.

Siete días.

El segundo día pagó parte de lo que debía a Sergio.

No todo. Ya no podía todo. Esa palabra pertenecía a personas con nómina, padres vivos que ayudaban, cuentas saneadas o una relación sana con la realidad.

Quedó en una esquina cerca de Palos de la Frontera con un chico que no era Sergio. Veintipocos años, cazadora negra, cara de sueño malo. Daniel le entregó doscientos euros. El chico contó los billetes sin disimular desprecio.

—Faltan trescientos.

—Lo sé.

—Mañana.

—No puedo mañana.

El chico lo miró como si acabara de escuchar una opinión irrelevante sobre meteorología.

—Mañana.

Daniel estuvo a punto de decir que en una semana ya no estaría. No lo dijo. Algunas verdades eran tan útiles como pegarse un tiro en una mano para no firmar un documento.

—Haré lo que pueda.

El chico guardó el dinero.

—Eso no está funcionando muy bien, ¿no?

Daniel sonrió.

—Se nota que eres observador.

El chico no sonrió.

—No te pongas listo.

Daniel bajó la mirada.

Aquello le molestó más que la amenaza: tener que bajar la mirada delante de alguien que ni siquiera sabía amenazar con estilo. Uno podía caer muy bajo y aun así conservar preferencias estéticas. Era una miseria refinada, pero miseria al fin.

El tercer día encontró la autorización de Irene.

Estaba debajo de una carta de impago, doblada por la mitad, con una esquina manchada de café. La planchó con la mano sobre la mesa, firmó donde correspondía y la escaneó con una aplicación del móvil. La primera foto salió torcida. La segunda borrosa. La tercera aceptable.

Se la mandó a Clara.

"Firmada."

Clara respondió:

"Recibida."

Nada más.

Daniel miró la pantalla esperando una palabra que no merecía. Gracias. Bien. Perfecto. Algo.

No llegó.

La madurez de Clara consistía, entre otras cosas, en no alimentar perros que luego mordían.

El cuarto día, Eduardo Peñalver le escribió preguntando por los diez perfiles.

Daniel había olvidado casi por completo la colaboración comercial. Aquella pequeña posibilidad laboral, que dos días antes había parecido una cuerda, ahora le resultaba un objeto encontrado en una vida anterior.

Respondió:

"Los estoy filtrando. Te los paso en breve."

La mentira era elegante. “Filtrar” era una palabra maravillosa. Servía para no hacer nada con apariencia de criterio.

Eduardo respondió con un pulgar hacia arriba.

Daniel sintió una tristeza absurda por aquel emoji. Un hombre en Chamberí todavía creía que él estaba preparando una lista. Clara todavía creía que él volvería de Indonesia. Irene todavía creía que el mes que viene podía existir.

La mentira, cuando crecía, empezaba a necesitar personal de mantenimiento.

El quinto día fue a comprar una mochila.

No grande. No llamativa. Nada que pareciera aventura. Una mochila oscura, resistente, barata, de esas que podían pertenecer tanto a un turista con presupuesto como a un hombre que no quería facturar equipaje porque cada mostrador era una oportunidad para arrepentirse.

En la tienda, una dependienta le preguntó:

—¿Para viaje?

Daniel tardó un segundo en responder.

—Sí.

—¿Muchos días?

—Pocos.

La dependienta le enseñó compartimentos, cremalleras, bolsillo secreto para pasaporte, funda impermeable. Daniel asentía con atención. Le pareció obsceno que la huida pudiera organizarse en departamentos. Ropa aquí. Documentos allí. Cargador en este bolsillo. Vergüenza, si cabe, doblada junto a las camisetas.

Pagó con tarjeta.

La operación fue aceptada.

Daniel casi se emocionó.

Ese era el nivel exacto de su hundimiento: una compra aprobada podía parecerle una bendición.

El sexto día Clara le escribió:

“Irene quiere verte antes de que te vayas.”

Daniel leyó el mensaje en la cama, vestido, con la maleta abierta delante.

Durante varios minutos no respondió.

No porque dudara si quería verla. Quería verla de una forma desesperada, casi física. Quería verla como se quiere tocar una pared antes de abandonar una casa que quizá arda después. Quería verla porque era su hija. Quería verla porque iba a mentirle. Quería verla porque, en algún lugar torcido de su cabeza, necesitaba llevarse una última imagen limpia para justificar todo lo que venía después.

Esa era la parte más repugnante.

Incluso el amor intentaba usarlo como coartada.

Respondió:

"Claro. Cuando queráis."

Clara tardó veinte minutos.

"Mañana a las seis. Una hora. No la confundas."

No la confundas.

Daniel dejó el móvil sobre la cama.

Demasiado tarde, pensó.

Pero no lo escribió.

Aquella noche intentó preparar lo que diría. Se sentó frente a la libreta y escribió varias frases.

"Voy a estar fuera unos días."

"Necesito descansar."

"Cuando vuelva…"

Tachó la última.

Cuando vuelva era una promesa.

Y las promesas, en boca de Daniel, ya no eran frases. Eran préstamos sin intención realista de pago.

Escribió:

"Te llamaré desde allí."

Se quedó mirando esa frase.

Tampoco era segura.

No sabía si llamaría. No sabía desde dónde. No sabía durante cuánto tiempo. No sabía qué parte de Daniel Salcedo iba a seguir disponible después de subirse a aquel avión.

Tachó también.

Al final no dejó nada escrito.

Decidió improvisar.

Era una decisión pésima, así que le resultó familiar.

El séptimo día vio a Irene.

Clara eligió una cafetería cerca de su casa, no el piso. Eso ya era un mensaje: Daniel podía ver a su hija, pero no entrar en el espacio donde Irene dormía, estudiaba, dejaba la mochila y hacía vida. El hogar era territorio protegido. Él era visita con horario.

Llegó diez minutos antes.

Se sentó en una mesa junto a la ventana. Pidió agua. No café. Tenía las manos demasiado nerviosas para fingir que necesitaba más pulso.

Irene entró con Clara a las seis en punto.

Llevaba el pelo recogido en una coleta y una sudadera verde que Daniel no recordaba haber visto. Ese detalle le dolió. La ropa nueva de los hijos era una forma silenciosa de medir todo lo que uno no había presenciado.

Irene sonrió al verlo.

Una sonrisa pequeña, cautelosa, todavía suya.

—Hola, papá.

Daniel se levantó.

—Hola, princesa.

La abrazó.

Esta vez Irene sostuvo un poco más el abrazo. O quizá él necesitó creerlo.

Clara dejó que se saludaran y luego señaló la barra.

—Voy a pedir.

No era una ausencia. Era vigilancia a distancia con educación suficiente para no parecerlo.

Daniel e Irene se sentaron.

—¿Ya tienes preparada la excursión? —preguntó él.

—Sí. Vamos el jueves.

—Segovia es bonita.

—¿Has ido?

—Hace mucho.

—Mamá dice que el acueducto impresiona más en persona.

—Tu madre tiene razón en cosas molestas.

Irene sonrió.

—Dice que te vas de viaje.

Daniel sintió que la palabra viaje caía entre ellos como un objeto frágil.

—Sí.

—¿A Indonesia?

—Sí.

—Eso está lejísimos.

—Bastante.

—¿Cuántas horas?

—Muchas. De esas que cuando llegas ya no sabes si desayunar o pedir perdón.

Irene soltó una risa breve.

Daniel la miró como se mira una cosa que se está perdiendo en tiempo real.

—¿Por qué vas? —preguntó ella.

Ahí estaba.

La pregunta sencilla.

Siempre eran las preguntas sencillas las que arruinaban a los mentirosos. Las complicadas permitían rodeos. Las sencillas exigían una columna vertebral.

—Necesito descansar un poco —dijo.

—¿De qué?

Daniel bajó la vista al vaso de agua.

De las llamadas.

De las deudas.

De tu madre mirándome como si ya estuviera muerto.

De ti queriéndome todavía.

De ser yo.

—De Madrid —respondió.

Irene arrugó la nariz.

—Madrid no cansa tanto.

—Eso lo dices porque no pagas alquiler.

—Mamá sí.

Daniel sonrió menos.

—Touché.

Irene jugueteó con la servilleta. La dobló por la mitad, luego otra vez, luego la abrió. Tenía las uñas mordidas. No lo había notado antes. O sí y no había querido registrarlo.

—¿Vas solo?

—Sí.

—¿No es raro?

—Un poco.

—¿Y no te da miedo?

Daniel estuvo a punto de decir que no.

Era la respuesta de padre.

No, tranquila. Todo bien. Soy adulto. Controlo. Las mismas frases con las que los adultos fabricaban techos de cartón para que los niños durmieran debajo.

Pero algo en la cara de Irene lo detuvo.

—Un poco sí —dijo.

Ella levantó la mirada.

—¿Sí?

—Claro. Viajar tan lejos da miedo.

—Entonces, ¿por qué vas?

Daniel respiró despacio.

—Porque a veces da más miedo quedarse.

Irene no respondió.

Clara llegó con un café, un chocolate caliente y una napolitana. Dejó el chocolate frente a Irene, el café frente a Daniel y se sentó un momento.

—No hacía falta —dijo Daniel.

—Ya lo sé.

Clara se levantó otra vez.

—Voy a hacer una llamada.

Mentira.

Clara no necesitaba hacer una llamada. Necesitaba dejarle a Irene una conversación con su padre sin desaparecer del todo. Daniel quiso agradecerle eso y no supo cómo. Algunas gratitudes eran imposibles de decir sin revelar demasiado.

Irene bebió chocolate.

—¿Me traerás algo?

La misma pregunta.

La pregunta de antes.

La pregunta del cuaderno.

La pregunta de una hija que todavía quería un objeto porque pedir presencia ya era demasiado arriesgado.

Daniel sintió una presión en la garganta.

—Claro.

La palabra salió sola.

Vieja.

Podrida.

Perfectamente disponible.

Irene lo miró.

Daniel se corrigió.

—Intentaré traerte algo. Algo pequeño.

—No tiene que ser caro.

—Lo sé.

—Algo raro.

—¿Raro bien o raro de "papá no sabe comprar regalos"?

—Las dos cosas.

Daniel se rió.

El sonido le pareció indecente, como reír en un hospital.

—Trato hecho.

Irene mordió la napolitana.

Tenía un poco de chocolate en la comisura. Daniel recordó a la niña de nueve años que habría dejado que él se lo limpiara con una servilleta. La de doce ya se limpió sola.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó.

El mundo se detuvo de una forma discreta.

Daniel tenía una fecha de vuelta en el billete. La había comprado. Existía. Podía decirla. Podía usarla como escudo. Técnicamente no sería mentira.

Técnicamente.

Esa palabra era una alfombra bajo la que Daniel había escondido demasiados cadáveres pequeños.

—En unas semanas —dijo.

—¿Cuántas?

—Tres, más o menos.

—¿Más o menos?

—Depende de vuelos, trabajo, cosas.

Irene lo miró.

La primera grieta.

No en la mentira. En ella.

—Pero vuelves.

Daniel sintió que la cafetería se quedaba sin aire.

Clara, desde la barra, no miraba hacia ellos. Miraba demasiado poco. Escuchaba.

—Sí —dijo Daniel.

Irene sostuvo su mirada.

—Seguro.

Era la misma palabra del portal.

Seguro.

La cuerda sobre el agujero.

Daniel podría haberse salvado allí.

No de las deudas.

No de Sergio.

No de la ruina.

Pero sí de lo que estaba a punto de convertirse en algo irreparable.

Podría haber dicho: no estoy bien, Irene. Podría haber mirado a Clara. Podría haber permitido que una parte miserable de sí mismo se derrumbara delante de las dos. Podría haber aceptado la humillación limpia de pedir ayuda antes que la elegancia sucia de desaparecer.

Pero Daniel Salcedo era muy bueno vendiendo confianza.

Incluso cuando no quedaba ninguna en almacén.

—Seguro —dijo.

Irene asintió.

No sonrió.

Eso fue peor.

Hablaron de la excursión, de una compañera que se mareaba en autobús, de una profesora que había prohibido llevar chuches y de un chico que decía que en Segovia había fantasmas. Daniel escuchó

con una atención casi religiosa. Cada detalle se le clavaba en la memoria como si alguien estuviera embalando su vida en cajas pequeñas.

A las siete menos cinco, Clara volvió a la mesa.

—Tenemos que irnos.

Daniel miró el reloj.

La hora había pasado con una crueldad eficiente.

Irene se levantó.

—¿Me escribirás desde allí?

—Sí.

Otra promesa.

Daniel ya no sabía hablar sin emitir deuda.

—Manda fotos —dijo ella.

—Mandaré fotos.

—Pero no de comida rara.

—Entonces me dejas sin contenido.

Irene sonrió.

Se abrazaron junto a la mesa. Daniel cerró los ojos un segundo. Olía a chocolate, a champú, a adolescencia empezando sin pedirle permiso.

—Pásalo bien en Segovia —dijo.

—Pásalo bien en Indonesia.

La frase lo golpeó de una forma absurda.

Pásalo bien.

Como si aquello fuera posible.

Clara salió con Irene. En la puerta, la niña levantó la mano para despedirse. Daniel hizo lo mismo. Luego las vio alejarse por la acera hasta que giraron la esquina.

No las siguió.

No podía.

Si las seguía, quizá corría detrás de ellas.

Y si corría detrás de ellas, quizá todavía había una vida.

Daniel se quedó en la cafetería hasta que el camarero empezó a mirar su mesa con cansancio. Pagó el café y salió.

Esa noche hizo la maleta.

Tres camisetas.

Dos pantalones.
Ropa interior.
Cargadores.
Pasaporte.
Billetes impresos.
Una libreta.
La camiseta de la ballena.
La sacó otra vez.
La sostuvo.
No tenía sentido llevarla.
Precisamente por eso la dobló y la puso al fondo de la mochila.
Luego abrió el portátil y compró un seguro de viaje barato.
Leyó las coberturas con una atención absurda.
Pérdida de equipaje.
Retraso.
Asistencia médica.
Repatriación.
La palabra le pareció obscena.
Repatriación.
Como si el cuerpo fuera una maleta más, algo que podía extraviarse y enviarse de vuelta con los papeles adecuados.
Cerró la pestaña.
Después buscó Filipinas otra vez.
No reservó nada.
Solo miró.
Manila.
Cebú.
Siquijor.
La isla aparecía en fotos pequeñas: playas, cascadas, caminos, motos, atardeceres. Daniel leyó descripciones turísticas sobre tranquilidad, magia local, curanderos, buceo, huéspedes amables, rincones escondidos.
Rincones escondidos.
La frase hizo su trabajo.
El octavo día llegó sin dramatismo.

Daniel se despertó antes de la alarma. La habitación estaba azulada por la luz temprana. Durante unos segundos pensó que había soñado todo. Luego vio la mochila preparada, el traje colgado en la silla y los billetes impresos sobre la mesa.

No había soñado nada.

Qué falta de consideración por parte de la realidad.

Se duchó.

Se afeitó.

No se puso traje. Eligió vaqueros, camiseta gris, sudadera oscura. Ropa de turista cansado. Ropa de hombre que no quería llamar la atención ni siquiera ante sí mismo.

Dejó las llaves de la habitación en un sobre para el propietario con una nota:

"Me voy unos días. Te hago transferencia cuando vuelva."

Cuando vuelva.

La mentira ya tenía caligrafía.

Cogió la mochila.

Antes de salir, miró la habitación.

La cama sin hacer.

Las cartas sin abrir.

La silla.

La ventana.

La maleta negra vacía.

No sintió nostalgia.

Eso lo asustó.

Uno debería sentir algo al abandonar el lugar donde había tocado fondo. Pero quizá tocar fondo consistía precisamente en eso: en no tener ya cariño ni por el agujero.

Bajó las escaleras.

En el portal, el opositor salía con una carpeta bajo el brazo.

—¿De viaje? —preguntó.

Daniel ajustó la mochila.

—Unos días.

—Qué suerte.

Daniel lo miró.

Suerte.

Otra palabra inocente pasando cerca de un crimen moral sin reconocerlo.

—Sí —dijo—. Suerte.

Cogió el metro hacia el aeropuerto.

Durante el trayecto no escuchó música. Miró el reflejo de la ventanilla. Un hombre de cuarenta y dos años con mochila, barba recién hecha y ojos de no haber dormido. Podría ser cualquiera. Eso le produjo una calma extraña. La gente desaparecía primero así: volviéndose cualquiera.

En Nuevos Ministerios subió una familia con dos niños pequeños y una maleta enorme. El padre sudaba. La madre repartía instrucciones. Uno de los niños preguntó si el avión podía caerse. El padre respondió que no, con una seguridad tan falsa y tan amorosa que Daniel tuvo que apartar la mirada.

En Barajas, todo fue normal.

Demasiado normal.

Facturación.

Control.

Bandeja de plástico.

Cinturón.

Mochila.

Pasaporte.

Puertas.

Tiendas de perfumes.

Pantallas.

Personas comprando bocadillos a precios que deberían investigarse en La Haya.

Daniel pasó por cada trámite con una obediencia impecable. Nadie vio nada raro. Nadie lo detuvo. Nadie le preguntó si estaba seguro de querer seguir existiendo de aquella manera. La burocracia aeroportuaria, como casi todas las burocracias, solo necesitaba que los documentos coincidieran.

En la puerta de embarque, sacó el móvil.

Mensaje de Clara.

"Buen viaje. Avísanos cuando llegues."

Daniel leyó "avísanos".

No “avísame”.

Avísanos.

Clara e Irene.

Todavía había un plural esperándolo.

Abrió el chat de Irene.

Escribió:

“Estoy en el aeropuerto. Te mando foto cuando llegue.”

Irene respondió casi enseguida.

“Vale. Cuidado.”

Cuidado.

Daniel sintió que la palabra lo atravesaba.

Irene no sabía de qué tenía que tener cuidado.

Él tampoco.

O sí.

Miró alrededor. Gente con auriculares, mochilas, cuello doblado sobre pantallas, niños comiendo galletas, una pareja discutiendo por el asiento de ventanilla. Vida común en tránsito.

Daniel apoyó el móvil sobre la rodilla.

Podía levantarse.

Todavía.

Podía salir de la puerta de embarque. Podía perder el vuelo. Podía llamar a Clara. Podía decir: no puedo. No estoy bien. Estoy pensando cosas horribles. Ayúdame aunque no lo merezca. Podía aceptar el ridículo absoluto de seguir vivo en Madrid.

La megafonía anunció el embarque.

Primero familias con niños.

Luego prioridad.

Luego grupos.

Daniel miró su tarjeta.

Grupo 3.

La libertad tenía número de embarque.

Cuando llamaron su grupo, se levantó.

La fila avanzó despacio. Daniel entregó el pasaporte y la tarjeta de embarque. La empleada los escaneó. Sonrió sin verlo.

—Buen viaje.

—Gracias.

Cruzó el finger.

El avión lo esperaba al otro lado, blanco, enorme, vulgar. Nada en él parecía capaz de cambiar una vida. Parecía simplemente una máquina con asientos incómodos y aire reciclado.

Daniel entró.

Buscó su asiento.

Ventana.

Dejó la mochila arriba, excepto la libreta y el móvil. Se sentó. Abrochó el cinturón.

Desde la ventanilla veía una parte de la pista, vehículos pequeños moviéndose alrededor de aviones, trabajadores con chalecos reflectantes, una ciudad técnica donde todo parecía tener función.

El móvil vibró.

Irene.

"Papá."

Solo eso.

Daniel respondió:

"Dime."

Los tres puntos aparecieron.

Desaparecieron.

Volvieron.

Desaparecieron.

Finalmente llegó el mensaje.

"¿Vas a volver seguro?"

Daniel se quedó inmóvil.

La cabina sonaba a hebillas, conversaciones, ruedas de maletas, instrucciones en varios idiomas. Una azafata cerraba compartimentos. Alguien pidió cambiar de asiento. Un bebé empezó a llorar con una intuición literaria impecable.

Daniel miró la pantalla.

¿Vas a volver seguro?

El avión todavía no se movía.

La puerta quizá seguía abierta.

Todavía.

Siempre todavía.

Escribió:

“Sí.”

No envió.

Borró.

Escribió:

“Claro que sí.”

Borró.

Escribió:

“Te quiero.”

Lo miró.

Eso era verdad.

Inútil, cobarde, insuficiente, pero verdad.

Envió:

“Te quiero.”

Irene respondió:

“Yo también.”

Daniel apagó el móvil porque la tripulación lo pidió.

No respondió a la pregunta.

O quizá sí.

A veces el silencio era una respuesta tan clara que solo los adultos fingían no entenderla.

El avión empezó a moverse.

Madrid quedó al otro lado de la ventanilla, extendida bajo un cielo pálido, enorme, concreta, llena de personas a las que Daniel debía dinero, palabras, presencia, verdad.

Cuando el avión aceleró, Daniel cerró los ojos.

No rezó.

No pidió perdón.

No prometió volver.

Solo pensó, con una calma que no parecía suya:

Morir lejos no empieza con el mar.

Empieza cuando nadie te impide subirte al avión.

Capítulo 7 — Bali no cura nada

Daniel Salcedo llegó a Denpasar con la boca seca, la espalda rota y la sensación de que su cuerpo había aterrizado varias horas después que su culpa.

El avión se detuvo bajo una luz blanca, húmeda, casi indecente. La gente empezó a levantarse antes de que se apagara la señal del cinturón, como si todos hubieran decidido que la obediencia era una costumbre europea que no sobrevivía al trópico.

Daniel permaneció sentado.

Durante unos segundos miró por la ventanilla.

Fuera, varios trabajadores con chalecos reflectantes se movían alrededor del avión. Había luces, vehículos pequeños, señales en inglés, una oscuridad espesa al fondo y un calor que parecía atravesar el cristal antes incluso de que abrieran las puertas.

Bali.

La palabra había funcionado mejor en la pantalla del portátil.

Allí, escrita entre fotos de playas y hoteles baratos, tenía algo de promesa limpia. En cambio, al bajar del avión, Bali olía a combustible, humedad, ropa sudada y humanidad recién comprimida durante demasiadas horas en asientos estrechos.

Daniel se puso de pie cuando la fila empezó a moverse.

Bajó su mochila del compartimento superior. Pesaba poco. Demasiado poco para alguien que decía irse tres semanas. Pero nadie miró. Nadie medía la coherencia moral del equipaje ajeno. Por suerte para la civilización, y para Daniel en particular.

Encendió el móvil.

Notificaciones.

Una de Clara.

"¿Has llegado?"

Otra de Irene.

"¿Ya estás?"

No respondió.

Todavía no.

Primero necesitaba cruzar el control, encontrar una tarjeta SIM, cambiar dinero, llegar al alojamiento, respirar. Siempre necesitaba una cosa antes de la verdad. Un café. Una ducha. Cinco minutos. Una excusa pequeña para retrasar una respuesta grande.

La fila de inmigración avanzaba despacio.

Daniel sostenía el pasaporte en la mano.

Daniel Salcedo.

Su nombre seguía allí, impreso con una seriedad administrativa que empezaba a molestarle. El documento no sabía nada de él. No sabía que debía dinero. No sabía que había mentido a su hija. No sabía que había subido a un avión sin contestar una pregunta sencilla.

El pasaporte solo decía que era español, que tenía cuarenta y dos años y que su cara coincidía lo suficiente con la fotografía.

La burocracia era una especie de fe laica: si el documento estaba en orden, el alma podía viajar hecha un desastre.

Cuando llegó su turno, el agente le pidió el pasaporte en inglés.

Daniel entendió eso.

También entendió "purpose of visit".

Motivo del viaje.

La pregunta era simple.

Demasiado simple.

—Tourism —dijo.

El agente lo miró apenas. Tecleó algo. Selló el pasaporte.

Daniel esperaba sentir algo al oír el golpe del sello.

No sintió nada.

O quizá sí: una molestia ligera, como cuando una puerta se cierra en una habitación que uno no recordaba haber entrado.

Recogió el pasaporte.

—Thank you —dijo.

El agente ya estaba mirando al siguiente.

Daniel salió al vestíbulo de llegadas.

Entonces el ruido lo golpeó.

Conductores con carteles.

Familias esperando.

Turistas blancos con pantalones de lino y cara de haber leído medio blog espiritual en el avión.

Voces en inglés, indonesio, idiomas que no reconocía.

Ruedas de maletas.

Pitidos.

Aire acondicionado insuficiente.

La palabra "taxi" repitiéndose como un insecto.

—Taxi, sir?

—Transport?

—Where you go, boss?

Daniel caminó con la mochila pegada al cuerpo.

—No, thank you.

—Taxi, cheap price.

—No, thanks.

—Where you stay?

Daniel dudó medio segundo.

Demasiado.

El hombre que le había preguntado sonrió, detectando la grieta.

—Ubud? Kuta? Seminyak?

—Kuta —dijo Daniel.

Lo dijo porque era donde había reservado. También porque era una palabra corta. En inglés, las palabras cortas daban menos oportunidades de equivocarse.

El conductor levantó un cartel plastificado con precios.

Daniel intentó entender.

Entendió números.

No entendió la explicación.

El conductor habló rápido, sonriendo, señalando el móvil, el parking, una dirección que Daniel no había pronunciado. Daniel habría sabido gestionar una conversación así en Madrid. En español podía pedir desglose, cuestionar precio, bromear, tensar, soltar una frase exacta para recuperar control.

En inglés solo pudo decir:

—How much?

El conductor repitió una cifra.

Daniel sospechó que era demasiado.

Lo aceptó.

La primera derrota en otro país suele tener forma de transporte.

Salieron del aeropuerto.

El calor lo envolvió de golpe.

No era calor de verano en Madrid. Era otra cosa. Más íntima. Más pegada. Un calor con manos. Se metía bajo la camiseta, en la nuca, detrás de las rodillas, dentro de la respiración.

Daniel se subió al coche.

El conductor puso el aire acondicionado, que sonaba más ambicioso que eficaz, y arrancó.

Durante los primeros minutos Daniel miró por la ventana sin entender del todo lo que veía.

Motos.

Muchas motos.

Demasiadas motos.

Familias enteras sobre una moto. Mujeres con cascos rosas. Hombres con chanclas. Turistas quemados por el sol. Tiendas abiertas. Cables. Carteles luminosos. Pequeños templos en esquinas imposibles. Ofrendas en el suelo. Perros flacos. Banderas. Luces. Sombra. Más motos.

El tráfico parecía no obedecer normas, pero tampoco terminaba de estrellarse. Era una especie de caos con memoria muscular.

—First time in Bali? —preguntó el conductor.

Daniel tardó en ordenar la frase.

—Yes. First time.

—Holiday?

—Yes. Holiday.

La palabra salió dócil.

Vacaciones.

Ya estaba allí, mintiendo en otro idioma.

El conductor sonrió por el retrovisor.

—You like beach? Party?

Daniel miró las luces de una calle llena de bares, tiendas de camisetas y carteles de masajes.

—I need rest —dijo.

El conductor asintió como si esa frase explicara algo.

Daniel la repitió mentalmente.

I need rest.

Necesito descansar.

En español habría podido convertir aquello en una historia: una temporada complicada, el divorcio, el trabajo, la necesidad de tomar distancia, ordenar la cabeza, volver mejor. En inglés, en cambio, la mentira quedaba desnuda, reducida a cuatro palabras pobres.

I need rest.

Hasta él oyó lo falso que sonaba.

El coche avanzó entre luces y humedad.

Daniel sacó el móvil.

Respondió primero a Clara.

"He llegado. Todo bien."

Miró la frase.

Todo bien.

Una mentira internacional, económica, fácil de transportar.

Clara respondió casi al instante.

"Avísale a Irene. Estaba pendiente."

Daniel abrió el chat de su hija.

Escribió:

"Ya llegué."

Borró.

Escribió:

"Ya estoy en Bali."

Añadió una foto rápida desde la ventanilla: luces borrosas, motos, un cartel que no entendía.

Envió.

Irene contestó:

"Qué raro todo."

Daniel sonrió.

"Sí. Bastante."

"¿Hace calor?"

"Mucho."

"Pues no te quejes, aquí hace frío."

Daniel miró la pantalla.

Durante unos segundos sintió algo parecido a estar todavía unido a su vida. Un hilo fino, absurdo, hecho de temperatura y mensajes cortos.

Luego Irene escribió:

"Manda foto del hotel."

Daniel miró al conductor, la calle, su reflejo en el cristal.

"Cuando llegue."

Guardó el móvil.

El hotel estaba en una calle estrecha, detrás de otra calle más ruidosa. No era exactamente un hotel. Era una guesthouse barata con una recepción pequeña, una piscina rectangular en el patio y plantas húmedas que parecían crecer con demasiada confianza.

La recepcionista le pidió el pasaporte.

Daniel se lo dio.

Otra vez su nombre.

Otra vez el documento pasando de mano en mano como si Daniel Salcedo siguiera siendo una persona estable.

La mujer habló en inglés con amabilidad rápida. Daniel entendió "breakfast", "wifi", "check-out", "deposit" y poco más. Asintió en los lugares que le parecieron adecuados.

—Sorry —dijo al final—. Can you repeat slowly?

La recepcionista sonrió, esta vez con más paciencia.

Repitió.

Más despacio.

Daniel entendió lo suficiente.

No todo.

Lo suficiente.

Esa iba a ser la nueva medida de su vida, pensó: entender lo suficiente para seguir avanzando sin saber exactamente hacia dónde.

La habitación estaba en la segunda planta.

Cama grande.

Sábanas blancas.

Ventilador de techo.

Aire acondicionado con mando amarillento.

Baño pequeño.

Una ventana que daba a un patio interior donde alguien había colgado toallas.

Sobre la mesa había dos botellas de agua y un cartel plastificado con normas de la casa.

Daniel dejó la mochila en el suelo.

Se quedó de pie.

Ya está, pensó.

Había llegado.

La frase no produjo ningún efecto.

No hubo alivio.

No hubo revelación.

No hubo esa paz obscena que prometían los anuncios de viajes, las cuentas de Instagram y las personas que decían "cambiar de aire" como si el aire tuviera competencias de psicólogo.

Solo había una habitación desconocida, un cuerpo agotado y una vida que seguía dentro de él con una puntualidad repugnante.

Se quitó la camiseta.

Estaba pegada a la espalda.

Fue al baño y abrió el grifo de la ducha.

El agua salió tibia.

Luego fría.

Luego tibia otra vez.

Daniel se duchó sin pensar demasiado. Se frotó la cara, el pelo, el cuello, como si el viaje hubiera dejado una capa física de Madrid sobre su piel.

Pero Madrid no estaba en la piel.

Ese fue el primer inconveniente.

Al salir, se miró en el espejo empañado.

Su cara parecía peor bajo aquella luz.

Más vieja.

Más blanda.

Más real.

—Tourism —dijo en voz baja.

Se rio sin ganas.

Se secó, se puso una camiseta limpia y encendió el aire acondicionado. El aparato tosió, vibró y empezó a soltar aire frío con

una determinación irregular.

Se tumbó en la cama.

El colchón era duro.

El móvil vibró.

Clara.

"¿Todo bien?"

Daniel respondió:

"Sí. Cansado. Voy a dormir."

Era una mentira razonable porque también era verdad.

Irene escribió poco después:

"Foto."

Daniel se incorporó.

Miró la habitación.

No había nada bonito que fotografiar.

La cama parecía demasiado blanca. La mochila en el suelo parecía demasiado poca cosa. La ventana daba a toallas ajenas. El baño tenía una luz miserable.

Abrió la cortina.

Desde un ángulo concreto, se veía una esquina de la piscina del patio y una planta grande con hojas brillantes. Si acercaba la cámara, si evitaba la pared desconchada, si recortaba bien, aquello podía parecer agradable.

Tomó la foto.

La envió.

Irene respondió:

"Parece bonito."

Daniel miró la imagen.

Sí.

Parecía.

"Lo es", escribió.

No añadió nada más.

Dejó el móvil sobre la mesilla.

Durante unos minutos escuchó el ruido del aire acondicionado, motos lejanas, voces en el patio, una risa femenina, agua moviéndose en la piscina. Afuera existía un país entero. Una isla.

Calles. Comida. Música. Perros. Ofrendas. Personas que no sabían nada de él.

Eso debería haberlo liberado.

En cambio, lo hizo sentirse más falso.

El móvil volvió a vibrar.

Número desconocido.

España.

Daniel no contestó.

El teléfono siguió vibrando sobre la madera de la mesilla. El sonido era pequeño, pero dentro de la habitación parecía una excavadora.

Se apagó.

A los pocos segundos llegó un mensaje.

"Muy lejos no te vas a esconder."

Daniel se incorporó.

Leyó la frase una vez.

Dos.

Sintió una presión en la boca del estómago.

No sabían dónde estaba, se dijo.

No podían saberlo.

Era una amenaza enviada a ciegas, un disparo al aire. Gente como Sergio no tenía mapas. Tenía impaciencia. Tenía contactos pequeños. Tenía teléfonos.

Nada más.

Daniel bloqueó el móvil.

Lo dejó boca abajo.

La deuda acababa de aterrizar con él.

Ni siquiera había necesitado facturar equipaje.

Se levantó y fue hasta la ventana.

Apartó un poco la cortina.

En el patio, dos turistas se metían en la piscina con botellas de cerveza en la mano. Uno de ellos se rio demasiado alto. Una pareja hablaba en inglés junto a una mesa. La recepcionista cruzó el patio con una bandeja.

Daniel podría bajar.

Podría pedir algo.

Podría sentarse, respirar, mirar alrededor, comportarse como un hombre que había viajado por una razón aceptable.

No bajó.

Cerró la cortina.

El gesto fue pequeño.

Definitivo.

Encendió el portátil.

El wifi tardó en conectar. La contraseña estaba escrita en una tarjeta junto a la cama. Daniel la introdujo mal dos veces. A la tercera entró.

Abrió el correo.

Nada importante.

Abrió el banco.

Saldo.

Movimientos.

Cargos.

El billete.

El hotel.

El dinero que quedaba.

Miró las cifras como si desde Indonesia fueran a tener otra aritmética.

No la tenían.

Abrió otra pestaña.

Filipinas.

No escribió más.

Solo eso.

Filipinas.

Los resultados aparecieron antes de que su conciencia pudiera fingir sorpresa.

Vuelos.

Guías.

Islas.

Manila.

Cebú.

Bohol.

Siquijor.

Daniel miró la palabra.

Siquijor.

La había visto en Madrid. Ahora, desde Bali, parecía más cerca. No geográficamente. Moralmente.

Cerró la pestaña.

La volvió a abrir.

La cerró otra vez.

El aire acondicionado zumbaba como un insecto enfermo.

Daniel se tumbó de nuevo.

No apagó la luz.

Se quedó mirando el techo.

En Madrid, la desesperación tenía forma de llamadas, cartas, tarjetas rechazadas, Clara, Irene, relojes, portales, locales de apuestas, cajeros automáticos.

Allí, en Bali, la desesperación tenía ventilador de techo.

Era una mejora estética, nada más.

A las tres de la madrugada seguía despierto.

No sabía si eran las tres de allí, de Madrid o de algún lugar intermedio donde iban a parar los hombres que viajaban demasiado lejos para seguir siendo honestos.

Se levantó.

Abrió la mochila.

Sacó la libreta.

Primera página.

Indonesia.

Filipinas.

No volver.

Las tres líneas seguían allí.

Debajo, escribió:

He llegado.

Lo miró.

Luego añadió:

No ha cambiado nada.

Esa frase sí era verdad.

La dejó sin tachar.

Desde fuera llegó otra risa, esta vez más lejana. Una moto pasó por la calle con un ruido agudo. Alguien cerró una puerta.

Daniel apagó el portátil.

Se acercó otra vez a la cortina.

Estuvo a punto de abrirla.

A punto.

Pero no lo hizo.

Esa noche, en una isla que millones de personas confundían con una promesa, Daniel Salcedo cerró las cortinas y no salió a ver el mar.

Capítulo 8 — El turista que no hacía fotos

Daniel despertó a las once y cuarenta y dos con la sensación de haber dormido dentro de una lavadora apagada.

Durante unos segundos no supo dónde estaba.

Eso le pareció, por alguna razón, un triunfo.

Luego vio el ventilador de techo, la pared blanca, la cortina cerrada, la mochila en el suelo y el mando amarillento del aire acondicionado sobre la mesilla.

Bali.

Seguía siendo Bali.

La palabra no sonaba mejor por la mañana.

El aire de la habitación estaba frío, pero tenía algo estancado. Como si el aparato hubiera conseguido bajar la temperatura sin convencer al lugar de dejar de ser tropical. Daniel se incorporó despacio. Le dolía la espalda, el cuello, una rodilla. A los cuarenta y dos años, descubrió, uno ya no viajaba: se transportaba con daños.

Cogió el móvil.

Mensajes.

Clara:

"¿Has dormido?"

Irene:

"Buenos días. Bueno, allí no sé qué hora es."

Daniel miró la hora.

No sabía qué responder primero. Esa era una de sus habilidades más tristes: convertir dos mensajes normales en un pequeño comité de crisis.

Respondió a Clara:

"Sí. Estoy bien. Voy a salir a ver la zona."

Luego a Irene:

"Aquí ya casi es mediodía. Me he despertado tarde como un turista profesional."

Irene contestó unos minutos después:

"Haz fotos."

Daniel se quedó mirando esa orden sencilla.

Haz fotos.

Eso hacía la gente cuando viajaba. Fotografiar. Probar que había estado en un sitio. Convertir el mundo en pruebas pequeñas, rectangulares, enviables. Una playa, una comida, una calle, una sonrisa delante de algo antiguo.

Daniel no quería pruebas.

Había viajado precisamente porque las pruebas empezaban a sobrar.

Escribió:

"Sí."

Luego dejó el móvil sobre la cama.

Se duchó otra vez. Se vistió con camiseta limpia, pantalón corto y zapatillas. Se miró en el espejo. Parecía un turista de mediana edad intentando no admitir que había elegido la ropa desde el miedo a llamar la atención.

Cogió la mochila pequeña, el pasaporte, algo de efectivo y bajó.

El patio de la guesthouse estaba lleno de luz.

Demasiada luz.

La piscina, que de noche había parecido casi elegante en la foto enviada a Irene, por la mañana era una piscina modesta, rectangular, con hojas flotando en una esquina. Una pareja joven desayunaba fruta y tostadas junto a la recepción. Un hombre rubio, quemado por el sol, miraba el móvil con expresión funeraria. Dos mujeres hablaban en inglés sobre un templo, una excursión y alguien llamado Mark que "no sabía estar solo".

Daniel sintió una antipatía inmediata hacia Mark.

No por conocerlo.

Por competencia.

La recepcionista le sonrió.

—Good morning.

—Good morning.

—Breakfast?

Daniel entendió la palabra y asintió.

—Yes, please.

Ella señaló una mesa pequeña con café, té, pan tostado, plátanos y algo de fruta cortada. Le dijo varias cosas más. Daniel captó "included", "eggs" y "kitchen".

Sonrió.

—Coffee is fine.

La recepcionista volvió a sonreír.

Todo el mundo sonreía demasiado en Bali, pensó Daniel. No como en Madrid, donde la gente tenía la decencia de mostrar que la existencia le venía grande. Allí incluso la gente cansada parecía amable. Eso le molestó con una injusticia cómoda.

Se sirvió café.

Estaba aguado.

Perfecto. Un punto de realidad.

Se sentó en una mesa apartada y miró el patio. Los turistas hablaban de planes. Alquiler de motos. Playas. Yoga. Masajes. Un beach club. Una cena al atardecer. Palabras ligeras, palabras con dinero detrás, palabras que no debían explicaciones a nadie.

Daniel abrió el móvil.

Notificación de una financiera.

No la abrió.

Otra de correo.

Tampoco.

Entró en el chat de Irene y tomó una foto del café, el plato con fruta y una esquina de piscina.

Antes de enviarla, revisó el encuadre.

Que no saliera el cenicero.

Que no saliera la pared desconchada.

Que no saliera su mano temblando un poco.

La envió.

Irene respondió:

"Qué guay."

Daniel miró la foto que acababa de mandar.

En la pantalla, su mañana parecía limpia.

La vida era mucho más manejable cuando se recortaban los bordes.

Terminó el café, comió medio plátano y salió a la calle.

El golpe de calor fue inmediato.

La calle olía a humo, incienso, fritura, gasolina y algo dulce que no reconoció. Las aceras aparecían y desaparecían sin aviso. Había motos aparcadas en lugares imposibles, cables colgando, perros tumbados a la sombra, mujeres colocando pequeñas ofrendas en el suelo, turistas caminando con chanclas y bolsas de lavandería, conductores ofreciendo transporte cada veinte metros.

—Transport?

—No, thank you.

—Motorbike?

—No, thanks.

—Taxi?

—No.

La tercera vez que dijo "no" se dio cuenta de que su voz empezaba a sonar más pequeña. En español podía rechazar con humor, con seguridad, incluso con cierta elegancia. Allí era un hombre repitiendo dos palabras como quien espanta mosquitos.

Caminó sin rumbo concreto.

Eso se dijo.

Pero era mentira.

Daniel rara vez caminaba sin rumbo. Incluso cuando no sabía hacia dónde iba, su cabeza intentaba convertir cada paso en parte de una estrategia. Había abierto el mapa antes de salir. Tenía localizadas una tienda de tarjetas SIM, un cajero, una casa de cambio y una oficina turística donde quizá pudiera preguntar por vuelos internos sin parecer demasiado raro.

No necesitaba nada de eso de forma urgente.

Precisamente por eso fue.

La tienda de tarjetas SIM tenía carteles de colores, cargadores colgados, fundas de móvil y un ventilador moviendo aire caliente con convicción inútil. Un chico joven detrás del mostrador le habló en inglés.

Daniel entendió "passport", "data", "one month" y "good price".

Otra vez el pasaporte.

Lo sacó.

Daniel Salcedo.

El chico lo fotografió con el móvil, rellenó algo en una pantalla, cambió la tarjeta, reinició el teléfono. Todo con una velocidad tranquila que a Daniel le resultó humillante. No por el trámite. Por la confianza. El chico no parecía necesitar controlar nada para que las cosas ocurrieran.

—You from Spain? —preguntó.

—Yes.

—Madrid?

Daniel dudó.

—Yes.

El chico sonrió.

—Football. Real Madrid.

—Sometimes —dijo Daniel.

Era una respuesta idiota.

El chico no pareció notarlo.

—Holiday?

Daniel miró el pasaporte en el mostrador.

—Yes. Holiday.

La palabra empezaba a gastarse.

—How long?

Ahí apareció la primera grieta.

Daniel tenía una respuesta sencilla. Tres semanas. El billete lo decía. La mentira estaba documentada. Solo tenía que repetirla.

—Maybe three weeks —dijo.

El chico asintió.

Maybe.

Quizá.

Daniel sintió una pequeña satisfacción al oírse.

En inglés, la ambigüedad era más pobre, pero también más fácil. Nadie conocía su forma de mentir. Nadie sabía qué palabra usaría Daniel Salcedo para no comprometerse. Nadie había archivado sus versiones anteriores.

Allí sus mentiras no tenían historial.

Eso era peligroso.

Salió de la tienda con datos móviles nuevos y la sensación infantil de haber comprado una forma de independencia.

A los pocos metros, se detuvo frente a un escaparate.

No miró los productos.

Miró su reflejo.

Camiseta gris, pantalón corto, barba de dos días, mochila, gafas de sol baratas. Un español cualquiera en Bali. Un turista más. Un hombre que podía entrar en una cafetería, pedir algo en inglés malo, pagar en efectivo y desaparecer entre otros hombres que nadie recordaría.

La invisibilidad, descubrió, no era exactamente paz.

Era alivio sin testigos.

Siguió andando.

Pasó junto a una tienda de ropa donde vendían camisetas con frases espirituales en inglés. "Find yourself." "Let go." "Good vibes only." Daniel se detuvo ante una que decía "No worries."

Casi se rió.

No worries.

Ninguna preocupación.

El capitalismo había logrado empaquetar la estupidez humana en algodón transpirable.

Entró en una cafetería con aire acondicionado y mesas de madera clara. Había extranjeros trabajando con portátiles, auriculares grandes, cafés con leche vegetal y esa expresión concentrada de quien cree estar construyendo una vida alternativa porque responde correos desde un sitio con plantas.

Daniel pidió un café frío.

La camarera le preguntó algo.

No entendió.

—Sorry?

Ella repitió.

Tamaño.

Leche.

Azúcar.

Daniel eligió al azar.

—Medium. No sugar.

Se sentó junto a una ventana.

Abrió el móvil.

Datos nuevos.

Mapa.

Correo.

Banco.

Mensajes.

La vida entera cabía en la pantalla y, aun así, había conseguido cruzar medio mundo con él.

Clara no había escrito.

Irene tampoco.

Eso lo tranquilizó durante tres segundos y lo ofendió al cuarto.

Así funcionaba Daniel: quería que lo dejaran en paz y luego se sentía abandonado cuando la paz llegaba.

Abrió la galería.

Tenía tres fotos desde que había llegado.

Luces borrosas desde el taxi.

Piscina recortada.

Desayuno cuidadosamente mentiroso.

Ninguna foto de él.

Ninguna foto del mar.

Ninguna foto que dijera: estoy aquí.

Miró alrededor.

La cafetería era bonita. Demasiado bonita. Pared blanca, plantas, una lámpara de mimbre, turistas con piel roja y conversaciones limpias. Podía hacer una foto y mandársela a Irene. Podía escribir "mira qué sitio". Podía construir para ella un padre que viajaba, observaba, se recuperaba.

Sacó una foto.

La miró.

No la envió.

En la imagen, todo parecía ordenado. Eso le dio rabia. La belleza de los lugares tenía una forma muy desagradable de no preguntar qué clase de persona la estaba mirando.

Abrió el navegador.

Vuelos Bali Manila.

No pulsó buscar.

Se quedó mirando las palabras.

Bali.

Manila.

Dos puntos unidos por una línea invisible que empezaba a parecer menos turística y más inevitable.

Borró Manila.

Escribió:

Cebu.

Borró también.

Dejó la barra vacía.

El café llegó.

Frío, amargo, caro.

Daniel bebió.

Por la ventana vio pasar a una familia. Padre, madre, dos niños. El padre llevaba una cámara colgada al cuello. La madre sujetaba un mapa o un folleto. Uno de los niños caminaba con una botella de agua casi tan grande como su brazo. El otro señalaba algo fuera de cuadro.

Todos parecían incómodos.

Todos parecían juntos.

Daniel pensó en Irene en Segovia.

¿Habría ido ya?

Miró la fecha.

Sí.

O casi.

Los días empezaban a perder bordes con el cambio horario. España seguía en otro tiempo. Irene podía estar durmiendo mientras él bebía café. Clara podía estar trabajando mientras él caminaba por una calle llena de motos. La distancia no solo separaba cuerpos. Separaba relojes. Permitía contestar tarde sin parecer del todo cruel.

Eso le dio otra idea.

Una idea pequeña.

Si respondía menos, si tardaba más, si los mensajes se espaciaban, la ausencia tendría explicación técnica.

Diferencia horaria.

Mala conexión.

Cansancio.

Excursiones.

No era desaparición.

Era logística.

Daniel dejó el vaso sobre la mesa.

Qué rápido trabajaba su cabeza cuando se trataba de justificar lo injustificable.

Abrió el chat de Irene.

Escribió:

"¿Qué tal Segovia?"

No envió.

Quizá allí era de madrugada.

Quizá la despertaba.

Quizá Clara vería el mensaje.

Quizá responder implicaba seguir siendo padre en tiempo real.

Guardó el móvil.

La camarera pasó junto a su mesa.

—Everything okay?

Daniel levantó la vista.

Tardó un segundo en entender.

—Yes. Good. Thank you.

Ella sonrió y siguió.

Everything okay.

Todo bien.

La frase lo perseguía en varios idiomas.

Pagó en efectivo y salió.

Caminó hacia la playa.

No porque quisiera verla.

Porque parecía obligatorio.

Uno no viajaba a Bali para esconderse en una habitación y mirar vuelos a otros países. Bueno, Daniel sí. Pero incluso él entendía que la mentira necesitaba decorado. Debía enviar una foto del mar. Clara la esperaría. Irene la pediría. Un padre de vacaciones mandaba mar. Era casi una cláusula.

El camino hasta la playa estaba lleno de tiendas, bares, alquileres de tablas, carteles de masajes, agencias de excursiones, ropa falsa de marcas verdaderas, souvenirs de madera, sandalias, gorras, gafas de sol, pulseras, dragones, imanes, pequeñas estatuas que parecían observar a los turistas con una paciencia mineral.

Daniel cruzó una calle siguiendo a dos australianos, porque parecían saber cómo no morir atropellados.

Al llegar a la playa, el ruido cambió.

El tráfico quedó detrás.

El mar apareció delante.

Ancho.

Gris azulado.

Movido.

No era la postal perfecta que había visto en internet. Había algas en la arena, niños corriendo, perros, vendedores, surfistas, tumbonas, turistas haciéndose fotos, parejas mirando el horizonte con la obligación estética de parecer agradecidas.

Daniel se quitó las gafas de sol.

El mar estaba allí.

No dijo nada.

Qué decepción.

Uno esperaba que ciertas cosas —el mar, la muerte, el amor, los aeropuertos— tuvieran un idioma propio, algo capaz de atravesar la piel y ordenar lo que uno no sabía ordenar. Pero el mar solo hacía lo suyo: entrar, salir, romper, repetir.

Una eficiencia admirable y completamente inútil.

Daniel caminó por la arena.

Se sentó lejos de las tumbonas, cerca de una barca vieja pintada de azul. Sacó el móvil. Hizo una foto del horizonte. Otra de las olas. Otra de sus zapatillas llenas de arena.

Revisó las imágenes.

Ninguna mostraba lo que importaba.

No se podía fotografiar el hecho de estar mirando el mar sin sentir nada.

Eligió la más bonita.

La envió a Irene.

“Toma, foto del mar.”

La respuesta tardó.

Daniel esperó mirando la pantalla.

Nada.

Entonces recordó la hora en España.

Claro.

Allí no estaban viviendo su momento.

Esa era otra injusticia del egoísmo: esperaba sincronía incluso desde el otro lado del mundo.

Guardó el móvil.

Un vendedor se acercó con pulseras.

—Hello, my friend. Good price.

Daniel negó.

—No, thank you.

—For girlfriend? Wife?

—No.

—Daughter?

La palabra lo sorprendió.

Daughter.

Hija.

El vendedor había señalado una pulsera azul, quizá por azar. Una tira de hilo con pequeñas cuentas blancas.

Daniel la miró.

—How much?

El vendedor sonrió.

Dijo una cifra.

Daniel supo que probablemente era demasiado.

La pagó.

Sostuvo la pulsera en la mano.

Azul.

No era el cuaderno de la luna dorada.

No era suficiente.

Nada lo era.

Pero era algo raro, pequeño, barato. Algo que podía darle a Irene si volvía. Algo que podía enviarle si no. Algo que podía guardar en la mochila como prueba de que una parte de él todavía pensaba en

regresar, aunque esa parte fuera cada vez más parecida a una coartada.

Se puso de pie y volvió hacia la calle.

El móvil vibró.

Irene.

"Qué bonito."

Luego:

"¿Te has bañado?"

Daniel miró el mar.

"No. Hay muchas olas."

"Cobarde."

La palabra apareció en la pantalla con una ligereza brutal.

Daniel soltó una risa breve.

"Totalmente."

Irene respondió con un emoji.

Un fantasma.

Daniel se quedó mirando el dibujo.

No era nada.

Era un emoji.

Los hijos podían atravesarte con tonterías porque no sabían que llevaban cuchillos.

Daniel escribió:

"Te traeré algo."

Antes de enviarlo, se detuvo.

Te traeré algo.

Promesa.

Otra vez.

Borró.

Escribió:

"He comprado una cosa rara. Ya veremos si pasa control de calidad."

Envió.

Irene respondió:

"Jajaja vale."

Daniel guardó el móvil.

Siguió caminando.

La pulsera azul iba en su bolsillo.

Pequeña.

Ridícula.

Pesaba más de lo razonable.

Por la tarde alquiló una moto y la devolvió veinte minutos después.

El chico del alquiler le explicó todo en inglés rápido: freno, casco, depósito, seguro, arañazos, pasaporte como garantía. Daniel entendió lo suficiente y firmó. Arrancó. Avanzó por la calle con la tensión de quien no quiere morir por un exceso de autenticidad local. A los tres cruces, entre motos que aparecían por todas partes y coches que se acercaban demasiado, sintió un pánico seco.

Aparcó mal.

Respiró.

Volvió.

—Problem? —preguntó el chico.

Daniel se quitó el casco.

—I don’t like dying today.

El chico tardó medio segundo y luego se rio.

Daniel también.

La frase había salido sin cálculo. En inglés, al menos, su sarcasmo era más pobre, pero a veces llegaba vivo.

Pagó de todos modos.

Volvió andando.

Compró una botella de agua.

Cenó arroz frito en un local pequeño donde señaló el menú porque no supo pronunciar el plato. Estaba bueno. Picante. Demasiado para él. Sudó mientras comía, rodeado de gente que parecía existir sin deber explicaciones a nadie.

En una mesa cercana, dos españoles hablaban alto.

Daniel los detectó antes de entender las palabras completas.

Una pareja joven. Ella decía que el hotel no valía lo que habían pagado. Él respondía que ya se lo había dicho. La discusión era vulgar, doméstica, reconocible. Español. Madrid quizá. España entrando en la habitación sin pedir permiso.

Daniel bajó la mirada al plato.

No quería que lo oyeran.

No quería que le preguntaran de dónde era.

No quería decir Madrid.

No quería escuchar su propio idioma en boca de desconocidos. El español podía devolverle demasiado rápido a Daniel Salcedo. En inglés era una versión simplificada. En silencio podía ser casi nadie.

Terminó de comer deprisa y salió.

La noche había caído sobre Bali con una suavidad traicionera. Los bares encendían luces cálidas. La música salía de terrazas y altavoces. Turistas bebían, reían, discutían, negociaban taxis, elegían restaurantes, miraban mapas. La vida seguía teniendo una facilidad ofensiva para los demás.

Daniel regresó a la guesthouse.

La recepcionista no estaba. En su lugar había un hombre mayor viendo algo en el móvil. Levantó la cabeza y sonrió.

—Good night.

—Good night.

Subió a la habitación.

Cerró la puerta.

Echó el pestillo.

Se quedó quieto unos segundos, escuchando el silencio.

Luego sacó del bolsillo la pulsera azul y la dejó sobre la mesa, junto al pasaporte.

Pulsera.

Pasaporte.

Daniel Salcedo.

Padre.

Turista.

Deudor.

Mentiroso.

Todo cabía en una mesa barata de una habitación alquilada.

Encendió el aire acondicionado.

Se quitó las zapatillas.

Sacó la libreta.

Indonesia.

Filipinas.

No volver.

He llegado.

No ha cambiado nada.

Debajo escribió:

Hoy vi el mar.

Se detuvo.

Luego añadió:

No hizo nada por mí.

Miró la frase.

Era demasiado dramática.

La dejó.

Algunas verdades tenían mal gusto y aun así seguían siendo verdades.

El móvil vibró.

Clara.

"Gracias por mandarle fotos. Le hace ilusión."

Daniel leyó el mensaje varias veces.

Le hace ilusión.

No "le hizo".

Le hace.

Presente.

Irene seguía teniendo ilusión.

No mucha, quizá.

No limpia.

No entera.

Pero algo.

Daniel sintió una punzada de amor y una de miedo, casi iguales.

Respondió:

"Me alegro."

Clara escribió:

"No la tengas pendiente todo el día del móvil."

Daniel sonrió sin alegría.

Incluso a once mil kilómetros, Clara seguía sabiendo dónde poner la mano para que doliera.

"No lo haré."

La respuesta fue inmediata:

“Eso dijiste muchas veces.”

Daniel no contestó.

Dejó el móvil sobre la cama.

Se tumbó.

Desde fuera llegó música. Una canción en inglés, voces, risas, motos. El mundo insistía en tener ambiente.

Daniel cerró los ojos.

Durante el día había visto calles, mar, turistas, tiendas, comida, una pulsera azul. Había mandado fotos. Había contestado mensajes. Había dicho “holiday” cuatro veces, “thank you” nueve, “no” más de veinte. Había sido, para cualquiera que lo mirara sin atención, un turista.

Pero los turistas hacían fotos para recordar.

Daniel las hacía para fabricar una versión de sí mismo que los demás pudieran creer.

Esa noche, antes de dormir, abrió el navegador una vez más.

Vuelos Bali Manila.

Esta vez pulsó buscar.

No compró nada.

Todavía no.

Solo miró fechas, precios, horarios.

Solo miró.

Igual que en los locales de apuestas.

Solo miró.

Y, como siempre, eso fue suficiente para empezar a perder.

Capítulo 9 — Una apuesta al otro lado del mundo

Daniel no compró el vuelo a Manila aquella noche.

Lo miró.

Eso sí.

Miró horarios, precios, escalas, aerolíneas, equipajes, condiciones, fechas. Miró tanto que la página empezó a parecer menos una opción que una habitación donde ya había dejado algunas cosas.

Bali — Manila.

Bali — Cebú.

Bali — Manila — Dumaguete.

Bali — cualquier lugar que sonara más lejos de Madrid, aunque Madrid ya quedara a una distancia absurda y aun así siguiera metido en su bolsillo, vibrando cada pocas horas.

No compró nada porque comprar significaba admitir una dirección.

Y Daniel todavía prefería esa zona cómoda y podrida donde las decisiones no son decisiones, sino búsquedas abiertas en el navegador.

Se durmió tarde, con el portátil encendido sobre la mesa, la pulsera azul junto al pasaporte y la palabra "Manila" brillando en la pantalla como un pecado con buena conectividad.

Despertó antes de las ocho.

Esta vez supo dónde estaba.

Eso le pareció una derrota.

La habitación ya no era completamente extraña. El ventilador de techo, la cortina, el mando del aire acondicionado, las dos botellas de agua, la mancha de humedad cerca del baño. Todo empezaba a colocarse en su memoria. El ser humano era una criatura asquerosamente adaptable. Podía acostumbrarse a una celda, a una

deuda, a una mentira, a una habitación en Bali donde fingía estar de vacaciones mientras calculaba cómo borrar su vida anterior.

Miró el móvil.

Nada de Irene.

Nada de Clara.

Dos correos.

Un aviso bancario.

Un mensaje de un número que no abrió.

La ausencia de mensajes familiares le dejó una sensación ambigua. Por un lado, alivio. Por otro, una ofensa infantil.

No me escriben.

Eso pensó.

Como si no hubiera cruzado medio mundo precisamente para que le costara menos desaparecer.

La incoherencia era una de sus pocas disciplinas constantes.

Se duchó, se vistió y bajó a desayunar.

En el patio había una pareja distinta, o quizá la misma con otra ropa. Daniel ya no distinguía bien a los turistas. Todos parecían tener la piel roja por zonas, botellas reutilizables, sandalias feas y la convicción de estar viviendo una experiencia transformadora porque el café costaba menos que en sus ciudades.

Se sirvió fruta y café.

La recepcionista le preguntó algo sobre su día.

Daniel entendió:

—Plans today?

Planes.

Qué palabra tan peligrosa para decirla antes del café.

—Maybe beach —respondió.

Maybe.

Otra vez.

Quizá.

La palabra empezaba a gustarle demasiado.

Maybe beach.

Maybe three weeks.

Maybe Manila.

Maybe volver.

Maybe no.

La vida era más cómoda cuando se hablaba como si todo dependiera del clima.

Se sentó con el café y abrió el móvil. Había recibido una foto de Irene durante la madrugada española. Salía el acueducto de Segovia desde abajo, enorme, gris, limpio contra el cielo. No había texto. Solo la imagen.

Daniel la miró un rato.

Irene había hecho la foto.

Eso era todo.

No salía ella.

No salía Clara.

No había selfie, ni comentario, ni "mira, papá". Solo piedra antigua, arcos, una ciudad que llevaba siglos en pie sin necesitar que Daniel Salcedo la entendiera.

Respondió:

"Qué bonito."

Después añadió:

"¿Lo pasaste bien?"

El mensaje quedó enviado.

No esperó respuesta.

O intentó no esperarla.

Guardó el móvil boca abajo sobre la mesa y bebió café.

A los siete segundos volvió a mirarlo.

Nada.

Se rio por dentro.

El hombre que quería desaparecer no soportaba no ser contestado al instante. Una maravilla de equilibrio psicológico. Casi daba ganas de ponerlo en un escaparate.

Después de desayunar salió a caminar.

Se obligó a visitar un templo cercano recomendado por la recepcionista. Lo hizo porque necesitaba generar material de turista. Fotos, nombres, anécdotas pequeñas. La mentira requería mantenimiento visual.

El templo era hermoso.

Eso lo irritó.

No porque fuera hermoso, sino porque la belleza le exigía una reacción que no podía dar. Había piedra oscura, musgo, esculturas, telas de colores, pequeñas ofrendas, incienso, sombra. Turistas caminando despacio, algunos con respeto real, otros con esa espiritualidad de alquiler que se activa con cámara frontal.

Daniel hizo tres fotos.

Una de una puerta.

Otra de unas flores.

Otra de una escultura que no entendió.

Intentó sentir algo parecido a la paz.

Nada.

La paz, aparentemente, no se descargaba con entrada incluida.

Se sentó en un banco de piedra, a la sombra. El calor era denso. Tenía la camiseta pegada a la espalda. Un insecto le rondaba la pierna. Cerca de allí, un guía explicaba algo en inglés a un grupo de australianos. Daniel entendía palabras sueltas: "tradition", "spirit", "offerings", "balance".

Balance.

Equilibrio.

Miró la pantalla del móvil.

Irene seguía sin responder.

Abrió el chat de Clara.

No había nada nuevo.

Abrió el banco.

Error.

Conexión lenta.

Volvió a intentarlo.

La aplicación tardó demasiado en cargar y, mientras esperaba, sintió una ansiedad física, pequeña y sucia. Esa espera de pocos segundos lo llevó de vuelta a Madrid más rápido que cualquier avión: cajeros, tarjetas rechazadas, saldos, límites, dinero entrando y saliendo como sangre por una herida mal cosida.

La aplicación abrió.

Saldo.

Menos de lo que recordaba.

No porque faltara dinero.

Porque él siempre recordaba sus saldos con optimismo criminal.

Miró movimientos.

Hotel.

Comida.

Tarjeta SIM.

Mochila.

Retirada.

Cambio.

Pequeñas cantidades formando una hemorragia educada.

Calculó mentalmente cuánto podía aguantar.

Luego calculó cuánto costaría Manila.

Luego calculó cuánto debía en España.

Después dejó de calcular porque todos los caminos llegaban al mismo sitio: no había dinero suficiente para ser Daniel Salcedo de forma sostenible.

Guardó el móvil.

Un turista se hizo una foto sonriendo frente a una escultura.

Daniel lo odió un poco.

No mucho.

Lo justo para sentirse superior sin hacer el esfuerzo de estar mejor.

Volvió a la guesthouse a media tarde.

No fue a la playa.

No comió bien.

Compró agua, galletas y una especie de pan dulce en una tienda. Subió a la habitación, puso el aire acondicionado y se tumbó en la cama.

El plan era descansar.

De verdad.

Dormir una siesta. Ducharse. Salir a cenar. Contestar a Irene cuando respondiera. Ser un turista moderadamente triste, que era una categoría aceptable.

Cerró los ojos.

A los tres minutos abrió el móvil.

Nada.

Miró redes sociales.

Nada.

Noticias de España.

Nada que le afectara.

Eso lo decepcionó de una forma absurda.

Uno espera que el país se detenga un poco cuando se está hundiendo. Pero España seguía teniendo política, fútbol, accidentes, famosos, indignaciones y recetas de tortilla. La vida pública tenía una grosería magnífica: no reservaba espacio para tu tragedia personal.

Abrió el correo.

Un mensaje de una financiera.

"Asunto: situación pendiente."

Lo cerró.

Otro.

"Último aviso antes de comunicación."

Lo cerró.

Otro de Eduardo.

"¿Cómo van esos perfiles?"

Daniel miró el mensaje.

Había olvidado a Eduardo.

No completamente. Lo había desplazado al fondo, como se desplaza un abrigo en un armario donde ya no cabe nada. Eduardo seguía en Madrid esperando diez perfiles, creyendo que Daniel estaba trabajando, quizá incluso pensando que darle esa oportunidad había sido un gesto inteligente.

Daniel escribió:

"Estoy con ello. He tenido un imprevisto personal. Mañana te paso algo."

Lo envió.

Era una mentira tan pequeña que casi daba pena.

Mañana.

La palabra favorita de los hombres sin plan.

Dejó el móvil sobre el pecho.

El techo de la habitación era blanco y tenía una grieta fina cerca de una esquina. Daniel la siguió con los ojos. La grieta empezaba en la pared, subía, se torcía y se perdía cerca del ventilador.

Perfecto.

Hasta el techo tenía una línea de fuga.

El móvil vibró.

Irene.

"Sí. Fue guay. El acueducto parece de película."

Daniel sonrió.

"Me alegro."

Escribió después:

"¿Sacaste más fotos?"

Ella mandó tres.

Una calle.

Un bocadillo mordido.

Una foto movida de una amiga haciendo una pose absurda.

Daniel las miró como si fueran documentos secretos. Irene existiendo lejos de él. Irene riendo. Irene haciendo cosas normales. Irene aprendiendo que la vida podía seguir aunque su padre estuviera en una isla al otro lado del mundo jugando a estar cansado.

"Muy profesional lo del bocadillo", escribió.

Irene respondió:

"Arte contemporáneo."

Daniel rió.

De verdad.

Durante unos segundos la habitación se volvió soportable.

Luego Irene escribió:

"¿Tú qué hiciste hoy?"

Daniel miró a su alrededor.

Cama.

Aire acondicionado.

Galletas.

Agua.

Portátil con búsquedas a Manila.

Una grieta en el techo.

Escribió:

"Fui a un templo. Luego descansé. Hace mucho calor."

Mandó una foto del templo.

Irene respondió:

"Qué bonito."

La misma frase que él había escrito sobre Segovia.

Los dos educados.

Los dos lejos.

Los dos recortando.

Daniel dejó el móvil.

Y ahí debió quedarse.

Ese habría sido un buen final para la tarde: una conversación decente con su hija, una foto, algo parecido a ternura. Podía ducharse. Salir. Comer. Dormir.

Pero el problema de los momentos decentes es que para algunas personas duran demasiado poco.

La calma le empezó a picar.

Primero en las manos.

Luego en la cabeza.

No era una metáfora. Daniel lo sentía así: una incomodidad pequeña, un zumbido interno, una inquietud que no encontraba objeto. El cuerpo esperando algo. Una llamada. Una amenaza. Un marcador. Una decisión. Cualquier cosa que convirtiera el tiempo en una línea tensa.

La habitación estaba demasiado quieta.

El aire acondicionado zumbaba.

Fuera pasaban motos.

Alguien reía en el patio.

Daniel abrió el navegador.

No supo qué iba a buscar hasta que ya lo había buscado.

Resultados deportivos.

Solo eso.

Resultados.

No apuestas.

Resultados.

Había una diferencia, claro.

También había diferencia entre mirar el escaparate de una pastelería y romper el cristal con una piedra, pero las dos acciones

podían pertenecer a la misma biografía si uno tenía hambre suficiente y una relación mala con los límites.

Fútbol europeo.

Tenis.

Baloncesto.

Partidos empezando en horarios absurdos por la diferencia horaria.

Daniel miró cuotas en una página sin iniciar sesión.

Solo miró.

Esa frase otra vez.

Solo miró.

Las cuotas eran números limpios. Ordenados. Obedientes. Una pequeña arquitectura racional en medio del caos de su vida. Cada número prometía una relación entre riesgo y recompensa, como si el universo pudiera ser domesticado con decimales.

Daniel cerró la página.

Se levantó.

Fue al baño.

Se lavó la cara.

Volvió a la cama.

El móvil seguía allí.

Lo cogió.

Abrió otra vez.

Esta vez entró en una cuenta que había jurado no usar. No era la de siempre. Esa la había bloqueado, desinstalado, reactivado, vuelto a bloquear, un pequeño ritual de penitencia digital tan inútil como rezar frente a una máquina tragaperras.

Esta era otra.

Antigua.

Casi olvidada.

Por supuesto, recordaba la contraseña.

El cerebro de Daniel podía olvidar autorizaciones escolares, llamadas importantes y promesas a su hija, pero conservaba contraseñas de apuestas con precisión arqueológica.

Entró.

Saldo cero.

Bien.

Eso era bueno.

Sin saldo no había peligro.

Entonces apareció un mensaje.

"Depósito mínimo."

Una cifra pequeña.

Ridícula.

Menos que una cena.

Menos que un taxi caro.

Menos que una pulsera azul comprada por culpa.

Daniel miró el mensaje.

Podía cerrar.

No cerró.

Metió una cantidad baja.

Solo para probar si la tarjeta funcionaba.

Esa fue la frase.

No "para apostar".

No "para jugar".

Para probar si la tarjeta funcionaba.

La tarjeta funcionó.

Qué tragedia tan eficiente.

El saldo apareció en pantalla.

Pequeño.

Inofensivo.

El tipo de cantidad que uno puede perder sin destruir nada, salvo quizá la poca dignidad que quedaba de pie con ayuda de muebles.

Daniel eligió un partido de tenis.

No conocía a los jugadores.

Eso era casi mejor.

Sin memoria, sin equipo, sin emoción previa. Un laboratorio limpio. Uno sacaba, otro restaba. Nombres extranjeros. Ranking. Estadísticas. Porcentaje de primeros servicios. Break points salvados.

Daniel leyó datos durante cinco minutos.

La lectura construyó una ilusión.

Como siempre.

Apostó a que el favorito ganaba el siguiente juego.

Cuota baja.

Casi segura.

El favorito ganó.

Daniel sonrió.

La sonrisa le dio asco mientras ocurría.

Ganancia mínima.

Una ridiculez.

Pero no era el dinero.

Nunca era el dinero al principio.

Era el clic.

La respuesta.

La prueba de que el mundo todavía podía obedecer una orden suya.

Apostó de nuevo.

Ganó.

Luego perdió.

No mucho.

Casi nada.

Lo suficiente para sentir que la cuenta estaba desequilibrada.

Recupero lo perdido y me voy.

No llegó a decirlo en voz alta.

No hacía falta.

La frase ya vivía en él con contrato indefinido.

Subió un poco la cantidad.

El favorito perdió el saque.

Daniel se incorporó en la cama.

El aire acondicionado siguió zumbando con indiferencia.

En la pantalla, el marcador cambió.

Ventaja.

Iguales.

Ventaja.

Juego.

Perdido.

Daniel dejó el móvil sobre la cama y se levantó como si alejarse físicamente pudiera cancelar la apuesta.

Caminó hasta la ventana.

Abrió la cortina.

El patio estaba iluminado por luces cálidas. Dos mujeres hablaban junto a la piscina. Un hombre fumaba apoyado en una pared. Alguien había dejado una toalla sobre una silla. La escena era tranquila, casi bonita.

Daniel la cerró.

Volvió al móvil.

Ahora la cuenta estaba por debajo del depósito inicial.

Eso era intolerable.

No por la cantidad.

Por la forma.

Apostó a baloncesto.

Un equipo perdía por seis.

Quedaba tiempo.

Siempre quedaba tiempo.

Esa era la mentira más vieja del mundo y seguía teniendo una fuerza extraordinaria.

Durante veinte minutos, Daniel dejó de estar en Bali.

No existió la guesthouse.

No existió el pasaporte.

No existió Irene.

No existió Clara.

No existió Manila.

Solo hubo una pantalla, un marcador, una posesión, un tiro libre, una falta, una pérdida, un rebote defensivo que le pareció personalmente ofensivo.

El equipo recortó.

Daniel ganó.

No salió.

Debió salir.

No salió.

Aumentó.

Perdió.

Aumentó otra vez.

Ganó la mitad.

Luego la perdió.

El patrón era el mismo que en Madrid, pero más miserable porque ya no había amenaza inmediata, ni Sergio, ni quinientos euros que entregar, ni excusa externa. No estaba apostando para pagar a nadie. No estaba intentando tapar una deuda concreta. No estaba bajo presión.

Estaba apostando porque el silencio de una habitación en Bali le resultaba insoportable.

Esa fue la verdad.

No la aceptó enseguida.

Primero aceptó otra apuesta.

Luego otra.

Cuando por fin cerró la aplicación, había perdido una cantidad que no lo destruía, pero sí lo definía.

Eso era peor.

Las grandes pérdidas permiten dramatizar. Las pequeñas solo te dejan ver la forma exacta de tu miseria.

Daniel se quedó sentado en el borde de la cama, con el móvil en la mano.

Sudaba.

No por el calor.

El aire acondicionado estaba demasiado fuerte.

El móvil vibró.

Clara.

"¿Todo bien?"

Daniel miró el mensaje.

Durante unos segundos tuvo la tentación de responder la verdad.

No.

No todo bien.

He cruzado medio mundo y sigo haciendo lo mismo.

He visto el mar y he apostado en una habitación.

He comprado una pulsera para mi hija con una mano y con la otra he vuelto a cavar.

No sé qué estoy haciendo.

Creo que me estoy yendo más lejos de lo que pensaba.

Escribió:

"Sí. Todo bien. Me voy a dormir pronto."

Envió.

El mensaje quedó allí, limpio, funcional, despreciable.

Clara respondió:

"Vale."

Una palabra.

Daniel no supo si era confianza, cansancio o renuncia.

Quizá las tres cosas se parecían demasiado a esas alturas.

Dejó el móvil boca abajo.

Se levantó.

Fue al baño.

Se miró al espejo.

Tenía la cara pálida, los ojos brillantes y una expresión que conocía bien. La había visto después de perder dinero en Madrid, después de mentirle a Clara, después de prometerle a Irene algo que no podía cumplir. Era la cara de un hombre sorprendido por un resultado que había fabricado paso a paso.

—Holiday —dijo en voz baja.

La palabra sonó ridícula.

Luego dijo:

—I need rest.

Peor.

Se apoyó en el lavabo.

Durante un minuto largo no hizo nada.

No lloró.

No rezó.

No golpeó el espejo.

Daniel no era tan cinematográfico cuando estaba solo. Su hundimiento tenía menos épica. Más cansancio. Más mandíbula apretada. Más agua fría en la cara y más incapacidad para sostenerse la mirada.

Volvió a la habitación.

La pulsera azul seguía junto al pasaporte.

La cogió.

La enrolló alrededor de dos dedos.

Pensó en Irene recibiéndola. En Irene diciendo "qué bonita". En Irene guardándola quizá en un cajón, quizá olvidándola sobre una

mesa, quizá preguntando años después por qué su padre le había comprado una pulsera en Bali antes de morirse en Filipinas.

La idea apareció así.

Completa.

Brutal.

Antes de que Daniel pudiera vestirla.

Antes de que pudiera suavizarla.

Morirse en Filipinas.

Se quedó inmóvil.

No era la primera vez que pensaba en morir lejos. Esa frase había aparecido en Madrid, en Delicias, como un destello oscuro. Pero hasta entonces "morir" era una palabra grande, teatral, casi metafórica. Morir como desaparecer. Morir como cerrar una puerta. Morir como dejar de contestar.

Ahora, por primera vez, la idea tuvo geografía.

Filipinas.

El mar.

Un cuerpo que no vuelve.

Una noticia.

Una llamada.

Clara.

Irene.

Daniel soltó la pulsera sobre la mesa como si quemara.

No.

No, no, no.

Se apartó.

Caminó por la habitación.

Eso no.

Eso era demasiado.

Una cosa era irse unos días, alargar el viaje, perder cobertura, confundirse, fracasar en volver. Otra cosa era convertir a su hija en huérfana por decisión administrativa y cobardía marítima.

No.

Daniel abrió la ventana.

El aire caliente entró de golpe, cargado de olor a humedad y comida.

Respiró.

Eso no.

Pero el pensamiento ya había existido.

Y ese era el problema con ciertas ideas: uno podía rechazarlas, escupirlas, insultarlas, pero ya no podía fingir que no conocía la puerta por la que habían entrado.

Cerró la ventana.

Volvió a la mesa.

Abrió la libreta.

Indonesia.

Filipinas.

No volver.

He llegado.

No ha cambiado nada.

Hoy vi el mar.

No hizo nada por mí.

Debajo no escribió "morir".

Todavía no.

Escribió:

No basta con irse.

Miró la frase.

La letra le salió más firme de lo que esperaba.

No basta con irse.

Eso era nuevo.

Eso era peligroso.

Porque si irse no bastaba, el siguiente pensamiento siempre iba a preguntar lo mismo:

¿Entonces qué?

Daniel cerró la libreta.

Apagó el portátil.

Apagó la luz.

La habitación quedó a oscuras, salvo por un pequeño punto verde del aire acondicionado.

Se tumbó en la cama.

No durmió.

Fuera, Bali seguía sonando: motos, risas, una puerta, alguien hablando en inglés, agua moviéndose en la piscina.

Un país entero ofrecía belleza, ruido, calor, templos, playas, comida, música, carreteras, amaneceres.

Daniel Salcedo había cruzado medio mundo para encontrarse a solas con una pantalla.

Y perdió.

No mucho.

Lo suficiente.

Capítulo 10 — El nombre falso

Por la mañana, la frase seguía en la libreta.

No basta con irse.

Daniel la leyó sentado en el borde de la cama, con los pies descalzos sobre el suelo frío y la boca seca de quien no había dormido, solo había apagado los ojos durante ratos breves.

La letra era suya.

Eso era lo peor.

No podía culpar al cansancio, al alcohol, al jet lag, a una mala conexión, a una amenaza de Sergio ni a Madrid colándose por debajo de la puerta. Aquella frase la había escrito él, en una habitación de Bali, después de apostar al otro lado del mundo y descubrir que el problema había viajado en cabina.

No basta con irse.

La frase era sencilla.

Demasiado sencilla.

Daniel cerró la libreta.

La volvió a abrir.

Ahí seguía.

Qué poca colaboración por parte del papel.

Fue al baño, se lavó la cara y se miró en el espejo. La luz era cruel, plana, sin ninguna intención artística. Tenía ojeras, barba mal crecida y una marca roja en el cuello, quizá del calor, quizá de rascarse mientras dormía. Parecía un hombre que había pagado un billete de avión para confirmar una sospecha desagradable.

—I need rest —dijo.

La frase ya ni siquiera le hizo gracia.

Abrió el grifo otra vez y dejó correr el agua unos segundos. Había algo hipnótico en el sonido. Agua entrando, agua saliendo, agua que no se quedaba. Daniel apoyó las manos en el lavabo y pensó, sin querer, en el mar.

Morirse en Filipinas.

No.

Todavía no.

Rechazó la idea con una violencia interior que no se notó en su cara. Eso era lo inquietante. Por fuera solo era un hombre mirándose al espejo. Por dentro, acababa de empujar una puerta para que no se abriera del todo.

Salió del baño.

La pulsera azul seguía junto al pasaporte.

La miró.

Durante un segundo quiso guardarla en el fondo de la mochila, como si eso pudiera reducir su significado. En vez de eso, la dejó donde estaba. Pequeña, visible, ridícula. Una pulsera comprada a un vendedor de playa que había pronunciado la palabra daughter sin saber que estaba tocando el único órgano que a Daniel todavía le funcionaba de forma irregular.

Cogió el móvil.

Mensaje de Clara.

"Hoy Irene tiene clase por la tarde. No le escribas muy tarde."

Nada de buenos días.

Nada de cómo estás.

Nada de cuidado.

Solo una instrucción práctica.

Clara había reducido su relación con Daniel a logística de daños. Era cruel, sí. También era eficiente. Algunas personas, después de una catástrofe larga, dejan de buscar sentido y empiezan a poner señales de tráfico.

Daniel respondió:

"Vale."

Miró el chat de Irene.

Último mensaje de la noche anterior:

"Arte contemporáneo."

El bocadillo mordido.

Segovia.

Una vida normal.

Daniel escribió:

"Buenos días desde el futuro."

No lo envió.

Le pareció demasiado simpático. La simpatía, en su estado, era otra forma de estafa.

Escribió:

"Buenos días. Espero que hayas dormido bien."

Tampoco.

Demasiado padre correcto, como formulario de custodia.

Al final no escribió nada.

Guardó el móvil.

Esa mañana no bajó a desayunar.

No quería ver turistas. No quería escuchar planes. No quería oír a nadie decir "today we go to the waterfall" con esa alegría insoportable de quien todavía cree que los lugares nuevos arreglan algo. Pidió café en una tienda cercana y compró pan dulce, agua y unos plátanos. Comió en la habitación, sentado en la cama, con el portátil abierto.

Vuelos Bali Manila.

La página cargó rápido.

Demasiado rápido.

Como si el mundo estuviera deseando ayudarlo a cometer errores.

Había vuelos para el día siguiente, para dos días después, para el viernes. Precios distintos. Horarios malos. Escalas. Daniel miró las opciones con una calma extraña.

La calma de quien ya no se pregunta si va a hacer algo, sino cuánto tardará en encontrar una forma razonable de hacerlo.

No compró.

Todavía no.

Abrió otra pestaña.

Siquijor.

Fotos.

Playas.

Cascadas.

Guesthouses.

Foros de viajeros.

Comentarios sobre tranquilidad, motos, buceo, ferris, gente amable, poca vida nocturna, buen sitio para desconectar.

Desconectar.

La palabra apareció varias veces.

Daniel casi se rio.

El planeta entero vendía la desconexión a personas incapaces de estar cinco minutos a solas con su cabeza. Era un negocio perfecto. Ningún cliente podía reclamar: si no funcionaba, la culpa era de su energía, de su falta de apertura, de no haber hecho suficiente yoga al amanecer.

Abrió un mapa.

Indonesia.

Filipinas.

Bali.

Manila.

Cebú.

Dumaguete.

Siquijor.

Los nombres formaban una línea.

No una línea recta.

Una línea posible.

Eso bastaba.

El móvil vibró.

Correo.

Eduardo.

"Daniel, necesito esos perfiles hoy si quieres que movamos algo esta semana."

Daniel leyó el mensaje.

Sintió una molestia breve, como si alguien llamara a la puerta de una casa que ya había abandonado sin avisar.

Eduardo seguía allí.

Chamberí.

Oficina acristalada.

"Protegemos lo que importa."

Diez nombres.

Una oportunidad pequeña, real, vulgar.

Una salida sin épica.

Daniel podría responderle.

Podría inventar tres perfiles.

Podría decir la verdad parcial: estoy fuera, vuelvo pronto, te lo mando a la vuelta.

Podría incluso trabajar.

Qué idea tan obscena.

El trabajo tenía esa humillación: exigía continuar.

Daniel escribió:

"Perdona. No voy a poder seguir con esto ahora. He tenido un problema personal serio."

Se quedó mirando la frase.

Problema personal serio.

Maravilloso.

Una expresión tan amplia que podía cubrir desde una gripe hasta una desaparición internacional cuidadosamente alimentada por cobardía.

No envió.

Borró.

Escribió:

"Te paso algo mañana."

También era mentira.

Más pequeña.

Más manejable.

Envió esa.

Al segundo siguiente se arrepintió.

No por mentir.

Por la pobreza de la mentira.

Mañana.

Siempre mañana.

Mañana era el país favorito de Daniel Salcedo: no pedía pasaporte, aceptaba deudores y tenía frontera abierta para cualquier promesa sin fondos.

Cerró el correo.

Abrió la libreta.

Pasó la primera página.

En la segunda escribió:

Daniel Salcedo.

Miró su nombre.

Lo había escrito miles de veces. En contratos, solicitudes, firmas, correos, autorizaciones de colegio, recibos, formularios bancarios, documentos que prometían cosas con más estabilidad que él.

Daniel Salcedo.

El nombre no tenía nada de especial. Eso lo hizo más insoportable. No era un nombre trágico. No era un nombre de novela. Era el nombre de un hombre que podía deber dinero, hacer la compra, firmar una autorización, mentir a su hija y pasar por cualquier control migratorio mientras el documento coincidiera con la cara.

Debajo escribió:

D. Salcedo.

Luego:

Dani.

Ese lo tachó enseguida.

Dani era alguien que su hija podía decir.

Daniel dejó el bolígrafo.

Se levantó.

Caminó por la habitación.

Volvió.

Escribió:

Mateo.

No supo de dónde salió.

Quizá de algún compañero de colegio.

Quizá de un cliente.

Quizá de una película.

Quizá de ninguna parte.

Mateo.

Lo leyó varias veces.

Tenía una suavidad extraña. Menos peso que Daniel. Menos historia. Un nombre que no llegaba tarde a portales, no fallaba tarjetas, no apostaba en Delicias, no recibía mensajes de Clara, no prometía cuadernos de luna dorada.

Mateo podía ser cualquiera.

Ese era su atractivo.

Y su indecencia.

Daniel escribió:

Mateo Santos.

Se quedó quieto.

El nombre era absurdo.

Demasiado redondo.

Demasiado limpio.

Casi ofensivo en su pretensión de normalidad.

Mateo Santos parecía el nombre de un hombre que ayudaba a bajar maletas del autobús, pagaba en efectivo, no hablaba demasiado y recordaba apagar las luces al salir. Parecía alguien sin deudas o, al menos, con deudas más humildes.

Daniel lo dijo en voz baja.

—Mateo Santos.

Sonó mal.

Lo repitió.

—Mateo Santos.

Un poco mejor.

A la tercera vez, ya no supo si sonaba posible o si simplemente su oído empezaba a colaborar con el crimen moral.

Cerró la libreta de golpe.

No.

Todavía no.

No estaba haciendo eso.

No estaba inventando una identidad.

No estaba planeando desaparecer.

Estaba cansado.

Estaba lejos.

Estaba pensando tonterías.

Los hombres cansados piensan tonterías.

El problema era que Daniel tenía una larga trayectoria convirtiendo tonterías en documentos.

Salió de la habitación.

Bajó las escaleras.

Necesitaba aire.

En el patio, la recepcionista hablaba con una mujer mayor que sostenía una bandeja de vasos. Un gato flaco cruzó junto a la piscina con dignidad de propietario. Daniel pasó sin saludar demasiado y salió a la calle.

El calor lo recibió como una bofetada familiar.

Caminó sin mirar el mapa.

O eso intentó.

A los diez minutos estaba perdido.

La calle principal había quedado atrás. Entró en una zona más tranquila, con casas bajas, pequeños templos familiares, gallos, perros dormidos y motos pasando de vez en cuando. El ruido turístico bajó. Bali dejó de ser escaparate y se volvió vida ajena.

Daniel redujo el paso.

Había ofrendas en el suelo, pequeñas bandejas con flores, arroz, incienso apagado. Algunas estaban intactas. Otras, pisadas. Una moto casi aplastó una al pasar.

Nadie pareció escandalizarse.

La fe, pensó Daniel, también debía aprender a convivir con el tráfico.

Un niño salió de una casa con una camiseta roja y lo miró. Daniel le sonrió. El niño no le devolvió la sonrisa. Correcto, pensó. Prudencia básica ante extranjeros sudados con cara de estar tomando malas decisiones.

Se sentó en un muro bajo a la sombra.

Sacó agua de la mochila.

Bebió.

El móvil vibró.

Irene.

"Buenos días, o tardes, o lo que sea."

Daniel sonrió.

Esta vez sí respondió.

"Aquí tarde. Tu padre vive en el futuro, pero sigue igual de torpe."

"Eso ya lo sabíamos."

Daniel miró el mensaje y se rio.

Luego ella escribió:

“¿Cuándo vuelves?”

La pregunta apareció sin preparación.

Daniel sintió que el calor se volvía más denso.

¿Cuándo vuelves?

No “si”.

Cuándo.

Todavía había una fecha en el billete.

Todavía existía un correo con la vuelta.

Todavía podía escribirla.

“En unas semanas.”

Miró la frase.

Era la misma mierda vestida con ropa limpia.

Añadió:

“No sé el día exacto, tengo que mirar vuelos.”

Mentira.

Técnicamente.

Otra vez esa palabra miserable.

Envió.

Irene tardó en contestar.

En esos segundos, Daniel se odió con una precisión bastante saludable, para variar.

“Vale”, escribió ella.

Solo eso.

Vale.

La palabra de los hijos que empiezan a cerrar ventanas por dentro.

Daniel quiso arreglarlo.

Eso siempre era peligroso.

Escribió:

“Pero volveré.”

No envió.

La frase le quemó en la pantalla.

Pero volveré.

¿Volvería?

No lo sabía.

No podía prometerlo.

Podía, claro.

Había prometido cosas peores con menos duda.

Pero aquella frase, justo allí, con el nombre Mateo Santos recién escrito en una libreta dentro de su habitación, tuvo un peso que ni Daniel pudo levantar con cinismo.

Borró.

Escribió:

"Te mando otra foto luego."

Envió.

Un padre extraordinario.

Medalla, himno y desfile.

Irene respondió:

"Ok."

Ok.

Peor que vale.

El ok era un vale que ya había hecho la maleta.

Daniel guardó el móvil.

Se quedó sentado en el muro, escuchando gallos, motos y una televisión encendida dentro de alguna casa. No entendía el idioma. Eso le produjo una calma breve. No entender era una forma barata de descanso. Las palabras ajenas no podían reclamarle nada si no sabía traducirlas.

Hasta que su cabeza, siempre generosa en sabotajes, tradujo lo único importante:

¿Cuándo vuelves?

Se levantó y caminó de vuelta.

Tardó más en encontrar la guesthouse. Pasó dos veces por la misma tienda, reconoció un perro dormido, dudó en una esquina, miró el mapa fingiendo que no estaba perdido. Cuando llegó, tenía la camiseta empapada.

Subió a la habitación.

Cerró la puerta.

La libreta estaba sobre la mesa.

No la abrió.

El pasaporte sí.

Lo cogió.

Daniel Salcedo.

La foto no se parecía del todo a él. Era anterior al divorcio. Tenía la cara más llena, los ojos menos hundidos, una barba mejor recortada. No parecía feliz, pero sí parecía alguien que todavía creía tener margen.

Qué lujo tan obsceno: tener margen sin saberlo.

Daniel dejó el pasaporte junto a la pulsera.

Abrió el portátil.

La página de vuelos seguía abierta.

Bali — Manila.

Había una opción dos días después.

Precio aceptable.

Horario malo.

Perfecto.

Los horarios malos eran más baratos y más coherentes con su biografía.

Daniel seleccionó el vuelo.

Pasajero.

Daniel Salcedo.

Otra vez su nombre.

Cada letra era una acusación burocrática.

Fecha de nacimiento.

Nacionalidad.

Número de pasaporte.

Teléfono.

Correo.

Datos de pago.

La página avanzaba con indiferencia. Ningún formulario preguntaba: "¿Está usted huyendo de sus responsabilidades familiares?" Ninguna aerolínea ofrecía una casilla para indicar "motivo real del viaje: cobardía progresiva".

Una pena.

El mundo sería más honesto con mejores formularios.

Al llegar al pago, dudó.

No por el dinero.

Bueno, también por el dinero.

Pero sobre todo porque comprar aquel vuelo significaba convertir Filipinas en algo más que una palabra. Indonesia había sido la mentira inicial, la coartada, el primer salto. Filipinas empezaba a parecer otra cosa. Un lugar donde el pensamiento de la noche anterior podía encontrar paisaje.

Morirse en Filipinas.

No.

Todavía no.

Daniel apoyó los dedos sobre el teclado.

El móvil vibró.

Clara.

"¿Le has dicho a Irene que no sabes cuándo vuelves?"

Daniel cerró los ojos.

Por supuesto.

Irene se lo había contado.

O Clara había preguntado.

O ambas cosas.

La realidad, como siempre, conspirando mediante conversaciones normales.

Daniel respondió:

"Le he dicho que tengo que mirar fechas."

Clara escribió:

"Tienes billete de vuelta."

Daniel miró el portátil.

Sí.

Lo tenía.

Una vuelta a tres semanas vista.

Una mentira con número de reserva.

"Puede que cambie unos días", escribió.

Clara tardó en responder.

Ese silencio ya era una conversación.

Finalmente llegó:

"No hagas esto."

Daniel sintió un golpe seco en el pecho.

No hagas esto.

No "no viajes".

No “no cambies fechas”.
No “no seas irresponsable”.
Clara había escrito algo más amplio, más exacto, más aterrador.
No hagas esto.
Como si no necesitara saber los detalles para reconocer el patrón.
Daniel escribió:
“No estoy haciendo nada.”
Miró la frase.
Era tan falsa que casi tenía valor artístico.
La envió.
Clara respondió:
“Eso es lo que me preocupa.”
Daniel dejó el móvil sobre la mesa.
Durante un minuto no se movió.
La pantalla del portátil seguía esperando.
Pago pendiente.
Tiempo restante para completar la reserva: nueve minutos.
Nueve minutos.
Otra vez el tiempo convertido en presión.

Daniel pensó en el primer capítulo de su propia ruina reciente sin saber que alguien podría llamarlo así algún día: nueve minutos tarde al domingo de Irene. Nueve minutos creyendo que una sonrisa podía arreglarlo. Ahora otros nueve minutos para decidir si seguía alejándose.

La simetría era bonita.
Qué asco.
Cerró la página de pago.
El vuelo desapareció.
Durante un segundo sintió alivio.
Luego sintió pánico.
Volvió atrás.
La reserva seguía disponible.
Daniel se rio.
Bajo.
Sin humor.
Dios no existía, pero el navegador sí tenía botón de retroceso.

Introdujo la tarjeta.
Procesando.
El círculo giró.
Daniel no respiró.
Procesando.
Procesando.
Aprobado.
Reserva confirmada.
Bali — Manila.
Dos días.
El correo llegó casi al instante.
Daniel lo abrió.
Su nombre.
Su vuelo.
Su salida.
Otra puerta.
Otra vez.
No sintió victoria.
No sintió miedo inmediato.
Sintió algo más peligroso: continuidad.

Como si una parte de él hubiera dejado de discutir y se limitara a seguir una línea trazada por decisiones anteriores. La primera mentira pedía la segunda. La segunda pedía la tercera. Después de cierto punto, uno ya no empujaba la historia. La historia lo empujaba a él y encima tenía el descaro de usar sus propias manos.

El móvil seguía en silencio.
Clara no escribió más.
Daniel habría preferido que insistiera.
Que llamara.
Que gritara.
Que lo insultara.
Que le dijera "Daniel, vuelve ahora mismo, eres un cobarde".
Pero Clara ya no gritaba.
Clara había aprendido a dejar constancia.

Y quizá también había aprendido que no se podía rescatar a alguien que confundía cada mano tendida con una cuerda para

ahorcarse mejor.

Daniel abrió la libreta.

Segunda página.

Daniel Salcedo.

D. Salcedo.

Dani, tachado.

Mateo.

Mateo Santos.

Debajo escribió:

Manila.

Luego:

2 días.

Se detuvo.

El bolígrafo quedó suspendido.

Podía escribir “volver”.

Podía escribir “cancelar”.

Podía escribir “llamar a Clara”.

Podía escribir “pedir ayuda”.

La libreta aceptaba cualquier cosa.

El problema era él.

Al final escribió:

Seguir.

La palabra era pequeña.

No parecía peligrosa.

Ese era el truco.

Las palabras realmente peligrosas casi nunca llegan con música.

Daniel cerró la libreta.

Esa tarde salió a cenar temprano. No quería quedarse en la habitación. La habitación ya sabía demasiado.

Eligió un restaurante pequeño, con mesas de plástico y un ventilador en la pared. Pidió señalando una foto del menú. La camarera le dijo el nombre del plato y Daniel intentó repetirlo. Lo hizo mal. Ella sonrió, no burlona, sino acostumbrada. La comida llegó rápido: arroz, pollo, salsa picante, verduras.

Comió despacio.

En una mesa cercana, un hombre mayor leía un libro en inglés. Una pareja discutía en voz baja. Un grupo de jóvenes hablaba en un idioma que no reconocía. Nadie sabía quién era. Nadie sabía qué acababa de comprar. Nadie sabía que en su libreta había aparecido un nombre que no le pertenecía.

La invisibilidad dejó de parecer alivio.

Empezó a parecer permiso.

Eso lo asustó.

Pagó y caminó hasta la playa.

El atardecer estaba empezando.

La arena se había llenado de gente: turistas sentados con cervezas, parejas haciéndose fotos, niños corriendo, vendedores moviéndose entre grupos, perros, surfistas saliendo del agua con tablas bajo el brazo. El sol bajaba despacio, enorme, naranja, obscenamente hermoso.

Daniel se sentó cerca de la misma barca azul.

Durante un rato miró el horizonte.

El atardecer era perfecto.

Daniel lo odió por no servir de nada.

Sacó el móvil y tomó una foto.

Se la envió a Irene.

"Último atardecer bonito de hoy."

La frase era torpe.

Irene respondió más tarde:

"Todos los atardeceres son el último de hoy."

Daniel sonrió.

Esa frase sí era buena.

Quizá demasiado buena para una niña de doce años.

O quizá no.

Quizá los hijos crecían en frases inesperadas mientras los padres seguían tratándolos como si fueran versiones recientes de sí mismos.

"Touché", escribió.

Irene respondió:

"¿Eso qué es?"

"Que tienes razón pero en francés, para que moleste menos."

Ella mandó un emoji riéndose.

Daniel guardó el móvil.

Luego lo sacó otra vez.

Abrió el chat de Clara.

Escribió:

"Voy a cambiar un poco el viaje. Pasaré por Filipinas."

No envió.

La frase parecía demasiado normal.

Como si Filipinas fuera una excursión.

Como si Clara fuera a responder "qué bien, manda fotos".

Borró.

Escribió:

"Puede que vaya unos días a Filipinas."

Tampoco.

Demasiado puede.

Demasiado mentira en construcción.

Borró.

No escribió nada.

Clara se enteraría.

O no.

O se lo diría después.

O cuando ya estuviera allí.

O nunca.

Las posibilidades se abrían delante de él como puertas baratas en un pasillo largo.

Daniel se levantó.

El sol casi había desaparecido.

El cielo tenía un color violento, precioso, inútil.

Metió la mano en el bolsillo y tocó la pulsera azul. La llevaba encima sin darse cuenta. La sacó.

Durante un segundo imaginó tirarla al mar.

No por desprecio.

Por miedo.

La pulsera era una pequeña prueba de amor, y las pruebas de amor eran peligrosas para los hombres que querían convertirse en ausencia. Recordaban demasiado. Pesaban demasiado. Hacían preguntas sin gramática.

No la tiró.

La guardó de nuevo.

Volvió a la guesthouse de noche.

Al entrar, el hombre mayor de recepción le dio la llave sin pedirle el número de habitación.

Ya lo reconocía.

Eso le molestó.

La invisibilidad duraba poco incluso cuando uno la compraba a once mil kilómetros.

Subió.

Cerró.

Se sentó en la cama.

Abrió el correo del vuelo a Manila.

Lo leyó entero.

Luego abrió el de vuelta a Madrid.

Ahí seguía.

Madrid lo esperaba en una fecha concreta, con número de asiento y todo. Era casi tierno. La realidad todavía hacía reservas para un hombre que estaba dejando de asistir a su propia vida.

Daniel no canceló el vuelo de vuelta.

No todavía.

Necesitaba que existiera.

No como intención.

Como decoración.

Como las mentiras que se sostienen mejor cuando una parte pequeña parece verificable.

Abrió la libreta por última vez aquella noche.

Mateo Santos.

Manila.

2 días.

Seguir.

Daniel tomó el bolígrafo.

Debajo escribió una frase y se quedó mirándola mucho tiempo:

Mateo no debe nada.

La frase era falsa.

Obviamente.

Ridículamente.

Mateo no existía.

Y, aun así, durante unos segundos, Daniel sintió la tentación de creerle.

Después añadió otra línea:

Daniel sí.

Cerró la libreta.

Apagó la luz.

Se tumbó.

El aire acondicionado zumbaba. Desde el patio subían voces, agua, una risa, el ruido de una puerta. Bali seguía allí, entero, hermoso, indiferente.

Daniel pensó en Madrid.

En Clara.

En Irene.

En Eduardo.

En Sergio.

En el cuaderno azul.

En la pulsera.

En el pasaporte.

En el nombre escrito en la segunda página.

Mateo Santos.

No era un plan todavía.

No completo.

No confesable.

No con principio, medio y final.

Era algo peor: una posibilidad que había aprendido a pronunciarse.

Cuando compró el vuelo a Manila, Daniel todavía no pensó "voy a morir".

Pensó algo más fácil de perdonar.

Voy a seguir un poco más lejos.

Capítulo 11 — Manila como advertencia

Daniel Salcedo aterrizó en Manila con la sensación de haber llegado no a otro país, sino a una versión más ruidosa de su propia cabeza.

El avión descendió sobre una extensión interminable de luces, tejados, avenidas, sombras, agua oscura y edificios que parecían haber sido colocados allí por distintas personas con distintas urgencias. Desde la ventanilla, la ciudad no tenía forma clara. No era bonita ni fea todavía. Era enorme.

Eso bastaba.

Manila.

La palabra no tenía la suavidad falsa de Bali.

Bali sonaba a postal, a retiro, a gente triste pagando por desayunos con fruta cortada en forma de revelación personal. Manila no. Manila sonaba a tráfico, sudor, cables, motores, calor acumulado en paredes viejas, gente sobreviviendo demasiado cerca de otra gente.

Sonaba menos a promesa.

Más a advertencia.

Daniel se dijo que eso era bueno.

Las advertencias, bien usadas, también podían servir de mapa.

Al bajar del avión, el calor fue distinto. No más fuerte exactamente. Más urbano. En Bali la humedad parecía venir de plantas, mar, tierra mojada. En Manila venía de cuerpos, asfalto, combustible, comida frita y aire acondicionado peleando contra puertas abiertas.

Daniel avanzó con la mochila al hombro y el pasaporte en la mano.

Daniel Salcedo.

Otra vez.

El documento seguía insistiendo.

En el control migratorio, el agente filipino le habló en inglés. Daniel entendió casi todo, o creyó entenderlo, que en los viajes venía a ser una forma aceptable de optimismo.

—Purpose of visit?

Motivo del viaje.

La pregunta regresaba.

En Bali había respondido "tourism" como quien se pone una camisa limpia sobre una herida. En Manila la palabra le pesó un poco más.

—Tourism —dijo.

El agente miró la pantalla.

—How long?

Daniel había ensayado la respuesta durante el vuelo. No demasiado larga. No demasiado corta. Turística, vaga, razonable.

—Maybe two weeks. Maybe less.

Maybe.

La palabra empezaba a convertirse en su nacionalidad secreta.

El agente no pareció interesado en su crisis moral. Selló el pasaporte y se lo devolvió.

Otro golpe seco.

Otra puerta.

Daniel recogió el documento.

—Thank you.

El agente ya miraba al siguiente.

A nadie le importaba demasiado quién entraba en el país mientras los formularios estuvieran en orden. Esa fue una de las primeras lecciones de Manila: el mundo no necesitaba entenderte para dejarte pasar.

En la zona de llegadas, el ruido lo recibió antes que la ciudad.

Conductores.

Carteles.

Familias esperando.

Gente hablando en inglés, tagalo y lenguas que Daniel no distinguía.

Maletas.

Pitidos.

Niños dormidos sobre hombros adultos.

Un hombre con una camisa demasiado ajustada ofreciendo tarjetas SIM.

Una mujer llamando a alguien por videollamada con el volumen al máximo.

Todo ocurría a la vez.

Daniel se detuvo junto a una columna.

No era una buena decisión. En los aeropuertos, detenerse sin motivo siempre hacía que uno pareciera perdido o culpable. Él, por desgracia, empezaba a ser las dos cosas.

Sacó el móvil.

Tenía mensajes.

Clara:

"¿Has llegado a Filipinas?"

Leyó la frase dos veces.

Filipinas.

Ya lo sabía.

O Irene se lo había contado, o Daniel había dejado demasiadas migas, o Clara simplemente tenía esa forma suya de reconstruir desastres con cuatro datos y una intuición cansada.

Daniel escribió:

"Sí. Acabo de aterrizar."

No añadió "todo bien".

La frase ya estaba demasiado gastada.

Irene había escrito también:

"¿Ya estás en Manila?"

Daniel respondió:

"Sí. Mucho ruido. Creo que Madrid y Bali han tenido un hijo hiperactivo."

La respuesta de Irene tardó poco.

"Jajaja. Manda foto."

Daniel miró alrededor.

¿Qué se fotografiaba en un aeropuerto para tranquilizar a una hija?

La puerta de llegadas.

Un cartel.

Una fila de taxis.

Una pantalla con vuelos.

Eligió una imagen mediocre: un cartel luminoso, gente pasando, parte de su mochila en primer plano. Parecía documental de pobre calidad sobre un hombre que no sabía viajar.

La envió.

Irene respondió:

"Parece caos."

Daniel miró la foto.

Luego miró la realidad.

La foto era amable.

"Lo es", escribió.

Guardó el móvil.

No podía quedarse allí.

Pidió un coche a través de una aplicación porque negociar en inglés con conductores le parecía, en aquel momento, una forma innecesaria de exponerse a la humillación. Aun así, tardó quince minutos en encontrar el punto de recogida. Bajó una rampa, subió otra, siguió señales, preguntó a un guardia, entendió mal, volvió atrás y terminó en una zona cubierta donde decenas de personas miraban sus pantallas con la misma expresión de fe desesperada.

La tecnología, pensó, había sustituido a Dios con bastante éxito: nadie entendía del todo cómo funcionaba, pero todos esperaban una señal mirando hacia abajo.

El coche llegó.

El conductor era un hombre delgado, con gafas y una camisa azul. Confirmó su nombre.

—Daniel?

Daniel tardó medio segundo en responder.

—Yes.

Su nombre sonó raro en boca del conductor.

No por la pronunciación.

Por la propiedad.

Daniel.

Todavía Daniel.

Subió al asiento trasero.

El coche salió del aeropuerto y entró en la ciudad.

Manila no apareció poco a poco.

Se abalanzó.

Carreteras elevadas.

Tráfico espeso.

Motos filtrándose entre coches.

Jeepneys de colores gastados.

Carteles enormes.

Edificios modernos junto a fachadas cansadas.

Tiendas abiertas bajo luces duras.

Cables sobre cables.

Gente caminando por bordes donde Daniel no veía acera.

Niños.

Perros.

Guardias.

Puestos de comida.

Un centro comercial brillando al fondo como si el consumo hubiera decidido ponerse armadura.

Daniel miró por la ventana.

En Bali, el caos tenía algo casi coreografiado. Motos, templos, turistas, ofrendas, mar. Allí el caos parecía más antiguo, más duro, menos interesado en resultar fotogénico. Manila no estaba allí para curar a extranjeros.

Eso le gustó.

Eso lo asustó.

—First time in Philippines? —preguntó el conductor.

—Yes.

—Holiday?

Daniel miró la ciudad.

—Yes. Holiday.

La palabra ya no solo estaba gastada.

Empezaba a oler.

—Where you go after Manila? Islands?

Daniel sintió que la pregunta tocaba una zona demasiado cercana.

—Maybe.

El conductor sonrió por el retrovisor.

—Many beautiful islands. Palawan, Cebu, Bohol, Siquijor.

Siquijor.

El nombre apareció sin que Daniel lo buscara.

O quizá lo buscaba todo el tiempo y el mundo solo había tenido la cortesía de pronunciarlo.

—Siquijor? —repitió Daniel, intentando sonar casual.

—Yes. Small. Quiet. Some tourists. Good for relax.

Good for relax.

Daniel casi sonrió.

Si alguien hubiera cobrado una comisión cada vez que el mundo le ofrecía descanso a un hombre incapaz de descansar, se habría construido un hotel muy decente.

—Maybe I go there —dijo.

—Good place. Quiet place.

Quiet.

Tranquilo.

La palabra entró en el coche y se sentó a su lado.

Daniel no respondió.

El conductor encendió la radio. Una canción en inglés, vieja, dulce, sonaba entre interferencias. Daniel reconoció una parte del estribillo, pero no la suficiente. Eso le pareció justo. Su vida también parecía tener un estribillo reconocible que ya no sabía completar.

El hotel en Manila estaba en una calle estrecha, no lejos de una avenida grande. No era exactamente hotel. Tampoco guesthouse. Era uno de esos alojamientos urbanos que parecían diseñados para personas en tránsito: habitaciones pequeñas, recepción con luz fría, ascensor cansado, pasillos estrechos, olor a limpiador barato y humedad antigua.

En recepción, una mujer joven le pidió el pasaporte.

Daniel se lo dio.

Daniel Salcedo.

El nombre salió de su mano y pasó a otra pantalla.

La mujer comprobó la reserva.

—Two nights?

Daniel asintió.

—Yes.

Dos noches.

Había elegido dos porque una parecía sospechosa y tres demasiado comprometido. Esa era la nueva lógica de su vida: escoger duraciones que no parecieran confesar nada.

La habitación estaba en el quinto piso.

Cama doble.

Escritorio pequeño.

Ventana con vistas a una pared cercana y, más allá, un corte de ciudad.

Aire acondicionado fuerte.

Baño limpio a medias.

Un espejo estrecho.

Daniel dejó la mochila en una silla.

No deshizo nada.

Nunca deshacer la mochila. Nunca aceptar del todo un sitio. Nunca permitir que la vida tuviera tiempo de colocarse.

Se sentó en la cama.

El colchón era blando de una forma sospechosa.

Sacó la libreta.

La abrió por la segunda página.

Daniel Salcedo.

D. Salcedo.

Dani, tachado.

Mateo.

Mateo Santos.

Manila.

2 días.

Seguir.

La palabra "seguir" le pareció ahora demasiado pequeña para lo que había hecho.

Había cruzado otro país.

Había entrado en Filipinas.

Había mentido a su hija.

Había mentido a Clara.

Había dejado a Eduardo esperando perfiles que nunca iba a enviar.

Había mantenido un billete de vuelta a Madrid como se conserva una foto antigua en una cartera: no porque uno vaya a usarla, sino porque tirarla sería admitir demasiado.

Daniel cogió el bolígrafo.

Debajo de "Seguir", escribió:

Siquijor.

Lo miró.

El nombre no pareció sorprendido de estar allí.

Eso fue lo peor.

El móvil vibró.

Clara.

"¿Cuánto tiempo vas a estar ahí?"

Daniel miró la pantalla.

No contestó enseguida.

Se quitó las zapatillas.

Se levantó.

Fue al baño.

Se lavó las manos.

Volvió.

La pregunta seguía allí.

¿Cuánto tiempo vas a estar ahí?

No era una pregunta turística. Clara no preguntaba por curiosidad. Preguntaba por el borde de algo. Clara siempre había tenido buen oído para los bordes. Sabía cuándo una mentira todavía era pequeña y cuándo empezaba a construir casa.

Daniel escribió:

"No lo sé. Unos días. Estoy mirando."

Clara respondió:

"¿Mirando qué?"

Daniel soltó aire por la nariz.

Qué mujer tan vulgarmente exacta.

Escribió:

"Rutas. Islas. Cosas para ver."

No era falso.

El problema de las mejores mentiras era ese: podían presentar testigos.

Clara no respondió durante varios minutos.

Daniel aprovechó ese silencio para abrir otra aplicación.

Vuelos internos.

Ferries.

Rutas.

Manila a Dumaguete.

Manila a Cebú.

Cebú a Dumaguete.

Dumaguete a Siquijor.

Los nombres aparecían como piezas de un tablero que alguien hubiera dejado preparado antes de que él llegara.

No compró nada.

Todavía.

En algún lugar de su cabeza, esa palabra empezaba a ser una broma privada.

Todavía.

Todavía no miento del todo.

Todavía no compro.

Todavía no desaparezco.

Todavía no soy Mateo.

Todavía no estoy muerto.

El móvil vibró.

Clara:

"No conviertas esto en algo que Irene tenga que entender dentro de diez años."

Daniel se quedó quieto.

La frase no era larga.

No era brillante.

No era de esas frases afiladas que Clara podía lanzar cuando ya no tenía paciencia.

Era peor.

Era casi una súplica disfrazada de advertencia.

Daniel escribió:

"No estoy haciendo nada malo."

La leyó.

Sintió vergüenza.

La borró.

Escribió:

"Solo necesito unos días."

También daba vergüenza.

La envió porque al menos era una vergüenza conocida.

Clara respondió:

"Eso también lo conozco."

Daniel dejó el móvil boca abajo.

Se levantó y abrió la ventana.

No se podía abrir del todo. Solo una rendija.

La ciudad entró por ella de todos modos.

Bocinas.

Motores.

Una voz lejana.

Un perro.

Música.

El zumbido eléctrico de algo.

Manila no cabía en la habitación, pero hacía esfuerzos.

Daniel apoyó la frente contra el cristal.

En Madrid, el mundo lo perseguía con nombres conocidos. Clara, Irene, Eduardo, Sergio, financieras, portales, relojes. En Bali, el mundo había intentado venderle una calma que no sabía usar. Manila no vendía nada. Manila parecía decir: aquí puedes perderte, si insistes, pero no esperes que a nadie le parezca especial.

Eso era nuevo.

Eso tenía una clase de honestidad brutal.

Salió del hotel al cabo de una hora.

No quería quedarse en la habitación. Las habitaciones empezaban a tener demasiada importancia en su vida. Habitaciones de alquiler en Madrid. Habitación en Bali. Habitación en Manila. Lugares pequeños donde un hombre hacía planes grandes para no enfrentar cosas sencillas.

La calle lo recibió con ruido.

Caminó sin dirección firme, aunque consultando el mapa cada pocos minutos. Había restaurantes, tiendas, farmacias, cajeros, puestos de comida, cables, charcos, motocicletas aparcadas, hombres fumando, mujeres con bolsas, niños cruzando entre adultos con una naturalidad que a Daniel le parecía suicida y local.

Pasó junto a una iglesia.

La puerta estaba abierta.

Dentro había gente.

No entró.

Daniel tenía una relación oportunista con lo sagrado: le gustaba que existiera cuando necesitaba perdón, pero le molestaba la posibilidad de que exigiera cambios.

Siguió caminando.

En una esquina, un niño le ofreció algo que no entendió. Daniel negó con la cabeza. El niño insistió. Daniel volvió a negar. Después se sintió mal. Luego se sintió mal por usar el malestar como prueba de humanidad. La conciencia de Daniel era agotadora: incluso cuando funcionaba, lo hacía con vanidad.

Entró en un centro comercial.

No por comprar.

Por aire acondicionado.

El frío artificial lo golpeó con una violencia casi europea. De pronto todo fue luz, marcas, escaleras mecánicas, guardias de seguridad, familias, adolescentes, cafés, tiendas de móviles, pantallas, música suave. Podría haber sido cualquier sitio. Madrid, Manila, Kuala Lumpur, Lisboa. El capitalismo tenía ese talento misericordioso: ofrecía el mismo refugio impersonal a todas las culpas.

Daniel subió una planta.

Luego otra.

Se detuvo frente a una tienda de papelería.

No supo por qué.

O sí.

Lo supo antes de verlo.

Había cuadernos.

Filas de cuadernos.

Portadas lisas, dibujos, espirales, tapas duras, tapas blandas, colores pastel, animales, frases motivacionales, lunas, estrellas.

Daniel entró.

La dependienta dijo algo en inglés.

Él respondió:

—Just looking.

Solo mirando.

Otra vez.

Siempre mirando antes de perder algo.

Se acercó a una mesa.

Había un cuaderno azul oscuro con detalles dorados.

No era igual.

Por supuesto que no.

El de Irene tenía una luna dorada en la portada. Este tenía pequeñas estrellas dispersas y una esquina metálica. Costaba poco. Lo suficiente para comprarlo sin miedo. Lo bastante barato como para que la humillación de Madrid regresara con más precisión.

Daniel lo cogió.

Sintió rabia.

Contra sí mismo.

Contra Clara.

Contra el cuaderno.

Contra una tienda en Manila que no tenía ninguna obligación moral de no vender objetos parecidos a heridas abiertas.

Podía comprarlo.

Meterlo en la mochila.

Dárselo a Irene al volver.

O enviarlo.

O guardarlo.

O dejarlo allí como se dejan las cosas que llegan tarde.

Lo llevó a caja.

Pagó en efectivo.

La tarjeta no falló porque no la usó. Pequeña victoria de los cobardes: aprender la ruta exacta alrededor de la vergüenza.

La dependienta metió el cuaderno en una bolsa.

Daniel salió de la tienda.

Se sentó en un banco del centro comercial.

Sacó el cuaderno.

Lo abrió.

Páginas limpias.

Demasiadas.

Las páginas en blanco siempre le habían parecido arrogantes. Como si el futuro se ofreciera sin conocer al cliente.

Sacó el móvil.

Hizo una foto del cuaderno cerrado.

Se la envió a Irene.

"Encontré algo que te puede gustar."

La respuesta tardó unos minutos.

"¿Es para mí?"

Daniel miró la pregunta.

Sintió una ternura tan fuerte que casi le pareció injusta.

"Claro."

Esta vez no borró la palabra.

Claro.

Otra promesa.

Otra cuerda.

Otro ladrillo.

Irene respondió:

"Es bonito."

Daniel escribió:

"Este sí he podido comprarlo."

No lo envió.

El sarcasmo contra uno mismo, cuando implicaba a una niña, dejaba de ser elegante y empezaba a ser basura.

Escribió:

"Me acordé del de Madrid."

Irene tardó en contestar.

"Yo también."

Daniel bajó el móvil.

Ahí estaba.

Una frase pequeña.

Una herida entera.

Yo también.

No "gracias".

No "qué guay".

Yo también.

Daniel guardó el cuaderno en la mochila con cuidado.

Por un momento, el objeto le dio una sensación absurda de reparación. Había comprado algo que falló antes. Había cerrado una escena. Había corregido un error.

Luego recordó que estaba en Manila, de camino a una isla, pensando en un nombre falso.

El cuaderno no reparaba nada.

Solo era una prueba más.

Salió del centro comercial cuando ya era de noche.

El aire caliente regresó como una deuda vieja. La calle estaba aún más viva. Puestos de comida, luces, motos, conversaciones, olor a aceite, humo, lluvia reciente o tuberías, Daniel no lo supo. Caminó hasta un restaurante pequeño y pidió señalando un plato. Arroz, carne, salsa. Comió mirando la puerta.

Siempre la puerta.

No por paranoia.

Por costumbre profesional.

Esa frase ya ni siquiera le convencía a él.

Mientras comía, oyó español.

Dos mesas más allá.

Tres hombres.

Uno joven, dos de mediana edad. Hablaban alto, con ese volumen español que convertía cualquier idioma en ocupación territorial. Discutían sobre playas, vuelos, una chica que habían conocido en Cebú, dinero, hoteles, "no te fíes de nadie aquí", "tío, esto está tirado".

Daniel bajó la mirada al plato.

No quería que lo vieran.

No quería que lo reconocieran.

Imposible, pensó.

Era imposible.

Nadie lo estaba buscando en un restaurante barato de Manila.

Pero el idioma fue suficiente.

El español le cayó encima como una mano en el hombro.

Uno de los hombres dijo:

—¿Y tú cuánto tiempo te quedas?

Daniel dejó de masticar.

La pregunta no era para él.

Claro que no.

Pero durante un segundo lo fue.

¿Cuánto tiempo te quedas?

No lo sabía.

Eso empezaba a ser lo único verdadero.

Terminó de comer rápido y salió.

De vuelta al hotel, compró agua y una tarjeta de datos de otra compañía, aunque no la necesitaba. Le pareció prudente. Luego le pareció ridículo. Luego la compró igualmente, porque la prudencia y la paranoia eran primas hermanas y Daniel ya no tenía familia fiable.

En la habitación, dejó sobre la mesa el pasaporte, la libreta, el cuaderno de Irene, la pulsera azul y la nueva tarjeta SIM.

Objetos.

Siempre objetos.

Las grandes decisiones necesitaban cosas pequeñas alrededor para fingir que eran manejables.

Abrió el portátil.

Buscó rutas a Siquijor.

Esta vez no se detuvo en fotos.

Buscó horarios.

Costes.

Duraciones.

Opciones.

Manila a Dumaguete.

Dumaguete a Siquijor.

También Manila a Cebú y luego ferry.

Leyó foros de viajeros, blogs, comentarios antiguos, mensajes de gente preguntando si merecía la pena ir, si era tranquilo, si había cajeros, si se podía alquilar moto, si había buena conexión.

Tranquilo.

Pequeño.
Menos turístico.
Buenas playas.
Cascadas.
Alojamiento barato.
Daniel anotó en la libreta:
Dumaguete.
Ferry.
Siquijor.
Luego escribió:
Mar.
Se quedó mirando esa palabra.

El mar había estado en Bali, pero allí parecía decorado. En Filipinas empezaba a parecer instrumento. No porque el mar hubiera cambiado, sino porque Daniel lo miraba distinto.

Eso lo asustó.
Cerró la libreta.
El móvil vibró.
Irene.
"¿Vas a ir a la playa allí?"
Daniel miró la palabra.
Playa.
Mar.
Cuaderno.
Pulsera.
Pasaporte.
Mateo Santos.
Respondió:
"Sí, creo. Pero Manila no es muy de playa. Iré a una isla."
Irene respondió:
"Qué suerte."
Daniel sintió un frío breve.
Suerte.
La palabra era obscena.

No por culpa de Irene. Irene no sabía. Irene veía fotos, vuelos, cuadernos, un padre que estaba lejos y decía cosas raras desde otro

horario. Para ella, quizá, aquello todavía podía parecer un viaje. Un padre desordenado, sí. Pero vivo. Escribiendo. Comprando regalos. Mandando fotos.

Daniel escribió:

"No tanta."

No lo envió.

Borró.

"Ya te mandaré fotos."

Envió.

Irene:

"Vale. No te mueras."

La frase llegó ligera.

De broma.

Quizá porque él había hecho antes algún comentario torpe sobre motos, calor, caos o cruzar calles. Quizá porque los hijos dicen cosas terribles jugando, sin saber que el mundo escucha con demasiada atención.

Daniel se quedó mirando la pantalla.

No te mueras.

Durante unos segundos la habitación quedó sin sonido.

Ni aire acondicionado.

Ni tráfico.

Ni motos.

Nada.

Solo esa frase.

No te mueras.

Daniel escribió:

"No."

Borró.

"Tranquila."

Borró.

"No pienso."

Borró.

Al final escribió:

"Tendré cuidado."

Irene respondió con un pulgar arriba.

Un gesto mínimo.

Una confianza mínima.

Suficiente para condenarlo un poco más.

Daniel dejó el móvil sobre la mesa.

Caminó hasta la ventana.

La abrió apenas.

Manila seguía sonando.

Bocinas.

Voces.

Motores.

La ciudad no dormía. O dormía por turnos, como los enfermos graves.

Daniel apoyó los dedos en el marco.

Manila no lo quería.

Tampoco lo rechazaba.

Lo dejaba estar.

Esa indiferencia era más peligrosa que la hospitalidad.

En Madrid, todo tenía forma de consecuencia. En Bali, todo fingía forma de cura. En Manila, en cambio, el mundo parecía decirle que una persona podía romperse entre millones de personas sin que el tráfico redujera la velocidad.

Volvió a la mesa.

Abrió la libreta.

Mateo Santos.

Manila.

Siquijor.

Dumaguete.

Ferry.

Mar.

Debajo escribió:

No te mueras.

La frase de Irene quedó allí, absurda, viva, imposible.

Daniel la miró mucho tiempo.

Después cerró la libreta.

No compró el billete esa noche.

Lo dejó para la mañana.

Un pequeño acto de resistencia, se dijo.

Una pausa.

Una oportunidad.

Una noche más antes de seguir.

Pero al apagar la luz comprendió que incluso sus pausas tenían dirección. No eran frenos. Eran descansos entre dos tramos de caída.

Se tumbó boca arriba.

El aire acondicionado hacía demasiado ruido. La ciudad hacía más.

Daniel pensó en el cuaderno azul dentro de la mochila.

En la pulsera.

En Irene escribiendo "no te mueras" sin saber que acababa de poner una mano infantil sobre la puerta exacta que él intentaba abrir.

Manila no le prometió una segunda vida.

Le enseñó algo peor.

Que la primera podía perderse sin que nadie, alrededor, dejara de cruzar la calle.

Capítulo 12 — La isla

Daniel compró el billete a Dumaguete a las nueve y dieciséis de la mañana, después de una noche en la que no había dormido lo suficiente como para llamarlo descanso ni había estado despierto lo bastante como para llamarlo vigilancia.

Lo compró sentado en la cama del hotel de Manila, con el portátil sobre las piernas, el aire acondicionado sonando como un animal viejo y la libreta abierta junto a él.

Mateo Santos.

Manila.

Siquijor.

Dumaguete.

Ferry.

Mar.

No te mueras.

La última frase seguía allí, escrita con su letra, pero prestada por Irene.

Daniel intentó no mirarla mientras introducía los datos de pago.

No funcionó.

Cada vez que sus ojos bajaban a la libreta, la frase parecía cambiar de tono. Primero era broma. Luego advertencia. Luego súplica. Luego algo peor: una forma limpia de amor.

No te mueras.

Qué manera tan sencilla de pedir algo imposible a un cobarde.

El vuelo salía a primera hora de la tarde. No era directo a Siquijor. Primero Dumaguete. Luego puerto. Luego ferry. Luego la isla.

La ruta tenía suficientes pasos para parecer todavía un viaje.

Eso lo tranquilizó.

Las cosas malas, cuando se dividen en tramos, adquieren apariencia de trámite. Un billete. Un taxi. Un embarque. Una espera. Una maleta. Un puerto. Una habitación. Nadie se despierta una mañana diciendo "voy a destruir la vida emocional de mi hija". Uno compra un vuelo barato a Dumaguete y deja que la frase grande espere en otra habitación.

El correo de confirmación llegó rápido.

Daniel Salcedo.

Otra vez.

El nombre seguía viajando por delante de él, como un perro viejo que no entendía que su dueño estaba pensando en abandonarlo.

Se levantó.

Guardó la ropa en la mochila.

No había mucho que guardar. Un par de camisetas, ropa interior, cargadores, la libreta, la pulsera azul, el cuaderno de Irene, el pasaporte, algo de efectivo, documentos, una bolsa con medicinas compradas sin criterio y una tristeza compacta que no ocupaba espacio pero pesaba en todos los compartimentos.

Antes de cerrar la mochila, sacó el cuaderno azul de Irene.

Lo miró.

No era igual al de Madrid.

Eso importaba menos de lo que habría querido.

La primera promesa no se sustituye con una compra en otro país. Pero Daniel necesitaba creer en equivalencias pequeñas. Un cuaderno por un cuaderno. Una foto por una presencia. Un mensaje por un padre. Una mentira bonita por una verdad imposible.

Lo guardó.

El móvil vibró.

Clara.

"¿Dónde estás ahora?"

Daniel miró la pregunta.

Ahora.

Clara siempre elegía palabras con una precisión molesta incluso cuando no intentaba hacerlo.

Ahora era Manila.

En unas horas sería Dumaguete.

Después Siquijor.

Después quién sabe.

Daniel escribió:

"Todavía en Manila. Hoy me muevo a otra zona."

No era mentira.

Era una frase construida por alguien que había descubierto que la verdad podía cortarse en filetes muy finos y servirse sin que pareciera sangre.

Clara respondió:

"¿A qué zona?"

Daniel cerró los ojos.

No podía decir Siquijor todavía.

No porque Clara pudiera impedirlo. No podía. No porque fuera peligroso en sí mismo. Era una isla, no una confesión. Pero escribir el nombre lo haría entrar en España. En el chat. En Clara. En Irene. La isla dejaría de ser un punto en su libreta y se convertiría en una respuesta verificable.

Escribió:

"Sur. Quiero ver algo menos urbano."

Demasiado turístico.

Demasiado vago.

Demasiado suyo.

Clara tardó en contestar.

"Daniel, vuelve."

La frase llegó sin adorno.

Sin reproche.

Sin diagnóstico.

Sin la arquitectura habitual de sus advertencias.

Daniel se quedó sentado en el borde de la cama, con el móvil en la mano.

Daniel, vuelve.

No "piénsalo".

No "ten cuidado".

No "estás haciendo daño".

Vuelve.

La palabra tenía una simpleza casi física. Una puerta abierta. Una orden. Una petición. Una cuerda.

Daniel escribió:

"No puedo ahora."

Lo miró.

Era falso.

Podía.

Había vuelos. Tenía pasaporte. Tenía billete de vuelta. Tenía piernas, tarjeta, idioma suficiente, excusas de sobra. Podía volver.

No quería.

Eso era lo que no podía decir.

Borró.

Escribió:

"Necesito terminar esto."

Eso era peor.

¿Terminar qué?

Ni él lo sabía.

O sí.

Borró también.

Al final no respondió.

A veces el silencio era una mentira con menos faltas de ortografía.

Dejó la llave en recepción.

La mujer le deseó buen viaje.

—Have a nice trip.

Daniel respondió:

—Thank you.

El inglés tenía esa ventaja: permitía ser educado sin ser exacto.

El taxi al aeropuerto cruzó Manila bajo una luz dura. La ciudad seguía viva, excesiva, inmensa. Daniel miró por la ventanilla como si fuera la última vez que veía una ciudad grande. Eso le pareció melodramático y, por eso mismo, molesto.

Pasaron junto a barrios de edificios apretados, puestos de comida, gente esperando transporte, niños con mochilas, hombres fumando, mujeres con paraguas contra el sol, cables colgando sobre calles que parecían sostenerse por costumbre.

Manila no se despedía.

No tenía tiempo.

En el aeropuerto, Daniel hizo la cola con otros pasajeros que viajaban con bolsas, cajas, mochilas, maletas envueltas en plástico, niños, comida, paquetes. El vuelo doméstico tenía un aire menos turístico y más real. Gente moviéndose por razones concretas, familiares, laborales, necesarias.

Él era el único que parecía estar huyendo de una abstracción.

En el mostrador, la empleada revisó su pasaporte.

—Dumaguete?

—Yes.

—Vacation?

—Yes.

La palabra ya no tenía ni piel.

Mientras esperaba el embarque, Daniel abrió el chat de Irene.

No había escrito nada desde la noche anterior.

No te mueras.

El mensaje seguía allí.

Encima estaba su respuesta:

“Tendré cuidado.”

Tendré cuidado.

Un clásico.

La frase perfecta para hombres que no tenían ninguna intención real de cuidarse de sí mismos.

Escribió:

"Hoy voy a una isla. Igual tengo menos cobertura."

Antes de enviar, se detuvo.

Igual tengo menos cobertura.

Ahí estaba.

La primera semilla práctica de la desaparición.

Una frase pequeña, razonable, turística, casi aburrida. Pero dentro llevaba otra cosa. Un ensayo. Un hueco. Una explicación previa para futuros silencios.

Daniel sintió náusea.

Borró.

Escribió:

"Hoy voy hacia una isla. Te mando fotos cuando llegue."

Eso era mejor.

No mucho.

Lo envió.

Irene tardó poco.

"Vale. Que no te coma un tiburón."

Daniel sonrió, pero la sonrisa no llegó lejos.

"Intentaré negociar."

"Dile que eres indigesto."

"Eso ya lo sabe mucha gente."

Irene respondió con un emoji riéndose.

Daniel miró el teléfono hasta que la pantalla se apagó sola.

A veces su hija todavía le hablaba como si él fuera alguien recuperable.

Eso era lo más cruel.

El vuelo a Dumaguete duró poco, pero Daniel lo sintió más largo que el trayecto desde Bali a Manila. Quizá porque ya no podía fingir novedad. Quizá porque cada kilómetro hacia el sur parecía reducir las excusas. Quizá porque en algún momento del viaje, mirando las

nubes desde la ventanilla, entendió que estaba eligiendo lugares cada vez más pequeños para una mentira cada vez más grande.

Dumaguete apareció bajo el avión como una costa recortada, verde, baja, con mar alrededor y edificios pequeños.

No tenía la violencia de Manila.

Eso no lo tranquilizó.

Lo inquietó más.

Las ciudades grandes ofrecen anonimato por exceso. Las islas lo ofrecen por indiferencia. En una ciudad, nadie te ve porque hay demasiados. En una isla, nadie te ve porque no eres de allí y, al principio, no importas.

El aeropuerto era pequeño.

Daniel bajó por una escalera móvil, caminó por la pista, recogió la mochila y salió a un exterior luminoso. Había conductores, triciclos, coches, carteles, gente esperando. El aire olía a sal, gasolina, polvo y algo frito.

Una ciudad más pequeña.

Un ruido más manejable.

Una trampa más educada.

—Port? —preguntó un conductor.

Daniel tardó en responder.

—Yes. Port.

—Siquijor?

El nombre salió de la boca del hombre como una cosa cotidiana.

Daniel asintió.

—Yes.

El conductor cogió su mochila antes de que Daniel pudiera decidir si eso le incomodaba. La colocó en un triciclo motorizado, un vehículo pequeño, ruidoso, con estructura lateral y asientos estrechos.

Daniel se sentó dentro.

El motor arrancó.

Dumaguete pasó a su alrededor: tiendas, motos, estudiantes, fachadas, carteles en inglés, cables, árboles, gente caminando sin la prisa brutal de Manila. El mar aparecía y desaparecía entre calles como una presencia que no necesitaba anunciarse.

El conductor habló por encima del ruido.

—First time Siquijor?

—Yes.

—Nice island. Quiet. You stay long?

Daniel miró el mar al fondo.

—Maybe.

Otra vez.

El conductor se rio.

—Many people say maybe. Then stay.

Daniel no respondió.

La frase no le gustó.

O le gustó demasiado.

El puerto tenía una actividad compacta. Gente con bolsas, cajas, mochilas, billetes, vendedores, niños, pasajeros esperando bajo sombra, anuncios que Daniel entendía solo a medias. Compró un billete de ferry después de equivocarse de ventanilla una vez y de sonreír dos veces sin saber exactamente por qué.

El inglés allí era funcional, mezclado, rápido, suficiente.

Daniel también era funcional, mezclado, rápido, suficiente.

Tal vez por eso encajaba un poco.

Esperó sentado en un banco de plástico.

El mar estaba delante.

No como postal.

Como vía.

Como herramienta.

Como superficie.

Daniel bajó la mirada.

No.

Todavía no.

Sacó agua de la mochila y bebió.

El móvil tenía cobertura.

Mensaje de Clara.

"¿Estás en otra isla ya?"

Daniel no respondió.

Miró el chat.

La frase "Daniel, vuelve" seguía más arriba, sin contestar.

A veces una conversación se pudría no por lo que se decía, sino por lo que quedaba suspendido.

Escribió:

"Estoy esperando un ferry. Luego te digo."

Envió.

Clara respondió:

"¿Ferry a dónde?"

Daniel apagó la pantalla.

No la bloqueó.

La apagó.

Como si la oscuridad del móvil pudiera detener la pregunta.

El ferry llegó con ruido de motor, olor a combustible y una maniobra lenta que reunió a la gente en una especie de orden flexible. Daniel subió con otros pasajeros. El interior tenía asientos, ventiladores, ventanas, chalecos salvavidas en lugares visibles y una televisión apagada.

Se sentó junto a una ventana.

La mochila entre las piernas.

El cuaderno de Irene dentro.

La pulsera azul en un bolsillo.

El pasaporte en otro.

La libreta cerca.

Demasiadas vidas en una mochila tan pequeña.

Cuando el ferry empezó a moverse, Daniel miró hacia Dumaguete.

La costa se alejó despacio.

El agua golpeaba el casco con una regularidad desagradable. No era un mar violento. No era dramático. No hacía falta. Las cosas importantes rara vez llegan con el ambiente adecuado.

Daniel pensó en Irene.

No en Irene como concepto.

No en "mi hija".

En Irene concreta: la chaqueta vaquera, la mochila pequeña, el olor a champú de manzana, su forma de decir "vale", el emoji de fantasma, la frase "no te mueras".

Pensó en Clara.

En su “vuelve”.

En la puerta de Arganzuela.

En el reloj absurdo.

En el silencio.

Pensó en Eduardo.

En Sergio.

En Madrid.

Y luego pensó, con una claridad que no parecía suya:

Todo eso está al otro lado del agua.

La idea era simple.

Falsa.

Peligrosa.

El agua no separaba la culpa. Solo separaba direcciones.

Pero Daniel estaba cansado. Y el cansancio, en hombres como él, tenía un talento especial para llamar descanso a cualquier abismo.

El ferry avanzó.

El mar se abrió alrededor.

Un niño unas filas más adelante comía patatas de una bolsa. Una mujer mayor dormía con la cabeza inclinada. Dos jóvenes miraban vídeos en un móvil sin auriculares. Un hombre con gorra hablaba por teléfono y repetía una palabra que Daniel no entendía.

La vida, incluso sobre el agua, seguía siendo vulgar.

Eso lo tranquilizó.

También lo decepcionó.

Quizá esperaba que el mar lo acusara. Que se levantara. Que se negara a transportarlo. Que algún elemento antiguo y simbólico hiciera el trabajo moral que él evitaba.

Pero el mar no tenía opiniones visibles.

Aceptaba pasajeros.

También aceptaría otras cosas.

Daniel cerró los ojos.

No durmió.

Cuando volvió a abrirlos, Siquijor estaba delante.

Verde.

Baja.

Rodeada de una claridad azul que habría parecido exagerada en una fotografía mal editada. Palmeras, costa, casas, pequeñas construcciones, el puerto acercándose, motos esperando, gente moviéndose sin prisa aparente.

La isla no parecía peligrosa.

Ese fue el primer peligro.

El ferry atracó.

Daniel bajó con la mochila al hombro.

Un grupo de conductores ofrecía transporte.

—Motorbike?

—Tricycle?

—Where you stay?

Daniel miró el nombre de la guesthouse en el móvil. Lo había reservado la noche anterior, tarde, sin leer demasiado. Un alojamiento barato cerca de la costa, con buenas reseñas, habitaciones sencillas, comedor familiar y fotos de una terraza mirando al mar.

Mostró la dirección.

Un conductor asintió.

—Yes. I know.

Todos los conductores del mundo conocían todos los lugares. Era parte del oficio o de la mentira universal del transporte.

Daniel subió a otro triciclo.

La carretera desde el puerto bordeaba el mar durante tramos y luego entraba hacia zonas de vegetación. La isla era más silenciosa que Manila, más abierta que Bali, menos interesada en parecer algo para él. Había casas pequeñas, tiendas, niños saliendo de algún sitio, perros, gallos, motos, carteles pintados, árboles, ropa tendida, mujeres sentadas a la sombra, hombres reparando algo que Daniel no entendió.

El conductor señalaba cosas.

Daniel asentía.

Entendía poco.

No importaba.

En aquel momento no quería entender demasiado.

La guesthouse estaba junto a una carretera estrecha, detrás de una verja baja y un pequeño jardín desordenado con plantas grandes. Al fondo se veía una construcción de dos plantas, sencilla, pintada de un color claro ya vencido por el sol. A un lado había un comedor abierto con mesas de madera y ventiladores de techo. Más allá, entre árboles, un trozo de mar.

No era bonito como en las fotos.

Era mejor.

Más real.

Más usado.

Más difícil de convertir en postal.

Daniel pagó al conductor y entró con la mochila.

Una mujer estaba colocando vasos en una mesa del comedor.

Treinta y tantos.

Pelo oscuro recogido.

Camiseta sencilla.

Movimientos prácticos.

Levantó la vista al verlo.

—Hello.

—Hello. I have a reservation.

La frase le salió casi bien.

La mujer se secó las manos con un paño y se acercó a una pequeña mesa que hacía de recepción.

—Name?

Daniel sintió el golpe antes de que llegara.

Name.

Nombre.

Podía decir Mateo.

El pensamiento apareció.

Rápido.

Completo.

Tentador.

No había ninguna razón práctica para hacerlo todavía. La reserva estaba a su nombre real. El pasaporte también. Mentir ahora complicaría cosas. Era absurdo. Innecesario. Infantil.

Pero durante medio segundo quiso probarlo.

Quiso escuchar cómo sonaba allí, en aquella isla, frente a una mujer que no sabía nada de Madrid.

Mateo Santos.

La mujer esperó.

Daniel abrió la boca.

—Daniel Salcedo.

El nombre salió correcto.

Cansado, pero correcto.

La mujer buscó en una libreta, no en ordenador. Eso lo sorprendió. Pasó páginas, encontró algo y sonrió.

—Daniel. Two nights?

—Yes.

Dos noches.

Otra duración que no comprometía nada.

Ella le pidió el pasaporte. Daniel se lo dio. La mujer lo miró, anotó datos, lo devolvió.

—You can call me Lian —dijo.

Daniel tardó un segundo.

—Lian.

—Yes.

—Daniel.

Ya lo sabía.

Aun así lo dijo.

Como si estuvieran intercambiando algo más que nombres.

Lian le entregó una llave con un llavero de plástico azul.

—Room three. Fan room. No hot shower, okay?

Daniel estuvo a punto de reír.

Agua fría en una isla tropical. La austeridad tenía sentido del humor.

—Okay.

—Food until nine. Breakfast from seven. If you need scooter, my cousin has.

Daniel entendió casi todo.

Suficiente.

—Thank you.

Lian lo miró un segundo más de lo necesario.

No de forma dramática.

No como si leyera almas.

Más bien como alguien acostumbrado a ver viajeros llegar con una versión oficial de sí mismos y otra guardada en la mochila.

—You tired —dijo.

No preguntó.

Daniel sonrió.

—Long trip.

—Always long trip when people come alone.

La frase era sencilla.

Quizá no quería decir nada.

Quizá solo era conversación.

Daniel no supo dónde ponerla.

—Yes —dijo.

Lian señaló las escaleras.

—Room three.

Daniel subió.

La habitación era pequeña.

Cama.

Ventilador.

Mosquitera doblada.

Mesa estrecha.

Una ventana con vista parcial a árboles y, entre ellos, una línea de mar.

Baño básico.

Paredes claras.

Un olor a madera, humedad y jabón barato.

Daniel dejó la mochila en el suelo.

Esta vez la abrió.

Sacó una camiseta.

El cargador.

La libreta.

El pasaporte.

El cuaderno de Irene.

La pulsera azul.

Los colocó sobre la mesa.

Luego se quedó mirando los objetos.

No sabía si acababa de instalarse o de preparar una escena.

Se sentó en la cama.

El ventilador giraba sobre él.

Lento.

El móvil tenía señal débil.

Un mensaje de Clara, antiguo ya de media hora:

"Dime dónde estás."

Daniel sostuvo el teléfono.

Podía responder.

Siquijor.

Guesthouse.

Estoy bien.

Podía mandar ubicación.

Podía hacer algo limpio.

Podía seguir siendo un hombre irresponsable pero localizable.

Escribió:

"Ya llegué. Hay poca cobertura. Te escribo luego."

No puso el nombre de la isla.

Envió.

El mensaje tardó en salir.

Una raya.

Luego dos.

No azul.

Clara no respondió.

Daniel abrió el chat de Irene.

"Ya llegué a la isla. Hay mar. Luego mando foto."

Ella estaba en horario español. Quizá en clase. Quizá comiendo. Quizá viviendo una tarde en la que su padre era solo una notificación pendiente.

Guardó el móvil.

Bajó al comedor al atardecer.

Había dos mesas ocupadas. Una pareja extranjera con mochilas grandes hablaba en voz baja. Un hombre solo bebía cerveza mirando el teléfono. En otra mesa, una niña de unos siete años hacía deberes

o dibujaba en un cuaderno, mientras una mujer mayor pelaba algo en un recipiente metálico.

Lian apareció desde la cocina.

—You eat?

Daniel asintió.

—Yes. Whatever is easy.

Lian sonrió apenas.

—Everything easy if you pay.

Daniel soltó una risa breve.

—Good system.

—Old system.

La frase le gustó.

Comió pescado, arroz y verduras. El pescado era sencillo, bueno, con espinas pequeñas que le obligaban a prestar atención. Eso le pareció casi terapéutico, aunque decidió no usar esa palabra ni siquiera en su cabeza. La terapia no tenía culpa de que la gente insoportable la hubiera convertido en decoración verbal.

Mientras comía, la niña del cuaderno lo miró un par de veces.

Daniel intentó sonreír.

Ella no sonrió.

Muy sensata.

Lian se acercó con una botella de agua.

—You stay two nights only?

—Maybe more.

La palabra salió sola.

Lian apoyó la botella sobre la mesa.

—Many maybe.

Daniel levantó la vista.

—Sorry?

—People come here. Say two nights. Maybe more. Maybe leave tomorrow. Maybe stay one month. Always maybe.

Daniel no supo si aquello era una observación turística o una acusación universal.

—Maybe is useful —dijo.

Lian lo miró.

—Maybe is for people who don’t want answer.

Daniel se quedó callado.

Ella no sonrió esta vez.

Tampoco parecía enfadada.

Solo dijo lo que veía, como Clara, pero sin historial suficiente para hacerlo daño a propósito.

Daniel bebió agua.

—You speak good English —dijo, por decir algo.

Lian se encogió de hombros.

—Enough.

Suficiente.

La palabra lo persiguió desde Bali.

Entender lo suficiente.

Mentir lo suficiente.

Pagar lo suficiente.

Amar lo suficiente para sufrir, no lo suficiente para quedarse.

—Enough is good —dijo Daniel.

—Sometimes.

Lian volvió a la cocina.

Daniel siguió comiendo.

Afuera, el cielo iba oscureciendo. El mar se veía poco, pero se oía. No fuerte. No dramático. Una respiración baja detrás de los árboles. Daniel intentó no prestarle atención.

Naturalmente, solo oyó eso.

Después de cenar caminó hasta la orilla.

No había una playa amplia justo detrás de la guesthouse, sino una franja irregular de arena, piedras, raíces y pequeñas barcas descansando cerca del agua. La marea estaba baja. El cielo tenía restos de luz violeta. Algunas luces lejanas marcaban otras casas, otros alojamientos, quizá pescadores.

Daniel se detuvo junto a una barca estrecha.

El mar era oscuro.

No negro.

Oscuro.

Suficiente para no mostrarlo todo.

Sacó el móvil y tomó una foto.

La imagen salió borrosa.

La repitió.

Mejor.

Se la envió a Irene.

"Foto prometida."

El mensaje quedó pendiente por la mala cobertura.

Daniel esperó.

Una raya.

Nada.

Levantó el móvil.

Ridículo.

La tecnología moderna había permitido que un hombre fingiera cercanía desde el otro lado del mundo y, aun así, lo dejaba haciendo gestos absurdos junto al mar para conseguir una línea más de señal.

Al final el mensaje salió.

Daniel bajó el móvil.

Miró el agua.

En Bali había escrito que el mar no había hecho nada por él.

Allí no estaba tan seguro.

No porque el mar hubiera hecho algo.

Sino porque él estaba empezando a pedirle cosas.

Eso era mucho peor.

Una voz sonó detrás.

—Careful there.

Daniel se giró.

Lian estaba a unos metros, con una linterna pequeña en la mano.

—Stones. Easy to fall.

—Thanks.

Ella iluminó la zona.

—You want swim, better daytime.

—No. Just looking.

Lian asintió.

—Many people just looking.

Daniel guardó el móvil.

—Is that bad?

—Depends what they look for.

Otra vez.

Frases simples.
Demasiado sitio dentro.
Daniel miró el mar.
—And what do people look for here?
Lian pensó un segundo.
—Quiet. Sun. Cheap beer. Forget something. Find something. Same things everywhere.
—And they find it?
Lian sonrió apenas.
—Beer, yes.
Daniel rió.
Fue una risa pequeña, agradecida.
Lian iluminó el camino de vuelta.
—You should sleep. Long trip.
—Yes.
Pero no se movió.
Ella tampoco durante un instante.
—You come from Spain?
Daniel notó la pregunta como una mano.
—Yes.
—Far.
—Very.
—Family there?
La palabra apareció.
Family.
Daniel miró el mar.
—Yes.
—They know you are here?
Daniel tardó demasiado.
Ese fue el problema.
No la respuesta.
La demora.
—Yes —dijo al fin.
Lian lo observó.
No insistió.
Eso, de nuevo, fue peor.

—Good night, Daniel.

Su nombre.

Dicho con naturalidad.

Dicho como si todavía fuera suyo.

—Good night.

Lian volvió hacia la guesthouse.

Daniel se quedó un minuto más junto al agua.

Family there?

They know you are here?

Sí.

Sabían que estaba en Filipinas.

No sabían dónde exactamente.

No sabían cuánto tiempo.

No sabían que en una libreta había escrito Mateo Santos.

No sabían que había comprado un cuaderno en Manila como si comprar un objeto pudiera compensar el deseo de borrar al comprador.

No sabían que el mar empezaba a dejar de ser paisaje.

Daniel regresó a la habitación.

El mensaje a Irene ya tenía respuesta.

"Qué oscuro."

Daniel escribió:

"Es de noche, genia."

"Pues manda una de día mañana."

"Mando."

Se quedó mirando esa palabra.

Mando.

Promesa pequeña.

Otra.

Irene respondió:

"Buenas noches, papá."

Daniel cerró los ojos.

Papá.

La palabra cruzó continentes, horarios, mentiras, aeropuertos, ferries, deudas y mares para llegar a una habitación con ventilador

en una isla filipina y golpearlo donde todavía no había conseguido endurecerse.

Escribió:

"Buenas noches, princesa."

Envió.

Luego dejó el móvil sobre la mesa.

Abrió la libreta.

Debajo de "Mar" y "No te mueras", escribió:

Siquijor.

Luego:

Lian.

No sabía por qué escribió su nombre.

Quizá porque era el primer nombre real de la isla.

Quizá porque al decir "Family there?" había tocado una zona que Daniel estaba intentando rodear.

Quizá porque escribir nombres era una forma de admitir que el mundo seguía fabricando personas incluso cuando uno prefería convertirlo todo en trayecto.

Se tumbó.

El ventilador giraba sobre él.

La habitación estaba caliente.

Afuera sonaban insectos, algún motor lejano, el mar.

Sobre la mesa, el pasaporte decía Daniel Salcedo.

La libreta decía Mateo Santos.

El móvil decía papá.

Durante un rato, las tres cosas convivieron sin matarse.

Eso fue lo que más miedo le dio.

Porque en Bali había escrito que no bastaba con irse.

En Siquijor, por primera vez, entendió lo que su cobardía estaba empezando a pedirle a cambio.

Capítulo 13 — El mar acepta cualquier mentira

Daniel despertó antes de que amaneciera del todo.

No porque hubiera dormido bien.

Porque el mar había empezado a hablar antes que el resto del mundo.

No era un sonido fuerte. No tenía la grandeza de las películas ni esa música hinchada con la que el cine intenta convencerte de que el agua entiende los problemas humanos. Era un murmullo bajo, repetido, casi doméstico. Como alguien respirando al otro lado de una pared fina.

Daniel permaneció tumbado, mirando el ventilador quieto sobre su cabeza.

Durante la noche se había ido la luz dos veces. La primera lo despertó con calor y con una sensación de abandono infantil, como si el mundo hubiera dejado de cumplir una promesa básica. La segunda ni siquiera abrió los ojos. Sudó, se dio la vuelta y soñó algo sin forma: una puerta de embarque, el cuaderno azul flotando en agua oscura, Clara de espaldas, Irene diciendo «no pasa nada» con voz de adulta.

Cuando abrió los ojos, la habitación seguía allí.

La mesa.

El pasaporte.

La libreta.

El cuaderno de Irene.

La pulsera azul.

El móvil.

Tres palabras en la pantalla, recibidas durante la madrugada española:

«Buenos días, papá.»

Daniel las leyó sin tocar el teléfono.

Buenos días, papá.

Era una frase sencilla, casi automática. Una hija saludando a su padre desde otro continente, quizá antes de ir al instituto, quizá con el pelo aún húmedo, quizá con sueño, quizá sin imaginar que esas tres palabras podían poner peso sobre una habitación entera.

Daniel no respondió enseguida.

Se levantó, fue al baño y se lavó la cara con agua fría. El espejo pequeño estaba mal colocado y le cortaba la cabeza por arriba si no se inclinaba un poco. Había algo grotesco en tener que agacharse para verse completo. Como si incluso la habitación le pidiera una forma de humildad que él no sabía practicar.

—Papá —dijo en voz baja.

La palabra no le pertenecía.

Se la habían prestado.

La estaba usando mal.

Volvió a la mesa y respondió:

«Buenos días desde la isla. Luego te mando foto de día.»

Irene contestó rápido.

«Vale. Que sea bonita.»

Daniel miró la ventana. Afuera el cielo empezaba a aclararse entre árboles.

«Haré lo que pueda. Soy fotógrafo mediocre.»

«Ya lo sé.»

Daniel sonrió.

Eso era lo peor.

Seguía pudiendo sonreír.

Incluso allí.

Incluso así.

Bajó al comedor cuando la luz ya había crecido. Lian estaba colocando tazas sobre una mesa. Amara, la niña de la noche anterior, comía con uniforme escolar, la mochila apoyada contra una pata de la silla. La mujer mayor removía una olla al fondo.

—Morning —dijo Lian.

—Morning.

—You sleep?

Daniel dudó.

—Enough.

Lian lo miró un segundo.

—Enough again.

—It's my favorite word now.

Ella sonrió apenas.

—Dangerous favorite.

Daniel se sentó junto al borde del comedor. Desde allí se veía una línea de mar entre dos árboles. No era la vista perfecta que se habría vendido bien en internet. Había una barca vieja, unas redes, un perro escarbando en la arena, una botella de plástico atrapada entre piedras.

La realidad, cuando no estaba encuadrada, siempre tenía algo de objeción.

Lian le llevó café y un plato con fruta, pan tostado y huevo.

—You want island tour today?

Daniel levantó la vista.

—Maybe.

Lian soltó aire por la nariz, casi una risa.

—Maybe man.

—It's a good name.

—No. Bad name.

Daniel removió el café.

—Why?

—Because maybe man never stay, never go. Always middle.

La frase era demasiado exacta para venir de una mujer que apenas lo conocía.

O quizá era exacta por eso.

La gente que no conocía tu historia tenía la ventaja de no perderse en los detalles. Veía la forma general. La postura. La demora antes de responder. Las palabras repetidas. La manera de mirar la salida cuando alguien preguntaba por familia.

—Maybe I go around the island —dijo Daniel.

—Scooter?

—No.

Recordó los veinte minutos en Bali y su regreso humillante.

—I prefer not dying today.

Lian dejó el plato sobre la mesa.

—Good preference.

Amara levantó la vista.

—He afraid scooter?

Lian le dijo algo en una lengua que Daniel no entendió. La niña se rió.

Daniel señaló su pecho.

—Very afraid.

Amara sonrió por primera vez.

Tenía un diente un poco torcido.

Daniel sintió una ternura inmediata y se odió por eso.

La ternura no lo hacía mejor. Solo demostraba que todavía sabía reaccionar ante cosas pequeñas. Muchos hombres horribles aman a los perros, a los niños, a las canciones tristes. La sensibilidad no absuelve. A veces solo decora.

—There is boat later —dijo Lian—. Small tour. Some people go snorkeling. You can ask at beach.

Daniel sostuvo la taza de café.

Boat.

Barca.

Tour.

Palabras turísticas.

Inofensivas.

Palabras que podían existir en un mensaje a Irene sin levantar sospechas.

Voy en una barca.

Voy a ver peces.

Voy al mar.

El mar.

Daniel bebió café. Estaba demasiado dulce.

—Maybe —dijo.

Lian lo miró.

—Of course.

Después de desayunar, Daniel caminó hasta la orilla para tomar la foto prometida.

La luz de la mañana hacía la isla más amable. El agua tenía un color limpio, transparente en las zonas bajas, azul más oscuro lejos.

Un par de barcas descansaban sobre la arena. Había niños caminando hacia alguna parte, un perro tumbado con la cabeza sobre las patas, una mujer barriendo hojas como si la playa fuera una habitación más de la casa.

Daniel sacó el móvil.

Hizo una foto del mar.

Otra de las barcas.

Otra de un árbol inclinado.

Revisó las imágenes y eligió la más bonita.

No la más verdadera.

La envió a Irene.

«Foto de día.»

Irene respondió al cabo de unos minutos:

«Esa sí.»

Daniel escribió:

«Crítica aprobada.»

«Parece de película.»

Daniel miró la playa. En la foto, sí. En persona había humedad, insectos, olor a gasolina de una barca cercana, piedras incómodas, algas secándose y un hombre de cuarenta y dos años pensando cosas imperdonables.

«Un poco», escribió.

Después añadió:

«Hoy quizá voy en una barca.»

Antes de enviar, se detuvo.

La frase quedó allí.

Hoy quizá voy en una barca.

No era grave.

No tenía por qué serlo.

Miles de turistas escribían cosas así cada día sin convertirlas en prólogo de una catástrofe. Pero Daniel ya no podía escribir frases inocentes sin escuchar debajo la maquinaria.

Envió.

Irene respondió:

«Haz vídeo.»

Daniel cerró los ojos.

Vídeo.

Claro.

La época exigía pruebas en movimiento.

«Si puedo.»

«Y no se te caiga el móvil.»

Daniel miró el agua.

«No prometo nada.»

Ella respondió con un emoji de tiburón.

Daniel guardó el móvil.

El emoji, la broma, la foto, la mañana clara: todo parecía empeñado en dejar constancia de que el mundo todavía podía ser normal si él no lo rompía.

Y él seguía allí.

De pie frente al agua.

Pensando.

No en un plan completo.

Eso se decía.

No en un método.

No en detalles.

No en cómo.

Solo en la forma general de una ausencia.

Daniel había pasado años convirtiendo las cosas en narraciones útiles. Esa era su deformación. Como vendedor, sabía que la gente no compraba hechos: compraba historias donde los hechos parecían inevitables. Si un cliente dudaba, Daniel no le daba más datos. Le daba una escena. Una familia. Una llamada. Una pérdida. Un futuro posible.

Ahora se estaba vendiendo una historia a sí mismo.

Un turista español.

Una isla.

Una excursión.

El mar.

Un accidente.

La palabra accidente tenía una belleza inmunda.

Permitía que nadie fuera culpable.

Permitía que Clara llorara sin saber.

Permitía que Irene odiara al destino, no a su padre.

Permitía que las deudas se quedaran buscando a un muerto.

Permitía que Daniel dejara de responder sin que el silencio pareciera elección.

Accidente.

Qué palabra tan generosa con los cobardes.

A media mañana caminó hasta una zona donde ofrecían salidas en barca. No estaba lejos. El cartel prometía tours, snorkeling, beach, sunset, palabras que habían sido diseñadas para que los turistas no tuvieran que pensar demasiado en nada.

Daniel se quedó a distancia.

No se acercó enseguida.

Se dijo que solo estaba mirando.

La frase volvió a él como un perro enfermo.

Solo mirando.

Había mirado vuelos.

Había mirado cuotas.

Había mirado Manila.

Había mirado Siquijor.

Casi todo lo malo de su vida había empezado con esa humildad falsa: solo mirar.

Un hombre con gorra le hizo un gesto.

—Tour? Snorkeling?

Daniel sonrió.

—Maybe.

El hombre sonrió también.

—Today good sea. Calm.

Mar tranquilo.

Qué oportuno.

Había otros turistas. Una pareja joven, quemada por el sol, con esa torpeza feliz de quienes confían en que el día solo va a ser un recuerdo. La mujer llevaba una cámara acuática. El hombre se ajustaba unas gafas de buceo sobre la frente.

Daniel pensó en irse.

Fue un pensamiento claro.

Podía volver a la guesthouse. Comer. Dormir. Hablar con Lian. Responder a Clara. Comprar un billete de vuelta. Escribir a Irene: «Me he asustado. Vuelvo.»

Podía.

El cuerpo incluso inició el movimiento.

Un paso atrás.

Luego el móvil vibró.

Clara.

No leyó el mensaje.

La vibración bastó.

Todo lo que esperaba al otro lado del teléfono cayó sobre él en una sola masa: preguntas, deudas, regreso, vergüenza, Eduardo, Sergio, explicaciones, la cara de Clara, Irene entendiendo poco a poco que su padre no estaba de viaje, sino deshaciéndose.

Daniel apagó la pantalla.

Dio el paso hacia la barca.

El precio fue pequeño.

Eso también le dio náuseas.

A veces el mundo parecía poner importes razonables a cosas que deberían haber sido imposibles de comprar.

Subieron.

La isla empezó a alejarse despacio.

Desde el agua, Siquijor parecía más inocente. Verde, baja, tranquila, con casas pequeñas entre árboles y una línea de costa que no sabía nada de él. Daniel miró hacia la zona de la guesthouse. No podía verla bien, pero imaginó el comedor, las mesas, Lian sirviendo café, Amara con su cuaderno.

Family there?

They know you are here?

Sí.

No.

Más o menos.

Mentiras por capas.

La barca avanzó sobre un mar dócil. Daniel no escuchaba las explicaciones completas. Entendía fragmentos: tiempo, peces,

cuidado, volver, señal. Lo suficiente para asentir. Lo suficiente para parecer un turista más.

Siempre lo suficiente.

El agua cambiaba de color según la profundidad.

Claro.

Azul.

Verde.

Oscuro.

Las zonas oscuras le atraían la mirada.

No porque fueran bonitas.

Porque ocultaban.

En una parada, los turistas entraron al agua con entusiasmo. Daniel se quedó sentado al principio. Luego sacó el móvil. Había una señal débil y un mensaje de Clara recibido antes:

«Dime el nombre de la isla.»

Daniel lo leyó.

Dime el nombre de la isla.

No «por favor».

No «cuando puedas».

Dime.

Clara había dejado de pedir adornos.

Daniel abrió el chat.

Escribió:

«Siquijor.»

Lo miró.

El nombre, allí, en el chat con Clara, perdió parte de su poder secreto. Ya no era solo una palabra en la libreta. Era un dato. Una coordenada moral.

Podía enviarlo.

Eso lo haría localizable.

Eso no arreglaría nada, pero dejaría una línea.

Una línea es mucho cuando alguien empieza a borrarse.

Daniel mantuvo el dedo sobre enviar.

La pareja reía en el agua.

El guía joven decía algo.

La barca se balanceaba suavemente.

Daniel sintió una presión en el pecho.

Envió el mensaje.

Una raya.

Esperó.

La segunda no apareció.

Sin señal.

Daniel miró la pantalla.

Siquijor.

No enviado.

Durante unos segundos pudo insistir. Levantar el móvil. Buscar cobertura. Cuidar esa línea mínima que todavía lo unía a tierra.

No lo hizo.

Apagó el móvil.

No porque no hubiera señal.

Porque la había buscado lo justo.

Eso lo supo.

Y lo supo tan claramente que estuvo a punto de vomitar.

El resto ocurrió sin épica.

Ese fue el insulto final.

No hubo música. No hubo revelación. No hubo una frase perfecta cruzándole la mente. Hubo agua, sal, ruido amortiguado, luz rota, cuerpos moviéndose alrededor y una confusión real mezclada con una decisión demasiado antigua para seguir llamándola impulso.

Daniel no pensó en libertad.

Pensó en Irene.

No como consuelo.

Como condena.

Pensó en su hija mirando un chat.

Pensó en Clara recibiendo una llamada.

Pensó en el cuaderno azul, quizá encontrado por alguien que no sabría qué peso tenía un objeto tan pequeño.

Pensó en la palabra accidente.

Y la odió.

Y aun así nadó hacia ella.

No se puede contar bien una cobardía desde dentro. La cobardía no tiene épica. Tiene torpeza, miedo, respiración rota, decisiones

tomadas a medias y un cuerpo obedeciendo a una cabeza que luego fingirá haber sido arrastrada por las circunstancias.

Daniel no fue brillante.

No fue preciso.

No fue valiente.

Fue suficiente.

Eso era lo más obsceno.

El mar no necesitaba que un hombre fuera un genio para aceptar su mentira.

Le bastaba con que dejara de estar donde los demás esperaban verlo.

Cuando los gritos empezaron, Daniel ya no estaba donde debía.

No distinguió las palabras. El agua, la distancia y el motor convertían las voces en golpes. Tal vez dijeron su nombre. Tal vez dijeron «sir». Tal vez llamaron entre ellos. Tal vez señalaron un punto equivocado.

Daniel tampoco lo supo.

El mundo se volvió fragmento: agua, vegetación, piedra, sal, respiración, un ruido de motor que se acercaba y se alejaba, una voz que quizá decía Daniel o quizá era la culpa aprendiendo a imitar sonidos.

No había nacido Mateo.

Todavía no.

Solo había desaparecido Daniel de un sitio donde Daniel debía estar.

Era una diferencia pequeña.

Enorme.

El primer pensamiento ordenado que tuvo fue absurdo:

Irene va a odiar el mar.

Luego:

Clara va a saberlo.

No con pruebas.

No al principio.

Pero en algún lugar de su cuerpo, Clara iba a saber que aquello no tenía la forma limpia de un accidente. Clara conocía demasiado

bien el olor de sus huidas. Quizá no podría demostrarlo. Quizá tardaría años. Pero lo sabría de algún modo.

Daniel cerró los ojos.

La sal le quemaba.

Se dijo que aún podía volver.

Aún.

Esa palabra miserable se negó a morir.

Podía aparecer. Podía gritar. Podía dejar que lo rescataran. Podía convertir aquello en un susto, una vergüenza, un incidente absurdo de turista idiota. Habría preguntas, sí. Sospechas quizá. Pero seguiría vivo para los vivos. Clara lo insultaría. Irene lloraría y luego lo odiaría durante una temporada. Tal vez sería lo más parecido a una salvación que un hombre como él podía permitirse.

Daniel escuchó voces lejanas.

El motor.

Otra barca quizá.

El mundo buscándolo.

No a Mateo.

A Daniel.

A papá.

A un español de cuarenta y dos años que había pagado una excursión y no había vuelto a la barca.

Daniel abrió la boca.

Pudo gritar.

No lo hizo.

La decisión final no fue moverse.

Fue callarse.

Eso era lo que recordaría después.

No el agua.

No el miedo.

No la maniobra.

No la barca.

El silencio.

Su propio silencio mientras otros empezaban a buscarlo.

El día avanzó sin pedirle permiso.

La luz cambió.

El calor subió.

Daniel se movió cuando pudo moverse y esperó cuando no. No pensaba en términos claros. No trazaba mapas. No era estrategia. Era miedo con piernas, culpa con pulso, supervivencia sin honor.

En algún momento oyó más motores.

En algún momento voces.

En algún momento un silbato o algo parecido.

En algún momento su nombre, quizá.

Daniel.

O tal vez lo inventó.

La culpa también producía sonidos.

Cuando el ruido principal quedó atrás y el mar dejó de ser escena para convertirse en presencia detrás de los árboles, Daniel se sentó en el suelo, apoyado contra algo húmedo y duro.

No lloró.

No vomitó.

No rezó.

Solo respiró con la boca abierta como un animal feo.

Se miró las manos.

Temblaban.

Manos de vendedor.

Manos de padre.

Manos de hombre vivo fabricando su muerte.

La frase apareció sin literatura:

Ya está.

Y no hubo alivio.

Eso fue casi una sorpresa.

Daniel había imaginado, en algún lugar de su estupidez, que el instante posterior a cruzar la línea tendría una textura clara. Terror, quizá. Libertad. Euforia. Hundimiento. Algo grande.

Pero no.

Lo que sintió fue una espera.

Como si la verdadera consecuencia todavía no hubiera llegado y él estuviera sentado en la sala equivocada de un hospital.

Durante un segundo pensó en el cuaderno de Irene.

Entonces sí tuvo que doblarse hacia delante.

El cuaderno.

La pulsera.

La mochila.

Pruebas de amor barato dejadas cerca del lugar donde una hija iba a aprender a llorar.

Daniel se apretó los ojos con la base de las manos.

No puedes volver.

La frase llegó con una claridad helada.

Ya no.

No porque fuera imposible físicamente.

Porque volver ahora significaría mirar de frente algo que acababa de hacer sabiendo que podía no hacerlo.

Y Daniel Salcedo había construido su vida sobre una habilidad concreta: no mirar de frente justo en el momento decisivo.

La tarde empezó a caer.

La isla, que por la mañana había parecido sencilla, se volvió extraña. Los sonidos cambiaron. Insectos. Aves. Motores lejanos. Voces que aparecían y se perdían. El mar detrás, siempre detrás, como una cosa que ya sabía demasiado.

Daniel tenía sed.

Tenía frío, aunque hacía calor.

Tenía miedo.

El miedo, al menos, era justo.

Pensó en Clara recibiendo el primer aviso.

Quizá todavía no.

Quizá aún solo era retraso.

Quizá los guías seguían buscando.

Quizá alguien había llamado a la guesthouse.

Quizá Lian había dicho: «Daniel, Spain, room three.»

Room three.

La mesa.

El pasaporte.

No.

El pasaporte no.

Daniel cerró los ojos.

No quiso seguir la cadena.

Pero la mente lo hizo igualmente.

La mochila encontrada o no encontrada.

El nombre en la reserva.

El español desaparecido.

La llamada a autoridades.

La llamada a Clara.

Irene.

Irene.

Irene.

Su hija tenía doce años y un móvil donde quizá esa noche aparecería una frase de su madre, una llamada, un silencio raro en la cocina, una cara adulta intentando elegir palabras imposibles.

Daniel apoyó la cabeza contra el tronco de un árbol.

—Perdón —dijo.

Lo dijo en español.

Muy bajo.

A nadie.

Decir perdón cuando no hay nadie que pueda escucharlo era otra forma de cobardía. Barata. Cómoda. Sin riesgo de respuesta.

Aun así lo dijo otra vez.

—Perdón.

El mar sonó detrás.

No respondió.

Por supuesto que no.

El mar no era Clara.

No era Irene.

No era juez.

No era cura.

No era madre.

No era padre.

El mar no perdonaba porque no acusaba. No acusaba porque no le importaba. Ese era su poder. Su brutalidad. Su limpieza.

Aceptaba cuerpos, nombres, promesas, barcas, cenizas, botellas, lágrimas, turistas idiotas, pescadores cansados, niños jugando, hombres huyendo.

Aceptaba cualquier mentira.

No porque la creyera.

Porque podía tragársela sin preguntar.

Cuando la oscuridad empezó a cerrar la isla, Daniel comprendió que había conseguido exactamente lo que había imaginado en Madrid sin atreverse a formularlo.

Estaba lejos.

Estaba fuera.

Estaba vivo.

Y, en algún lugar que todavía respiraba bajo otro horario, su hija empezaba a quedarse sin padre.

La libertad, descubrió entonces, también podía saber a agua salada cuando entra demasiado hondo.

Daniel abrió los ojos.

En la penumbra, no vio el mar.

Solo lo oyó.

Eso fue peor.

Porque el mar, igual que las mentiras, no necesitaba estar delante para seguir ocupándolo todo.

Capítulo 14 — La llamada a Clara

Clara Molina recibió la llamada a las once y treinta y ocho de la mañana, mientras doblaba una camiseta de Irene que ya no sabía si era de lavar, de guardar o de tirar.

La camiseta tenía una mancha pequeña cerca del cuello. Clara la frotó con el pulgar, como si el tejido pudiera darle una respuesta. En la mesa del salón había una taza de café frío, dos facturas, una autorización del instituto y una bolsa con pan. La lavadora giraba en la cocina con un ruido regular, casi amable. Madrid entraba por la ventana en forma de tráfico lejano, voces del patio interior y un perro ladrando con una convicción que no parecía necesitar pruebas.

Un martes cualquiera.

Esa era la crueldad.

Las desgracias importantes casi nunca avisan al decorado.

El móvil vibró sobre la mesa.

Número desconocido.

Internacional.

Clara lo miró sin tocarlo.

Durante un segundo pensó en Daniel.

No con miedo todavía.

Con cansancio.

Daniel y sus números desconocidos. Daniel y sus llamadas raras. Daniel y esa capacidad suya para convertir cualquier vibración del teléfono en una deuda con piernas.

El móvil siguió sonando.

Clara dejó la camiseta sobre el respaldo de una silla y contestó.

—¿Sí?

Al principio no entendió nada.

Una voz masculina habló en inglés. Rápida. Lejana. Con ruido alrededor. Clara captó palabras sueltas, como piedras saliendo de una corriente.

Mister Salcedo.

Boat.

Missing.

Sea.

Police.

Search.

Clara se quedó inmóvil.

No porque hubiera entendido.

Porque su cuerpo entendió antes que ella.

—Perdón —dijo—. No entiendo. ¿Quién llama?

La voz repitió algo.

Más despacio.

No lo suficiente.

Clara cerró los ojos.

—Spanish, please. ¿Español? Spanish?

Hubo silencio. Voces al fondo. Alguien hablando con alguien. Luego otra voz. Femenina. Inglés más lento.

—Madam, you are family of Daniel Salcedo?

Clara apretó el móvil.

Family.

Qué palabra tan imprecisa.

Había sido su mujer.

Ya no lo era.

Era la madre de su hija.

Era la persona que todavía recibía ciertas llamadas porque las ruinas, cuando no saben a dónde ir, buscan la casa donde alguna vez fueron vida.

—Soy su exmujer —dijo Clara—. ¿Qué pasa?

La mujer tardó en contestar.

O quizá contestó rápido y Clara ya estaba entrando en otro tipo de tiempo.

—He was on boat tour. In Siquijor. There is incident. He is missing.

Clara miró la camiseta de Irene.

El perro seguía ladrando en el patio.

La lavadora cambió de ciclo.

El mundo, grosero, continuó.

—¿Missing? —repitió Clara.

La palabra inglesa le pareció absurda. Demasiado limpia. Demasiado administrativa para referirse a Daniel. Daniel no estaba "missing". Daniel siempre estaba llegando tarde, mintiendo, ocultando, retrasando, escapando, complicando, prometiendo.

Missing era una palabra de aeropuerto.

No de marido.

No de padre.

—Missing at sea —dijo la mujer.

At sea.

En el mar.

Clara se sentó sin decidirlo.

La silla recibió su cuerpo con un crujido pequeño.

—No —dijo.

No fue una negación dramática.

Fue más simple.

Una corrección.

Como si la mujer hubiera pronunciado mal un apellido.

—Search is ongoing —continuó la voz—. Authorities looking. We contact because phone has this number. Also guesthouse.

Clara escuchaba y no escuchaba.

El inglés entraba en partes. Daniel había desaparecido en una salida en barca. Habían avisado a autoridades locales. Había búsqueda. No se sabía. No se podía confirmar. No había cuerpo.

Esa última parte la entendió aunque nadie la hubiera dicho aún.

No había cuerpo.

Preguntó:

—¿Han encontrado su cuerpo?

La mujer calló.

Ese silencio fue la primera respuesta verdadera.

—No, madam. No body found.

No body found.

Clara apoyó una mano sobre la mesa.

La madera estaba fría.

Miró la taza de café.

La superficie temblaba un poco.

No era la taza.

Era su mano.

—¿Está muerto? —preguntó.

La mujer respondió algo largo.

No podían confirmar.

Desaparecido.

Búsqueda.

Mar.

Posible accidente.

Contactarían.

Necesitaban datos.

La embajada o consulado.

Autoridades.

Clara oyó todo como si alguien estuviera leyendo instrucciones desde otra habitación.

—¿Cuándo ha pasado?

La mujer respondió.

Clara intentó traducir horas.

Filipinas.

España.

Mañana.

Tarde.

Día.

Noche.

La geografía había convertido la muerte posible de Daniel en un problema de husos horarios. Le pareció ofensivo. También lógico. El mundo siempre encontraba formas prácticas de ordenar lo insoportable.

—¿Quién estaba con él? —preguntó.

Boat tour.

Other tourists.

Guide.

He was there.

Then not.

Then search.

Then not found.

La frase se rompía en su cabeza.

Estaba.

Luego no.

Clara sintió algo inesperado.

No fue dolor.

No todavía.

Fue sospecha.

Una sospecha antigua, física, vergonzosa por llegar tan pronto.

Daniel.

¿Qué has hecho?

El pensamiento apareció completo, antes que el llanto, antes que la pena, antes que la imagen de Irene. Clara lo rechazó con violencia. No. No se podía pensar eso. No en ese momento. No sobre un hombre quizá muerto en el mar. Había límites incluso para el cansancio.

Pero la sospecha no se fue.

Solo se apartó un poco.

Como hacen los animales que esperan otra oportunidad para acercarse.

—Voy a colgar —dijo Clara—. Necesito... necesito que alguien me llame en español.

No sabía si la entendían.

Repitió:

—Spanish. Please. Someone in Spanish.

La mujer dijo que sí. Que intentarían. Que la contactarían. Que sentían mucho.

Sorry.

Clara había oído esa palabra muchas veces.

Lo siento.

La palabra más barata del mundo cuando llega antes que una solución.

Colgó.

Durante unos segundos no se movió.

El móvil quedó en su mano.

La lavadora terminó.

Emitió tres pitidos.

Clara los escuchó con una claridad ridícula.

Tres pitidos.

Una llamada internacional.

Un exmarido desaparecido en el mar.

Una camiseta de Irene con una mancha.

Así era la vida: incapaz de distinguir jerarquías.

El móvil volvió a vibrar.

Clara se sobresaltó.

Daniel, pensó.

Imposible.

Pero lo pensó.

La pantalla mostró otro número.

España.

Contestó.

—¿Sí?

Esta vez una voz de mujer habló en castellano. Formal. Cuidadosa. Demasiado cuidadosa.

Dijo su nombre completo.

Preguntó si hablaba con Clara Molina.

Explicó que llamaba en relación con Daniel Salcedo.

No dijo "accidente" enseguida.

No dijo "muerte".

No dijo "ahogado".

Las instituciones tenían un talento particular para rodear el centro de las cosas, como si acercarse demasiado pudiera comprometerlas legalmente.

Clara la interrumpió.

—¿Está muerto?

Silencio.

Otra vez.

Clara empezó a odiar los silencios.

—No podemos confirmarlo —dijo la mujer—. Por ahora consta como desaparecido durante una salida marítima en Filipinas. Las autoridades locales han iniciado labores de búsqueda.

Consta.

Labores.

Salida marítima.

Clara cerró los ojos.

Ahí estaba la lengua administrativa intentando ponerle corbata al mar.

—¿Hay algún cuerpo? —preguntó.

—No.

—¿Hay alguna prueba de que se haya caído?

La mujer respiró.

—La información todavía es preliminar.

Preliminar.

Clara sintió ganas de reír.

No lo hizo.

—¿Qué significa eso?

—Significa que aún se están recabando datos. Sabemos que el señor Salcedo participaba en una excursión en barca. En algún momento se perdió contacto visual con él. Se activó la búsqueda en la zona.

Perdió contacto visual.

Daniel había convertido su vida entera en eso.

Clara se llevó la mano libre a la boca.

No lloró.

El cuerpo, cuando recibe un golpe demasiado grande, a veces se vuelve educado. Guarda el llanto para más tarde, como una visita incómoda.

—¿Tiene familia directa? —preguntó la mujer—. ¿Padres, hermanos?

Clara miró hacia el pasillo.

La puerta de la habitación de Irene estaba entreabierta.

Dentro se veía la cama sin hacer, una mochila en el suelo, una sudadera tirada sobre la silla, libros, un cargador, una vida de doce años interrumpida a medias por el instituto.

—Tiene una hija —dijo.

La voz se le rompió en esa palabra.

Hija.

Ahí sí.

No lloró, pero algo cedió.

—Tiene doce años.

La mujer bajó un poco el tono.

—Lo siento mucho.

Clara apretó los dientes.

No.

No lo sientas todavía, pensó.

Todavía no sé qué ha pasado.

Todavía no sé si tengo que llorarlo, odiarlo, buscarlo o decirle a mi hija que su padre ha muerto haciendo turismo en una isla cuyo nombre ni siquiera sé pronunciar bien.

—Necesito saber qué tengo que hacer —dijo Clara.

La frase la salvó.

Hacer.

Verbo práctico.

Los verbos prácticos eran tablones en medio del agua.

La mujer explicó pasos.

Datos.

Documentación.

Contacto con autoridades.

Posible comunicación oficial.

Esperar actualizaciones.

Estar localizable.

No difundir información no confirmada.

Clara escuchó.

Apuntó en el reverso de una factura con un bolígrafo que no escribía bien. Lo agitó con rabia. Buscó otro. Encontró uno rosa de Irene con un unicornio en la punta. Escribió con él.

Daniel Salcedo.

Filipinas.

Siquijor.

Desaparecido.

Búsqueda.

No cuerpo.

No cuerpo.

Escribió eso dos veces sin darse cuenta.

No cuerpo.

Cuando colgó, la casa pareció demasiado silenciosa.

La lavadora había terminado.

El perro ya no ladraba.

Alguien en el patio interior cerró una ventana.

Clara se levantó despacio.

Fue a la cocina.

Apagó la lavadora.

La volvió a encender sin querer.

La apagó otra vez.

Se quedó de pie frente al electrodoméstico, mirando la puerta circular, la ropa mojada pegada al cristal.

Una camiseta blanca giraba lentamente por inercia.

Agua.

Ropa.

Cristal.

No.

Se apartó.

Fue al salón.

Cogió el móvil.

Abrió el chat de Daniel.

Últimos mensajes.

Ella:

"¿Estás en otra isla ya?"

Él:

"Estoy esperando un ferry. Luego te digo."

Ella:

"¿Ferry a dónde?"

Sin respuesta.

Más abajo, de la noche anterior:

"Daniel, vuelve."

No contestado.

Clara leyó esa frase.

Daniel, vuelve.

La había escrito sin saber que podía convertirse en la última cuerda lanzada desde tierra.

El mensaje siguiente nunca llegó.

Clara abrió el perfil.

Foto antigua de Daniel con Irene.

Irene tendría ocho años en la imagen. Estaba sentada sobre los hombros de su padre en un parque. Daniel sonreía como si el mundo todavía aceptara aplazamientos. Irene sujetaba un helado y tenía la boca manchada.

Clara no había cambiado esa foto.

No por nostalgia.

Por pereza, se había dicho muchas veces.

Mentira.

Algunas cosas no se cambian porque cambiarlas parece una decisión mayor que mantenerlas.

Tocó la pantalla.

Llamó a Daniel.

Tono.

Uno.

Dos.

Tres.

Nada.

Otra vez.

Nada.

La llamada terminó.

Clara volvió a llamar.

Nada.

Volvió a llamar.

Nada.

La tercera vez, el sistema la informó de algo en inglés o en español automático, según la ruta misteriosa de la telefonía internacional. No disponible. Apagado. Fuera de cobertura. Muerto. Todas las frases venían a decir lo mismo con distintos niveles de cobardía.

Clara dejó el móvil sobre la mesa.

Entonces lloró.

No mucho.

No bien.

No como en las películas, donde el llanto ordena la escena y permite al espectador saber qué siente cada quien. Clara lloró de pie, con una mano apoyada en la mesa y la otra en la boca, intentando no hacer ruido en una casa vacía.

El llanto duró poco.

Quizá porque no había tiempo.

Quizá porque todavía no sabía qué estaba llorando.

Uno no puede llorar correctamente a un desaparecido.

La muerte, al menos, tiene una brutalidad sólida. El desaparecido, en cambio, se queda ocupando todos los verbos.

Está.

Estaba.

Estará.

Quizá.

No.

Tal vez.

Clara se limpió la cara con la manga.

Tenía que recoger a Irene a las dos y cuarto.

No.
No podía recogerla así.
No podía decírselo en la puerta del instituto.
No podía decirlo por teléfono.
No podía no decirlo.
El pensamiento la hizo sentarse otra vez.
¿Cómo se le dice a una niña que su padre ha desaparecido en el mar?
No hay frases para eso.
Hay frases para cosas pequeñas.
Ponte la chaqueta.
No llegues tarde.
Haz los deberes.
No contestes así.
Tu padre vendrá el domingo.
Tu padre no ha podido venir.
Tu padre está en Filipinas.
Tu padre...
Clara se dobló hacia delante.
No.
Todavía no.
Cogió el móvil y llamó a su hermana.
Contestó al cuarto tono.
—¿Qué pasa?
Clara abrió la boca.
No salió nada.
—Clara?
—Es Daniel.
Su hermana guardó silencio.
Ese silencio sí tenía historia.
—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó.
Clara cerró los ojos.
La pregunta era terrible.
Y exacta.
—No lo sé —dijo Clara.
Su hermana cambió el tono al instante.

—¿Qué ha pasado?

—Me han llamado de Filipinas.

Decir Filipinas en voz alta hizo que todo se volviera más absurdo.

Filipinas era una palabra de mapas, de noticias lejanas, de playas en internet, de vuelos que Clara jamás había buscado. No una palabra que entrara en su salón y se sentara encima de la ropa doblada.

—Dicen que ha desaparecido en el mar.

Su hermana tardó en responder.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—No sé. En una barca. Una excursión. No hay cuerpo. Lo están buscando.

—Dios mío.

Clara se levantó.

—No digas eso.

—Clara...

—No digas Dios mío. No me sirve.

Su hermana respiró al otro lado.

—Voy para allá.

—No.

—Sí.

—Tengo que ir a por Irene.

—Voy contigo.

Clara miró el reloj.

Doce y diecinueve.

El tiempo seguía avanzando con una indecencia impecable.

—Irene no sabe nada —dijo.

—Claro.

—No sé qué decirle.

Su hermana no respondió rápido.

Por primera vez, nadie fingió que había una frase correcta.

—Primero vamos a buscarla —dijo al fin—. Luego se lo dices en casa.

Clara asintió aunque su hermana no pudiera verla.

—No quiero mentirle.

—No le mientas. Pero tampoco le des todo de golpe.

Clara soltó una risa seca.

—Eso suena a manual.

—No tengo otra cosa.

Claro.

Nadie tenía otra cosa.

Clara colgó y entró en la habitación de Irene.

No sabía por qué.

Quizá porque necesitaba verla sin verla.

La habitación olía a colonia suave, ropa, libros, adolescencia empezando a tomar territorio. Sobre el escritorio había un estuche abierto, una libreta de matemáticas, una goma mordida, dos horquillas, un papel con un dibujo de una ballena azul que Irene había hecho años antes y que Clara había rescatado de una limpieza demasiado agresiva.

Ballena.

Azul.

Mar.

Clara apartó la mirada.

En la pared había una foto de Irene con Daniel de hacía dos veranos. Daniel llevaba gafas de sol. Irene hacía un gesto absurdo con la mano. Clara recordaba ese día. Daniel había llegado tarde, por supuesto. Pero luego había comprado helados y había hecho reír a Irene durante una hora entera. Eso era lo injusto de Daniel: no había sido mentira todo el tiempo.

Si hubiera sido mentira todo, habría resultado más fácil.

Clara se sentó en la cama de su hija.

El colchón se hundió apenas.

Miró el móvil.

Nada.

Ninguna actualización.

Ningún milagro.

Ninguna llamada diciendo "error, disculpe, apareció, está bien, solo fue un susto".

Clara imaginó esa llamada con tanta fuerza que durante un segundo casi la oyó.

No llegó.

Abrió el chat de Irene.

Último mensaje de Irene a Daniel, en una captura que él no le había enviado, claro. Clara no podía ver ese chat. Pero lo imaginó. Irene le habría escrito algo. Seguro. Una broma. Una pregunta. Algo sobre fotos. Algo simple.

Clara no sabía aún que Irene había escrito:

No te mueras.

Quizá era mejor no saberlo todavía.

A las dos menos veinte, su hermana llegó.

No hablaron mucho.

Las dos salieron hacia el instituto.

Madrid estaba normal.

Esa fue otra ofensa.

Gente esperando semáforos.

Un repartidor dejando comida.

Una mujer riñendo a un niño por arrastrar la mochila.

Un anciano leyendo el periódico en un banco.

Un hombre hablando por auriculares sobre una reunión.

La ciudad no tenía ni idea de que Daniel Salcedo quizá estaba muerto en Filipinas.

Y si la tenía, no le importaba.

Clara recordó una frase que Daniel decía a veces cuando quería parecer inteligente: "Las ciudades son máquinas de triturar dramas privados".

Entonces le parecía una frase pretenciosa.

Ahora le pareció incompleta.

Las ciudades no trituraban dramas.

Los dejaban intactos dentro de la gente y seguían cobrando alquiler.

Llegaron al instituto antes de la salida.

Clara se quedó junto a la verja.

Su hermana a su lado.

—Puedo decirle que venga a casa conmigo —dijo su hermana.

—No.

—Clara...

—Soy su madre.

No lo dijo con dureza.

Lo dijo para sostenerse.

Las puertas se abrieron.

Empezaron a salir alumnos.

Risas.

Mochilas.

Gritos.

Móviles.

Uniformes parciales, sudaderas, zapatillas, carpetas, bocadillos, vidas que todavía no sabían del todo cuánto podía romperse una mañana corriente.

Irene apareció entre dos amigas.

Llevaba la mochila colgada de un hombro, el pelo algo despeinado, la chaqueta abierta aunque hacía frío. Estaba hablando. Incluso riendo un poco.

Clara sintió el impulso absurdo de dejarla así.

Un minuto más.

Treinta segundos más.

Que Irene siguiera siendo una niña que salía del instituto riéndose antes de que una frase la empujara hacia otro lugar.

Irene vio a su madre.

Luego a su tía.

La sonrisa se le apagó.

Los niños reconocen las malas noticias antes de entenderlas. No por inteligencia especial. Por clima. Por la manera en que los adultos ocupan el espacio cuando traen algo que no cabe en las manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Irene al llegar.

Clara abrió la boca.

No allí.

No podía.

—Vamos a casa —dijo.

Irene miró a su tía.

—¿Ha pasado algo?

Clara le colocó bien el cuello de la chaqueta.

El mismo gesto automático de tantas mañanas.

Esta vez le temblaron los dedos.

—Vamos a casa, Irene.

—Mamá.

Ese "mamá" tenía ya miedo.

Clara sintió que el mundo se estrechaba alrededor de aquella palabra.

—Te lo explico en casa.

Irene no insistió durante los primeros metros.

Eso fue peor.

Caminó entre Clara y su tía, con la mochila apretada contra el cuerpo. Miraba a una y a otra. Tenía doce años, pero en ese trayecto empezó a caminar como alguien mayor. No más alta. No más hecha. Mayor en el sentido triste. Otra vez.

Clara pensó, con una rabia fría, que Daniel ni siquiera estaba allí para ver lo que acababa de hacer.

Al llegar al piso, Irene dejó la mochila en el suelo del recibidor.

No se quitó la chaqueta.

—Dímelo ya —dijo.

Clara cerró la puerta.

Su hermana se quedó en la cocina, cerca pero no dentro. Como testigo. Como apoyo. Como persona que podía recoger lo que cayera si Clara se rompía a mitad de frase.

Irene estaba en medio del salón.

Demasiado pequeña para aquello.

Demasiado grande para mentirle.

Clara se acercó.

—Ha llamado gente de Filipinas.

Irene palideció.

No mucho.

Lo suficiente.

—¿Papá?

Clara asintió.

—Tu padre estaba en una salida en barca.

Irene no pestañeó.

—¿Qué le ha pasado?

Clara sintió que la frase correcta no existía.

Así que eligió la menos falsa.

—No lo encuentran.
Irene frunció el ceño.
—¿Cómo que no lo encuentran?
—Ha desaparecido en el mar.
La frase quedó en el salón.
No explotó.
No hizo ruido.
Solo cayó.
Irene miró a su madre.
Luego al móvil que tenía en la mano.
Luego otra vez a Clara.
—Pero... ¿está muerto?
Clara se agachó un poco.
No demasiado.
Irene ya no era una niña pequeña, y ponerse a su altura podía parecer teatro. Clara lo recordó de Daniel. Algunos gestos, cuando llegan tarde, parecen comprados.
—No lo sabemos.
—¿Cómo que no lo sabemos?
La voz de Irene subió.
—Lo están buscando.
—¿Pero se cayó?
—No lo sé.
—¿Iba solo?
—No. Iba en una excursión.
—¿Y nadie lo vio?
Clara no respondió.
Porque no sabía.
Porque sí sabía demasiado.
Porque la pregunta de Irene era también la suya.
Irene retrocedió un paso.
—No.
Clara quiso tocarla.
Irene se apartó.
No con violencia.
Con instinto.

—No —repitió Irene—. Ayer me escribió.
Sacó el móvil.
Abrió el chat.
Sus dedos se movieron rápido, torpes.
—Me dijo que iba a una isla. Me mandó una foto. Mira.
Le enseñó la pantalla a Clara.
Una foto oscura del mar.
Luego una de día.
Mensajes.
Bromas.
"Que no te coma un tiburón."
"Intentaré negociar."
"No te mueras."
"Tendré cuidado."
Clara leyó esa frase.
Tendré cuidado.
Sintió algo cerrarse dentro de ella.
No odio.
Todavía no.
Algo más frío.
Una certeza buscando forma.
Irene miraba la pantalla como si allí hubiera una puerta.
—Me dijo que tendría cuidado.
Clara tragó saliva.
—Lo sé.
—No lo sabes. No estabas.
La frase salió con rabia.
Clara la aceptó.
La rabia era un lugar más seguro que el derrumbe.
—Tienes razón.
Irene volvió a mirar el móvil.
Escribió a Daniel.
"Papá?"
Envió.
Una raya.
Esperó.

“Papá contesta.”

Envió.

Una raya.

Luego otra.

No azul.

Irene miró las marcas como si fueran signos médicos.

—Le llegan.

Clara no dijo nada.

—Mamá, le llegan.

—Puede que el teléfono...

—Le llegan.

La insistencia de Irene era feroz.

No adulta.

No infantil.

Animal.

Una hija intentando empujar a su padre de vuelta a través de una pantalla.

Escribió otra vez:

“No tiene gracia.”

Luego:

“Contesta.”

Luego:

“Papá.”

Clara sintió que cada mensaje era una piedra lanzada al mar.

Irene se quedó mirando la pantalla.

Esperando.

El salón entero esperó con ella.

Nada.

Entonces Irene empezó a llorar.

No como Clara había imaginado.

No con gritos.

No con preguntas.

Primero fue una cara de incomprensión absoluta, como si su cuerpo no encontrara la forma de colocar la noticia. Luego un sonido pequeño, casi de rabia. Después el llanto llegó de golpe, pero Irene

lo intentó contener, apretando la boca, frunciendo la cara, enfadada consigo misma por romperse delante de los demás.

Clara la abrazó.

Esta vez Irene no se apartó.

Se agarró a su madre con fuerza.

—Dijo que volvía —dijo Irene contra su pecho.

Clara cerró los ojos.

—Lo sé.

—Dijo que volvía.

—Lo sé.

—Me compró un cuaderno.

Clara no entendió.

—¿Qué?

—En Manila. Me mandó una foto. Me dijo que era para mí.

Clara abrazó más fuerte a su hija.

El cuaderno.

Siempre un objeto pequeño.

Siempre una promesa manejable.

Siempre Daniel intentando comprar una reparación con algo que cabía en una bolsa.

Irene lloraba.

—No puede morirse allí.

Allí.

Filipinas.

El mar.

Un lugar que hasta hacía unos días no existía en su vida y ahora tenía permiso para destruirla.

—No lo sabemos —dijo Clara.

Era verdad.

Era crueldad.

Era lo único que tenía.

Irene se separó un poco.

Tenía la cara roja, los ojos llenos, el pelo pegado a una mejilla.

—¿Y si aparece?

Clara asintió rápido.

Demasiado rápido.

—Puede aparecer.

La esperanza salió de su boca con mal sabor.

No porque no quisiera creerla.

Porque no sabía si era misericordia o prolongación del daño.

—Lo están buscando —añadió.

—¿Quién?

—La policía. Gente de allí. No sé.

—¿Y tú qué haces?

La pregunta golpeó a Clara en el centro.

¿Qué haces?

Ser madre.

Esperar.

Llamar.

No desmoronarme.

No pensar que quizá tu padre ha hecho lo que siempre hizo, pero esta vez con mar de por medio.

No decirte que una parte de mí, horrible, pequeña, enferma de experiencia, sospecha.

—Voy a llamar a quien tenga que llamar —dijo Clara—. Voy a pedir información. Voy a estar pendiente todo el tiempo.

—Tenemos que ir allí.

Clara sintió el mundo inclinarse.

—Irene...

—Tenemos que ir.

—No es tan fácil.

—¡Es papá!

El grito llenó el salón.

Su hermana apareció en la puerta de la cocina, pero no entró.

Clara sostuvo la mirada de Irene.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Sí lo sé.

—Siempre estás enfadada con él.

La frase era injusta.

También era inevitable.

Clara la recibió sin defenderse.

—Sí —dijo—. Muchas veces.

Irene parpadeó, sorprendida.

—Pero eso no significa que quiera que le pase algo.

Irene bajó la mirada.

—Él te escribió.

Clara tardó un segundo.

—¿Qué?

—Ayer. Dijiste algo de que volviera.

Clara sintió un escalofrío.

—Irene...

—Lo vi. Sin querer. En tu móvil. Ponía "Daniel, vuelve".

Clara no sabía qué decir.

Irene la miró con los ojos mojados.

—¿Tú sabías que iba a pasar algo?

La pregunta era imposible.

Clara sintió ganas de negar con fuerza.

No.

No sabía.

Claro que no sabía.

Nadie sabe esas cosas.

Pero la verdad tenía bordes.

—Sabía que estaba mal —dijo.

—Siempre está mal.

—Esta vez parecía...

No terminó.

No podía decir "distinto".

No podía decir "peor".

No podía decir "como si estuviera alejándose de una forma que no sabía nombrar".

Irene se abrazó a sí misma.

—Tenías que haberlo parado.

La frase entró limpia.

Sin mala intención adulta.

Sin cálculo.

Una niña necesitaba que alguien pudiera haber detenido el mundo antes de que el mundo hiciera eso.

Clara asintió.

—Ojalá hubiera podido.

Irene lloró otra vez.

Clara no le dijo que no llorara.

No le dijo que todo saldría bien.

No le dijo que su padre aparecería.

Hay mentiras que se dicen por amor y aun así infectan.

Clara ya había vivido demasiados años al lado de un hombre que confundía consuelo con cheque sin fondos.

La abrazó.

Eso sí podía hacerlo.

Abrazarla.

Sostener el cuerpo de su hija mientras el padre de su hija era una palabra en el mar.

Más tarde, Irene se encerró en su habitación.

No dando un portazo.

Eso habría sido más fácil.

Cerró despacio.

Como si ya estuviera aprendiendo a no gastar fuerza donde no servía.

Clara se quedó en el pasillo.

Escuchó.

Nada.

Luego un llanto bajo.

Después silencio.

Su hermana se acercó.

—¿Quieres que llame yo?

Clara negó.

—Tengo que hacerlo yo.

Volvió al salón.

El móvil estaba lleno de llamadas, mensajes, números, instrucciones, frases oficiales. La noticia empezaba a convertirse en proceso. Eso la horrorizó. En cuestión de horas, la posible muerte de Daniel ya tenía estructura: expedientes, contactos, comunicaciones, protocolos, horarios.

Abrió el chat de Daniel otra vez.

Leyó:
"Estoy esperando un ferry. Luego te digo."
Luego la pregunta de Clara:
"¿Ferry a dónde?"
Nada.
La ausencia de respuesta parecía ahora una habitación.
Clara escribió:
"Daniel."
No envió.
¿Qué sentido tenía?
Borró.
Escribió:
"Si estás vivo, contesta."
La frase la asustó.
La borró.
Escribió:
"Irene está llorando."
Dejó el mensaje en la pantalla.
No lo envió.
Durante unos segundos imaginó que llegaba.
Que en algún lugar Daniel lo leía.
Que le dolía.
Que volvía.
Luego recordó que quizá Daniel estaba bajo el agua.
O quizá no.
Esa fue la primera vez que la sospecha volvió con toda su forma.
Quizá no.
Clara cerró los ojos.
No podía pensar eso.
No todavía.
Pero en el fondo de su cansancio, allí donde el amor ya no mandaba solo y la experiencia había puesto cuchillos pequeños, Clara sintió una verdad indecente:
Daniel había pasado años desapareciendo en dosis pequeñas.
Domingos.
Dinero.

Noches.

Promesas.

Trabajos.

Terapias.

Verdades.

Quizá el mar no había sido un accidente.

Quizá solo había sido la primera cosa lo bastante grande para parecer destino.

El móvil vibró.

Clara abrió los ojos de golpe.

Un número desconocido.

Contestó.

Otra voz.

Otra actualización.

Nada confirmado.

Seguían buscando.

Sin resultado.

Lo sentían.

Clara escuchó.

Hizo preguntas.

Anotó.

Agradeció.

Colgó.

Luego se quedó mirando la hoja donde había escrito "No cuerpo" dos veces con el bolígrafo rosa de Irene.

La tinta tenía pequeños brillos.

Un unicornio de plástico coronaba el extremo.

La vida era una sádica con sentido del detalle.

Desde la habitación de Irene llegó un sonido.

No llanto.

Una notificación.

Luego otra.

Clara fue hasta la puerta.

No entró.

Escuchó la voz de Irene, muy baja.

—Papá, contesta.

Clara apoyó la frente en la madera.

Cerró los ojos.

Al otro lado, Irene volvió a decirlo.

—Por favor.

Clara se tapó la boca con la mano.

No para no llorar.

Para no gritar.

Porque de pronto sintió una rabia tan grande que casi no tenía objeto.

Rabia contra el mar.

Contra Filipinas.

Contra Daniel.

Contra sí misma.

Contra la llamada.

Contra los años anteriores.

Contra cada vez que aceptó "el mes que viene" como si fuera una fecha y no una forma de abandono.

Contra ese hombre que quizá estaba muerto.

Contra ese hombre que quizá, de alguna manera monstruosa, había conseguido convertir incluso su muerte en otra tarea para ella.

Clara respiró.

Una vez.

Dos.

Tres.

Después se apartó de la puerta.

Volvió al salón.

Recogió la camiseta de Irene que seguía sobre la silla.

La dobló.

Mal.

La volvió a doblar.

La mancha del cuello seguía allí.

Clara la miró un momento y luego dejó la camiseta encima del montón de ropa limpia.

No podía arreglarlo todo.

Esa fue la primera verdad útil del día.

No podía arreglarlo todo.

Pero Irene estaba viva en la habitación.

Irene respiraba.

Irene necesitaba cenar, agua, una madre que entrara más tarde y se sentara a su lado aunque no supiera qué decir.

Daniel, en cambio, era una llamada desde el mar.

Un nombre en un papel.

Un hombre que quizá se había ahogado.

Un hombre que quizá no.

Clara miró por la ventana.

Madrid seguía.

Coches.

Luces.

Una mujer cruzando con bolsas.

Un autobús frenando.

Un cielo sucio sobre los edificios.

Clara había imaginado muchas veces una vida sin Daniel.

La había imaginado tranquila.

Difícil, pero tranquila.

Una vida con menos sobresaltos, menos llamadas, menos explicaciones, menos dinero desapareciendo, menos domingos tensos en el portal.

Nunca había imaginado tener que explicarle a Irene que esa vida podía empezar con el mar.

Nunca había imaginado que la ausencia definitiva de Daniel, si llegaba, también tendría forma de deuda.

Y esa tarde, mientras el sol bajaba sobre Madrid y en algún lugar de Filipinas seguían buscando a un hombre que no aparecía, Clara entendió algo que no se atrevió a decir en voz alta.

No todos los muertos dejan descansar.

Algunos dejan a los vivos trabajando sobre sus ruinas.

Interludio I — La hija del ahogado

Irene no durmió esa noche.

Tampoco estuvo despierta del todo.

Se quedó en un lugar intermedio, tumbada de lado, mirando la pantalla del móvil como si el brillo pudiera abrir una puerta. La habitación estaba oscura, salvo por la luz pequeña del cargador, una línea bajo la puerta y el rectángulo frío del chat de su padre.

Papá.

La palabra seguía arriba, junto a una foto antigua.

Daniel sonreía en la imagen de perfil. No demasiado. Una sonrisa de esas que los adultos usan cuando quieren parecer tranquilos en una foto y no les sale del todo. Irene nunca había pensado mucho en esa foto. Estaba ahí. Como estaban los nombres, los contactos, los iconos, las cosas que una no mira hasta que empiezan a romperse.

Ahora la foto parecía una mentira.

O peor.

Parecía una foto.

Eso era lo horrible.

Que siguiera siendo normal.

Irene había escrito muchas veces.

"Papá?"

"Contesta."

"No tiene gracia."

"Mamá está preocupada."

"Por favor."

Después dejó de escribir porque cada mensaje nuevo hacía más grande el espacio vacío debajo.

El móvil no decía muerto.

No decía vivo.

No decía nada.

Solo mostraba dos marcas grises.

Dos pequeñas marcas grises que se habían convertido en una forma de tortura.

Le llegan, había dicho ella.

Le llegan.

Clara no había contestado.

Eso fue lo peor.

Su madre siempre contestaba. Incluso cuando no sabía, contestaba algo. "No lo sé." "Ahora veremos." "Vamos por partes." "Luego hablamos." Frases de madre, frases que ponían vallas alrededor del miedo.

Pero esta vez Clara no había puesto ninguna valla.

Solo la había abrazado.

Irene miró la última conversación.

Papá había mandado una foto del mar.

De día.

Bonita.

Demasiado bonita.

Agua clara, cielo claro, una barca pequeña, árboles al fondo.

Irene la había visto en el recreo y había pensado que parecía de película. Se lo había dicho. Él había respondido algo tonto. Como siempre.

Como si nada.

Eso era lo que no entendía.

¿Cómo podía una persona escribir normal justo antes de desaparecer?

¿Cómo podía mandar una foto, hacer una broma, decir que tendría cuidado y luego no estar?

Irene abrió la imagen.

La amplió con dos dedos.

Buscó algo.

No sabía qué.

Una sombra.

Una señal.

Un error.

Su padre en el reflejo del agua.

Una pista escondida.

Algo que los adultos no hubieran visto.

Pero solo había mar.

El mar era bonito.

Irene lo odió.

Apagó la pantalla y la habitación se volvió más oscura.

Del salón llegaban voces bajas. Su madre y su tía. A veces una llamada. A veces silencio. A veces Clara decía "sí", "entiendo", "por favor avísenme", "no, todavía no", "tiene una hija".

Tiene una hija.

Irene cerró los ojos.

Tenía una hija.

No "tiene".

No sabía cuál era la palabra correcta.

Ese era uno de los problemas. Nadie sabía en qué tiempo verbal hablar.

Su padre está desaparecido.

Su padre estaba en una barca.

Su padre puede aparecer.

Su padre quizá...

Los adultos creían que los niños no notaban las palabras incompletas. Pero Irene las notaba todas. Notaba cuando su madre se detenía antes de decir "muerto". Notaba cuando su tía decía "hay que esperar" con una voz demasiado suave. Notaba que nadie quería nombrar lo que todos estaban mirando.

El mar.

La muerte.

Su padre.

Irene se levantó de la cama.

No encendió la luz.

Fue hasta el escritorio y abrió el cajón donde guardaba cosas que no quería tirar pero tampoco mirar mucho: entradas de cine antiguas, una pulsera rota, pegatinas, una piedra que había cogido en una excursión, una tarjeta de cumpleaños, un llavero feo.

Sacó una hoja doblada.

Era una lista que había hecho meses antes, sin decirle a nadie.

Cosas que hacer con papá.

La había escrito después de uno de esos domingos en los que Daniel había llegado tarde pero luego la había hecho reír en una cafetería. Irene sabía que no debía ilusionarse demasiado. Lo sabía como se saben las cosas importantes: sin que nadie te las explique del todo.

Pero aun así había hecho la lista.

1. Ir al cine.
2. Comprar el cuaderno azul.
3. Comer ramen.
4. Que me enseñe dónde trabajaba antes.
5. Ir a la playa algún día.
6. Que no mire el móvil.
7. Que llegue a la hora.

La última frase la había escrito más pequeña.

Como si hasta el papel pudiera enfadarse con ella por pedir demasiado.

Irene se sentó en la silla.

Leyó la lista varias veces.

Ir a la playa algún día.

Qué estúpida era la vida cuando quería ser cruel.

No cruel como en las películas, con música y tormentas.

Cruel de verdad.

Cruel con coincidencias pequeñas, con frases normales que después se pudren.

Dijo que volvía.

Eso era lo único que podía pensar.

Dijo que volvía.

No exactamente así, quizá.

Pero lo había dicho de muchas formas.

"En unas semanas."

"Te traeré algo."

"Te mando fotos."

"El mes que viene hacemos algo mejor."

El mes que viene.
Irene apretó la hoja con los dedos.
Esa frase le daba rabia.
Antes le daba pena.
Ahora rabia.
El mes que viene no era un mes. Era un sitio donde su padre guardaba todo lo que no quería hacer hoy.
El cuaderno.
El viaje.
Las llamadas.
Los domingos buenos.
Las explicaciones.
El padre que prometía existir mejor más adelante.
Irene dobló la hoja otra vez.
La guardó.
Luego la sacó.
No sabía qué hacer con ella.
No quería tirarla.
No quería conservarla.
Las dos cosas parecían permitirle ganar a alguien.
Al final la dejó encima del escritorio.
Volvió a coger el móvil.
Abrió el chat.
Nada.
Escribió:
"Si estás vivo, contesta."
No lo envió.
La frase le dio miedo.
La borró.
Escribió:
"Estoy enfadada."
La miró.
Eso sí era verdad.
No toda la verdad, pero una parte.
La envió.
Dos marcas grises.

Irene esperó.

Nada.

Entonces escribió:

"Pero contesta igual."

Envió.

Nada.

Dejó el móvil sobre la mesa.

Se tapó la cara con las manos.

Lloró sin hacer mucho ruido.

No porque fuera valiente.

Porque no quería que su madre entrara.

No quería otro abrazo.

Los abrazos estaban bien al principio. Luego se convertían en una forma de recordarte que todos sabían que estabas rota. Irene no quería estar rota delante de nadie. Quería que su padre contestara. Quería que todo fuera un error. Quería que apareciera una llamada diciendo que Daniel estaba en un hospital, con fiebre, con un golpe, con vergüenza, con cualquier cosa que pudiera curarse.

Quería enfadarse con él en persona.

Eso era lo más fuerte.

No quería perdonarlo.

No quería abrazarlo.

No quería decir "menos mal".

Quería gritarle.

Quería decirle que era idiota.

Que la había asustado.

Que las fotos eran feas.

Que no le importaba el cuaderno.

Que no quería regalos desde países raros.

Que quería domingos normales.

Que quería que llegara a la hora.

Que quería que no se muriera.

La puerta se abrió un poco.

—Irene.

Era Clara.

Irene se limpió la cara rápido, como si la tristeza fuera algo que se pudiera ordenar antes de que entrara una madre.

—Estoy bien.

Clara no fingió creerla.

Entró despacio y se sentó en la cama, no demasiado cerca.

Eso Irene lo agradeció.

Su madre tenía los ojos rojos, pero la voz tranquila.

Demasiado tranquila.

—Han llamado otra vez.

Irene se quedó quieta.

—¿Lo encontraron?

Clara negó.

La respuesta fue pequeña.

Suficiente.

Irene miró al suelo.

No sabía cuántas veces se podía recibir la misma noticia.

No lo encontraron.

No lo encontraron.

No lo encontraron.

Cada vez dolía distinto.

—Dicen que seguirán buscando —añadió Clara.

Irene levantó la mirada.

—¿Hasta cuándo?

Clara tardó.

Error.

Los adultos tardaban cuando la respuesta era mala.

—No lo sé.

Irene asintió.

Se abrazó las rodillas.

—¿Y si no lo encuentran nunca?

Clara cerró los ojos un segundo.

—Entonces... entonces tendremos que vivir con eso hasta que sepamos más.

—Eso no es una respuesta.

—Lo sé.

Irene agradeció que no intentara convertirlo en respuesta.

Hubo silencio.
Desde la calle subía el ruido de una moto.
Madrid de noche.
Madrid sin mar.
Madrid sin su padre.
Irene miró a Clara.
—¿Tú crees que se murió?
La pregunta quedó en la habitación.
Clara no se movió.
—No sé qué creer.
Irene sintió rabia.
—Pero eres adulta.
Clara soltó una risa mínima, rota.
—Eso no ayuda tanto como parece.
Irene miró el móvil.
—Me dijo que tendría cuidado.
—Lo vi.
—Entonces...
No terminó.
Entonces no puede estar muerto.
Entonces tiene que contestar.
Entonces las palabras sirven para algo.
Clara se levantó despacio y se acercó un poco.
—Tu padre te quiere, Irene.
Irene la miró con dureza.
—No digas eso ahora.
Clara se quedó callada.
—No lo digas como si eso arreglara algo.
—No lo arregla.
—Entonces no lo digas.
La frase salió cruel.
Irene lo supo.
Pero no pidió perdón.
No podía.
El perdón también parecía una cosa demasiado adulta para esa noche.

Clara asintió.

—Vale.

Irene esperaba una defensa. Una explicación. Algo sobre que no había que hablar así. Pero su madre solo aceptó el golpe.

Eso hizo que Irene se sintiera peor.

—No quería decirlo así —murmuró.

—Ya lo sé.

Clara se sentó a su lado, esta vez más cerca.

Irene no se apartó.

Durante un rato no hablaron.

No era un silencio cómodo.

Tampoco era malo.

Era el único sitio donde podían estar sin mentirse.

—Mamá.

—Dime.

—Si aparece... ¿puedo enfadarme?

Clara la miró.

Y entonces Irene vio algo raro en su madre.

No tristeza.

No solo tristeza.

Algo como cansancio antiguo.

Como si Clara hubiera estado esperando esa pregunta desde mucho antes de Filipinas.

—Sí —dijo Clara—. Claro que puedes.

—¿Aunque esté herido?

—Sí.

—¿Aunque todos digan que pobre papá?

Clara tragó saliva.

—Aunque todos lo digan.

Irene asintió.

Eso sí la ayudó un poco.

No mucho.

Un poco.

Porque una parte de ella estaba asustada de estar enfadada con alguien que quizá se había muerto. Parecía feo. Parecía injusto.

Como pegarle a una foto. Pero la rabia estaba allí. Grande. Viva. Más fácil de tocar que el miedo.

—Me compró un cuaderno —dijo Irene.

—Me lo dijiste.

—No lo quiero.

Clara no respondió enseguida.

—No tienes que decidir eso ahora.

—Si aparece, tampoco lo quiero.

—Vale.

—Quiero el otro.

—¿El de Madrid?

Irene asintió.

El cuaderno azul con la luna dorada.

El que no pudo comprar.

El que quedó en una tienda cualquiera mientras su padre inventaba excusas.

No era por el cuaderno.

Irene lo sabía.

Clara también.

El primer cuaderno era la herida.

El segundo era el intento de taparla desde demasiado lejos.

—Podemos buscarlo —dijo Clara.

Irene negó con la cabeza.

—No.

No quería que su madre lo comprara.

No quería comprarlo ella.

No quería que nadie corrigiera la escena.

Algunas cosas, cuando se estropean, no necesitan arreglo.

Necesitan testigos.

Clara le apartó un mechón de la cara.

Irene dejó que lo hiciera.

—Intenta dormir un poco —dijo.

—No puedo.

—Lo sé.

—¿Tú vas a dormir?

Clara no contestó.

Irene casi sonrió.

—Eso pensaba.

La sonrisa no llegó.

Clara se levantó.

—Voy a estar en el salón. Con el móvil encendido.

—¿Y si llaman?

—Te lo diré.

—¿Aunque sea malo?

Clara la miró.

—Aunque sea malo.

Irene asintió.

Eso era lo único que podía pedir.

Que no la protegieran con mentiras.

Clara salió y dejó la puerta entreabierta.

Irene volvió a la cama, pero no se metió bajo las sábanas. Se sentó con la espalda contra la pared y el móvil en las manos.

Abrió otra vez la foto del mar.

Esa sí.

Había escrito ella.

Esa sí.

Qué tonta.

Qué normal.

Qué viva había sido la conversación pocas horas antes.

Amplió la foto hasta que la imagen perdió calidad.

El agua se volvió manchas.

El cielo, píxeles.

La barca, una forma rota.

Irene pensó que quizá eso era crecer: mirar algo bonito hasta que dejaba de parecerlo.

El móvil vibró.

Se le paró el corazón.

No era Daniel.

Era una amiga del instituto.

"Tu madre te ha dejado faltar mañana?"

Irene miró el mensaje sin entender.

Mañana.

Instituto.
Deberes.
Gente que no sabía.
El mundo seguía teniendo miércoles.
No respondió.
Bloqueó la pantalla.
Se levantó otra vez.
Fue hasta el escritorio.
Cogió una libreta cualquiera, no bonita, de tapas negras, usada para apuntes. Arrancó una hoja.
Escribió:
Cosas que sé.
Se quedó pensando.
Luego puso:

1. Papá estaba en una isla.
2. Papá fue en una barca.
3. Papá dijo que tendría cuidado.
4. No aparece.
5. Mamá tiene miedo.
6. Yo también.
7. Estoy enfadada.
8. No sé si puedo estar enfadada.

Leyó la lista.
Añadió:

9. Si vuelve, le voy a decir que no se puede hacer esto.

Se detuvo.
La punta del bolígrafo quedó sobre el papel.
Después escribió:

10. Si no vuelve, no sé a quién se lo digo.

Ahí sí lloró otra vez.
Más fuerte.
Clara no entró.
Quizá la oyó.
Seguro que la oyó.
Pero no entró.
Irene lo agradeció y lo odió al mismo tiempo.
Al cabo de un rato, cuando se le acabó el llanto o el cuerpo decidió guardarlo para después, Irene dobló la hoja y la metió debajo de la almohada.
Luego escribió un último mensaje a su padre.
No pensó demasiado.
Solo escribió:
"El mes que viene no existe."
Lo envió.
Dos marcas grises.
Irene miró la frase.
Sintió miedo de haber sido cruel.
Luego sintió rabia por tener miedo.
Luego dejó el móvil boca abajo sobre la cama.
Se tumbó.
Afuera, Madrid seguía sonando.
Un coche.
Una voz.
Una puerta.
El edificio entero respirando alrededor de ellas.
Irene cerró los ojos.
Intentó imaginar a su padre apareciendo.
Mojado.
Vivo.
Torpe.
Pidiendo perdón.
No pudo.
Intentó imaginarlo muerto.
Tampoco pudo.
Lo único que consiguió imaginar fue el mar de la foto.

Bonito.

Quieto.

Mentiroso.

Y en algún punto de esa noche, sin dormir realmente, Irene entendió algo que ninguna niña debería entender tan pronto:

A veces una persona se va, y los demás se quedan viviendo dentro de la pregunta.

Capítulo 15 — Mateo Santos

Daniel pasó la noche en un lugar sin nombre.

No porque el lugar no lo tuviera.

Seguro que lo tenía. Todo tenía nombre en alguna parte: los caminos, las casas, las rocas, las playas pequeñas donde los pescadores dejaban redes, los tramos de costa donde los turistas se hacían fotos sin saber si estaban invadiendo algo. Pero Daniel no lo conocía, y durante aquella noche le bastó con eso.

Un sitio sin nombre para un hombre que acababa de romper el suyo.

Durmió poco.

O creyó dormir.

Se refugió primero entre vegetación, luego bajo una estructura a medio construir que encontró al seguir una senda estrecha. Había paredes bajas, cemento, madera, un techo parcial de chapa y olor a humedad antigua. Algún proyecto detenido. Alguna promesa local que tampoco había llegado a completarse.

Perfecto.

La ruina reconocía a la ruina.

Se sentó contra una pared y esperó a que el cuerpo dejara de temblar.

No dejó.

El temblor cambió de sitio. Primero en las manos, luego en las piernas, después en la mandíbula. El frío no era real. Hacía calor. La ropa mojada se le pegaba a la piel, pero el frío venía de más adentro, de ese lugar donde el cuerpo registra una verdad antes de que la cabeza la convierta en frase.

Había desaparecido.

No en sentido poético.

No en sentido dramático.

No como se decía en Madrid cuando alguien dejaba de contestar llamadas o se perdía un domingo de su hija.

Había desaparecido de verdad.

Otros estaban pronunciando su nombre en voz alta mientras él respiraba escondido.

Daniel.

Mister Salcedo.

Spanish tourist.

Papá.

Pensó en Irene.

El pensamiento llegó sin permiso, como todos los pensamientos importantes.

Irene mirando el móvil.

Irene enviando mensajes.

Irene preguntando.

Irene llorando.

Irene entendiendo demasiado y no lo suficiente.

Daniel se apretó la frente con las manos.

—No —susurró.

No a qué.

No a la imagen.

No a la culpa.

No a volver.

No a seguir.

No.

La palabra más inútil del mundo cuando llega después de los hechos.

De madrugada oyó motores a lo lejos.

Una vez creyó escuchar voces.

Se quedó inmóvil.

Luego el sonido se alejó.

La isla siguió existiendo.

Insectos.

Hojas.

Mar.

Algún perro.

Un gallo demasiado temprano o demasiado confundido.

Daniel descubrió que el mundo nocturno no era silencioso. Solo hablaba en idiomas que no necesitaban a los hombres.

Al amanecer, la ropa estaba casi seca y él olía a sal, sudor, barro y miedo.

Se miró las manos.

Arañazos.

Una uña rota.

La piel arrugada en los dedos.

Manos humanas, no manos nuevas.

Qué decepción.

Había esperado, sin admitirlo, que al otro lado de la desaparición hubiera algún cambio visible. Una marca. Una transformación. Algo que justificara la magnitud del acto. Pero seguía siendo el mismo: barba mal crecida, ojos hundidos, cuerpo dolorido, rodilla golpeada, camiseta sucia.

La muerte falsa no mejoraba el aspecto.

Solo empeoraba el alma, y eso no siempre salía en el espejo.

No tenía mochila.

No tenía móvil.

No tenía libreta.

No tenía pasaporte.

Tenía unos billetes húmedos en un bolsillo y una sed que le raspaba la garganta.

Dinero.

Incluso después de morir, seguía preocupándole.

Eso casi lo hizo reír.

Casi.

El hambre llegó tarde.

La sed antes.

Se obligó a moverse cuando la luz ya era suficiente para ver el camino. No podía quedarse allí. No podía volver a la guesthouse. No podía acercarse al puerto. No podía caminar por la carretera principal como si nada.

No podía.

Esa frase empezaba a multiplicarse.

Daniel había pasado años quejándose de no tener opciones. Ahora, por fin, había construido una vida donde la mayoría de opciones limpias habían desaparecido.

Un éxito.

Llegó a una carretera estrecha después de caminar lo suficiente para que el cuerpo dejara de hacer preguntas morales y se concentrara en las básicas: agua, sombra, silencio.

Pasaron motos.

Un triciclo.

Un hombre con sacos.

Daniel esperó hasta encontrar a alguien que aceptara entenderlo sin entender demasiado. El inglés fue pobre. Los gestos, más útiles. El dinero, como siempre, terminó de traducir lo que la boca no podía.

En una tienda pequeña compró agua, algo de comida y una camiseta barata. Se lavó como pudo en un baño estrecho, usando un cubo y un espejo oxidado que le devolvió a un extranjero cansado, sucio, con ropa de emergencia y una mirada demasiado alerta.

No parecía Daniel Salcedo.

Tampoco parecía otra persona.

Parecía un hombre intentando no parecer.

Eso, quizá, era el principio de Mateo Santos.

Más tarde llegó a un alojamiento humilde en una zona más interior de la isla. No era hotel. No era exactamente guesthouse. Era una casa con habitaciones anexas, un patio de tierra, gallinas, ropa tendida y una mujer mayor que miró a Daniel con la prudencia de quien primero calcula si una desgracia ajena puede volverse propia.

La habitación tenía una cama, un ventilador, una mesa y una ventana con mosquitera. Nada más.

Suficiente.

La mujer le preguntó algo.

Daniel no entendió todas las palabras, pero sí la pregunta.

Nombre.

Esta vez no había reserva.

No había ordenador.

No había pasaporte.

No había Daniel escrito en ninguna parte.

La mujer esperó.

Daniel sintió que el mundo entero se reducía a ese segundo.

Podía decir Daniel.

Podía seguir siendo un desaparecido con mala logística.

Podía decir cualquier cosa.

Cualquier cosa.

El corazón le golpeó una vez, fuerte.

Luego dijo:

—Mateo.

La palabra salió baja.

Demasiado baja.

La mujer no entendió o quiso confirmar.

—Mateo —repitió Daniel.

Ella asintió y escribió el nombre en una libreta vieja.

Mateo.

No pidió apellido.

Los apellidos eran un lujo administrativo.

La mujer señaló la habitación.

Daniel entró.

Cerró la puerta.

Se quedó de pie en el centro.

No pasó nada.

Ese fue el horror.

El techo no cayó.

La tierra no se abrió.

Nadie gritó desde fuera: «mentiroso».

La habitación aceptó el nombre falso con la misma indiferencia con que aceptaba el ventilador, la cama y las manchas de humedad.

Daniel se sentó.

Luego se tumbó.

Luego se incorporó de golpe porque cerrar los ojos hacía aparecer demasiadas cosas.

Mateo.

Lo habían escrito.

En una libreta real.

En una casa real.

Con una mano real.

Mateo no debía dinero.

Mateo no tenía hija.

Mateo no tenía exmujer.

Mateo no había llegado tarde a un domingo.

Mateo no había prometido un cuaderno.

Mateo no estaba desaparecido en el mar.

Mateo no existía.

Esa era su mejor cualidad.

Y la más repugnante.

Durante varias horas no salió.

Bebió agua.

Comió algo dulce que se pegaba a los dientes.

Miró la pared.

Escuchó la casa.

Gallinas.

Una radio.

Voces.

Un niño llorando en algún lugar.

Una moto que llegó y se fue.

El mundo seguía alrededor de Mateo igual que había seguido alrededor de Daniel. Era una de las cosas más difíciles de soportar: la vida no distinguía bien entre nombres verdaderos y falsos si ambos pagaban por adelantado.

Al mediodía, la mujer llamó a la puerta.

Daniel se sobresaltó.

—Yes?

Ella dijo algo y luego una palabra reconocible:

—Food?

Daniel abrió.

La mujer sostenía un plato con arroz, huevo y pescado seco. Daniel entendió que podía comprarlo.

Asintió.

—Yes. Thank you.

Pagó.

Ella miró su rodilla.

Daniel bajó la vista.

Tenía un raspón feo.

—Ah —dijo—. I fall.

La mujer levantó las cejas.

No parecía creerle ni no creerle.

Solo registrarlo.

Daniel repitió:

—I fall.

Me caí.

Qué frase tan generosa.

Servía para rodillas, matrimonios, deudas, vidas enteras.

La mujer se fue.

Daniel comió sentado en la cama. El arroz estaba pegajoso, el huevo frío, el pescado salado. Le supo mejor que cualquier cosa en días. El hambre convertía la supervivencia en argumento. Mientras masticaba, por primera vez desde el agua, una parte sucia de él pensó:

Estoy vivo.

La frase trajo alivio.

Luego culpa.

Luego alivio por encima de la culpa.

Y esa mezcla lo asustó más que el miedo.

Porque el cuerpo quería vivir.

El cuerpo no entendía de moral.

El cuerpo bebía agua, comía arroz, agradecía sombra, buscaba descanso, respiraba.

El cuerpo era un traidor excelente.

Pasó la tarde sin saber qué hacer con las manos.

No tener móvil fue al principio una mutilación y luego una tregua. No podía mirar el chat de Irene. No podía llamar a Clara. No podía comprobar si alguien lo buscaba. No podía recibir ni dar señales.

Eso debía aliviarlo.

Lo volvió loco.

Quería saber y no quería saber.

Quería que lo buscaran y quería que dejaran de buscarlo.

Quería ser llorado y quería que nadie sufriera.

Quería estar muerto para sus deudas y vivo para su hija.

La codicia moral de Daniel no tenía fondo.

Al anochecer consiguió un teléfono sencillo, de esos que parecían fabricados para sobrevivir a dueños peores que él. No había fotos. No había contactos. No había historial.

Un rectángulo vacío.

Un futuro miserablemente limpio.

Daniel sintió una emoción que no quiso nombrar.

Después, con una conexión lenta, buscó su nombre.

Spanish tourist missing Siquijor.

Daniel Salcedo Filipinas.

Missing tourist boat.

Al principio no apareció nada claro.

Luego, sí.

Una publicación local, breve, con traducción automática imperfecta. Un turista español desaparecido durante una excursión marítima. Búsqueda en curso. Autoridades locales. Sin confirmar.

No había foto.

No había detalles.

Pero estaba.

Daniel leyó la nota tres veces.

Un turista español.

No Daniel.

No padre.

No cobarde.

Un turista español.

La distancia convertía a las personas en categorías.

Cerró la página.

Volvió a abrirla.

La cerró.

Pensó en Clara.

En la llamada.

En Irene.

En el chat.

Le gustaría verlos, pensó.

No.

No le gustaría.

Necesitaba verlos.

No.

Era peor.

Quería recibir el dolor como prueba de que todavía importaba.

Esa fue una verdad tan fea que dejó el teléfono sobre la mesa como si quemara.

Caminó fuera al atardecer.

El alojamiento estaba lejos del mar, pero no tanto como para olvidarlo. Se oía, si uno callaba. También se oían insectos, voces, gallinas, una radio con música suave. El aire olía a tierra caliente, humo y comida.

La mujer mayor estaba sentada en una silla de plástico.

Lo vio salir.

—Mateo —dijo.

Daniel se detuvo.

La primera vez que alguien lo llamó así sin preguntar, el nombre le produjo una descarga en el estómago.

No placer.

No exactamente.

Alivio y asco en la misma cuchara.
—Yes —respondió.
Ella señaló una botella de agua sobre una mesa.
Daniel entendió que era para él o que podía comprarla.
La cogió.
—Thank you.
La mujer dijo algo más.
Daniel no entendió.
Sonrió.
La sonrisa del extranjero.
La sonrisa del culpable.
A veces eran la misma.
Se sentó en una silla bajo la sombra.
El cielo empezaba a cambiar de color.
Pensó en el otro alojamiento.
En Lian.
Room three.
El pasaporte.
La libreta.
La mochila.
El cuaderno.
La pulsera.
¿Lo habrían encontrado?
¿Estaría Lian hablando con la policía?
¿Habría abierto la habitación?
¿Habría visto los objetos?
Lian había preguntado:
Family there?
They know you are here?
Daniel cerró los ojos.
Ahora sí.
Ahora todos sabían que había estado allí.
Y nadie sabía dónde estaba.
Eso era lo que había comprado.
Eso era lo que había hecho.
La noche cayó despacio.

Daniel volvió a la habitación y encendió el teléfono barato.

Buscó otra vez.

Nada nuevo.

El turista español seguía desaparecido.

Search ongoing.

No body found.

No body found.

La frase lo golpeó.

En el papel de Clara, si lo hubiera sabido, esas palabras ya estarían escritas.

No cuerpo.

No cuerpo.

Daniel se sentó en la cama.

Pensó en llamar.

No a Clara.

Imposible.

No a Irene.

No podía.

No debía.

No debía era una frase muy cómoda cuando uno ya había hecho lo imperdonable. Parecía ética, pero muchas veces solo era miedo vestido de responsabilidad.

Pensó en enviar un mensaje anónimo.

Estoy vivo.

No puedo volver.

Perdón.

No.

Eso sería peor.

¿Peor para quién?

Para Irene, quizá.

Para Clara.

Para él.

No sabía.

La verdad, después de una mentira grande, dejaba de ser una lámpara y empezaba a parecer un incendio.

Daniel apagó el teléfono.

La habitación quedó iluminada por una bombilla débil.

Se quitó la gorra.

Se tocó el pelo.

Necesitaba cambiar algo.

No porque fuera útil de verdad.

Porque los hombres que no pueden cambiar lo importante atacan el pelo, la barba, la ropa, el decorado. La estética como coartada de transformación.

A la mañana siguiente se cortó el pelo en una peluquería pequeña donde un ventilador apuntaba a los clientes con más entusiasmo que eficacia. El peluquero le preguntó algo. Daniel hizo un gesto con la mano.

—Short.

El hombre cortó.

Demasiado.

Daniel miró mechones caer al suelo.

Pelo de Daniel.

Basura de Mateo.

En el espejo, la cara parecía más dura, más delgada, más extranjera.

No mejor.

Nunca mejor.

Compró dos camisetas baratas, un pantalón y unas sandalias. Dejó una camiseta vieja en una bolsa detrás de una tienda. Luego se quedó mirando la bolsa como si acabara de abandonar un animal.

Con los días, Mateo empezó a existir en cosas pequeñas.

Un vendedor lo llamó Mateo.

Una mujer le dijo Mateo al darle cambio.

Un conductor preguntó si «Mateo» iba al pueblo o a la costa.

El nombre empezó a tener uso.

Eso era lo terrible de los nombres: no necesitaban alma para funcionar. Bastaba con que otras personas los pronunciaran.

Daniel, en cambio, empezó a convertirse en una noticia vieja.

Un español desaparecido.

Un padre llorado.

Una deuda sin cuerpo.

Un chat sin respuesta.

A veces, al despertar, tardaba un segundo en recordar cuál de los dos era.

Ese segundo era el único momento de paz.

Después regresaba todo.

Una mañana, comprando café instantáneo, vio a Amara.

La sobrina de Lian.

La niña estaba con una mujer mayor. Llevaba uniforme escolar y una mochila rosa. Daniel la reconoció antes de que ella lo reconociera a él.

O eso creyó.

Amara lo miró.

Frunció el ceño.

Daniel bajó la vista.

Se puso la gorra más baja.

Pagó rápido.

Salió.

Caminó sin mirar atrás durante varios minutos.

La culpa tenía la voz de Clara, el rostro de Irene y, ahora, también un diente torcido de niña filipina que quizá recordaba al huésped español de la habitación tres.

Ese día decidió alejarse más.

No de la isla todavía.

De esa zona.

Otra mudanza pequeña.

Otro corte.

Otra capa.

Mateo Santos nació así: no en un instante limpio, sino en sucesivas cobardías logísticas.

Un nombre dicho en una libreta vieja.

Una camiseta tirada.

Un pelo cortado.

Un teléfono sin recuerdos.

Un camino evitado.

Una niña no saludada.

Una mujer que quizá lo vio y quizá no.

La identidad falsa no fue una puerta abierta.

Fue una habitación cerrándose despacio desde dentro.

Y Daniel, que durante años había confundido la huida con movimiento, empezó a aprender la primera ley de Mateo Santos:

uno puede desaparecer de los demás y seguir atrapado en el mismo sitio.

Solo que ahora nadie viene a buscarte por tu verdadero nombre.

Capítulo 16 — Nadie reclama a los ahogados

La primera semana, Daniel buscó su nombre cada mañana.

Luego empezó a buscarlo también por la tarde.

Después de cenar.

Antes de dormir.

A veces de madrugada, cuando el ventilador del techo hacía un ruido irregular y la habitación olía a humedad, insecticida barato y ropa que nunca terminaba de secarse del todo.

Daniel Salcedo Filipinas.

Spanish tourist missing Siquijor.

Daniel Salcedo missing sea.

Español desaparecido Filipinas.

Siquijor boat accident.

Al principio escribía con cuidado.

Después el dedo completaba las búsquedas casi solo.

El teléfono barato tardaba en cargar. La conexión iba y venía con una crueldad pequeña, suficiente para volver cada búsqueda más larga de lo necesario. Daniel odiaba la espera, pero también la necesitaba. Mientras la página cargaba, todavía había posibilidades.

Quizá había una actualización.

Quizá no.

Quizá lo daban por muerto.

Quizá seguía desaparecido.

Quizá alguien había escrito su nombre.

Quizá Irene.

Ese pensamiento lo atravesaba siempre de una forma indecente.

No quería que Irene apareciera.

Claro que no.

No quería verla convertida en una frase de noticia, en "la hija del desaparecido", en un dato emocional para que desconocidos sintieran algo durante ocho segundos antes de pasar a otra cosa.

Pero una parte de él, miserable y viva, quería una señal.

Una prueba de dolor.

Una prueba de amor.

Una prueba de que su ausencia ocupaba espacio.

Daniel comprendió entonces una verdad tan fea que tardó varios días en admitirla: no le bastaba con desaparecer. También quería mirar el agujero que dejaba.

La primera noticia local fue breve.

Un turista español desaparecido durante una salida marítima cerca de Siquijor. Las autoridades habían iniciado labores de

búsqueda. Testigos afirmaban que el hombre viajaba en una barca con otros turistas. No se había recuperado el cuerpo. La investigación seguía abierta.

Turista español.

Hombre.

Cuerpo.

Abierta.

Nada de Irene.

Nada de Clara.

Nada de deudas.

Nada de domingos.

Nada del cuaderno azul.

Daniel leyó la noticia tres veces y sintió una ofensa absurda.

Habían reducido su vida a cinco líneas mal traducidas.

Luego entendió que eso era precisamente lo que había pedido.

Borrarse no garantizaba convertirse en leyenda. La mayoría de hombres, al desaparecer, solo se volvían trámite.

La segunda noticia apareció dos días después. Decía casi lo mismo, pero añadía que la búsqueda se había extendido por zonas cercanas y que se había informado a familiares y autoridades consulares.

Familiares.

Daniel dejó el teléfono sobre la cama.

Familiares significaba Clara.

Familiares significaba Irene.

La palabra no tenía cara, y por eso dolía menos de lo que debía. Era una palabra administrativa, cómoda, con una distancia higiénica. Daniel pensó que así empezaban todas las cobardías duraderas: cambiando nombres por categorías.

Irene no era Irene.

Era familiar.

Clara no era Clara.

Era contacto.

Daniel no era Daniel.

Era desaparecido.

Mateo no era nadie.

Eso lo hacía funcional.

Al sexto día, una publicación de una cuenta local mostró una foto de la barca.

Daniel la vio sentado en una mesa de plástico, frente a un café instantáneo y un plato de arroz que se enfriaba.

La barca era la misma.

O le pareció la misma.

Había un círculo rojo mal puesto en una zona de agua. La imagen era borrosa, tomada desde lejos o ampliada demasiadas veces. Debajo, un texto en inglés hablaba de la búsqueda, de la colaboración de vecinos, de la posibilidad de corrientes, de condiciones del mar.

Daniel acercó la pantalla.

Buscó algo que no debía buscar.

La mochila.

No aparecía.

El pasaporte.

No.

El cuaderno.

No.

La pulsera.

No.

Por supuesto que no.

Los objetos importantes rara vez salen en las noticias. Se quedan en mesas, bolsas de pruebas, cajones, habitaciones cerradas, manos equivocadas. Se quedan donde los vivos tienen que tocarlos.

Pensó en el cuaderno de Irene.

¿Lo habría abierto alguien?

¿Lian?

¿La policía?

¿Una funcionaria cansada?

¿Habrían visto que estaba sin usar, limpio, comprado tarde?

Quizá Clara lo recibiría algún día dentro de una caja.

Pasaporte.

Ropa.

Cuaderno azul.

Pulsera.

Restos secos de un padre que no sabía llegar a tiempo ni siquiera a su propia muerte.

Daniel empujó el plato.

No pudo comer.

La mujer del alojamiento, que todavía no sabía si se llamaba Rosa, Rosalyn o algo completamente distinto, se acercó y señaló el arroz.

—No good?

Daniel levantó la mirada.

—Good. Sorry.

Ella dijo algo que no entendió. Luego añadió en inglés:

—You sick?

Daniel pensó.

Sí.

Pero la enfermedad no estaba en el estómago.

—No. Just tired.

La mujer asintió.

Los extranjeros siempre estaban cansados, perdidos, enfermos o buscando algo. La isla había aprendido a no investigar cada caso.

—Eat —dijo ella.

Daniel obedeció.

Comió porque Mateo Santos tenía que comer.

Esa fue una de las primeras normas.

Daniel podía hundirse.

Mateo tenía que funcionar.

Mateo pagaba habitaciones baratas, compraba agua, sonreía poco, contestaba en inglés simple, no bebía demasiado, no hablaba de España, no decía "maybe" tanto como antes porque la palabra lo delataba ante sí mismo.

Mateo aprendió a decir frases pequeñas.

One night.

Two nights.

No problem.

Thank you.

How much?

I don’t know.

No, I’m alone.

I’m from Spain.

No family here.

La última frase siempre le dejaba un sabor extraño.

No family here.

Era verdad.

Casi todas las mentiras verdaderas eran las peores.

A los nueve días, la búsqueda oficial se redujo.

Daniel lo leyó en una publicación breve, sin foto nueva. Las autoridades seguían atentas a cualquier información, pero las condiciones y el tiempo transcurrido dificultaban las labores. El caso permanecía abierto.

Permanecía abierto.

La frase le pareció obscena.

Como si una desaparición fuera una tienda con la persiana a medias.

Como si Clara pudiera levantarse cada mañana, preparar café, mirar a Irene, ir a trabajar o fingir que trabajaba, y decir: el caso permanece abierto.

Como si Irene pudiera ir al instituto con su padre abierto.

Daniel apagó el teléfono.

Luego lo encendió otra vez.

Buscó más.

No había más.

Esa fue la primera muerte real: no encontrar novedades.

Mientras había búsqueda, todavía existía una forma de relación. Gente moviéndose por Daniel. Motores, barcas, llamadas, nombres, papeles. Mientras alguien lo buscara, Daniel seguía unido al mundo por una cuerda enferma.

Cuando dejaron de buscar con urgencia, la cuerda no se rompió.

Se aflojó.

Eso fue peor.

Los días empezaron a parecerse.

Daniel se movía poco.

No podía permitirse demasiados trayectos. El dinero menguaba, y cada gasto era una pequeña conversación con el futuro. Comía arroz, huevo, pescado seco, pan dulce, fruta barata. Compraba agua. A veces café. Caminaba por zonas donde nadie lo conocía o donde lo conocían solo como Mateo, el extranjero callado.

Mateo era fácil de recordar y difícil de describir.

Eso le convenía.

A veces algún conductor le preguntaba si quería visitar cascadas, playas, puntos turísticos. Daniel negaba.

—Maybe tomorrow.

Luego odiaba la palabra.

Mañana.

Maybe.

El mes que viene.

Su vida entera había sido una estructura de aplazamientos.

Una tarde, el hombre que llevaba el pequeño alojamiento —marido, hermano o vecino de la mujer, Daniel nunca lo supo— lo invitó a sentarse cerca de una zona donde reparaban una red. Había tres hombres más, una radio, botellas de cerveza y un cubo con peces pequeños.

Daniel no quería.

Aceptó.

Mateo tenía que parecer normal de vez en cuando.

Uno de los hombres hablaba algo de inglés. Se llamaba Nilo o Melo. Daniel no entendió bien y decidió no preguntar más, porque después de una desaparición falsa uno descubre que los nombres ajenos también merecen respeto.

—You stay long, Mateo? —preguntó el hombre.

Daniel bebió un poco de cerveza.

No le gustó.

—Few days.

Los hombres se rieron.

No de él exactamente.

De la frase.

Uno dijo algo en lengua local. Los demás volvieron a reír.

El que hablaba inglés tradujo a medias:

—He says foreigners always say few days. Then no leave. Or leave too fast.

Daniel miró la botella.

—Both bad?

El hombre pensó.

—Depends.

Siempre dependía.

Hablar con gente real era insoportable por eso. Las respuestas verdaderas rara vez cerraban nada.

Uno de los hombres señaló hacia el mar, que se veía al fondo, entre árboles.

Dijo algo.

Los demás se quedaron un momento más serios.

Daniel notó el cambio.

No entendió las palabras.

Pero entendió la dirección.

El mar.

El hombre que hablaba inglés le miró.

—They talk about Spanish man.

Daniel sintió que la cerveza se le volvía piedra en la garganta.

No se movió.

—Spanish man? —preguntó.

El esfuerzo por sonar ignorante fue casi perfecto.

Eso lo horrorizó.

—Missing. Boat. Maybe you hear.

Daniel bajó la mirada.

—A little.

El hombre asintió.

—Sea take.

Sea take.

El mar se lo lleva.

Una frase simple.

Demasiado simple.

Daniel bebió otro trago para tener algo que hacer.

—Do they find him? —preguntó.

El hombre negó.

—No. If sea take long time... hard.

Los otros hablaban entre ellos. Uno hizo un gesto con la mano, como algo que se aleja. Otro escupió al suelo. No de desprecio. De costumbre.

El hombre de inglés añadió:

—Sometimes body come back. Sometimes no.

Daniel sostuvo la botella.

El mundo se estrechó.

—And family? —preguntó sin querer.

El hombre lo miró.

—Family?

Daniel tragó saliva.

—If no body.

El hombre se encogió de hombros.

—They wait.

La respuesta llegó sin literatura.

They wait.

Esperan.

Eso era todo.

No había filosofía.

No había consuelo.

No había cierre.

Los vivos esperan.

Daniel miró hacia el mar.

El hombre siguió hablando:

—Here, sea is sea. People know. Fishermen, storms, tourists, sometimes accident. At first many people search. Then... life.

No lo dijo con crueldad.

Eso lo hizo peor.

Then life.

Luego la vida.

El hombre dio un trago de cerveza.

—Nobody can fight sea too long.

Daniel escuchó la frase y la entendió mal a propósito.

Nadie podía luchar contra el mar demasiado tiempo.

Clara sí, pensó.

Irene no debería tener que hacerlo.

Uno de los hombres mayores dijo algo más. Los demás asintieron. El hombre de inglés tradujo, buscando palabras.

—He says... if no body, difficult. But after time, nobody claim the drowned.

Daniel levantó la vista.

—What?

El hombre dudó.

—Maybe bad English. He says... people look, people cry, people pray. But sea keep. After time, no one claim. What can do?

Daniel se quedó quieto.

Nadie reclama a los ahogados.

La frase apareció en español dentro de su cabeza con una claridad fría.

Nadie reclama a los ahogados.

No porque no los quieran.

No porque no duelan.

No porque se olviden.

Sino porque no hay mostrador donde exigirlos.

No hay ventanilla.

No hay encargado.

No hay hoja de reclamaciones contra el agua.

Los ahogados pertenecen a una jurisdicción donde los vivos solo pueden mirar.

Daniel dejó la cerveza en el suelo.

—You okay? —preguntó el hombre.

—Yes.

Mentira.

La más antigua.

Se levantó.

—I go sleep.

Era de tarde.

Nadie corrigió eso.

Caminó hasta su habitación sin mirar atrás.

Cerró la puerta.

Se apoyó contra ella.

Respiró.

Nadie reclama a los ahogados.

La frase no sonaba como consuelo.

Sonaba como condena.

Porque Daniel no era un ahogado.

Ese era el problema.

Daniel estaba seco.

Vivo.

Respirando.

Con arroz en el estómago y cerveza mala en la boca.

Otros, en cambio, tenían que comportarse como si el mar tuviera derecho sobre él.

Clara tendría que hablar con instituciones.

Irene tendría que aprender una frase nueva: desaparecido en el mar.

Quizá en el colegio alguien se enteraría.

Quizá una profesora la miraría con cara blanda.

Quizá una amiga le diría "lo siento" sin saber qué hacer con las manos.

Quizá Irene tendría que decidir si decir "mi padre murió" o "mi padre desapareció" o "no sabemos".

Daniel se deslizó hasta sentarse en el suelo.

La habitación era pequeña.

La cama.

La mesa.

El ventilador.

La bolsa con ropa.

El teléfono.

Mateo Santos cabía allí.

Daniel Salcedo no.

Esa fue la primera diferencia práctica entre los dos.

Mateo era pequeño. Daniel era una multitud.

Daniel llevaba a Clara, Irene, Eduardo, Sergio, Madrid, el portal, el cuaderno, las llamadas, las tarjetas rechazadas, el olor a tabaco frío, la chaqueta vaquera de su hija, la frase "el mes que viene hacemos algo mejor".

Mateo llevaba una camiseta barata, una gorra fea y un nombre escrito por una desconocida en una libreta vieja.

Era más ligero.

No mejor.

Solo más ligero.

Y los hombres cobardes, cuando llevan mucho tiempo cargando con lo que hicieron, pueden confundir ligereza con redención.

Durante los días siguientes, Daniel probó esa confusión.

Se levantaba temprano.

Caminaba.

Compraba comida.

Aprendió qué tienda tenía agua más barata, dónde cargar el teléfono, qué camino evitaba la zona de la primera guesthouse, qué conductor hablaba demasiado, qué niña lo había mirado una vez como si recordara algo.

Descubrió que podía vivir.

Esa fue otra ofensa.

Uno imagina que después de cometer algo imperdonable el mundo debería negarle lo básico. Que el pan sabría a ceniza. Que el agua no bajaría por la garganta. Que el sueño no llegaría nunca. Que el cuerpo se declararía en huelga moral.

No.

El cuerpo aceptaba.

Se adaptaba.

Pedía sal, azúcar, sombra, descanso.

El cuerpo era un animal sin principios.

Mateo se volvió bueno sobreviviendo.

Daniel se volvió bueno escondiéndose dentro de Mateo.

No todos los días eran insoportables.

Eso también lo asustó.

Había mañanas en que el aire llegaba limpio, la luz entraba por la ventana y durante tres segundos Daniel no recordaba. Tres segundos exactos, quizá menos. Abría los ojos y era solo un hombre en una isla, escuchando gallos, con el ventilador girando y el cuerpo cansado.

Luego recordaba.

La memoria entraba sin prisa, como Clara en el portal.

Primero el mar.

Luego la barca.

Luego el silencio.

Luego Irene.

Siempre Irene al final, para que doliera entero.

Una mañana, encontró una publicación española.

No era de un gran periódico.

Una nota breve, tomada quizá de agencias, quizá de algún comunicado. El titular decía:

"Buscan a un español desaparecido en Filipinas durante una excursión marítima."

Daniel leyó.

Daniel Salcedo, de 42 años, natural de Madrid.

Natural de Madrid.

Qué forma tan extraña de sonar muerto.

El texto decía que las autoridades mantenían contacto con la familia. Que no se descartaba accidente. Que el entorno del desaparecido esperaba novedades.

El entorno.

Daniel casi escupió la palabra.

Clara era entorno.

Irene era entorno.

Una hija de doce años convertida en geografía secundaria.

Más abajo no había comentarios.

Eso le dolió.

Luego le avergonzó que le doliera.

¿Qué quería?

¿Una multitud?

¿Oraciones?

¿Gente que no lo conocía escribiendo "fuerza a la familia" debajo de su mentira?

Sí.

No.

No sabía.

Bajó más.

Nada.

La noticia terminaba y debajo empezaba otra sobre una huelga de transportes.

El país había colocado su desaparición entre horarios, política y publicidad.

Justo.

Daniel apagó el teléfono.

Se quedó mucho rato mirando la pared.

Esa tarde volvió a acercarse al mar.

No al lugar exacto.

No era tan estúpido.

O sí, pero de otra manera.

Fue a una franja de costa lejana, donde había piedras, una barca vieja y un grupo de niños jugando cerca del agua bajo la vigilancia laxa de dos adultos. Se sentó en una roca. Nadie le prestó atención.

El mar estaba tranquilo.

Qué insulto.

Daniel lo miró con una rabia fría.

No contra el mar, exactamente.

Contra su neutralidad.

El mar no había hecho nada.

Ese era el punto.

No lo había llamado.

No lo había obligado.

No le había ofrecido un contrato.

No le había dicho "ven, Daniel, deja que yo resuelva tu vida".

El mar solo estaba allí.

Disponible.

Como un cuchillo en una mesa.

La culpa era de la mano.

Daniel recogió una piedra y la lanzó al agua.

Cayó cerca.

Un gesto ridículo.

Una protesta de niño.

Se quedó hasta que el cielo empezó a oscurecer.

Entonces vio a una mujer con una niña caminando por la orilla.

No eran Lian y Amara.

Pero durante un segundo lo parecieron.

La niña llevaba una libreta contra el pecho.

Daniel apartó la mirada.

No podía seguir convirtiendo a todas las niñas en Irene.

Era injusto para ellas.

Y demasiado cómodo para él.

La culpa, cuando se vuelve abstracta, empieza a parecer profundidad.

Daniel necesitaba mantenerla concreta.

Irene.

Doce años.

Chaqueta vaquera.

Cuaderno azul con luna dorada.

"No te mueras."

"El mes que viene no existe."

No sabía que ella había escrito eso.

Pero durante esa tarde, mirando el mar, sintió algo parecido a esa frase sin conocerla.

El mes que viene no existe.

Para Daniel, nunca había existido.

Había usado el futuro como escondite.

Ahora vivía dentro del escondite y descubría que no tenía ventanas.

Al volver al alojamiento, la mujer le entregó una bolsa pequeña.

Daniel no entendió.

—For you.

—For me?

—From Lian.

El nombre lo golpeó.

Daniel miró la bolsa.

No la tocó enseguida.

—Lian?

La mujer asintió.

Dijo algo que no entendió. Luego, en inglés:

—She come earlier. You not here.

Daniel sintió que el cuerpo se le quedaba quieto.

Lian había estado allí.

Lian sabía.

No.

No necesariamente.

Quizá alguien le había dicho que un español llamado Mateo se alojaba allí. Quizá había preguntado por el extranjero. Quizá lo había visto. Quizá Amara.

La bolsa estaba sobre la mesa.

Daniel la cogió.

Pesaba poco.

Entró en su habitación y cerró la puerta.

Dentro había una camiseta seca.

Su camiseta.

La que había dejado o perdido antes.

No.

No su camiseta.

Una camiseta limpia, barata, doblada.

Debajo, un pequeño paquete de gasas, desinfectante y una botella de agua.

Y una nota.

En inglés simple.

"No ask. Be careful. If trouble, leave people out."

No pregunto.

Ten cuidado.

Si hay problemas, deja a la gente fuera.

Daniel leyó la nota muchas veces.

Lian no decía "sé quién eres".

No decía "voy a denunciarte".

No decía "ayúdame a entender".

No decía "Daniel".

Eso era peor.

El silencio de Lian tenía forma de frontera.

No ask.

No pregunto.

No porque no hubiera visto.

No porque no sospechara.

Sino porque preguntar obligaba a entrar en la mentira de otro.

Y Lian, al parecer, conocía el valor de quedarse fuera de una ruina ajena.

If trouble, leave people out.

Daniel se sentó en la cama con la nota en la mano.

Deja a la gente fuera.

Tarde, pensó.

Demasiado tarde.

Había metido a todos dentro.

A Clara.

A Irene.

A Lian.

A Amara.

A los guías.

A los hombres que lo buscaron.

A los funcionarios.

A cada persona que pronunció su nombre mientras él aprendía a responder por otro.

La camiseta limpia sobre sus piernas le pareció una acusación más fuerte que cualquier insulto.

Lian no lo salvaba.

No lo denunciaba.

Le marcaba un límite.

Y Daniel, que había vivido años odiando los límites ajenos, sintió por primera vez algo parecido al respeto.

Guardó la nota.

No sabía por qué.

Los cobardes guardan pruebas de las veces que alguien les dio una oportunidad de no empeorar.

Quizá para ignorarlas mejor.

Esa noche no buscó noticias.

Se quedó sentado junto a la ventana, con el teléfono apagado.

Afuera sonaban insectos.

Una moto.

Voces.

El mar a lo lejos.

Mateo Santos estaba vivo.

Tenía agua, camiseta limpia, una habitación, un nombre que empezaba a funcionar.

Daniel Salcedo, en cambio, estaba desaparecido.

Tenía familia notificada, búsqueda reducida, un caso abierto y un hueco creciendo en la vida de una niña.

Esa era la nueva contabilidad.

Más simple que la de Madrid.

Más cruel.

Durante un rato pensó que quizá esa era la libertad: que nadie pudiera exigirle nada porque el hombre al que podían exigirle había muerto.

Después miró la nota de Lian.

If trouble, leave people out.

Y entendió que incluso la libertad de Mateo venía financiada por otros.

Como todo en su vida.

Al día siguiente, cambió de alojamiento otra vez.

No muy lejos.

Lo suficiente.

Antes de irse, la mujer le preguntó:

—You come back, Mateo?

Daniel se quedó un segundo en silencio.

La respuesta correcta era fácil.

Maybe.

Pero no la dijo.

—No sé —respondió en español.

La mujer no entendió.

Eso lo alivió.

Pagó.

Caminó con su bolsa pequeña por una carretera interior mientras el sol subía. Llevaba la gorra baja, la camiseta que Lian le había enviado y el teléfono barato apagado en el bolsillo.

No era una segunda vida.

Todavía no.

Era una prolongación miserable de la primera bajo otro nombre.

Pero funcionaba.

Esa era la tragedia.

Funcionaba.

Nadie lo detenía.

Nadie gritaba.

Nadie lo llamaba Daniel.

El mundo, al descubrir que un hombre quería convertirse en ausencia, no había puesto una muralla. Solo había seguido moviéndose, abriéndole pequeños huecos entre sus rutinas.

Al llegar a una curva desde donde se veía el mar, Daniel se detuvo.

La luz caía sobre el agua con una belleza insultante.

Pensó en la frase del hombre.

Nadie reclama a los ahogados.

La repitió en silencio.

No como consuelo.

Como deuda.

Porque él no era un ahogado.

Era algo peor.

Un hombre vivo escondido detrás de uno.

Y mientras el mar brillaba a lo lejos, limpio, indiferente, Daniel comprendió por fin la forma exacta de la cárcel que había construido.

Daniel Salcedo había muerto sin cuerpo.

Mateo Santos estaba vivo sin derecho.

Durante un tiempo, Daniel confundió esa diferencia con libertad.

Capítulo 17 — Lian

El primer año, Mateo Santos sobrevivió.

El segundo, empezó a parecer una persona.

Ahí empezó el peligro.

Sobrevivir era sencillo, dentro de lo miserable. Comer barato. Dormir donde no pidieran demasiados datos. Cambiar de alojamiento antes de que una cara empezara a recordarte con precisión. No beber en exceso. No hablar de España. No mirar demasiado tiempo a los niños. No pronunciar nombres que pertenecían a otra vida.

Vivir era otra trampa.

Vivir exigía repetición.

Una tienda donde te saludaban.

Un camino que tus pies conocían.

Una mujer que sabía cómo tomabas el café.

Una niña que ya no te miraba como a un extraño, sino como a una pregunta aplazada.

Mateo Santos aprendió esas cosas despacio, con la torpeza de quien no está seguro de tener derecho a aprenderlas.

Siquijor dejó de ser el lugar donde Daniel Salcedo había desaparecido y empezó a convertirse en el sitio donde Mateo Santos compraba arroz, arreglaba reservas mal escritas, traducía correos de turistas españoles y ayudaba a mover mesas cuando la lluvia obligaba a cerrar medio comedor.

No fue de golpe.

Nada importante ocurre de golpe, aunque después la memoria, perezosa y dramática, quiera fingir lo contrario.

Primero fue una necesidad pequeña.

Una pareja de Valencia llegó a la guesthouse de Lian sin reserva clara, con el inglés suficiente para pedir cerveza pero no para entender que habían reservado para el mes equivocado. Lian discutía con ellos desde detrás de la mesa de recepción, seria, paciente, peligrosamente cerca de perder la paciencia.

Daniel estaba en el comedor, sentado a una mesa del fondo, con un café delante y una libreta barata abierta sin escribir nada.

Había vuelto a la guesthouse dos meses después de la desaparición.

No como huésped.

No exactamente.

La primera vez solo pasó por delante. La segunda entró a comprar agua. La tercera Lian lo vio y no dijo Daniel. Eso fue lo que lo dejó quedarse unos minutos más.

—Mateo —dijo ella.

Nada más.

Ni sorpresa.

Ni reproche.

Ni pregunta.

Mateo.

El nombre falso en su boca sonó menos falso y más peligroso.

Desde entonces Daniel aparecía de vez en cuando. A veces para comer. A veces para ayudar con algo. A veces para sentarse lejos y mirar el mar como si el mar le debiera una explicación que no pensaba darle.

Aquel día, la pareja de Valencia hablaba cada vez más alto.

—Pero si aquí pone confirmado —decía el hombre, enseñando el móvil.

Lian miró la pantalla.

—Wrong date.

—¿Cómo wrong date? Si lo hicimos bien.

—Wrong date —repitió Lian.

La mujer valenciana miró alrededor, desesperada por encontrar a alguien que tradujera el mundo.

Daniel bajó la vista.

No era asunto suyo.

Esa había sido una de las normas de Mateo Santos.

No intervenir.

No destacar.

No convertirse en solución para nadie.

Las soluciones dejaban huellas.

—Perdona —dijo la mujer, mirándolo—. ¿Hablas español?

Daniel levantó la cabeza.

El idioma llegó antes que su decisión.

Español.

La lengua de Clara.

De Irene.

De Eduardo.

De Sergio.

Del "el mes que viene".

De las tarjetas denegadas.

Del mar convertido en noticia.

Durante casi un año había usado el español solo dentro de su cabeza, y allí se había ido pudriendo. Oírlo fuera, en una boca ajena, fue como abrir una habitación cerrada.

—Sí —dijo.

La palabra salió áspera.

La pareja se iluminó.

Lian lo miró.

No agradecida.

Atenta.

Daniel se acercó despacio.

—Creo que habéis reservado para junio —dijo, mirando el móvil —. Estamos en mayo.

—No jodas.

—Eso parece.

—Pero nos han cobrado.

—Sí. Cobrar cobran en cualquier idioma.

El hombre lo miró, sin saber si reír.

Daniel sintió el viejo reflejo.

La frase a tiempo.

La sonrisa justa.

La tensión bajando medio grado.

Qué rápido volvía el oficio.

Qué poco tardaba Daniel en recordar que sabía ser útil cuando la utilidad le permitía controlar una habitación.

Tradujo.

Lian explicó que no tenía habitación libre esa noche, pero podía llamar a una prima suya que llevaba otro alojamiento cerca de San Juan. No era igual. No tenía vistas. Pero estaba limpio. La pareja protestó un poco. Daniel tradujo lo traducible y suavizó lo inútil.

Al final aceptaron.

El hombre valenciano le dio las gracias.

—Menos mal que estabas, tío.

Daniel sonrió.

—No siempre es buena noticia.

El hombre rió, sin entender.

Lian sí lo entendió un poco.

Cuando la pareja se fue, el comedor quedó tranquilo otra vez. El ventilador movía aire caliente. Amara, ya con ocho años, hacía deberes en una mesa, balanceando las piernas. La mujer mayor de la cocina cortaba verduras sin mirar a nadie.

Lian guardó el móvil.

—You help.

—They were loud.

—Spanish people are loud.

—Eso es racismo bastante exacto.

Lian lo miró.

—In English, please.

Daniel sonrió.

—Sorry. I said yes. We are loud.

—You are not.

Él bajó la mirada al café.

—That is because I am dead inside.

La frase le salió en inglés, ligera, casi broma.

Lian no se rio.

—Don’t say stupid things near children.

Daniel miró a Amara.

La niña seguía con los deberes, o fingía seguir. Daniel sintió vergüenza.

—Sorry.

—You say sorry too easy.

Eso lo golpeó más de lo que debía.

Lian volvió a ordenar unos papeles.

Daniel regresó a su mesa.

Pero algo había cambiado.

La semana siguiente, Lian le pidió ayuda con un correo.

Luego con una reseña injusta escrita por un turista español que se quejaba de los gallos, de la humedad, de que la isla tuviera demasiada isla. Daniel redactó una respuesta en inglés correcto, firme, amable. No demasiado servil. Lian la leyó con los brazos cruzados.

—You write good.

—Used to sell things.

—What things?

Daniel no respondió enseguida.

—Protection.

Lian frunció el ceño.

—Protection from what?

Daniel miró el mar entre los árboles.

—From the future, mostly.

Ella sostuvo la mirada.

—Future still comes.

—Yes. That was the weakness of the product.

Lian no sonrió, pero sus ojos cambiaron un poco.

Aquella fue la primera conversación en la que Daniel sintió que ella no solo sospechaba. También medía.

Lian no preguntaba como Clara.

Clara preguntaba desde la historia compartida, desde el inventario de daños, desde los años de haber comprado cada versión de Daniel y haber descubierto la letra pequeña. Sus preguntas llegaban con expediente.

Lian preguntaba distinto.

Como alguien que abre una puerta solo lo suficiente para ver si detrás hay fuego.

No insistía.

No perseguía.

No salvaba.

Eso era lo que más lo incomodaba.

Daniel estaba acostumbrado a mujeres que, por amor, por rabia o por cansancio, terminaban organizando la parte del mundo que él dejaba caer. Clara lo había hecho durante años. Había llamado, pagado, ocultado, explicado, protegido, corregido, archivado. Incluso al dejarlo, siguió sosteniendo los bordes para que Irene no se cortara demasiado.

Lian no hacía eso.

Si Daniel callaba, Lian lo dejaba callar.

Si Daniel mentía poco, no le pedía una mentira más grande.

Si Daniel desaparecía dos semanas, no le preguntaba dónde había estado.

Cuando volvía, ella decía:

—You eat?

Y eso era todo.

A veces Daniel pensaba que esa era su forma de compasión.

Otras, más lúcidas, entendía que era una frontera.

Con el tiempo, Mateo empezó a trabajar algunas mañanas en la guesthouse. No con contrato. No con horario. No con ninguna de esas palabras que exigían documentos verdaderos. Ayudaba a contestar mensajes de huéspedes extranjeros, a traducir reservas, a acompañar a turistas despistados hasta el puerto, a explicar a españoles que una isla no era un parque temático con mosquitos de decoración.

Lian le pagaba poco.

Correctamente poco.

—You want more, get real job —dijo una vez.

Daniel casi contestó que ya había tenido trabajos reales.

No lo hizo.

Los trabajos reales pertenecían a hombres reales.

Mateo Santos vivía de tareas.

Y las tareas, descubrió, podían construir una vida pequeña.

A las siete de la mañana abrían el comedor.

A las siete y media Amara aparecía con uniforme escolar, el pelo recogido mal y una mochila que parecía pesar más que ella.

Daniel le preparaba a veces un vaso de agua o le acercaba una silla.

—Thank you, Mateo —decía ella.

Las primeras veces, el nombre le producía una punzada.

Luego se acostumbró.

Luego se asustó de acostumbrarse.

Amara crecía en detalles mínimos: un diente que ya no estaba, una letra más firme, una forma nueva de mirar a los adultos cuando hablaban creyendo que los niños no guardaban nada. Daniel intentaba no compararla con Irene.

Fracasaba.

Irene a los doce.

Irene a los trece.

Irene a los catorce.

Edades que no veía, pero que imaginaba con una precisión cruel.

A veces, al mirar a Amara hacer deberes, Daniel pensaba en Irene resolviendo ejercicios en Madrid, quizá con el pelo más largo, quizá usando ropa que él no habría sabido elegir, quizá odiando matemáticas, quizá riendo con amigas que él no conocería nunca.

No todas las pérdidas gritan.

Algunas simplemente siguen creciendo sin ti.

Una mañana, Amara dejó un cuaderno sobre una mesa y salió corriendo hacia la carretera porque llegaba tarde al colegio. Daniel lo recogió para dárselo a Lian.

Era azul.

No oscuro como el de Irene.

Azul claro, con dibujos de peces.

Aun así, el cuerpo reaccionó antes que la cabeza.

El cuaderno azul de Madrid.

La luna dorada.

La tarjeta denegada.

El cuaderno de Manila.

La mochila.

La falsa muerte.

Daniel se quedó con el cuaderno en la mano demasiado tiempo.

Lian lo vio.

—It is Amara’s.

Él parpadeó.

—Yes. I know.

—You look like paper can bite.

Daniel dejó el cuaderno sobre la mesa.

—Sometimes it does.

Lian se acercó y lo tomó.

—You have children?

La pregunta llegó sin preparación.

Daniel sintió que algo dentro de él se cerraba como una trampa.

Durante años había respondido con variaciones.

No family here.

Alone.

Long story.

Before.

Maybe.

Pero esa mañana, con el cuaderno de Amara todavía entre ambos, la mentira habitual le pareció demasiado sucia incluso para él.

No dijo sí.

No dijo no.

Miró hacia el mar.

—In another life.

Lian no contestó.

Daniel esperó reproche.

Curiosidad.

Compasión.

No llegó nada.

Ella guardó el cuaderno en la mochila de Amara.

—Another life still counts.

Luego salió hacia la cocina.

Daniel se quedó solo en el comedor.

Another life still counts.

Otra vida todavía cuenta.

Qué forma tan sencilla de destruir a un muerto falso.

Ese día no pudo trabajar bien.

Se equivocó en dos reservas, escribió mal el nombre de un huésped alemán y derramó café sobre una mesa. Lian no dijo nada

hasta el final de la tarde, cuando el comedor ya estaba vacío y la lluvia caía con fuerza sobre el tejado de chapa.

—You go home —dijo.

Daniel miró la lluvia.

Home.

La palabra siempre encontraba formas de ser cruel.

—This is not my home.

—Then go where you sleep.

—That is not home either.

Lian limpió una mesa.

—Not my problem.

Daniel sonrió con cansancio.

—You are very comforting.

—I am not here for comfort.

—Clearly.

Lian dejó el trapo sobre la mesa.

—Men like you think sadness makes you deep.

Daniel la miró.

Ella siguió:

—Sometimes sadness just makes people wet wood. Hard to burn, bad to keep.

Daniel soltó una risa breve.

No por diversión.

Por impacto.

—Wet wood.

—Yes.

—That is the most romantic thing anyone has said to me in years.

—Good. Romance is expensive.

La lluvia golpeaba el techo.

Amara estaba en una esquina, dibujando.

La mujer mayor canturreaba algo en la cocina.

Daniel sintió una calma rara, peligrosa. La calma de estar en una escena que no le pertenecía, pero que aun así lo aceptaba durante un rato.

Ese era el problema con Lian.

No lo perdonaba.

No lo absolvía.

No le pedía nada grande.

Solo le ofrecía pequeñas posibilidades de estar sin convertirse inmediatamente en el centro del desastre.

Y Daniel, que había destruido su vida buscando salidas espectaculares, descubrió que una mesa mojada, un trapo, una mujer cansada y una niña haciendo deberes podían ser una tentación más peligrosa que cualquier vuelo.

—Why do you let me help here? —preguntó.

Lian se apoyó en una silla.

—You are useful.

—That's all?

—You want speech?

—No.

—Good. No speech.

Daniel asintió.

Pero Lian siguió, después de un momento:

—Also, you look less dangerous when busy.

Él bajó la mirada.

—And when I'm not busy?

Lian no respondió enseguida.

—Then you look like man listening to old ghosts.

Daniel se quedó quieto.

Amara levantó la cabeza al oír la palabra ghosts.

—Ghosts? —preguntó.

Lian dijo algo en su idioma, probablemente que siguiera dibujando o que no metiera las orejas en conversaciones ajenas.

Amara hizo una mueca y volvió al papel.

Daniel miró a la niña.

—Do you believe in ghosts? —le preguntó.

Amara pensó seriamente.

—Sometimes.

—Good answer.

—My aunt says living people are more trouble.

Lian resopló desde la mesa.

—Amara.

La niña sonrió, satisfecha de haber traicionado una frase adulta.

Daniel no pudo evitar reír.

Por un segundo, solo por un segundo, la risa no tuvo culpa.

Luego la culpa volvió, puntual.

Siempre volvía.

Aquella noche la lluvia no paró.

Lian le dijo que se quedara en una habitación libre, porque la carretera estaba mal y porque no quería que apareciera muerto en una cuneta después de haber sobrevivido a "whatever stupid thing brought you here".

Daniel aceptó.

Room three ya no existía para él.

O existía demasiado.

Le dio otra habitación. Pequeña, limpia, al fondo. No la misma de Daniel. No la habitación del pasaporte, la libreta, el cuaderno y la pulsera. Otra.

Eso importó.

Daniel se sentó en la cama después de cenar.

No tenía mucho: un teléfono barato, algo de dinero, ropa en una bolsa, una libreta nueva donde a veces anotaba tareas, palabras en inglés, gastos, frases que no se atrevía a pensar de pie.

Abrió la libreta.

Escribió:

Lian.

Luego:

Amara.

Después se quedó mirando los dos nombres.

No debería escribirlos.

Los nombres escritos eran una forma de permitir que las personas entraran. Y Daniel ya sabía lo que pasaba cuando la gente entraba en una vida construida por él: acababa buscando salidas de emergencia.

Borró Amara.

Luego lo volvió a escribir.

No por ternura.

Por honestidad mínima.

La niña existía.

Lian existía.

La guesthouse existía.

No eran decorado de su castigo.

No eran símbolos.

No eran parte del mar.

Eran personas.

Ese era el verdadero peligro.

El muerto falso había empezado a conocer vivos.

Pasaron meses.

La isla tuvo lluvias largas y semanas de sol agresivo. Algunos turistas llegaron, otros se fueron. Amara cambió de curso. La mujer mayor de la cocina enfermó una semana y Daniel aprendió a preparar arroz sin arruinarlo del todo. Lian le enseñó a distinguir qué huéspedes venían a descansar y cuáles venían a huir.

—How? —preguntó Daniel.

Lian señaló a un hombre australiano que llevaba tres días bebiendo cerveza antes del mediodía.

—Resting people sleep.

Luego señaló a una mujer francesa que hacía yoga al amanecer, hablaba demasiado de energía y miraba el móvil cada cinco minutos.

—Running people explain too much.

Daniel sonrió.

—And me?

Lian lo miró.

—You don’t explain enough.

—That sounds better.

—No. Same disease.

Un día, después de arreglar unas sillas rotas, Daniel encontró a Lian en la parte trasera del comedor, lavando vasos. El calor era pesado. Amara estaba en el colegio. Había pocas reservas. La isla parecía suspendida entre dos lluvias.

—Do you ever leave? —preguntó Daniel.

Lian siguió lavando.

—The island?

—Yes.

—Sometimes Dumaguete. Cebu once. Manila when my mother died.

—You don’t want to go somewhere else?

Ella apagó el grifo.

—People who can leave always think leaving is answer.

Daniel no respondió.

Lian dejó un vaso boca abajo.

—Sometimes you leave and bring the problem with you.

El silencio que siguió fue breve, pero completo.

Daniel sintió que ella no había lanzado una frase.

Había puesto un cuchillo sobre la mesa.

Sin tocarlo.

Sin señalarlo.

Solo dejándolo allí.

—You say things like that to all guests? —preguntó él.

—Only to stupid ones.

—Then I feel special.

—Don’t.

Lian volvió al trabajo.

Daniel la miró.

No con deseo al principio.

O no solo.

La miró como se mira a alguien que ha decidido no mentirte por amabilidad.

Eso, para Daniel, era casi intimidad.

La relación con Lian no empezó con una escena clara.

No hubo beso bajo la lluvia.

No hubo confesión.

No hubo música.

Empezó con acumulación.

Una noche compartiendo cerveza después de cerrar.

Una mañana reparando la puerta de un almacén.

Una discusión sobre dinero porque Daniel había comprado cosas sin preguntar.

Una fiebre de Amara en la que Lian no durmió y Daniel fue a buscar medicinas a un pueblo cercano.

Un turista borracho al que Daniel ayudó a sacar del comedor antes de que Lian tuviera que llamar a un primo.

Una tarde en la que Daniel acompañó a Amara de vuelta del colegio porque llovía demasiado y la niña le contó, en inglés mezclado, que quería ser veterinaria, cantante o dueña de una tienda con aire acondicionado.

—Good options —dijo Daniel.

—What you wanted to be?

La pregunta de Amara fue inocente.

Las peores siempre lo eran.

Daniel pensó en muchas respuestas.

Vendedor.

Rico.

Libre.

Otro.

—Important —dijo al fin.

Amara frunció el ceño.

—That is not job.

—No. That was the problem.

La niña no entendió.

Mejor.

Esa noche, Lian le preguntó:

—You like Amara.

Daniel estaba sentado en el comedor vacío, secando vasos.

La frase lo dejó quieto.

—She is a good kid.

—Not what I said.

Daniel dejó el vaso.

—Yes. I like her.

Lian asintió.

—Do not make promises to her.

El golpe fue limpio.

Daniel no se defendió.

—Okay.

—No "maybe one day". No "I bring". No "I teach". If you do, do. If not, mouth closed.

Daniel sostuvo su mirada.

Durante un segundo vio a Clara.

No en la cara de Lian.

En la frontera.

No prometas cosas que no sabes si vas a cumplir.

El mundo, pensó Daniel, tenía muy poca imaginación para castigarlo. Le enviaba la misma verdad con distintos acentos.

—Okay —repitió.

Lian lo miró un poco más.

—You understand?

—Yes.

—No. You hear. Different.

Daniel tragó saliva.

—Then say it again.

Lian apoyó las manos sobre la mesa.

—Children believe first. Then learn. Bad adults make them learn too early.

Daniel bajó la mirada.

No podía hablar.

Lian no sabía.

O quizá sabía lo suficiente.

Durante casi un minuto solo se oyó el ventilador.

Luego Daniel dijo:

—I understand.

Esta vez era verdad.

No completa.

Pero verdad.

Lian recogió un vaso.

—Good.

La vida continuó, que era precisamente lo imperdonable.

Ese fue el horror y el regalo.

Mateo Santos se hizo parte de la guesthouse sin que nadie lo anunciara. No era familia. No era empleado fijo. No era pareja de Lian. No era huésped. Era una presencia útil, una sombra que sabía inglés y español, un hombre que reparaba cosas a medias y escuchaba más de lo que hablaba.

Algunos vecinos empezaron a saludarlo.

—Mateo.

Él levantaba la mano.

El nombre ya no dolía cada vez.

A veces incluso respondía antes de recordar que era falso.

La primera vez que ocurrió, estaba llevando cajas desde una moto hasta el comedor. Alguien lo llamó desde la carretera.

—Mateo!

Él giró de inmediato.

Natural.

Sin pausa.

Sin traducción interna.

Después se quedó con una caja en los brazos, helado bajo el sol.

Lian lo vio.

—Heavy? —preguntó.

Daniel tardó en contestar.

—Yes.

Ella señaló la caja.

—Then put down.

Él la dejó en el suelo.

Pero no era la caja.

Por la noche, Daniel se sentó cerca del mar.

No junto al mismo tramo.

Nunca allí.

Nunca en el lugar donde había dejado de responder al mundo.

El agua sonaba tranquila.

Daniel pensó en su nombre verdadero.

Daniel Salcedo.

Lo pronunció en voz baja.

No sintió nada al principio.

Después sintió demasiado.

Daniel Salcedo era un muerto administrativo, una ausencia española, una herida en Madrid, un expediente abierto o cerrado, no lo sabía. Mateo Santos, en cambio, tenía manos ocupadas, una silla en el comedor de Lian, una niña que le preguntaba cosas, vecinos

que lo saludaban, deudas pequeñas en tiendas locales y una cama donde dormir cuando llovía.

Mateo estaba empezando a vivir.

Daniel debería haber sentido esperanza.

Sintió miedo.

Porque vivir significaba volver a deber.

No dinero todavía.

Algo peor.

Presencia.

Confianza.

Cuidado.

Lian apareció al cabo de un rato y se sentó a cierta distancia. No demasiado cerca. Lian nunca invadía. Esa era una de sus formas más peligrosas de entrar.

—You come here when guilty —dijo.

Daniel miró el agua.

—Then I come here often.

—Yes.

Ella llevaba una botella de agua. Se la ofreció. Él la aceptó.

—You think sea listens? —preguntó Lian.

—No.

—Then why talk to it?

Daniel bebió.

—Because it does not answer.

Lian asintió.

—Easy friend.

—The best kind.

—No. Coward kind.

Daniel sonrió sin alegría.

—You always this charming?

—Only when tired.

Se quedaron en silencio.

Luego Lian dijo:

—Men who don’t talk about past think it makes them mysterious.

Daniel cerró los ojos un segundo.

Ahí estaba.

La frase que sabía que algún día llegaría.

—And? —preguntó.

—Usually just makes them dangerous.

Daniel no la miró.

—Do you think I'm dangerous?

Lian tardó.

—Not like men with knife.

—That is something.

—Worse sometimes.

Él soltó aire por la nariz.

—You should stay away from me, then.

—Maybe.

La palabra, en su boca, perdió la ligereza de otras veces.

Daniel la miró.

Lian observaba el mar.

—Why don't you? —preguntó él.

Ella no respondió rápido.

—Because people are not only one thing.

Daniel quiso reír.

Quiso decir que eso era demasiado generoso.

Quiso decirle que, en su caso, quizá sí.

No dijo nada.

Lian siguió:

—But if your past comes here, Mateo, I will not let it eat my house.

Mateo.

No Daniel.

Mateo.

La advertencia entró por el nombre falso y llegó al verdadero.

—It won't —dijo él.

Lian giró la cabeza.

Lo miró con una tristeza que todavía no era de Clara, pero empezaba a conocer el camino.

—That is promise.

Daniel sintió el golpe.

Había vuelto a hacerlo.

Sin querer.

O queriendo sin mirar.

Una promesa pequeña.

Una frase lanzada para calmar.

La vieja maquinaria.

—You're right —dijo—. I don't know.

Lian mantuvo la mirada.

—Better.

No lo perdonó.

No lo abrazó.

No le agradeció la honestidad.

Solo aceptó que, por una vez, no hubiera usado una promesa como venda.

El mar siguió sonando.

Daniel pensó en Irene.

En cómo, si estuviera viva allí —no viva, pensó; Irene está viva, tú eres el muerto—, tendría ya trece años. O catorce. Según el mes. Según el calendario que él evitaba consultar con demasiada precisión.

¿Qué estaría haciendo?

¿Seguiría guardando el chat?

¿Habría usado el cuaderno de Manila si alguna vez llegó a sus manos?

¿Diría "mi padre murió" o "mi padre desapareció"?

¿Le quedaría algo de princesa o la palabra le parecería ahora una ofensa?

No lo sabía.

Y esa ignorancia era una forma de castigo que ni siquiera podía reclamar.

Porque la había elegido.

—You are far away now —dijo Lian.

Daniel volvió.

—Sorry.

—Old ghosts?

—Yes.

—They have names?

Daniel miró el mar.

Luego a Lian.

Podía mentir.

Podía decir no.

Podía levantarse.

Podía convertir la pregunta en broma.

Podía seguir construyendo a Mateo con silencios útiles.

—Yes —dijo.

Lian no preguntó cuáles.

Eso fue lo que más le dolió.

Regresaron al comedor cuando empezó a llover otra vez. Amara dormía en una silla, con la cabeza apoyada sobre los brazos. Lian la despertó con suavidad. La niña protestó en su idioma. Daniel recogió los vasos, apagó luces, cerró una ventana que no encajaba bien.

Una escena pequeña.

Doméstica.

Casi limpia.

Y Daniel entendió, con una claridad que le dio miedo, que la segunda vida no estaba fracasando porque fuera falsa.

Estaba fracasando porque empezaba a importarle.

Durante años había creído que lo peor de estar muerto era no poder volver.

Con Lian descubrió algo más peligroso.

Un muerto también podía empezar a importarle a alguien.

Capítulo 18 — Clara sospecha

Clara no hizo duelo.

Hizo trámites.

Al principio no lo supo. Creyó que aquello era duelo porque la gente a su alrededor usaba esa palabra con una seguridad ofensiva. Duelo. Proceso. Etapas. Aceptación. Cierre. Palabras limpias, bien

peinadas, capaces de entrar en una consulta psicológica sin manchar el suelo.

Pero lo suyo no era duelo.

El duelo necesitaba una muerte. Clara solo tenía una ausencia con papeles.

Clara tenía un hueco.

Un hueco con nombre, pasaporte, fecha aproximada, última ubicación conocida y un informe extranjero donde cada frase parecía escrita por alguien que temía comprometerse con la realidad.

Daniel Salcedo.

Desaparecido en el mar.

Sin cuerpo.

Búsqueda reducida.

Caso abierto.

Caso abierto.

Aquella frase la persiguió durante meses.

Caso abierto significaba que nadie podía decirle a Irene que su padre estaba muerto con la seguridad brutal que a veces permite empezar a llorar de verdad.

Caso abierto significaba que nadie podía decirle que estaba vivo.

Caso abierto significaba que Clara debía aprender a preparar cenas, lavar ropa, asistir a reuniones del instituto, responder correos, pagar facturas y comprar yogures mientras una parte de su vida permanecía sentada en una silla vacía, mojada de agua salada, esperando una actualización que no llegaba.

La gente fue amable al principio.

Demasiado.

Su hermana iba a casa casi todos los días. Llevaba comida, doblaba ropa, llamaba a números, le recordaba a Clara que bebiera agua, que durmiera, que no podía sostenerlo todo sola.

Clara asentía.

Luego sostenía todo sola en cuanto su hermana salía por la puerta, porque así funcionaba la maternidad: aceptabas ayuda y después seguías siendo la responsable principal del incendio.

En el instituto, la orientadora pidió hablar con ella.

Una mujer joven, quizá demasiado joven, con voz suave y una libreta donde apuntaba cosas pequeñas como si las cosas pequeñas pudieran proteger a alguien de las grandes.

—Lo importante es que Irene sienta que puede expresar lo que necesita —dijo.

Clara miró la mesa.

Había una planta de plástico en una esquina.

Una planta falsa en una sala de orientación.

A veces la realidad era tan irónica que Daniel habría hecho un comentario.

Y Clara, contra todo pronóstico, lo echó de menos por eso.

No a él entero.

No al Daniel de las deudas, ni al de las mentiras, ni al de las promesas usadas como calderilla.

Echó de menos una frase.

Un gesto.

Un modo de mirar lo absurdo y convertirlo durante tres segundos en algo soportable.

Aquello la enfadó.

Hasta desaparecido seguía robando cosas.

—Irene no quiere hablar —dijo Clara.

—Es normal.

Clara levantó la vista.

—¿Qué parte?

La orientadora parpadeó.

—Perdón.

—¿Qué parte es normal? ¿Que no hable? ¿Que su padre desaparezca en el mar? ¿Que no sepamos si está muerto? ¿Que yo tenga que decirle "no sabemos" cada vez que me pregunta algo que debería tener una respuesta?

La mujer apretó el bolígrafo.

No era mala.

Ese era el problema. Clara no podía descargar del todo su rabia sobre alguien que solo intentaba ayudar con herramientas insuficientes. La pobre no había fabricado el océano ni a Daniel

Salcedo, aunque en aquel momento Clara habría aceptado culparla de ambas cosas por puro cansancio.

—Quería decir que su reacción entra dentro de lo esperable en una situación traumática —dijo la orientadora.

Clara soltó una risa pequeña.

—Claro.

Situación traumática.

Otra frase útil para no decir: una niña de doce años escribe a su padre muerto o desaparecido y espera dos marcas azules que no llegan.

—¿Ha podido despedirse? —preguntó la mujer.

Clara la miró.

—No hay de qué despedirse.

La orientadora guardó silencio.

Bien.

A veces la gente mejoraba al callarse.

La escuela ofreció apoyo. Clara agradeció lo que pudo agradecer. Firmó autorizaciones. Respondió mensajes. Habló con una tutora. Explicó que Irene podía estar distraída, irritable, callada, cansada, más sensible.

Como si hubiera que pedir permiso para que una hija se rompiera con mala educación.

Durante los primeros meses, Irene llevaba el móvil a todas partes.

A la mesa.

Al baño.

A la cama.

Al instituto, aunque Clara sospechaba que lo miraba a escondidas en clase.

Clara no se lo quitó.

No podía.

El teléfono era una crueldad, sí, pero también era el último lugar donde Daniel todavía podía aparecer sin resucitar del todo. Una pantalla era una ventana miserable, pero seguía siendo una ventana.

A veces, por la noche, Clara pasaba frente a la habitación de Irene y veía luz bajo la puerta.

No entraba siempre.

Había aprendido que una madre también podía invadir por amor.

Cuando entraba, encontraba a Irene mirando el chat.

No escribía ya tantas veces.

Al principio sí.

"Papá?"

"Contesta."

"No tiene gracia."

"Estoy enfadada."

"El mes que viene no existe."

Ese último mensaje Clara lo vio una madrugada, cuando Irene se quedó dormida con el móvil en la mano. No quiso mirar. Miró. Las madres también tienen sus formas pequeñas de traición, solo que suelen llamarlas cuidado.

El mes que viene no existe.

Clara se sentó en el borde de la cama de su hija y leyó la frase hasta que dejó de ser frase y se volvió una acusación contra todos los adultos.

Contra Daniel, por supuesto.

Contra ella también.

Por haber permitido tantos "el mes que viene".

Por haber traducido ausencias como complicaciones.

Por haber protegido a Irene de palabras como ludopatía, deuda, recaída, manipulación, hasta que el mar vino y puso una palabra peor sobre la mesa.

Desaparecido.

Una tarde recibieron una caja.

No llegó enseguida. Tardó meses. Pasó por oficinas, autoridades, llamadas, correos, firmas, instrucciones, retrasos, esa cadena infinita de lugares donde las pertenencias de un desaparecido aprenden a viajar mejor que él.

Clara tuvo que recogerla en persona.

La caja era más pequeña de lo que esperaba.

Eso la enfadó.

Las pertenencias finales de un hombre deberían ocupar más.

No por él.

Por respeto al daño.

Dentro había ropa, documentos, un cargador, papeles húmedos o deformados, una bolsa con objetos personales recuperados de la guesthouse, el pasaporte, la libreta en mal estado, y dos cosas que Clara reconoció antes de tocarlas.

Un cuaderno azul.

Una pulsera.

La pulsera era pequeña, de cuentas azules y blancas. Barata. Turística. De esas que se compran en una playa y luego acaban en cajones con arena invisible.

El cuaderno estaba sin usar.

Azul oscuro, con detalles dorados.

No era el de Madrid.

Clara lo supo de inmediato.

No tenía la luna.

Daniel ni siquiera había logrado encontrar el objeto exacto de su propia reparación.

Qué perfectamente suyo.

Clara se quedó sentada en el suelo del salón con la caja abierta delante.

Su hermana, que estaba con ella, no dijo nada.

Bien.

La pulsera parecía demasiado pequeña para tanto desastre.

El cuaderno parecía demasiado limpio.

Clara abrió la primera página.

Nada.

Segunda.

Nada.

Todas blancas.

Páginas vacías viajando desde Manila o Siquijor o donde demonios las hubiera comprado. Páginas intactas de una promesa que nunca había llegado a manos de su destinataria.

—No se lo enseñes hoy —dijo su hermana.

Clara miró el cuaderno.

—Tengo que hacerlo.

—No ahora.

—Si se entera después de que lo escondí...

No terminó.

Las madres de niñas heridas aprendían a temer no solo el daño, sino la futura interpretación del daño. Irene no solo sufriría lo que Clara hiciera. Algún día revisaría cada decisión y decidiría si su madre había sido honesta o cobarde.

Clara estaba cansada de vivir bajo tribunales invisibles.

Pero Irene tenía derecho a ese juicio.

Aquella noche le enseñó la caja.

No todo.

No de golpe.

Primero el pasaporte.

Luego algunas cosas.

La ropa no.

La libreta tampoco.

El cuaderno sí.

Irene lo miró sin tocarlo.

Estaban las dos sentadas en la mesa del salón. Afuera llovía un poco. Madrid tenía esa forma sucia de llover sin comprometerse del todo.

—Es el que me dijo —dijo Irene.

Clara asintió.

—Creo que sí.

—No es el mismo.

—No.

Irene lo acercó con dos dedos, como si pudiera quemar.

Lo abrió.

Vio las páginas en blanco.

—No escribió nada.

—No.

Irene cerró el cuaderno.

—Claro.

La palabra no fue un reproche fuerte.

Fue peor.

Fue comprensión.

Irene estaba entendiendo a Daniel demasiado pronto.

—También hay una pulsera —dijo Clara.
La puso sobre la mesa.
Irene la miró.
No la cogió.
—¿Era para mí?
Clara tragó saliva.
—No lo sé seguro.
Irene levantó la vista.
Clara corrigió.
—Sí. Supongo que sí.
—No la quiero.
—Vale.
—El cuaderno tampoco.
—Vale.
—Pero no los tires.
Clara asintió.
—No los tiraré.
Irene se levantó.
—Voy a mi habitación.
—Irene.
La niña se detuvo.
—¿Qué?
Clara buscó algo que decir.
Algo útil.
Algo limpio.
Algo que no sonara a orientadora con planta de plástico.
No encontró nada.
—Estoy aquí.
Irene asintió apenas.
—Ya.
Y se fue.
El cuaderno y la pulsera quedaron sobre la mesa.
Clara los guardó en una caja de zapatos dentro de su armario.
Durante los años siguientes, Irene nunca preguntó por ellos.
Clara tampoco los mencionó.
Pero ninguna de las dos olvidó dónde estaban.

El duelo, descubrió Clara, no era solo llorar lo perdido.

También era administrar objetos que nadie quería mirar y nadie se atrevía a tirar.

Pasó el primer aniversario.

La palabra aniversario le pareció repugnante.

Aniversario era para bodas, nacimientos, fechas con restaurante, no para marcar el día en que una llamada desde Filipinas había partido la vida de Irene en antes y después.

Aun así, el calendario hizo lo suyo.

Un año.

La gente empezó a hablar distinto.

No mucho.

Solo un poco.

Al principio decían:

—A ver si hay noticias.

Luego:

—¿No se sabe nada?

Después:

—Qué duro.

Y finalmente:

—Tienes que intentar seguir.

Seguir.

Clara empezó a odiar esa palabra.

Seguir no era una virtud. Era una imposición biológica con buena prensa. Seguías porque había facturas, colegio, cenas, lavadoras, médicos, adolescentes que necesitaban zapatillas nuevas y discusiones sobre horarios. Seguías porque dejar de seguir era un lujo que una madre no tenía.

Una psicóloga le dijo una vez:

—Quizá necesitas permitirte cerrar.

Clara miró la pared de la consulta.

Diplomas.

Una estantería.

Un reloj silencioso.

Otro sitio decorado para fingir que el dolor se podía archivar con luz cálida.

—No tengo puerta —dijo.

La psicóloga ladeó la cabeza.

—¿Perdona?

—Para cerrar hace falta una puerta. Yo tengo un agujero.

La mujer apuntó algo.

Clara imaginó la nota: resistencia al cierre, pensamiento rígido, duelo complicado.

Fantástico.

Hasta la sospecha tenía diagnóstico cuando la escribía alguien con bolígrafo caro.

Porque eso era lo que Clara no decía casi nunca.

Sospecha.

La palabra vivía en ella como un animal encerrado.

Al principio se sintió culpable por tenerla.

¿Qué clase de persona recibe la posible muerte del padre de su hija y piensa: quizá lo hizo?

Una persona que había vivido con Daniel.

Esa era la respuesta más terrible.

Clara no tenía pruebas.

Tenía patrones.

Tenía años de ver cómo Daniel convertía cada límite en una puerta lateral. Cada deuda en una promesa. Cada culpa en una explicación. Cada "no puedo" en un retraso. Cada "esta vez sí" en el prólogo de otra caída.

Daniel no desaparecía de golpe.

Daniel ensayaba.

Lo había ensayado toda la vida.

Desaparecía una tarde.

Una noche.

Un pago.

Un domingo.

Una conversación.

Una terapia.

Una verdad.

Después volvía con cara de haber sufrido también, como si su sufrimiento anulara la factura de los demás.

Pero el mar era otra escala.

Eso se decía Clara cuando la sospecha se hacía demasiado fuerte.

El mar era diferente.

Nadie hace eso.

Nadie le hace eso a su hija.

Luego recordaba el mensaje.

"Estoy esperando un ferry. Luego te digo."

La pregunta de Clara:

"¿Ferry a dónde?"

Nada.

Recordaba también las respuestas ambiguas antes del viaje. El modo en que evitaba concretar. El "necesito unos días". El "estoy mirando". La sensación de estar hablando con alguien que no se alejaba por accidente, sino por capas.

Y entonces la sospecha volvía.

No como certeza.

Nunca como certeza.

Como un olor.

Como humedad en una pared.

Como algo que una puede pintar encima, pero no quitar del todo.

Su hermana fue la única a quien se lo dijo.

Una noche, casi dos años después, cuando Irene dormía y Clara había bebido una copa de vino que no debería haber bebido porque el vino no arreglaba nada y encima daba dolor de cabeza con vocación de factura.

—A veces pienso que está vivo —dijo.

Su hermana no reaccionó enseguida.

Eso significaba que también lo había pensado.

Clara la miró.

—Lo has pensado.

—He pensado muchas cosas.

—No me hagas eso.

Su hermana dejó la copa sobre la mesa.

—Sí. Alguna vez.

Clara sintió alivio y horror.

—¿Y no me lo dijiste?

—¿Para qué?

Buena pregunta.

Una pregunta cruelmente adulta.

¿Para qué?

No podían demostrar nada.

No podían viajar a una isla filipina a perseguir fantasmas con una niña que intentaba sobrevivir a la adolescencia y a un padre sin cuerpo.

No podían llamar a la policía y decir: "conocíamos muy bien su forma de escapar".

No podían pedir a Irene que dudara de la muerte de su padre solo porque las mentiras de Daniel habían dejado un estilo.

—Igual soy horrible —dijo Clara.

—No.

—Sí.

—Eres alguien que lo conocía.

Clara se tapó la cara con las manos.

—Eso es lo peor.

Su hermana se acercó.

—Clara...

—Si está muerto, soy una miserable por sospechar.

—No.

—Y si está vivo...

No pudo terminar.

Si está vivo.

La frase abría un mundo todavía peor que la muerte.

Si Daniel estaba vivo, Irene no era huérfana de un accidente.

Era hija de una elección.

Clara se levantó y fue hasta la ventana.

Madrid de noche.

Luces.

Coches.

Un balcón con ropa tendida.

Una pareja discutiendo en la acera.

La ciudad seguía igual, esa especialista en pasar página sin leerla.

—No puedo decirle esto a Irene —dijo.

—No.

—Nunca.

Su hermana no respondió.

Porque "nunca" era otra palabra peligrosa.

Irene crecía.

Y Clara veía crecer en ella no solo tristeza, sino inteligencia. Una inteligencia afilada, silenciosa, orientada hacia huecos. A los trece años empezó a preguntar menos por Daniel y más por detalles.

—¿Quién llamó primero?

—¿Qué dijeron exactamente?

—¿Por qué no estaba su móvil?

—¿Encontraron la mochila?

—¿Quién iba con él?

—¿Alguien lo vio caer?

—¿Por qué no hay cuerpo?

Clara respondía lo que sabía.

Y lo que no sabía, lo decía.

No sabía.

No sabía.

No sabía.

La maternidad también era eso: repetir ignorancia sin convertirla en mentira.

Una tarde, Irene preguntó:

—¿Tú crees que fue un accidente?

Clara estaba cortando cebolla.

Se detuvo.

La cebolla le venía bien. Permitía llorar sin comprometerse.

—No lo sé.

Irene la miró.

Ya no era la niña de doce años de la llamada.

Tenía trece y medio.

El cuerpo cambiando.

La cara afinándose.

La voz en tránsito.

Algo en la mirada que a Clara le daba miedo porque reconocía demasiado de Daniel y demasiado de sí misma.

—Pero ¿qué crees?

Clara dejó el cuchillo.

—Creo que hay cosas que no sabemos.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única honesta.

Irene sostuvo su mirada.

—A veces pienso que se fue.

Clara sintió que el aire de la cocina se reducía.

—¿Que se fue?

—Que no se cayó.

La frase quedó entre las dos.

Allí estaba.

La sospecha había encontrado otra casa.

Clara quiso negarlo.

Con fuerza.

Por protección.

Por miedo.

Por amor.

No pudo.

Negarlo habría sido poner a Irene en contra de su propio instinto.

Y Clara sabía demasiado sobre lo que costaba eso.

—Yo también lo he pensado alguna vez —dijo.

Irene no pareció sorprendida.

Eso fue lo que más dolió.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Clara limpió las manos en un trapo.

—Porque no tengo pruebas. Porque quizá no es verdad. Porque si tu padre murió, pensar eso es injusto. Y porque si no murió...

La voz se le rompió.

Irene terminó por ella:

—Es peor.

Clara asintió.

Irene miró la encimera.

—No sé qué quiero que sea verdad.

Clara se acercó despacio.

—Yo tampoco.

Esta vez Irene permitió que la abrazara.

No como antes.

No como una niña.

Como alguien que necesitaba apoyarse un segundo sin admitir derrota.

La cebolla quedó a medio cortar.

La cena salió tarde.

No importó.

Aquella conversación cambió algo.

No lo curó.

No lo empeoró de forma visible.

Solo abrió una habitación que ambas sabían que existía y fingían no usar.

Desde entonces, Daniel ya no fue solo el padre desaparecido.

Fue también una posibilidad sucia.

Un quizá.

El peor de todos.

Irene empezó a evitar hablar de él con otras personas.

Cuando alguien preguntaba, decía:

—Murió.

A veces.

Otras:

—Desapareció.

Si la miraban con pena, cambiaba de tema.

Si preguntaban más, sonreía de una forma que Clara reconocía demasiado bien.

Una sonrisa de Daniel.

Amable.

Cerrada.

Útil para terminar conversaciones.

Eso la aterraba.

No porque Irene se pareciera a su padre.

Sino porque empezaba a usar herramientas de supervivencia aprendidas de su ausencia.

Pasado el tiempo suficiente para que la administración empezara a moverse, llegó otro documento.

No cerraba nada del todo, pero permitía iniciar ciertos trámites. La muerte presunta no era inmediata. Había plazos. Procedimientos. Declaraciones. Más palabras. Siempre más palabras.

Clara leyó la carta dos veces.

Luego la dejó sobre la mesa.

Irene la vio.

—¿Qué es?

Clara se lo explicó.

Como pudo.

No era declarar que Daniel estaba muerto exactamente.

No todavía.

Pero se abría la posibilidad legal de ordenar cosas.

Ordenar.

Qué verbo tan indecente.

—¿Y tú quieres hacerlo? —preguntó Irene.

Clara tardó.

—No sé si quiero. Pero quizá tenemos que hacerlo.

—¿Para qué?

—Para documentos. Para algunas gestiones. Para que no todo esté siempre...

—Abierto.

Clara asintió.

Irene cogió la carta.

La leyó.

—Caso abierto —dijo.

—Sí.

Irene dejó el papel.

—Odio esa frase.

—Yo también.

No hicieron el trámite enseguida.

Clara lo pospuso.

Luego se sintió culpable por posponerlo.

Después se sintió culpable por planteárselo.

La culpa, descubrió, era el idioma principal de los vivos.

Daniel había dejado de pagar muchas deudas.

Clara seguía pagando las invisibles.

A veces soñaba con él.

No sueños dramáticos.

No el mar.

No una aparición mojada en la puerta.

Soñaba cosas absurdas: Daniel en un supermercado, eligiendo cereales; Daniel en una terraza, diciendo que llegaba tarde; Daniel bajando unas escaleras con una mochila; Daniel sentado en la mesa de la cocina, callado.

En los sueños, Clara siempre sabía que algo no encajaba.

—Estás muerto —le decía a veces.

Daniel sonreía.

—Técnicamente no.

Incluso en sueños usaba técnicamente.

Clara despertaba con rabia.

Una rabia doméstica, agotada, casi matrimonial.

Como si Daniel hubiera vuelto solo para dejar otra cosa sin recoger.

A los tres años, Clara dejó de llamarse viuda en formularios mentales.

Nunca había sido viuda legalmente.

Era exmujer de un desaparecido.

Una categoría absurda, sin épica, sin rituales.

Las viudas tenían negro, pésames, misa si querían, documentos, una palabra reconocible.

Clara tenía explicaciones.

"Mi exmarido desapareció en Filipinas."

La frase era tan rara que la gente no sabía qué cara poner.

Algunos decían "lo siento".

Otros preguntaban demasiado.

Otros intentaban no preguntar nada y se volvían torpes.

Clara aprendió a decirlo con distintos tonos según la situación.

En el médico: neutro.

En el instituto: práctico.

En trámites: preciso.

Con conocidos: breve.

Con desconocidos: casi nunca.

Cada versión era una pequeña actuación.

Daniel habría apreciado la técnica.

Otra cosa que Clara odiaba.

Una tarde encontró a Irene en el salón, mirando la caja de zapatos.

La había sacado del armario.

Clara se quedó en la puerta.

Irene tenía quince años ya, o casi. El pelo más largo, la cara más definida, el cuerpo en esa etapa adolescente donde todo parecía provisional y absoluto al mismo tiempo.

Sobre la mesa estaban el cuaderno y la pulsera.

Irene tocaba la pulsera con un dedo.

—No deberías esconderla tan mal —dijo, sin mirar a Clara.

—No intentaba esconderla bien.

—Pues objetivo cumplido.

Clara entró.

—¿Quieres quedártela?

Irene negó.

—No.

—¿Quieres tirarla?

Tampoco.

—Quiero saber por qué la compró.

Clara se sentó frente a ella.

—Pensó en ti.

Irene levantó la vista.

—No hagas eso.

Clara se calló.

—No lo conviertas en bonito.

La frase dolió porque era justa.

Clara había caído en la trampa del consuelo fácil. Daniel pensó en ti. Como si pensar bastara. Como si una pulsera pudiera presentarse en nombre de un padre.

—Tienes razón —dijo.

Irene volvió a mirar la pulsera.

—A veces creo que sí murió.

Clara escuchó.

—Y entonces me siento mal por haber pensado lo otro.

Clara asintió.

—A mí también me pasa.

—Y a veces creo que no murió.

Silencio.

—Y entonces lo odio.

Clara sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no las dejó caer.

Irene necesitaba una madre, no un espejo roto.

—Eso también puede pasar —dijo.

—¿Odiar a un muerto?

—Odiar a alguien que te hizo daño.

—¿Aunque esté muerto?

—Sí.

Irene respiró hondo.

—Pues qué asco todo.

Clara casi sonrió.

—Sí.

—Muy profundo, mamá.

—Estoy intentando no parecer una taza con frase motivacional.

Irene soltó una risa pequeña.

Una risa real.

Breve.

Clara la recibió como quien recibe una tregua de cinco segundos en una guerra larga.

Luego Irene cogió el cuaderno.

Lo abrió por la primera página.

Blanca.

Pasó otra.

Otra.

—No sé qué hacer con esto.

—No tienes que hacer nada.

—Todo el mundo dice eso cuando no sabe qué decir.

—Es verdad.

—¿Que no saben qué decir?

—También.

Irene la miró.

Después cerró el cuaderno.

—Lo voy a guardar yo.

Clara asintió.

—Vale.

—No significa nada.

—Vale.

—No es que lo perdone.

—Lo sé.

Irene metió la pulsera dentro del cuaderno, como marcador, y se levantó.

—Voy a mi cuarto.

Clara la dejó ir.

No preguntó.

No interpretó.

No convirtió el gesto en avance, cierre, etapa, símbolo ni ninguna de esas palabras que los adultos usaban cuando querían sentirse menos impotentes.

Solo la vio llevarse el cuaderno.

Aquella noche Clara no durmió bien.

Pensó en Daniel.

No en el mar.

En Daniel comprando el cuaderno.

Imaginó la tienda.

La elección.

El pago.

La pequeña satisfacción miserable de corregir tarde una escena.

Lo conocía lo suficiente para saber que habría sentido alivio.

Eso la enfureció.

Daniel siempre había confundido gestos con reparación.

Pero también pensó algo que no quería pensar:

Si hubiera planeado desaparecer, ¿por qué comprar el cuaderno?

La pregunta quedó allí.

Infectada.

Porque tal vez lo compró para parecer que pensaba volver.

Porque tal vez una parte sí pensaba volver.

Porque tal vez Daniel no era un plan limpio, sino una suma de impulsos cobardes.

Porque tal vez el accidente fue accidente.

Porque tal vez no.

Clara se dio la vuelta en la cama.

El otro lado estaba vacío desde hacía años, pero aquella noche pareció más vacío que de costumbre.

No sabía si Daniel estaba muerto.

Lo terrible era que tampoco sabía cuál de las dos respuestas le daba más miedo.

A la mañana siguiente, preparó café, despertó a Irene, discutieron por una chaqueta, buscaron unas llaves, Irene salió tarde, Clara se enfadó, luego se arrepintió, luego fue a trabajar.

La vida siguió.

No porque estuviera curada.

Porque la vida no tenía vergüenza.

Y Clara, que había imaginado muchas veces la vida sin Daniel, descubrió que incluso sin él seguía teniendo que recoger sus restos.

No todos.

Solo los que había dejado dentro de ellas.

Interludio II — La edad de no esperar

A los quince años, Irene aprendió a decir que su padre había muerto.

No porque estuviera segura.

Porque era más corto.

La primera vez lo dijo en clase, durante una presentación absurda sobre árboles genealógicos. La profesora había pedido fotos, nombres, fechas, profesiones, parentescos. Una actividad inocente, por supuesto. Los adultos tenían un talento especial para llamar inocentes a las cosas que podían abrirte en canal delante de veintisiete compañeros con rotuladores de colores.

Irene llevó una cartulina.

No puso foto de Daniel.

Puso su nombre en una esquina inferior, escrito con letra pequeña:

Daniel Salcedo — padre.

Nada más.

Ni fecha.

Ni profesión.

Ni "fallecido".

Ni "desaparecido".

Ni "hombre que prometía cosas para el mes que viene hasta que un día el mes que viene se hundió en el mar".

La profesora se acercó mientras los demás recortaban papeles y pegaban fotos de abuelos, primos, perros y padres con cara de domingo.

—Irene, ¿quieres añadir algo sobre tu padre?

Irene miró la cartulina.

—No.

La profesora bajó la voz.

Ese era el tono que Irene más odiaba. El tono de los adultos cuando se ponen guantes para tocarte.

—Podemos hacerlo de otra manera si te resulta difícil.

Irene levantó la vista.

—Está muerto.

La frase salió limpia.

Seca.

Práctica.

La profesora se quedó quieta.

Un compañero de la mesa de al lado dejó de recortar.

Alguien miró.

Luego alguien fingió no mirar, que era peor.

Irene volvió a pegar una foto de su abuela materna como si nada.

La profesora murmuró algo.

—Lo siento.

Irene asintió.

No dijo "no pasa nada".

Eso ya lo había dejado atrás.

Antes decía "no pasa nada" para proteger a los demás. Ahora había aprendido algo más útil: dejar que pasara y que cada uno se las arreglara con la incomodidad.

Decir "está muerto" funcionó.

Cerró la conversación.

Nadie preguntó por Filipinas.

Nadie preguntó por el mar.

Nadie preguntó por el cuerpo.

La muerte, aunque no estuviera confirmada del todo, tenía la ventaja social de ser una puerta cerrada. La desaparición, en cambio, era una puerta abierta en mitad de una habitación donde todos querían pasar sin mirar.

Desde entonces, Irene empezó a elegir la versión según el día.

Si tenía prisa:

—Murió.

Si estaba cansada:

—No está.

Si alguien le caía mal:

—Desapareció en Filipinas.

Esa última frase producía un silencio especial. La gente se quedaba sin frases prefabricadas durante medio segundo. Irene lo disfrutaba un poco, y luego se odiaba por disfrutarlo. La crueldad pequeña, descubrió, también podía ser hereditaria. Una broma de mal gusto de la sangre. Gracias, papá. Genética emocional de saldo.

A los quince años, Irene ya no miraba el chat cada noche.

Eso habría parecido una mejora.

No lo era exactamente.

Al principio había dejado de mirar una noche por agotamiento. Luego dos. Luego una semana. Después el móvil cambió, la conversación se quedó guardada en una copia, las fotos pasaron a una carpeta que no abría casi nunca, y Daniel dejó de vivir en la pantalla principal para mudarse a una zona más profunda del dispositivo, donde iban las cosas que una no borraba pero tampoco quería encontrar buscando otra.

El duelo moderno tenía sus propias habitaciones, todas con contraseña.

Chats archivados.

Fotos en la nube.

Audios que no escuchabas.

Contactos que no eliminabas porque borrar un número parecía una decisión demasiado limpia para alguien que se había ido de una forma tan sucia.

Irene seguía teniendo el contacto de Daniel.

Papá.

No lo cambió.

A veces pensaba en cambiarlo por Daniel.

A veces por "No contestar".

A veces por nada.

Nunca lo hacía.

La palabra papá seguía allí, insolente, como un cartel viejo sobre una tienda cerrada.

Una tarde, mientras esperaba el autobús, abrió el chat sin querer.

O eso se dijo.

La pantalla mostró mensajes antiguos.

Fotos de Bali.

Fotos de Manila.

Una foto oscura del mar.

Otra de día.

"Que no te coma un tiburón."

"Intentaré negociar."

"No te mueras."

"Tendré cuidado."

Irene miró esa última frase.

Ya no lloró.

Eso la asustó más que llorar.

Hubo una época en que aquellas palabras podían romperla. Ahora le provocaban algo más frío. Una especie de cansancio duro, como una piedra que se hubiera formado donde antes estaba el golpe.

Tendré cuidado.

Qué frase más inútil.

La gente debería necesitar licencia para usar frases así.

El autobús llegó.

Irene guardó el móvil y subió.

Se sentó junto a la ventana.

Madrid pasaba afuera con su elegancia habitual de ciudad que no pedía perdón por nada: tráfico, escaparates, ancianos, motos, fachadas sucias, gente con bolsas, terrazas con mesas demasiado juntas, padres recogiendo niños, niños que no querían ser recogidos.

A veces Irene miraba a hombres de cuarenta y tantos por la calle.

No porque creyera ver a Daniel.

No era tan idiota.

O quizá sí, pero de otra manera.

Miraba una forma de caminar, una barba, una chaqueta, una nuca. Durante una fracción de segundo su cuerpo decía: papá. Luego su cabeza decía: no seas ridícula. Después venía la rabia, puntual, a poner orden.

Porque si Daniel estuviera vivo, pensaba, no caminaría por Madrid.

Si Daniel estuviera vivo, estaría lejos.

Y eso era peor.

La sospecha era una enfermedad sin fiebre.

No se veía desde fuera.

No justificaba faltar a clase.

No te daba derecho a llorar en mitad de una cena.

Solo estaba ahí, trabajando por debajo de las cosas.

A veces Irene creía que su padre había muerto de verdad.

Entonces sentía tristeza.

Una tristeza extraña, vieja para su edad, como ropa heredada que no terminaba de quedarle bien.

Otras veces creía que no.

Entonces sentía odio.

Y el odio era más claro.

Más limpio.

Más útil.

El odio permitía frases completas.

Murió no.

Se fue.

Nos dejó.

Lo hizo.

El problema era que ninguna versión se quedaba para siempre.

La muerte volvía.

La sospecha volvía.

El amor volvía también, puntual y bastante imbécil.

Irene no dejó de querer a su padre de golpe.

Eso habría sido demasiado limpio.

Lo fue queriendo menos veces al día.

Primero dejó de pensar en él al despertar.

Luego dejó de imaginar qué le contaría al salir del instituto.

Después dejó de guardar mentalmente anécdotas para un regreso que cada vez parecía más insultante.

Un día aprobó un examen de matemáticas que creía suspendido y no pensó en decírselo.

Se dio cuenta horas después.

Estaba lavándose los dientes.

Se quedó quieta con el cepillo en la boca.

No había pensado en él.

Durante todo el día.

Ni una vez.

La culpa llegó tarde, como un autobús nocturno.

Y detrás llegó otra cosa.

Alivio.

Eso fue lo que la hizo llorar.

No olvidar.

Descansar un poco.

El descanso, cuando llega después de una ausencia, puede parecer traición.

A los quince años, Irene tenía amigas nuevas, gustos nuevos, una forma de vestir que a Clara le parecía "demasiado negra" y a ella le parecía normal porque, según explicó una vez, el mundo no merecía más colores entre semana.

Escuchaba música con auriculares grandes.

Leía más de lo que decía.

Escribía en libretas baratas, nunca en el cuaderno azul de Manila.

Ese seguía guardado.

En su habitación.

En el cajón inferior del escritorio, dentro de una bolsa de tela, con la pulsera metida entre las páginas como un animal dormido.

No lo usaba.

No lo tiraba.

No lo miraba casi nunca.

Pero sabía exactamente dónde estaba.

Eso era lo insoportable de ciertos objetos: no hacía falta verlos para que ocuparan sitio.

Una noche, Clara entró en su habitación para dejar ropa limpia y vio el cajón abierto.

El cuaderno estaba sobre la cama.

Irene estaba sentada al lado, con las piernas cruzadas, mirando la portada.

—No estaba buscando nada —dijo Irene.

Clara dejó la ropa sobre la silla.

—No he preguntado.

—Pero ibas a hacerlo.

—Puede.

Irene abrió el cuaderno.

La pulsera seguía dentro, entre la primera y la segunda página.

Azul y blanca.

Barata.

Bonita, si una se esforzaba en olvidar quién la había comprado.

—A veces pienso que debería usarlo —dijo Irene.

Clara no se movió.

—Puedes hacerlo.

—No quiero.

—También puedes no hacerlo.

Irene la miró.

—Estás muy filosófica últimamente.

—Es agotamiento. Se parece mucho si no lo miras de cerca.

Irene casi sonrió.

Pasó una página.

Blanca.

Otra.

Blanca.

Todas esperándola con esa paciencia desagradable de las cosas nuevas.

—Me da rabia que esté vacío —dijo.

Clara se sentó en el borde de la cama.

—Sí.

—Como si hubiera llegado tarde incluso para escribir algo.

Clara bajó la mirada.

No respondió.

La frase era demasiado Daniel.

Demasiado exacta.

—¿Tú crees que pensaba volver? —preguntó Irene.

La pregunta ya no sonaba como antes.

A los doce años, Irene preguntaba buscando una respuesta.

A los quince preguntaba para escuchar cómo dolía.

Clara tardó.

—Creo que una parte de él pensaba volver.

Irene se quedó quieta.

—¿Y la otra?

Clara respiró despacio.

—Creo que la otra siempre estaba buscando una salida.

Irene cerró el cuaderno.

—Eso no es justo.

—No.

—Tener partes así.

—No.

—Porque entonces nunca sabes cuál era verdad.

Clara la miró.

—Quizá eran verdad las dos.

Irene soltó una risa sin alegría.

—Genial. Mi padre, edición puzzle.

Clara no corrigió la ironía.

La ironía era una barandilla. Mala, oxidada, pero barandilla.

—No tienes que resolverlo hoy —dijo.

—Todo el mundo dice eso.

—Porque es verdad.

—No. Porque nadie sabe resolverlo nunca.

Clara aceptó el golpe con un pequeño gesto.

—También.

Irene guardó la pulsera otra vez dentro del cuaderno.

—Cuando la gente dice "tu padre", siento que hablan de otra persona.

—Tiene sentido.

—Pero cuando dicen "Daniel", me enfado. Como si no tuvieran derecho.

Clara asintió.

—También lo tiene.

—Y cuando tú dices "Daniel"...

—¿Qué?

Irene se encogió de hombros.

—No sé. Parece que hablas de alguien que te debe dinero.

Clara soltó una risa seca.

Irene la miró.

—Perdón.

—No. Es bastante preciso.

Daniel le debía muchas cosas.

Dinero era lo menos original.

Irene guardó el cuaderno en el cajón.

—No sé si quiero odiarlo.

Clara eligió con cuidado.

—No tienes que elegir una sola cosa.

—Eso es lo que dicen los adultos para justificar que todo sea un desastre.

—Sí.

—Mamá.

—¿Qué?

—No me ayudes tanto.

La frase salió baja.

Clara la recibió sin moverse.

—Vale.

—No me refiero a que no me ayudes.

—Ya.

—Me refiero a que a veces quiero estar mal sin que parezca que tengo que hacerlo bien.

Clara sintió que algo se le apretaba en el pecho.

—Lo intentaré.

Irene asintió.

Luego cogió una camiseta del montón de ropa limpia y la dejó sobre sus piernas, como si la conversación hubiera terminado por falta de aire.

Clara se levantó.

En la puerta, Irene habló otra vez.

—¿Tú todavía lo quieres?

Clara no se giró enseguida.

La pregunta tenía dientes.

No por mala intención.

Por edad.

A los quince años, los hijos empiezan a querer saber si sus padres son personas o solo muebles emocionales colocados

alrededor de ellos.

—No como antes —dijo Clara.

—Eso no responde.

Clara se giró.

—Lo sé.

Irene esperó.

Clara miró la habitación: la ropa, los libros, el escritorio, la mochila, el cajón cerrado con el cuaderno dentro.

—Quise a alguien que ya no sé si existió como yo lo recuerdo —dijo—. Y sigo enfadada con alguien que, muerto o no, nos dejó con demasiadas preguntas.

Irene sostuvo su mirada.

—Eso sí responde.

Clara asintió.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Clara salió.

Irene se quedó sentada en la cama.

Después abrió de nuevo el cajón.

No sacó el cuaderno.

Solo comprobó que seguía allí.

Cerró.

Al día siguiente, en el instituto, una compañera llamada Marta le preguntó si podía ir a su casa el viernes a dormir. Irene dijo que quizá. Luego se corrigió.

—Sí, puedo.

La palabra quizá la irritaba.

La usaba demasiado.

Quizá voy.

Quizá luego.

Quizá me da igual.

Quizá no pasa nada.

Había heredado algunas cosas de Daniel sin pedirlas, y cada vez que las detectaba sentía ganas de arrancárselas como una etiqueta mal cosida.

Marta empezó a hablar de otra cosa. Un chico. Un examen. Una profesora. Un vídeo. La vida adolescente en su abundancia ridícula.

Irene escuchó.

Se rio cuando tocaba.

Comentó algo cruel sobre una influencer.

Prestó un bolígrafo.

Copió deberes.

Vivió.

Eso también era extraño.

La gente cree que el dolor ocupa todo el espacio porque desde fuera el dolor parece enorme. Pero por dentro, incluso cuando duele mucho, quedan huecos pequeños donde entran cosas absurdas: hambre, memes, deberes, envidia, sueño, ganas de comprarte una chaqueta, miedo a gustarle a alguien, rabia porque te salga un grano.

Irene descubrió que podía estar rota y preocuparse por su pelo el mismo día.

Al principio le pareció una falta de respeto.

Luego entendió que quizá era así como la vida se defendía de las tragedias: con estupideces.

A veces, cuando alguna amiga hablaba mal de su padre por cosas normales —que no la dejaba salir, que era pesado, que hacía bromas malas—, Irene se quedaba callada.

No por envidia exactamente.

Por distancia.

Las quejas normales sobre padres normales pertenecían a otro idioma.

Una tarde, Marta dijo:

—Mi padre es insoportable, ojalá desapareciera una semana.

El grupo se rio.

Irene también.

Un poco tarde.

Marta se dio cuenta y se puso roja.

—Perdón, tía. No quería...

Irene levantó una mano.

—No pasa nada.

La frase salió automática.

Vieja.

Heredada.

En cuanto la dijo, se odió.

Marta se calló.

El resto cambió de tema.

Irene fue al baño durante el recreo, se encerró en una cabina y se miró en el espejo del móvil.

—No pasa nada —susurró.

Sonó como su yo de doce años.

Sonó como una niña protegiendo a su padre de una tarjeta rechazada.

Sonó como Clara contando hasta diez.

Sonó como todas las frases pequeñas que habían permitido que lo grande creciera sin nombre.

Irene bloqueó el móvil.

No lloró.

Volvió a clase.

Esa tarde, al llegar a casa, buscó en internet el nombre de Daniel.

No lo hacía desde hacía meses.

Quizá un año.

Daniel Salcedo Filipinas.

Los resultados eran viejos.

Noticias repetidas.

Foros raros.

Alguna página que mencionaba desapariciones de turistas.

Nada nuevo.

Nada.

La ausencia también envejecía.

Irene leyó una noticia española de hacía años.

"Buscan a un español desaparecido en Filipinas durante una excursión marítima."

Daniel Salcedo, de 42 años, natural de Madrid...

Natural de Madrid.

Irene se quedó mirando esa frase.

Su padre era natural de Madrid.

Como si Madrid lo hubiera producido de forma inevitable, entre tráfico, bares, préstamos y frases ingeniosas.

Más abajo decía:

"Su entorno permanece a la espera de novedades."

Su entorno.

Irene rió.

Sola.

Una risa fea.

Ella era entorno.

Clara era entorno.

Qué generoso el periodismo con las palabras cuando no conoce los salones donde la gente llora.

Cerró la página.

Luego buscó imágenes.

No sabía qué esperaba.

Fotos antiguas.

Nada nuevo.

No apareció su padre mojado, vivo, arrepentido, detenido en una isla, caminando por una calle, mirando hacia la cámara con cara de haber sido descubierto por fin.

Nada.

La búsqueda no devolvió milagros.

Qué falta de servicio.

A los quince años, Irene empezó a escribir.

No historias al principio.

Listas.

Frases.

Preguntas.

Cosas que sabía.

Cosas que no sabía.

Cosas que odiaba.

Cosas que no quería olvidar.

Una hoja decía:

Cosas que la gente dice cuando no sabe qué decir:

1. Lo siento.
2. Seguro que está en un lugar mejor.
3. El tiempo ayuda.
4. Tu madre es muy fuerte.
5. Tienes que seguir.
6. Él te quería mucho.
7. Al menos tienes recuerdos bonitos.
8. No pienses en eso.
9. Ya han pasado años.
10. ¿Estás bien?

Debajo escribió:

Respuesta real: no, pero gracias por participar en este concurso de frases inútiles.

Luego se sintió culpable por la crueldad.

Después decidió que la culpa también podía esperar su turno.

Otra hoja decía:

Cosas que me gustaría preguntarle si aparece:

1. ¿Por qué?
2. ¿Sabías lo que ibas a hacer?
3. ¿Pensaste en mí?
4. ¿Pensaste en mamá?
5. ¿Te dio miedo?
6. ¿Te importó?
7. ¿Cómo te atreviste?
8. ¿Por qué no contestaste?
9. ¿Quién eres ahora?
10. ¿Tengo que seguir queriéndote?

Esa última pregunta la tachó.

Luego la volvió a escribir.

No en el cuaderno azul de Manila.

Nunca allí.

Usaba libretas corrientes, feas, de supermercado.

Las libretas bonitas exigían futuros bonitos.

Ella ya no se fiaba de eso.

Un sábado por la mañana, Clara encontró una de esas hojas sobre la mesa de la cocina.

No quiso leer.

Leyó la primera línea.

Cosas que me gustaría preguntarle si aparece.

Clara dejó la hoja donde estaba.

Preparó café.

Cuando Irene entró, despeinada y con cara de no haber dormido suficiente, vio la hoja.

La cogió rápido.

—No mires mis cosas.

—Perdón.

—La has mirado.

—Solo el título.

—Ya es mirar.

—Tienes razón.

Irene esperaba pelea.

No llegó.

Eso la molestó.

—Puedes enfadarte, ¿sabes?

Clara sirvió café.

—Ya estoy enfadada.

—No parece.

—Porque si lo saco todo, igual incendia la cocina.

Irene se apoyó en la encimera.

—Sería una mejora estética.

Clara la miró.

Irene sonrió apenas.

Clara también.

Dos sonrisas pequeñas, torcidas, supervivientes.

Luego Irene dijo:

—A veces pienso que si aparece, no quiero verlo.

Clara asintió.

—Vale.

—Y a veces pienso que sí.

—También vale.

—No puedes decir que todo vale.

—Puedo intentarlo hasta que te enfades.

—Me enfada.

—Entonces está funcionando.

Irene soltó una risa corta.

El humor entre ellas había cambiado. Era más seco. Más oscuro. Menos infantil. Clara a veces se preguntaba si eso era daño o vínculo. Probablemente las dos cosas, porque la vida, con esa originalidad suya de contable borracho, rara vez separaba bien las columnas.

Aquel año Irene empezó a decir menos "papá".

Decía "mi padre" si hablaba con alguien externo.

Decía "Daniel" cuando estaba enfadada.

Decía "él" cuando no quería gastar una palabra entera.

Con Clara casi nunca decía nada.

Pero Daniel estaba en los silencios.

En ciertas fechas.

En el día del padre.

En su cumpleaños.

En los domingos de lluvia.

En los cuadernos de papelería.

En los aviones que pasaban por el cielo de Madrid.

En las noticias de turistas perdidos.

En cualquier foto del mar.

Irene no volvió a decir que quería ir a la playa durante años.

Cuando una amiga propuso viaje de fin de curso a la costa, Irene dijo que prefería ciudad.

—¿No te gusta el mar? —preguntó alguien.

Irene contestó:

—Me parece sobrevalorado.

La gente aceptó la respuesta.

El sarcasmo era más fácil de gestionar que el trauma.

A veces, por la noche, Irene imaginaba a Daniel vivo.

No lo imaginaba feliz.

Eso la habría matado.

Lo imaginaba pobre, viejo, solo, caminando por una calle de un país donde nadie supiera su nombre. Lo imaginaba mirando su móvil sin poder escribir. Lo imaginaba arrepentido. Lo imaginaba cobarde. Lo imaginaba incapaz de volver porque volver significaría destruir la única excusa que le quedaba.

En esas fantasías, Irene siempre acababa encontrándolo.

No sabía cómo.

Un aeropuerto.

Una calle.

Un vídeo.

Una foto.

Un error.

Ella aparecía delante de él, más alta, mayor, con el cuaderno azul en la mano.

Daniel decía:

—Princesa.

Y ella respondía:

—No.

Solo eso.

No.

Ni abrazo.

Ni grito.

Ni discurso.

No.

A veces esa fantasía la tranquilizaba.

Otras la dejaba peor.

Porque si Daniel estaba muerto, todas esas escenas eran una forma de torturarse.

Y si Daniel estaba vivo, eran demasiado pequeñas para lo que merecía.

A los quince años, Irene dejó de esperar de forma oficial.

No hubo ceremonia.

No hubo decisión.

No borró el contacto.

No tiró la pulsera.

No quemó el cuaderno.

No declaró nada.

Simplemente un día se dio cuenta de que ya no miraba la puerta cuando alguien llamaba al timbre.

Antes lo hacía.

Aunque supiera que era imposible.

Aunque no quisiera.

Aunque se odiara por hacerlo.

Sonaba el timbre y una parte diminuta de ella decía: quizá.

Ese día no lo dijo.

El timbre sonó.

Clara abrió.

Era un repartidor.

Irene siguió haciendo los deberes.

Solo al cabo de un rato entendió lo que había pasado.

No había esperado.

Se quedó con el bolígrafo quieto entre los dedos.

No sintió alegría.

No sintió libertad.

Sintió algo parecido al frío.

Porque esperar era doloroso, sí.

Pero también era una forma de seguir hablándole a alguien.

Cuando dejó de esperar, el silencio se volvió más grande.

Esa noche abrió el cajón.

Sacó el cuaderno azul.

Metió dentro una hoja doblada.

No escribió en sus páginas. Eso todavía no.

La hoja decía:

A los quince años he decidido no esperarte.

Luego añadió:

Pero si apareces, más te vale tener una explicación mejor que "había tráfico".

La frase le hizo sonreír.

Después llorar.

Después cerrar el cuaderno.

Guardó la pulsera dentro, como siempre.
Lo devolvió al cajón.
Apagó la luz.
Se metió en la cama.
Madrid sonaba al otro lado de la ventana.
Coches.
Voces.
Un perro.
Una moto.
La vida normal, esa grosera insistente.
Irene cerró los ojos.
No rezó.
No pidió que apareciera.
No pidió que estuviera muerto.
No pidió dejar de quererlo.
A los quince años, Irene aprendió que esperar también era una forma de obedecer.
Y ella ya no quería obedecer a un fantasma.

Capítulo 19 — Rafael Mendoza

Rafael Mendoza apareció un jueves de calor podrido, de esos en los que la isla parecía sudar desde dentro.

Llegó a la guesthouse poco después del mediodía, cuando el comedor estaba casi vacío y Lian discutía con un proveedor sobre una caja de verduras que, según ella, había llegado "más triste que barata". Amara estaba en el colegio. La mujer mayor de la cocina dormía en una silla con un abanico sobre el pecho. Daniel arreglaba una bisagra de una ventana que llevaba meses cerrando mal, lo cual, en la economía moral de la casa, significaba que ya era parte del mobiliario.

Oyó primero la voz.
Español.

No una palabra suelta.

No un turista perdido diciendo "gracias" con acento de aeropuerto.

Español entero.

—Bonito sitio —dijo alguien desde la entrada—. Un poco escondido, pero bonito. Como todos los sitios donde conviene no preguntar demasiado.

Daniel se quedó quieto con el destornillador en la mano.

El cuerpo reconoció el idioma antes que la cabeza.

Hacía años que el español le llegaba en fragmentos: parejas de vacaciones, quejas de maletas, comentarios sobre precios, insultos al calor, algún "joder" flotando en una mesa cercana. Pero aquello era distinto.

Aquella voz no sonaba a turista.

Sonaba a hombre que había aprendido a elegir las palabras antes de entrar en una habitación.

Daniel giró despacio.

El recién llegado estaba junto a la entrada del comedor, con una mochila pequeña al hombro, camisa de lino arrugada, pantalón claro y unas gafas de sol que no se quitó enseguida. Tendría cincuenta y tantos años. Quizá más. Quizá menos, si uno descontaba de la cara lo que no había puesto la edad, sino la vida usada con mala intención.

Tenía el pelo gris, bien cortado, barba corta y una sonrisa educada que no llegaba a la boca del todo.

Lian salió de la cocina con la factura en una mano.

—Reservation? —preguntó.

El hombre se quitó las gafas.

—Rafael Mendoza —dijo en inglés correcto, cómodo, casi aburrido—. I wrote yesterday. One room, three nights.

Lian consultó su libreta.

Daniel bajó la mirada hacia la bisagra.

No se movió.

No respiró bien.

Rafael Mendoza.

El nombre tenía una normalidad peligrosa. Nombre español, apellido español, voz española. Un pedazo de Madrid, o de cualquier otra ciudad con bares, deudas y hombres que hablaban demasiado claro, entrando sin permiso en la vida pequeña de Mateo Santos.

Lian encontró la reserva.

—Yes. Room two. Passport, please.

Rafael sacó el pasaporte del bolsillo interior de una bolsa pequeña. Lo dejó sobre la mesa con naturalidad. Mientras Lian copiaba los datos, él miró alrededor.

No como turista.

Como comprador.

Como alguien que evaluaba puertas, salidas, personas, sombras.

Sus ojos pasaron por Daniel una vez.

Luego volvieron.

—Español —dijo Rafael.

No fue pregunta.

Daniel siguió con el destornillador.

—A veces.

Rafael sonrió.

—Qué respuesta más de hombre con historia.

Daniel apretó la herramienta.

Lian levantó la vista un segundo, pero no intervino.

—Mateo helps here —dijo ella.

Rafael miró a Lian.

—Eso seguro.

Luego volvió a Daniel.

—Mateo.

El nombre falso, en español, sonó peor.

Hasta entonces Mateo había vivido en inglés, en bocas locales, en libretas de alojamientos, en tiendas donde nadie sabía qué debía significar. En español, en cambio, parecía recién comprado. Una camisa con la etiqueta todavía colgando.

Daniel dejó el destornillador sobre la mesa.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

Rafael sonrió un poco más.

—De momento, habitación. Luego ya veremos qué necesita cada uno. La vida es una camarera lenta, pero acaba trayendo la cuenta.

Daniel lo miró.

Viejo recurso.

Frase ingeniosa.

Pausa medida.

Un hombre que también sabía usar la lengua como ganzúa.

Qué maravilla. Otro artesano del incendio.

Lian le entregó la llave.

—Room two. Food until nine.

—Perfecto —dijo Rafael—. Perdón. Perfect.

—Spanish is fine if you speak slow —respondió Lian.

Rafael inclinó la cabeza.

—Hablar despacio es una virtud que los españoles solo practicamos cuando ya hemos perdido algo.

Lian no sonrió.

Bien por ella.

Daniel habría querido no sonreír tampoco, pero una parte antigua de su cerebro reconoció la buena frase antes de recordar que venía de una amenaza.

Rafael cogió la llave y la mochila.

Antes de subir, se detuvo junto a Daniel.

—Luego me tomas una cerveza, Mateo.

—Estoy trabajando.

—Eso también lo he dicho yo muchas veces.

Rafael subió las escaleras.

Daniel se quedó abajo, mirando la bisagra.

La ventana seguía sin cerrar.

Por supuesto.

Nada cerraba del todo en aquella casa, al parecer. Ni las ventanas. Ni los casos. Ni los nombres.

Lian se acercó cuando Rafael desapareció por el pasillo.

—You know him?

—No.

La respuesta salió demasiado rápida.

Lian lo notó.

Lian lo notaba todo, que era una costumbre muy maleducada en una isla donde la gente decía venir a descansar.

—He knows you?

—No.

—You answer fast when lying.

Daniel cogió el destornillador.

—I answer fast when annoyed.

—Same face.

Él intentó ajustar la bisagra.

La herramienta resbaló.

Se golpeó un dedo.

—Shit.

Lian le quitó el destornillador de la mano.

—Leave it.

—Almost fixed.

—No. You make window worse.

Daniel miró la ventana.

Luego a ella.

—That window and I have a lot in common.

—Yes. Both need replacement.

Lian se fue hacia la cocina con el destornillador.

Daniel se quedó con el dedo dolorido y el orgullo, como siempre, en peor estado que la piel.

Rafael bajó una hora después.

Duchado, cambiado de camisa, con el pelo húmedo peinado hacia atrás. Se sentó en una mesa del fondo, cerca del ventilador. Pidió cerveza. Lian se la sirvió. Daniel se mantuvo ocupado con tareas absurdas: ordenar vasos ya ordenados, revisar una reserva que no necesitaba revisión, mover una silla diez centímetros hacia una forma superior de la inutilidad.

—Mateo —llamó Rafael.

Daniel fingió no oír.

—Mateo Santos —añadió.

Ahora sí.

El apellido.

Nadie allí lo usaba.

Nadie lo había preguntado desde hacía mucho.

Daniel se giró.

Rafael levantó la botella.

—No seas maleducado. Estoy lejos de casa. Me puedes conceder cinco minutos de idioma materno. Tampoco te estoy pidiendo un riñón. De momento.

Daniel caminó hasta la mesa.

No se sentó.

—¿Qué quieres?

—Confirmar una teoría.

—Mala costumbre.

—Excelente costumbre. Las teorías mantienen vivo al hombre cuando la realidad se pone vulgar.

Daniel miró hacia la cocina. Lian no estaba visible, pero podía aparecer en cualquier momento.

—No tengo conversación.

—Todo el mundo tiene conversación. Lo que pasa es que algunos la esconden como si pagara impuestos.

Rafael señaló la silla.

—Siéntate.

—No trabajas aquí para dar órdenes.

—Tú tampoco trabajas aquí con contrato, apostaría.

La palabra cayó suave.

Apostaría.

Daniel no se movió.

Rafael bebió cerveza.

—Tranquilo. Es un verbo común. Aunque en algunos hombres tiene más currículum que en otros.

Daniel se sentó.

No porque quisiera.

Porque permanecer de pie empezaba a parecer miedo.

—No sé quién crees que soy —dijo.

—Eso es mentira. Claro que lo sabes. Los hombres que se cambian de nombre siempre creen que todo el mundo está a punto de adivinar el anterior.

Daniel sintió el calor subirle por el cuello.

—Me llamo Mateo.

—Sí. Y yo me llamo Rafael Mendoza. Los dos hemos dicho una verdad. No necesariamente la más interesante.

Rafael apoyó los codos en la mesa.

—¿De dónde eres?

Daniel sonrió apenas.

—De España. Sorpresa tremenda.

—¿España grande o España concreta?

—Madrid.

—Madrid nunca suelta del todo. Es como una exmujer con buena memoria y cero sentido del humor.

Daniel no respondió.

Rafael lo observó con una atención tranquila.

—Aunque tú no tienes pinta de haber salido de Madrid por turismo.

—¿Y qué pinta tengo?

—De haber salido antes de que alguien pronunciara tu nombre en un sitio con fluorescentes.

Daniel sostuvo la mirada.

—Eres muy poético para estar sudando como todos.

—La poesía y el sudor son compatibles. Pregúntale a cualquier adolescente en verano.

Daniel casi rió.

Casi.

Rafael lo vio.

—Ahí está. Sabía que seguías vivo por algún lado.

La frase fue pequeña.

Pero entró demasiado hondo.

Seguías vivo.

Daniel apartó la mirada.

—No me conoces.

—No. Pero conozco el género.

—¿Qué género?

—Español expatriado en isla barata con nombre demasiado limpio, trabajo informal, mirada de perro que mordió a su dueño y ahora finge que solo quería jugar.

Daniel dejó de sonreír.

—Cuidado.

Rafael abrió las manos.

—Eso. Justo eso. Ahí aparece el hombre real.

El silencio entre ellos cambió.

Ya no era conversación.

Era reconocimiento.

Rafael bebió otra vez.

—No te preocupes. No voy a preguntarte nada delante de la señora.

—No hay nada que preguntar.

—Siempre hay algo que preguntar. La cuestión es si uno quiere vivir con la respuesta. Yo, por ejemplo, he construido una vida bastante decente no preguntando algunas cosas y cobrando por entender otras.

Daniel miró hacia la entrada.

Una pareja de turistas cruzaba el jardín. Lian hablaba con alguien en la cocina. Amara no había vuelto todavía del colegio.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Daniel.

Rafael sonrió.

—Qué pregunta tan peligrosa en un sitio como este.

—La has empezado tú.

—No. Yo he empezado una conversación. Tú has abierto una puerta.

Daniel esperó.

Rafael pareció disfrutar de la pausa.

—Ayudo a gente.

Daniel soltó una risa seca.

—Qué miedo.

—Muchísimo. Los peores hombres del mundo siempre dicen que ayudan a gente. Banqueros, políticos, cuñados con criptomonedas. Pero en mi caso es bastante literal. Extranjeros con problemas. Papeles, permisos, traducciones, compraventas, negocios pequeños, situaciones incómodas.

—Situaciones incómodas.

—Una expresión preciosa, ¿verdad? Puede significar desde un visado caducado hasta un cadáver en una habitación. La lengua española es muy considerada con la culpa.

Daniel sintió que la mesa se alejaba un poco.

Rafael lo miró.

—Tranquilo. Era un ejemplo. Tienes cara de pensar demasiado rápido.

—Y tú de hablar demasiado cómodo de cosas feas.

—Es una adaptación. Como los lagartos.

Lian apareció con un plato para otra mesa. Miró a Daniel y a Rafael. No dijo nada. Ese no decir nada, viniendo de Lian, era prácticamente una intervención armada.

Rafael esperó a que se alejara.

—Buena mujer.

Daniel no respondió.

—Lista —añadió Rafael—. Eso es menos cómodo.

—No hables de ella.

Rafael levantó una ceja.

—Vaya. Mateo Santos tiene territorio.

—Tiene educación.

—No, no. Eso fue otra cosa. Educación es "no molestes a la señora". Lo tuyo ha sido "no pongas el dedo ahí". Interesante.

Daniel se levantó.

—Disfruta la cerveza.

Rafael no lo detuvo.

Solo dijo:

—En inglés puedes hacerte el tonto, Mateo.

Daniel se quedó de espaldas.

—¿Perdona?

—En inglés puedes ser pequeño. Funcional. "Yes", "no", "thank you", "maybe". Puedes esconderte en frases mal construidas. Es cómodo. Yo también lo he hecho. Pero en español se te nota demasiado la inteligencia. Y eso, para un cobarde, siempre es un problema.

Daniel se giró.

Rafael sostenía la botella con dos dedos.

No sonreía ya.

—Tú no eres Mateo Santos ni aunque te bautice el Papa —dijo.

Daniel sintió que el cuerpo quería dos cosas contrarias: correr y golpearlo.

No hizo ninguna.

—No sabes nada.

—Sé lo suficiente para saber que no me equivoco de especie.

—Eso no es saber.

—No. Es experiencia. Menos respetable, mucho más útil.

Daniel dio un paso hacia él.

—Escúchame bien.

—No. Escúchame tú, que llevas años escuchándote solo y eso estropea mucho el criterio. No me importa quién fueras. Todavía. No me importa qué hiciste. Todavía. No me importa por qué te escondes. Todavía. Pero me interesan los hombres que saben mentir y luego fingen que han perdido la costumbre.

Daniel apretó los dientes.

—No estoy disponible para tus intereses.

—Todos estamos disponibles para algo. El hambre, la culpa, la soledad, el dinero. Tú tienes al menos tres.

Daniel se inclinó un poco.

—No te acerques a mí.

Rafael sonrió otra vez, pero ahora sin calidez.

—Eso dicen todos los hombres que más necesitan compañía.

Daniel se fue antes de contestar.

Cruzó el comedor, salió al jardín y caminó hacia la carretera. No sabía adónde iba. Solo necesitaba sacar el español de encima. La voz de Rafael le había abierto demasiadas habitaciones. Daniel, Madrid, mentira, apuesta, culpa. Todo regresando no como recuerdo, sino como idioma.

En inglés, Mateo podía vivir en superficies.

En español, Daniel tenía sótano.

Caminó hasta que la guesthouse quedó atrás. La carretera bordeaba árboles y casas. Un perro lo siguió durante unos metros y luego decidió que no merecía la pena. Muy sensato. El calor bajaba

con la tarde, pero no lo suficiente. El sudor le empapaba la camiseta.

No había pasado nada, se dijo.

Un español arrogante.

Un expatriado aburrido.

Un hombre que jugaba a adivinar.

Nada más.

Pero la frase no se sostenía.

Rafael no había preguntado por su pasado como preguntan los curiosos. Había tocado directamente la parte donde el nombre se separaba de la cara.

Tú no eres Mateo Santos.

Daniel se detuvo junto a una curva desde la que se veía el mar a lo lejos.

Durante años, nadie había dicho eso.

Algunos quizá lo habían sospechado. Lian, sin duda. Amara tal vez de una forma infantil y fragmentaria. Algún vecino. Algún conductor. Pero las sospechas en otro idioma eran niebla. Rafael, en cambio, había llegado con palabras exactas.

Y las palabras exactas eran peligrosas porque podían llamar a otras.

Daniel.

Salcedo.

Irene.

Clara.

Desaparecido.

Ahogado.

Fraude.

Padre.

Volvió a la guesthouse cuando ya anochecía.

El comedor estaba medio lleno. Una pareja comía pescado. Dos mochileras hablaban con Lian sobre una cascada. Amara hacía deberes en una mesa, mordiéndose la punta de un lápiz. Rafael no estaba.

Daniel sintió alivio.

Luego vergüenza por sentirlo.

Lian le señaló una caja junto a la cocina.

—Help.

No preguntó dónde había ido.

No preguntó qué había pasado.

Solo le dio trabajo.

Daniel cargó la caja.

El peso físico lo ayudó. Siempre lo ayudaba un poco. Las cosas pesadas eran honestas. Una caja no fingía ser trauma infantil ni deuda moral. Pesaba y punto. Qué concepto tan avanzado.

Cuando terminaron de cerrar, Rafael apareció desde el camino de la playa.

Traía arena en las sandalias y una expresión tranquila.

—Precioso atardecer —dijo—. Absolutamente inútil, como todos los atardeceres buenos.

Daniel no respondió.

Lian miró a Rafael.

—You eat?

—Si todavía se puede.

—Fish, rice.

—La civilización resumida.

Lian fue a la cocina.

Rafael se sentó.

Daniel siguió limpiando una mesa, aunque ya estaba limpia.

—Mateo —dijo Rafael.

—No.

—Ni siquiera he pedido nada.

—Mejor. Así ahorramos tiempo.

Rafael rió bajo.

—Te entiendo más de lo que te gustaría.

—Ese es tu problema.

—No. El mío es que me aburro. El tuyo es que te reconocen.

Daniel dejó el trapo.

—¿Qué quieres de mí?

Rafael lo miró con una calma casi amable.

—Nada todavía.

—Deja de decir todavía.

—No puedo. Es la palabra más honesta que tenemos.

Daniel se acercó.

—¿Has venido por mí?

Rafael pareció sinceramente divertido.

—No te des tanta importancia. Eso es muy español también: destrozarse la vida y seguir creyendo que el mundo organiza expediciones alrededor de uno. Vine porque necesitaba tres noches baratas y me dijeron que aquí se comía bien.

—¿Y ya está?

—Y porque me gusta conocer gente interesante.

—No soy interesante.

—Todos los fugitivos dicen eso. Luego tienen historias larguísimas, llenas de frases como "no es lo que parece", "yo nunca quise" y "las cosas se complicaron". Una literatura previsible pero rentable.

Rentable.

La palabra quedó entre los dos.

Daniel la oyó como se oye un cristal romperse en otra habitación.

—No tengo dinero —dijo.

Rafael sonrió.

—No hablaba de dinero.

—Mentira.

—Bueno. No solo.

Lian volvió con el plato y lo dejó frente a Rafael.

Él le dio las gracias.

Lian no se movió enseguida.

—Everything okay? —preguntó.

La pregunta era para ambos.

Rafael respondió antes.

—Perfectly. Mateo and I are just discovering we dislike each other in the same language.

Lian miró a Daniel.

—Mateo?

Él sostuvo la mirada de Rafael un segundo más.

—Everything okay.

Lian no le creyó.

Por supuesto.

Pero se fue.

Rafael empezó a comer.

—Miente muy bien para alguien que está intentando dejarlo.

Daniel se sentó frente a él.

—No vas a meterla en esto.

Rafael masticó despacio.

—En esto. Qué expresión tan amplia. ¿Qué es esto?

Daniel no respondió.

—Ahí está el problema —dijo Rafael—. Si no lo nombras, cualquiera puede nombrarlo por ti.

—No sabes mi historia.

—No necesito saberla entera para saber que la señora y la niña no forman parte del capítulo original.

Daniel sintió frío.

—No hables de la niña.

Rafael dejó el tenedor.

—Entonces ten cuidado de no convertirla en personaje.

El golpe entró limpio.

Daniel no encontró respuesta.

Rafael siguió comiendo.

—Mañana voy al pueblo. Hay un sitio donde se juega a cartas. Nada serio. Expatriados, algún local, turistas que creen saber contar. Ven.

Daniel soltó una risa.

—Ni de coña.

—Qué rápida la negativa.

—Porque no soy idiota.

Rafael lo miró.

—No. Ese nunca ha sido tu problema.

La frase, en otra boca, años después, con otro acento, lo alcanzó como una piedra lanzada desde Madrid.

Clara.

No, Daniel. Ese nunca fue el problema.

Daniel se levantó tan rápido que la silla raspó el suelo.

Lian miró desde la cocina.

Rafael no se inmutó.

—Buenas noches, Mateo.

Daniel salió del comedor.

Esta vez no caminó lejos.

Se quedó junto al lateral de la casa, bajo la sombra, respirando mal.

El español.

Ese era el problema.

Rafael no lo había descubierto.

Lo había traducido.

Había traído a Daniel de vuelta en el único idioma donde Daniel no podía fingir ser simple.

Durante años, Mateo había vivido con frases cortas.

Ahora Rafael acababa de demostrarle que bastaba una conversación para que todo volviera a tener subordinadas.

Esa noche Daniel no durmió.

En la habitación prestada de la guesthouse, escuchó la lluvia empezar tarde, suave al principio, luego más fuerte. Amara rió en algún lugar del pasillo antes de que Lian le dijera que se callara. Rafael caminó arriba, o quizá fue otro huésped. La casa crujió con la humedad.

Daniel miró el techo.

No iría.

Eso estaba decidido con la solidez habitual de sus decisiones, o sea, pésima.

No iría al pueblo.

No jugaría a cartas.

No se acercaría a Rafael.

No volvería a abrir esa puerta.

Se lo repitió varias veces.

Demasiadas.

A la mañana siguiente, Rafael desayunó café, pan y fruta como si no hubiera colocado una bomba en la mesa la noche anterior.

Daniel evitó mirarlo.

Lian lo notó.

Amara lo notó.

La mujer mayor probablemente también, aunque aquella mujer notaba las cosas con una indiferencia superior, como si ya hubiera sobrevivido a todos los hombres dramáticos de la isla y no pensara concederles más atención de la necesaria.

A media mañana, Rafael salió hacia el pueblo.

Al pasar junto a Daniel, dijo en voz baja:

—A las seis. Si no vienes, no pasa nada.

Daniel no contestó.

Rafael sonrió.

—Eso también es mentira, claro.

Se fue.

Daniel trabajó todo el día como si la eficiencia pudiera exorcizarlo. Movió cajas, contestó mensajes, limpió mesas, revisó habitaciones, acompañó a unos franceses hasta la carretera, arregló por fin la bisagra de la ventana. Lian le dijo:

—Good.

Él respondió:

—Miracle.

A las cinco y media empezó a mirar el camino.

A las cinco y cuarenta se odió.

A las cinco y cincuenta salió de la guesthouse diciendo que iba a comprar tabaco, aunque hacía años que fumaba solo cuando quería castigarse con coherencia.

Lian lo miró desde el comedor.

No dijo nada.

Eso fue peor que cualquier pregunta.

El sitio estaba detrás de una tienda, en una terraza cubierta donde el calor, el humo y la cerveza formaban una especie de clima propio. Había cinco hombres alrededor de una mesa. Dos locales, un australiano, un alemán grande con cara de haber perdido dinero en varios continentes, y Rafael Mendoza, que levantó la vista cuando Daniel llegó.

No sonrió con triunfo.

Eso habría sido vulgar.

Solo apartó una silla con el pie.

—Mateo —dijo—. Llegas tarde.

Daniel se quedó de pie.

—Solo miro.

Rafael asintió, serio, casi solemne.

—Por supuesto.

Los otros apenas lo miraron.

Alguien repartía cartas.

Había billetes sobre la mesa.

No mucho.

Nada serio.

Exactamente la clase de frase con la que empezaban las cosas serias.

Daniel se sentó.

No jugó la primera mano.

Miró.

Solo miró.

Rafael no le ofreció cartas.

No le insistió.

No necesitaba hacerlo.

La partida avanzó. Risas. Inglés mezclado. Alguna palabra local. Cerveza. Billetes pequeños moviéndose de una mano a otra. Daniel observó patrones, gestos, tiempos. El australiano faroleaba mal. El alemán se enfadaba antes de perder. Uno de los locales apenas cambiaba la expresión. Rafael jugaba como hablaba: dejando que los demás creyeran que la decisión era suya.

Daniel sintió el viejo interés moverse.

No fuerte.

No todavía.

Un animal despertando en otra habitación.

Se levantó.

—Me voy.

Rafael asintió.

—Claro.

Daniel dio dos pasos.

—Una mano —dijo el australiano—. Sit, man. Friendly game.

Friendly.

Amistoso.

Qué palabra tan obscena cuando había dinero sobre la mesa.

Daniel debería haberse ido.

Lo sabía.

El conocimiento estaba completo.

Limpio.

Disponible.

Podía salir, volver a la guesthouse, decirle a Lian la verdad mínima: Rafael me pone nervioso, no quiero verlo más. Podía hacer algo nuevo. Algo distinto. Algo que rompiera el patrón antes de que el patrón volviera a encontrar su carril.

En cambio, miró a Rafael.

Rafael no dijo nada.

Solo esperaba.

Daniel se sentó.

—Una mano.

Rafael bajó la mirada a las cartas.

—Las mejores tragedias siempre empiezan con moderación.

Daniel jugó.

Ganó.

Poco.

Casi nada.

Una cantidad ridícula.

Pero el cuerpo no entendía de cantidades.

Entendía de respuesta.

De riesgo.

De lectura.

De movimiento.

De esa pequeña descarga que llevaba años escondida debajo del nombre Mateo y que ahora, al primer golpe de suerte, levantaba la cabeza como si nunca hubiera dormido.

Daniel miró los billetes.

Rafael lo miró a él.

No sonrió.

No hacía falta.

Daniel había cruzado medio mundo, había fingido una muerte, había construido un nombre, había aprendido a comer poco, hablar

menos y vivir como sombra.

Y aun así, bastó una mano ganada en una mesa barata detrás de una tienda para que Daniel Salcedo respirara dentro de Mateo Santos.

Rafael recogió sus cartas.

—Bienvenido —dijo.

Daniel no preguntó a qué.

Ya lo sabía.

Capítulo 20 — El vídeo de Irene

Daniel tardó cuatro días en volver a sentarse a una mesa con Rafael Mendoza.

Eso fue lo que se contó.

Cuatro días.

Como si el número importara.

Como si hubiera una distancia moral apreciable entre recaer el jueves o recaer el lunes. La conciencia de Daniel seguía teniendo una pequeña oficina de contabilidad donde registraba matices inútiles con una seriedad admirable. No he vuelto enseguida. No he perdido mucho. No he pedido dinero. No he mentido todavía.

Todavía.

La palabra seguía viva, trabajando de noche.

La primera partida había sido poca cosa. Una mano ganada, un par de rondas más, una pérdida mínima, una cerveza que no terminó, un regreso silencioso a la guesthouse con la sensación de haber hecho algo peligroso y, por eso mismo, haber vuelto a respirar con más precisión.

El viejo interés había regresado con zapatos limpios.

No como explosión.

No como caída espectacular.

Como una luz encendida en una habitación que Daniel llevaba años jurando que estaba cerrada.

Durante los días siguientes, trabajó más de lo habitual. Contestó reservas, arregló una estantería, acompañó a unos franceses al puerto, ayudó a Lian a comprar sacos de arroz, revisó tuberías, hizo de traductor para un chileno que buscaba "una playa poco turística" y se enfadó cuando Lian le dijo que eso significaba "una playa sin él".

—Cruel —dijo Daniel.

—Accurate —respondió ella.

Amara se rió desde una mesa.

Daniel también.

Pero en medio de la risa pensaba en cartas.

En gestos.

En el australiano faroleando mal.

En Rafael apartando una silla con el pie.

En los billetes pequeños moviéndose sobre la mesa.

En la frase:

Bienvenido.

No volvió por necesidad.

Eso era lo peor.

No debía dinero nuevo.

No tenía urgencia.

No había un Sergio filipino esperando en una esquina.

No había quinientos euros que entregar antes de las ocho.

No había amenaza inmediata.

Solo había una parte de él que llevaba años viviendo reducida, vigilada, escondida bajo el nombre de Mateo Santos, y que ahora había recordado una cosa sencilla: perderse un poco era más fácil que sostenerse entero.

El cuarto día, Rafael apareció en la guesthouse al atardecer.

No se alojaba ya allí. Había terminado sus tres noches y, en teoría, se había ido. Pero los hombres como Rafael no se iban de verdad. Dejaban una silla reservada en la vida de los demás.

Llegó con una camisa clara, una bolsa pequeña y la misma expresión de quien nunca tenía prisa porque la prisa la ponían los otros.

Lian lo vio entrar.

No le gustó.

Eso se notó en que no cambió la cara.

—You eat? —preguntó.

—Si queda algo.

—Fish. Rice.

—La base de todos los imperios modestos.

Lian no pidió traducción.

Daniel estaba detrás de la barra improvisada, revisando una libreta de reservas.

Rafael lo miró.

—Mateo.

Daniel no levantó la vista.

—Rafael.

—Qué seco. Cualquiera diría que compartimos una mala noche.

—Compartimos una mesa.

—Las mesas son más peligrosas que las camas. En las camas la gente al menos sabe a qué va.

Lian dejó un vaso de agua con demasiada fuerza sobre una mesa.

Rafael sonrió hacia ella.

—La señora me odia con buen criterio.

Daniel cerró la libreta.

—No eres tan importante.

—No. Pero soy reconocible. A veces basta.

Rafael se sentó.

Pidió cerveza.

Daniel siguió trabajando.

O fingiendo.

Rafael comió despacio, habló poco, observó mucho. Lian lo atendió con la cortesía exacta que reservaba para huéspedes que pagaban y no merecían nada más. Amara hizo deberes en silencio, aunque miraba de vez en cuando al español con curiosidad.

Después de cenar, Rafael encendió su móvil.

—He visto algo interesante —dijo.

Daniel no respondió.

—No me preguntes qué. Queda feo no seguir el guion.

—No sigo guiones ajenos.

—Claro que sí. Solo prefieres creer que los escribiste tú.

Daniel dejó un vaso en la mesa.

—No me interesa.

Rafael miró la pantalla.

—A mí tampoco me interesan muchas cosas. La diferencia es que yo no les tengo miedo.

Daniel lo miró por fin.

Rafael sostuvo el móvil sin ofrecérselo todavía.

—¿Sabes qué es lo fascinante de internet, Mateo?

—Que permite a imbéciles parecer profundos desde sitios con wifi.

—Eso también. Pero pensaba en otra cosa. Internet ha hecho imposible desaparecer con elegancia. Antes uno se iba a una isla, se dejaba barba, cambiaba de nombre y, con suerte, se convertía en una leyenda menor o en un borracho más. Ahora no. Ahora el pasado sube vídeos, etiqueta lugares, guarda fotos, archiva periódicos, actualiza perfiles. La memoria ya no es humana. Por eso no se cansa.

Daniel sintió una presión lenta en el estómago.

—¿Qué quieres?

—Mostrarte algo.

—No.

La respuesta salió antes que el pensamiento.

Rafael sonrió.

—Ahí está.

Lian miró desde la cocina.

Daniel bajó la voz.

—No sé a qué juegas.

—Mentira. Lo sabes perfectamente. Por eso estás tan quieto.

Rafael desbloqueó el móvil y giró la pantalla hacia él.

Daniel no quiso mirar.

Miró.

Al principio no entendió qué veía.

Un vídeo vertical. Mala calidad. Luz de interior. Un escenario pequeño, quizá un salón de actos. Sillas. Adolescentes. Una mesa con micrófono. Un cartel al fondo que no alcanzó a leer.

Luego apareció ella.

Irene.

Daniel dejó de oír el comedor.

No fue una emoción.

Fue un fallo del sistema.

La imagen siguió moviéndose, pero Daniel se quedó varios segundos por detrás del presente, atrapado en la primera impresión: una chica de quince o dieciséis años, pelo oscuro, rostro más fino, postura recta, jersey negro, una libreta en las manos.

No era la niña de la cafetería.

No era la niña del chat.

No era la voz que decía "no te mueras" con ligereza.

Era otra persona.

No otra.

Peor.

Era ella sin él.

Rafael dejó el móvil apoyado contra una botella, para que la pantalla quedara visible.

—Lo encontré por casualidad —dijo.

Daniel no lo miró.

—No mientas.

—Bueno. Por una casualidad bien alimentada.

En el vídeo, alguien decía su nombre:

—Irene Salcedo Molina.

El apellido entró en Daniel como un golpe limpio.

Salcedo.

Su apellido en la boca de otra persona.

Su apellido sostenido por una joven que había crecido alrededor de su ausencia.

Irene se acercó al micrófono.

No sonreía.

Tampoco parecía nerviosa.

O sí, pero había aprendido a mantenerlo dentro. Daniel reconoció esa contención y se odió por reconocerla. Los hijos no solo heredaban ojos. A veces heredaban formas de no romperse delante de otros.

El sonido del vídeo era malo, pero la voz se entendía.

Más grave de lo que recordaba.

Más Clara en algunas pausas.

Más él en la ironía mínima de la mirada.

Irene empezó a leer.

—A veces una persona no se va de una casa —dijo—. Se queda viviendo en lo que no se dice.

Daniel sintió que la mesa desaparecía.

Rafael no dijo nada.

Por una vez, tuvo la decencia o la crueldad de callarse.

Irene siguió leyendo. Era un texto corto, quizá de una actividad escolar, quizá de un concurso de instituto. Hablaba de una puerta que nadie cerraba, de una silla que todos evitaban ocupar, de una familia que aprendía a hablar alrededor de una ausencia como se camina alrededor de un agujero en el suelo.

No decía padre.

No decía mar.

No decía Filipinas.

No decía Daniel.

No hacía falta.

Cada frase lo contenía sin concederle el honor de nombrarlo.

—Los adultos creen que las respuestas curan —leyó Irene—. Pero a veces una respuesta solo decide de qué manera va a doler todo lo demás.

Daniel apoyó una mano en la mesa.

Los dedos no le respondían bien.

En la pantalla, Irene levantó un momento la vista del papel. Miró al público. Había algo duro en sus ojos. No frialdad. No exactamente. Una claridad que una niña de quince años no debería haber tenido.

Daniel pensó en el portal.

En el cuaderno azul.

En "el mes que viene hacemos algo mejor".

Pensó en la foto del mar.

En el mensaje no enviado.

En el silencio bajo el agua.

En Clara recibiendo una llamada.

En Irene escribiendo a un móvil que él ya no tenía.

El vídeo siguió.

—Hay personas que desaparecen una vez —dijo Irene—. Y hay personas que desaparecen muchas veces antes de irse del todo.

Daniel cerró los ojos.

No quería seguir.

Los abrió.

Se obligó.

Era lo mínimo.

No redimía nada, pero era lo mínimo: mirar.

Irene terminó el texto sin llorar.

Eso fue lo que más lo destrozó.

No lloró.

No tembló.

No pidió lástima.

No convirtió el dolor en espectáculo.

Solo leyó, recogió la libreta y volvió a su sitio mientras algunas personas aplaudían.

El aplauso sonó pequeño, lejano, absurdo.

Daniel miró sus propias manos.

Rafael apagó el vídeo.

El comedor volvió poco a poco.

Ventilador.

Platos.

Insectos.

Una silla moviéndose.

Lian hablando con alguien en la cocina.

Amara pasando una página.

La vida, con su insolencia habitual, no se había detenido para respetar la ejecución.

—Bonita chica —dijo Rafael.

Daniel no respondió.

—Tiene tus ojos.

Silencio.

—Qué putada, ¿no?

Daniel levantó la mirada.

Si Rafael hubiera sonreído, Daniel quizá lo habría golpeado.

Pero no sonreía.

Eso fue peor.

Rafael parecía casi serio.

Casi humano.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó Daniel.

Su voz no sonó como esperaba.

Sonó vieja.

—Página de un instituto. Actividad literaria. Premio local o algo así. Tu hija escribe bien.

Tu hija.

Las palabras llegaron tarde.

Como una carta perdida.

Daniel se inclinó hacia él.

—No la menciones.

Rafael guardó el móvil.

—No funciona así.

—¿Cómo?

—No puedes abandonar una vida y luego reservarte derechos sobre las palabras que la nombran.

Daniel se quedó quieto.

Rafael siguió:

—Además, yo no la he buscado para hacerle daño.

—La buscaste para hacérmelo a mí.

—Sí. Eso es distinto.

Daniel sintió una rabia fría.

—Eres un hijo de puta.

Rafael asintió.

—Probablemente. Pero yo no fingí ahogarme para dejar a una adolescente escribiendo sobre sillas vacías.

La frase cayó.

Exacta.

Sin adorno.

Daniel no respiró durante un segundo.

Ahí estaba.

No insinuación.

No especie.

No género.

No "hombre con historia".

Rafael sabía.

Daniel miró hacia la cocina.

Lian estaba de espaldas, pero se había quedado inmóvil.

No sabía cuánto había oído.

Quizá nada.

Quizá el tono.

A veces el tono bastaba.

—Baja la voz —dijo Daniel.

Rafael se acercó un poco.

—¿Por ella?

Miró hacia Lian.

—¿O por ti?

Daniel apretó la mandíbula.

—¿Qué quieres?

Rafael suspiró, como si la pregunta lo decepcionara.

—Siempre terminamos en lo mismo. Qué quieres. Cuánto cuesta. Qué tengo que pagar para que el monstruo vuelva debajo de la cama. Sois muy básicos los hombres desesperados.

—Has investigado mi vida.

—Sí.

—¿Por qué?

Rafael se recostó en la silla.

—Porque me pareciste interesante. Y porque tu nombre falso era demasiado limpio. Y porque recordaba algo.

Daniel sintió otro golpe.

—¿Recordabas?

—Hace años leí una noticia. Español desaparecido en Filipinas. Madrid. Cuarenta y dos. Sin cuerpo. Cosas que pasan. La olvidé. Luego llego aquí, conozco a un español de edad conveniente, nombre de telenovela honrada, cara de hombre que evita los espejos, y la memoria, que es una vieja chismosa, toca la puerta.

Daniel no dijo nada.

—No fue difícil —continuó Rafael—. La noticia seguía ahí. Poca cosa. Cinco líneas. Luego alguna nota española. Un nombre. Daniel Salcedo. Una hija. Una exmujer. Madrid. Lo típico: el mundo entero cabe en una búsqueda si sabes formular la vergüenza.

Daniel sintió náusea.

Durante años había confiado en el olvido.

No en que fuera perfecto.

Solo en que fuera suficiente.

Pero el olvido tenía agujeros.

Y Rafael había metido la mano.

—No le harás nada —dijo Daniel.

—¿A quién?

Daniel no respondió.

Rafael lo miró con algo parecido a cansancio.

—No voy a escribirle a tu hija, Daniel.

El nombre verdadero sonó bajo.

Pero sonó.

Daniel cerró los ojos un instante.

Daniel.

No Mateo.

Daniel.

—No pronuncies ese nombre.

—¿Por qué? ¿Se despierta algo?

Daniel se levantó.

Lian apareció antes de que pudiera moverse más.

—Problem? —preguntó.

Rafael levantó las manos.

—Conversación española. Siempre parece pelea.

Lian miró a Daniel.

—Mateo?

Daniel tenía la boca seca.

Mateo.

Daniel.

Dos nombres en la misma habitación, tirando cada uno de un extremo.

—No problem —dijo.

Lian no creyó ni una sílaba.

—Then help in kitchen.

No era petición.

Daniel obedeció.

Pasó detrás de la barra, entró en la cocina pequeña y se quedó junto al fregadero. Lian lo siguió. Desde allí no se veía a Rafael, pero se oía el comedor.

Lian habló en voz baja.

—What happened?

—Nothing.
Ella le quitó un plato de la mano.
—Do not bring nothing to my kitchen.
Daniel respiró mal.
—He knows things.
—About you?
Daniel asintió.
—Bad things?
La pregunta era sencilla.
Daniel casi rió.
—Yes.
—Danger for us?
Él miró hacia el comedor.
Rafael bebía agua tranquilamente.
—I don’t know.
Lian se quedó quieta.
Esa era la peor respuesta posible.
No.
Sí.
Podían manejarse.
No lo sé era una puerta abierta.
—Mateo.
Daniel la miró.
Lian bajó aún más la voz.
—If your past comes here, you leave.
La frase no tuvo rabia.
Por eso dolió.
—Lian...
—No. You leave before it touches Amara.
Daniel quiso decir que no pasaría.
Que lo controlaría.
Que Rafael era solo un español aburrido.
Que todo estaba bien.
Quiso decir cualquiera de las frases que años antes habrían salido de él con lubricación profesional.
No lo hizo.

—Okay —dijo.

Lian lo observó.

—You say okay like man who will not do okay.

Daniel bajó la mirada.

Ella salió de la cocina.

Él se quedó allí, con las manos apoyadas en el fregadero, escuchando su propia respiración.

En el comedor, Rafael pagó y se levantó.

Antes de irse, se acercó a la cocina.

No entró.

—Bonita familia —dijo en español.

Daniel se giró despacio.

Rafael añadió:

—La de aquí, digo.

Daniel sintió que algo dentro de él se tensaba hasta doler.

—Vete.

—Me voy. Pero mañana hay partida. Y antes de que hagas teatro: no, no tienes que venir. Nadie tiene que hacer nada. Esa es la parte divertida de la libertad. Luego uno mira atrás y descubre que eligió solo.

Daniel no contestó.

Rafael sonrió apenas.

—Buenas noches, Daniel.

Se fue.

Esta vez Lian sí oyó el nombre.

Daniel lo supo por la forma en que dejó de moverse al otro lado del comedor.

No dijo nada.

No esa noche.

Quizá porque había huéspedes.

Quizá porque Amara seguía allí.

Quizá porque Lian entendía el valor de no abrir una herida delante de quien podía resbalar con la sangre.

Daniel salió tarde de la guesthouse.

No fue a su alojamiento.

Caminó hacia la costa.

El aire estaba caliente, pegado, inútil. La noche no refrescaba. Solo cambiaba el color del cansancio. Llegó a un tramo de playa oscura y se sentó en una roca.

El mar sonaba bajo.

No como en el día de la falsa muerte.

No como en las noticias.

No como en los recuerdos de Irene.

Solo mar.

Daniel sacó el teléfono barato.

No tenía el vídeo.

Rafael no se lo había enviado.

Por supuesto que no.

Los hombres como Rafael no regalaban cuchillos. Los enseñaban y luego los guardaban.

Daniel abrió el navegador.

Buscó.

Irene Salcedo Molina lectura.

Nada.

Probó otras combinaciones.

Irene Salcedo instituto Madrid texto.

Nada útil.

Premio literario Irene Salcedo Molina.

Ahí apareció.

Una página vieja del instituto.

Fotos.

Vídeos.

Un enlace.

Daniel tardó casi un minuto en pulsar.

Cuando el vídeo cargó, volvió a verla.

Esta vez sin Rafael delante.

Peor.

La vio caminar hacia el micrófono.

La oyó decir su nombre.

Irene Salcedo Molina.

Lo repitió varias veces.

No todo el vídeo.

Solo ese comienzo.

El nombre.

Su apellido en ella.

Una prueba de continuidad que él había intentado cortar.

Luego dejó que el vídeo siguiera.

A veces una persona no se va de una casa. Se queda viviendo en lo que no se dice.

Daniel se inclinó hacia delante.

El teléfono temblaba en su mano.

No lloró.

O quizá sí, pero tan poco que no merecía el nombre.

Irene leía como Clara hablaba cuando ya no gritaba: sin desperdiciar fuerza.

Daniel se dio cuenta de que no conocía a esa chica.

Conocía a la niña que le había pedido un regalo.

A la de Segovia.

A la que decía "cobarde" por no bañarse.

A la que había escrito "no te mueras".

Pero no conocía a esta.

No conocía su música favorita.

No conocía su letra actual.

No conocía sus amigas.

No conocía su manera de discutir.

No conocía si odiaba el mar.

No conocía si seguía llamándolo papá o si había aprendido a decir Daniel como quien escupe una espina.

No conocía a su hija.

Esa frase fue más brutal que todas las demás.

No la culpa.

No la pérdida.

No el miedo.

La ignorancia.

Había fingido morir para no enfrentar las consecuencias.

Y durante años, en efecto, no las había visto.

Pero las consecuencias no se habían detenido.

Habían crecido.

Habían cambiado de voz.

Habían ganado premios escolares.

Habían aprendido a leer sin llorar.

En la pantalla, Irene terminó.

El aplauso sonó otra vez.

Daniel pausó el vídeo en un fotograma donde ella miraba hacia un lado.

La imagen quedó congelada.

Su hija, atrapada en una mala conexión y una resolución mediocre, miraba fuera de cámara como si hubiera alguien allí.

Daniel levantó la mano y tocó la pantalla.

Un gesto ridículo.

Patético.

De padre fantasma.

La pantalla no devolvió nada.

Claro.

La tecnología tenía límites, aunque se empeñara en disfrazarlos de milagro.

Daniel cerró el vídeo.

Lo volvió a abrir.

Lo cerró otra vez.

Al final guardó el enlace en favoritos.

Luego se quedó mirando esa acción.

Favoritos.

Qué palabra.

Había guardado el dolor de su hija en favoritos.

El mundo moderno merecía arder por detalles así.

Se levantó de la roca y caminó hasta la orilla.

El agua le tocó los pies.

Retrocedió.

Todavía no podía.

Quizá nunca.

El mar era donde Daniel había muerto, pero no donde Daniel había pagado.

Eso lo entendió aquella noche.

Morir había sido fácil.

Lo difícil era seguir vivo después de ver lo que su muerte había hecho.

Volvió tarde.

En la guesthouse quedaba una luz encendida.

Lian estaba en el comedor, sola, sentada con una taza delante. No parecía sorprendida al verlo.

Daniel se detuvo en la entrada.

—He called you Daniel —dijo ella.

No era pregunta.

Daniel no respondió.

Lian levantó la vista.

—Is that your name?

El silencio fue largo.

Podía mentir.

Todavía.

Podía decir que Rafael estaba borracho.

Que era una broma.

Que Daniel era un apodo.

Que en España todos se llamaban Daniel si bebían suficiente y tenían la desgracia adecuada.

Podía.

Pero el vídeo seguía dentro de él.

Irene seguía leyendo.

Las respuestas curan, pero a veces una respuesta solo decide de qué manera va a doler todo lo demás.

—Yes —dijo.

Lian cerró los ojos un segundo.

No como quien se sorprende.

Como quien confirma algo que habría preferido no confirmar.

—Mateo is not your name.

—No.

La taza quedó entre sus manos.

—You lied.

Daniel casi rió.

No por diversión.

Por tamaño.

You lied.

Había mentido tanto que aquella frase era como acusar al mar de estar mojado.

—Yes.

Lian lo miró.

—People here know you as Mateo.

—I know.

—Amara knows you as Mateo.

La mención de Amara lo golpeó.

—Yes.

—You bring this man Rafael here.

—I didn’t bring him.

Lian no cambió la cara.

Daniel bajó la mirada.

—But now he is here.

—Yes.

Silencio.

La noche alrededor parecía contener la respiración.

—Are you criminal? —preguntó Lian.

Daniel tardó.

—Yes.

La palabra salió antes de que pudiera construir un matiz.

Lian se quedó quieta.

Daniel añadió:

—Not like... not violence. Not drugs. Not...

Se detuvo.

Qué miserable. Incluso confesando buscaba departamento correcto.

—What crime? —preguntó ella.

Daniel miró hacia el mar que no se veía.

—The kind that doesn’t always have a name people understand.

Lian se levantó.

—No poetry.

Daniel la miró.

Ella estaba seria.

Muy seria.

—No poetry in my house.

La frase lo avergonzó.

Porque tenía razón.

Daniel se había escondido demasiadas veces detrás de frases bonitas. El lirismo, en su boca, podía ser otra forma de evasión.

—In Spain they think I'm dead —dijo.

Lian no se movió.

—You are not.

—No.

—They think you died?

—Yes.

—Family?

Daniel sintió que la garganta se cerraba.

—Yes.

—Child?

No hija.

Child.

Más amplio.

Más simple.

Más insoportable.

—Yes.

Lian se llevó una mano a la boca.

No lloró.

No gritó.

Solo se apartó un paso.

Como si Daniel hubiera empezado a oler distinto.

—You let your child think you dead.

Él cerró los ojos.

—Yes.

La palabra era ya una piedra.

Lian respiró despacio.

Cuando habló, su voz sonó baja.

—Get out.

Daniel abrió los ojos.

—Lian.

—Now.

—Please.
—No. You leave now.
—Let me explain.
—You explain to child. Not me.
El golpe fue perfecto.
No por brillante.
Por justo.
Daniel no encontró defensa.
Lian señaló la salida.
—You do not sleep here. You do not come when Amara here. Tomorrow we talk, maybe. Now, leave.
Daniel quiso decir que lo sentía.
No lo hizo.
You say sorry too easy.
Cogió su bolsa del rincón donde la había dejado y salió.
En el camino, antes de cruzar la verja, oyó la voz de Lian detrás.
—Daniel.
Se detuvo.
Fue la primera vez que ella usó su nombre verdadero.
No sonó a intimidad.
Sonó a acta.
Él se giró.
Lian estaba en la entrada del comedor, iluminada por una luz amarilla.
—If Rafael knows, others can know.
Daniel asintió.
—Yes.
—Then stop bringing ghosts to living people.
No respondió.
Lian entró.
La luz quedó encendida.
Daniel caminó por la carretera con la bolsa al hombro.
No tenía sitio claro al que ir.
Eso, para variar, era justo.
El vídeo de Irene seguía en el teléfono.
Su nombre verdadero seguía en la boca de Lian.

Rafael sabía demasiado.

Y por primera vez en años, Daniel sintió que la vida de Mateo Santos empezaba a parecerse peligrosamente a la de Daniel Salcedo.

No por el pasado.

Por la repetición.

La mentira había encontrado otra casa.

Y ya estaba llamando a la puerta.

Capítulo 21 — La deuda de Mateo

Mateo Santos volvió a deber dinero un martes.

Daniel Salcedo habría apreciado la simetría si no hubiera estado tan ocupado arruinándola.

No fue una gran cantidad.

Esa fue la parte humillante.

Las grandes deudas permiten una cierta teatralidad. Bancos, contratos, llamadas, cartas, amenazas, palabras con peso como procedimiento, embargo, intereses, fichero. Uno puede sentirse atrapado por una maquinaria. Víctima de un sistema. Protagonista menor de una tragedia económica con sellos oficiales.

Aquello, en cambio, empezó con billetes pequeños sobre una mesa de madera pegajosa, una cerveza tibia, tres hombres sudando, un ventilador inútil y Rafael Mendoza barajando cartas con la paciencia de un cura que ya sabe quién va a confesarse.

Daniel había dicho que no volvería.

Lo dijo la primera noche.

También la segunda.

Y la tercera.

Luego dejó de decirlo, porque repetir una mentira contra uno mismo acaba resultando agotador incluso para profesionales.

La partida estaba en la parte trasera de una tienda, bajo un techo de chapa que amplificaba la lluvia cuando llovía y el calor cuando no. Había una mesa, sillas de plástico, una bombilla desnuda, una radio que sonaba mal y una nevera vieja llena de cerveza. El sitio no parecía clandestino. Esa era su mejor defensa. Las cosas realmente peligrosas rara vez llevan cartel de peligro. Se parecen mucho a un lugar donde alguien mata el tiempo porque no tiene un futuro mejor a mano.

La primera semana Daniel ganó poco.

Muy poco.

Lo justo para construir una mentira cómoda.

No era recaída, claro.

Era control. Precioso chiste.

No era necesidad.

Era entretenimiento.

No era Daniel.

Era Mateo.

Esa última era su favorita.

Mateo no tenía historia con el juego. Mateo no había perdido quinientos euros antes de las ocho. Mateo no había mentido a Clara, ni mirado a Irene a los ojos en un portal, ni apostado dinero que debía entregar a un hombre llamado Sergio. Mateo era un hombre nuevo, o al menos un hombre sin registros visibles. Y si no había registros, pensaba una parte enferma de Daniel, quizá no había patrón.

La enfermedad no sabía leer pasaportes.

Tampoco nombres falsos.

Al principio Rafael no lo presionó.

Eso habría sido torpe.

Le dejaba entrar, sentarse, mirar, jugar una mano, retirarse, volver a entrar. La trampa de los hombres inteligentes no es empujarte. Es dejar que confundas la ausencia de empujón con libertad.

—Juegas bien cuando no intentas salvarte —dijo Rafael una noche.

Daniel recogió unas cartas.

—Qué frase tan insoportable.

—Eso no la hace falsa.

—Tú juegas peor cuando hablas.

—Yo hablo para que los otros crean que no estoy jugando.

Daniel lo miró.

Rafael sonrió.

—Ves. Por eso me caes bien. Entiendes la diferencia.

—No te caigo bien.

—No. Pero me interesas. A ciertas edades hay que bajar expectativas afectivas.

En la mesa había un australiano distinto al de la primera vez, un filipino joven que hablaba poco y un alemán que sudaba como si su cuerpo estuviera intentando abandonar el país por los poros. Daniel jugaba con cuidado. Ganaba manos pequeñas, perdía otras, no arriesgaba demasiado.

Eso se decía.

No arriesgo demasiado.

Era una frase preciosa porque permitía arriesgar.

La segunda semana perdió lo ganado.

Nada grave.

La tercera pidió fiado una cerveza.

Nada grave.

La cuarta aceptó que Rafael cubriera una entrada.

Nada grave.

La quinta ya estaba haciendo cuentas antes de sentarse.

Ahí debería haber entendido.

Pero Daniel tenía una habilidad casi artística para reconocer señales y archivarlas como decorado.

En la guesthouse no volvió a dormir.

Lian se lo había dejado claro.

Después de aquella noche, Daniel solo aparecía cuando Amara estaba en el colegio o fuera. Ayudaba si Lian lo permitía. A veces ella le daba tareas pequeñas sin mirarlo demasiado. A veces no le dejaba entrar más allá del comedor. Nunca volvieron a hablar con la misma naturalidad.

No lo denunció.

No lo expulsó de la isla.

No le gritó.

Eso habría sido más fácil.

Lian hizo algo peor: le quitó la confianza práctica.

Antes Daniel podía mover cajas, servir mesas, contestar mensajes, reparar ventanas, existir en los bordes de su casa. Ahora cada gesto pasaba por una frontera invisible.

—This box? —preguntó una mañana, señalando un paquete junto a la cocina.

Lian lo miró.

—Leave it.

—It’s heavy.

—I know.

Daniel apartó la mano.

El peso físico seguía allí, pero ya no le pertenecía.

Amara notó el cambio, claro.

Los niños siempre notan las grietas aunque los adultos tengan la arrogancia de llamarles “cosas de mayores”.

Una tarde, al salir del colegio, Amara vio a Daniel en la carretera cerca de la guesthouse. Se detuvo a unos metros.

—Mateo?

Daniel sintió el golpe del nombre.

—Hi.

La niña lo miró con una seriedad impropia.

—Aunt says you are busy.

Daniel casi sonrió.

Busy.

Ocupado.

Qué mentira tan generosa de Lian.

—Yes. A little.

—You don’t eat with us now.

—No.

Amara arrugó la nariz.

—You did bad thing?

Daniel miró hacia la guesthouse.

Lian no estaba visible.

—Yes.

La niña pareció sorprendida por la respuesta.

Los adultos mentían tanto sobre esas cosas que la verdad, cuando llegaba, parecía mala educación.

—Very bad?

Daniel tragó saliva.

—Yes.

Amara miró al suelo.

—You say sorry?

Daniel recordó la voz de Lian.

You say sorry too easy.

—Not enough.

La niña pensó.

—Then say more.

Daniel sintió una tristeza absurda, tierna, inútil.

—Sometimes more sorry doesn’t fix.

Amara frunció el ceño.

—Then what fix?

Daniel no supo responder.

Magnífico.

Cuarenta y tantos años, una muerte falsa, dos vidas destruidas, una identidad robada, una deuda nueva empezando a abrirse, y la pregunta más importante se la hacía una niña en una carretera con mochila rosa.

—Maybe doing better —dijo al fin.

Amara lo miró.

—Then do.

Y siguió caminando.

Daniel se quedó allí.

Hazlo.

Qué falta de respeto, la infancia: aparecía con soluciones directas donde los adultos construían novelas enteras para no moverse.

Esa noche fue a la partida.

Por supuesto.

Porque Daniel Salcedo podía recibir una verdad limpia de una niña y luego usarla como prólogo de otra caída. Un talento. No bueno, pero talento.

Rafael estaba allí.

Siempre estaba allí cuando hacía falta que algo empeorara.

—Vienes con cara de sermón recibido —dijo.

Daniel se sentó.

—No empieces.

—¿Lian?

—Amara.

Rafael levantó las cejas.

—Ah. Los niños. Esos pequeños notarios sin formación jurídica.

Daniel lo miró con dureza.

—No hables de ella.

—Tú sigues creyendo que prohibir nombres protege a la gente. Es casi tierno.

Daniel cogió las cartas.

—Juega.

—Eso intento desde que te conocí.

La noche empezó mal.

Perdió la primera mano.

Después otra.

Luego ganó una grande.

La ganancia le devolvió el aire.

Ahí estaba.

La vieja mentira funcionando con la eficacia de un medicamento falso. De pronto todo podía ordenarse. Una mano buena, un cálculo, una lectura correcta, un gesto detectado a tiempo. Durante unos minutos no fue Daniel ni Mateo. Fue simplemente alguien que acertaba.

Ese era el veneno.

No el dinero.

Acertar.

La sensación de que el mundo, después de años castigándolo con consecuencias, podía obedecer durante treinta segundos.

Luego perdió.

Más.

No mucho.

Lo suficiente.

Pidió otra cerveza.

Rafael no dijo nada.

El alemán se fue antes de medianoche. El filipino joven también. Quedaron Rafael, Daniel y un hombre local llamado Jun que conocía a Rafael desde hacía años y sonreía muy poco. La partida cambió de textura. Menos ruido. Menos risas. Más silencio entre cartas.

—Última —dijo Daniel.

Rafael barajó.

—La palabra favorita de los hombres que no han llegado a la última.

Daniel perdió.

La cantidad ya no era pequeña.

Tampoco enorme.

Ese punto intermedio era el más peligroso. Lo bastante grande para doler. Lo bastante pequeña para invitar a recuperarla.

—Otra —dijo Daniel.

Rafael dejó las cartas sobre la mesa.

—No tienes efectivo.

—Tengo.

—No suficiente.

Daniel miró su cartera.

Rafael tenía razón.

Qué hábito tan desagradable.

—Mañana te pago.

Rafael sonrió.

—Qué frase tan española.

Jun miró a Rafael.

Dijo algo en su idioma.

Rafael respondió con calma. Jun miró a Daniel, luego los billetes, luego se encogió de hombros.

—Te cubro —dijo Rafael.

—No.

—Entonces te vas.

Daniel debería haberse levantado.

La puerta estaba a tres metros.

La noche afuera era calurosa, pero libre.

Podía volver a su habitación barata, vomitar de rabia, dormir mal, despertar con menos dignidad pero sin deuda nueva.

Podía.

La vida siempre le ofrecía una salida pequeña justo antes de permitirle elegir la peor puerta.

—Una más —dijo.

Rafael sacó dinero.

Lo puso sobre la mesa.

No con dramatismo.

Con limpieza.

Como quien firma un documento.

Daniel jugó.

Perdió.

No todo en una sola mano.

Eso habría tenido cierta belleza.

Perdió por partes.

Que era peor.

Las pérdidas por partes permiten arrepentimientos parciales, y los arrepentimientos parciales son inútiles. Uno se dice que aún puede parar porque todavía no ha perdido todo, luego que debe seguir porque ya ha perdido demasiado, luego que parar ahora sería aceptar la derrota, luego que recuperar la mitad bastaría, luego que cualquier cosa bastaría, luego que no importa, luego que sí importa, luego que la culpa vendrá después y ahora hay cartas sobre la mesa.

Cuando se levantó, debía a Rafael más dinero del que podía devolver en semanas.

No una fortuna.

No para un banco.

No para un empresario.

No para un hombre con vida legal.

Pero Mateo Santos no tenía nómina, ni papeles limpios, ni familia reconocida, ni cuenta que pudiera mostrar sin preguntas.

Mateo Santos era un hombre hecho de efectivo, favores y silencios.

Y ahora uno de esos silencios tenía dueño.

Jun se fue primero.

Rafael guardó las cartas.

Daniel permaneció sentado.

El ventilador seguía girando.

La bombilla zumbaba.

La mesa olía a cerveza derramada.

—No pongas esa cara —dijo Rafael.

—¿Qué cara?

—La de hombre que descubre una escalera después de tirarse por la ventana.

Daniel se pasó las manos por la cara.

—Te pagaré.

—Claro.

—No necesito que me hables así.

—Sí lo necesitas. Lo que pasa es que preferirías que te cobrara sin narrarlo.

Daniel levantó la vista.

—¿Cuánto?

Rafael dijo la cifra.

Daniel ya la sabía.

Quería oírla.

Eso la hizo peor.

—Puedo pagarte en partes.

Rafael se reclinó.

—Puedes.

—Entonces...

—También puedes hacerme un favor.

Daniel cerró los ojos.

Ahí estaba.

No el dinero.

El favor.

Las deudas verdaderamente peligrosas no se pagan con billetes. Se pagan con puertas abiertas.

—No.

Rafael sonrió.

—Ni sabes qué es.

—Por eso.

—Qué pena. Estabas empezando a parecer prudente. Me estaba preocupando.

Daniel se levantó.

—Te pagaré en partes.

—Mateo.

El nombre falso sonó como una cuerda.

Daniel no se giró.

—Daniel.

Ahí sí.

Rafael se levantó también.

—No tienes partes suficientes.

Daniel apretó los puños.

—No la metas a ella.

—¿A cuál?

Daniel se giró.

Rafael sonrió sin alegría.

—Eso es lo fascinante de tu situación. Hay varias mujeres a las que podrías estar intentando proteger de una deuda que, como de costumbre, fabricaste tú.

Daniel dio un paso hacia él.

—No menciones a Irene.

—No pensaba hacerlo.

Rafael lo miró.

—Yo hablaba de Lian.

El silencio fue inmediato.

Rafael siguió:

—Las deudas siempre buscan familia. Aunque uno se invente no tenerla.

Daniel sintió que la frase le entraba como una cuchilla.

—Ella no es mi familia.

—No. Pero a ojos de cualquiera que te observe tres días, es lo más parecido que tienes aquí. Eso basta.

Daniel pensó en Lian diciendo: If your past comes here, you leave.

Pensó en Amara preguntando si había hecho algo muy malo.

Pensó en Clara en una cocina de Madrid.

En la repetición.

La plantilla.

El patrón sobreviviendo al cadáver.

—Si te acercas a ellas —dijo—, te mato.

Rafael suspiró.

—Qué vulgaridad.

—Pruébame.

—Daniel, si fueras capaz de sostener una amenaza real, no habrías fingido morir. Habrías enfrentado algo.

El golpe fue tan limpio que Daniel no reaccionó.

Rafael recogió su bolsa.

—No quiero hacer daño a nadie. De verdad. La violencia es ruidosa y normalmente mala para el negocio. Pero necesito que entiendas algo: tú ya no eres solo un hombre con culpa. Eres un hombre útil.

—No voy a trabajar para ti.

—No lo llames trabajar. Te dará alergia.

Daniel rio una vez, sin humor.

—¿Qué quieres?

—Mañana hablamos.

—Dímelo ahora.

—No. Ahora estás demasiado dramático. Mañana estarás igual de atrapado, pero con sueño. La gente con sueño negocia mejor.

Rafael salió de la terraza.

Daniel se quedó solo.

El dinero de la mesa ya no estaba.

Las cartas tampoco.

Solo quedaba el olor.

Y la cuenta.

Volvió caminando sin saber bien hacia dónde.

No fue a la guesthouse.

No podía.

No después de Lian.

No después de Rafael.

No después de haber dicho durante años, con otros nombres y otras mujeres, que todo estaba bajo control justo antes de empujar el mundo por una escalera.

Se detuvo cerca del mar.

El agua estaba negra.

No se acercó demasiado.

Se sentó en la arena húmeda y abrió el teléfono barato.

No tenía mensajes.

Claro.

Nadie podía escribirle porque nadie debía saber dónde estaba.

Esa era la gran victoria de su nueva vida: estar perfectamente solo en el momento exacto en que necesitaba que alguien lo detuviera.

Abrió el enlace del vídeo de Irene.

No lo vio entero.

Solo el primer minuto.

Irene Salcedo Molina.

A veces una persona no se va de una casa. Se queda viviendo en lo que no se dice.

Pausó.

La pantalla iluminaba su cara.

—Lo siento —dijo.

A una imagen.

A una playa.

A nadie útil.

Otra vez.

Apagó el móvil.

La deuda de Mateo acababa de nacer y ya tenía apellido.

Mendoza.

Durmió en una habitación barata cerca de la carretera, en un sitio donde el ventilador hacía un ruido de hélice cansada y la sábana olía a detergente barato. Por la mañana se despertó con la cabeza pesada, la boca seca y esa sensación antigua de haber dejado una versión peor de sí mismo funcionando mientras él dormía.

En el bolsillo tenía poco dinero.

En el cuerpo, cansancio.

En la cabeza, una lista inmediata de mentiras posibles.

No había pasado nada.

Fue solo una partida mala.

Rafael exagera.

Puedo pagarlo.

No tocará a Lian.

No tocará a Amara.

Esto no es como antes.

Esto no es Madrid.

Yo ya no soy Daniel.

Las frases desfilaron obedientes.

Bien peinadas.

Ridículas.

Se duchó con agua fría.

Se miró en un espejo manchado.

El pelo más corto.

La barba más áspera.

La piel más vieja.

Mateo Santos, vivo.

Daniel Salcedo, repitiéndose.

A media mañana fue a la guesthouse.

No quería ir.

Por eso fue.

Quería convencerse de que todavía podía entrar en aquella casa sin contaminarla más.

Lian estaba en el comedor, revisando una lista de compras. Al verlo, no sonrió. Tampoco lo echó.

—Amara at school —dijo.

Daniel asintió.

—I know.

—Good.

La distancia en su voz era precisa.

No exagerada.

No teatral.

Solo suficiente para recordarle que estaba allí por permiso temporal.

—Can we talk? —preguntó él.

Lian dejó el lápiz sobre la mesa.

—You have truth?

Daniel sintió que la pregunta lo dejaba desnudo.

No "¿tienes algo que decir?"

No "¿qué pasa?"

No "¿qué hizo Rafael?"

Tienes verdad.

Como si la verdad fuera una herramienta que uno podía traer o dejar olvidada en casa.

—Some —dijo.

Lian lo miró.

—Some truth is often just better lie.

Daniel bajó la vista.

—Rafael is trouble.

—Yes.

—For me.

—Yes.

Daniel tragó saliva.

—Maybe for you if I stay around.

Lian se quedó quieta.

La palabra maybe volvió a la mesa como una cucaracha conocida.

Daniel corrigió:

—For you. If I stay around.

Lian asintió apenas.

—Better.

—He knows who I was.

—Daniel.

El nombre salió de ella sin temblar.

Daniel aceptó el golpe.

—Yes.

—And he wants money?

Daniel tardó demasiado.

Lian lo vio.

—You owe him.

Silencio.

—Yes —dijo Daniel.

Lian cerró los ojos.

No mucho.

Un parpadeo largo.

Como si hubiera esperado otra cosa y, al mismo tiempo, no hubiera esperado nada mejor.

—Gambling? —preguntó.

Daniel no respondió.

La respuesta llenó sola el comedor.

Lian se sentó.

No parecía enfadada.

Eso fue peor.

Parecía cansada de una historia que acababa de empezar y ya sabía vieja.

—You told me bad things —dijo.

—Yes.

—You did not tell me same bad things still walking with you.

Daniel sintió que la frase le abría el pecho.

—Lian...

—No.

Ella levantó una mano.

—You do not speak now. I speak.

Daniel cerró la boca.

Lian miró hacia la carretera, como si comprobara que Amara no estaba.

Luego volvió a él.

—I don’t care if your name is Daniel, Mateo, ghost, whatever. I care what comes to my house. You came with lies. I let you work because you were useful and because maybe I am stupid.

—You’re not.

—No. Do not make me feel better. I am speaking.

Daniel asintió.

Lian continuó:

—You say you are danger but you stay near. You say you are sorry but you repeat. You say you protect people but bring men like Rafael.

—He found me.

—Because you are findable.

La frase fue simple.

Brutal.

Porque era verdad.

No era que Rafael hubiera sido un milagro oscuro.

Daniel había dejado rastros.

No solo digitales.

Humanos.
Costumbres.
Debilidades.
Mesas de juego.
Español.
Orgullo.
—What do you want from me? —preguntó Daniel en voz baja.
Lian lo miró con una tristeza seca.
—Nothing.
Aquello dolió más que cualquier petición.
—Then why talk?
—Because I want you understand before I close door.
Daniel sintió que algo se hundía.
—You want me gone.
—Yes.
No hubo duda.
—From here. From Amara. From my house.
Daniel asintió despacio.
Merecido.
Limpio.
Tarde.
—Okay.
La palabra salió rota.
Lian lo miró.
—No “okay” like victim.
Daniel levantó la vista.
—What?
—You do this. Not me.
El golpe era necesario.
Lo sabía.
Aun así dolió.
—Yes —dijo.
Lian respiró.
—You pay Rafael how?
—In parts.

Lian lo miró como si acabara de escuchar a un niño explicar economía marítima a un pez.

—You have money?

—No.

—Then no parts.

Daniel bajó la mirada.

—He wants a favor.

—What favor?

—He hasn't said.

—Then it is bad.

—Yes.

Silencio.

Un turista cruzó el jardín a lo lejos, con una toalla al hombro. La vida ajena seguía teniendo la osadía de necesitar desayunos, playas y taxis mientras las ruinas elegían forma.

—Do not do favor —dijo Lian.

Daniel casi sonrió.

—That simple?

—No. But true.

—If I don't...

—He tells people?

Daniel no respondió.

—About Daniel?

Daniel asintió.

—Maybe.

—Then maybe truth comes.

La palabra verdad volvió.

Daniel sintió miedo.

No al escándalo.

No solo.

A Clara.

A Irene.

Al vídeo.

A una llamada desde España.

A la historia abriéndose de golpe como una caja llena de agua podrida.

—That would destroy them —dijo.
Lian lo miró con dureza.
—You already did.
Daniel se quedó sin aire.
Lian no se disculpó.
Bien.
No había por qué.
—Truth will hurt —dijo ella—. Lie keeps hurting.
Daniel apoyó las manos en una silla.
—You sound like Clara.
—Who is Clara?
Él cerró los ojos.
Ya estaba.
Otro nombre en la casa.
—My ex-wife.
Lian asintió despacio.
—She alive?
—Yes.
—Your child?
—Yes.
—Then you still have people to answer.
Daniel se rió sin alegría.
—I don’t know how.
—Start with stop making new damage.
Una receta sencilla.
Intolerable.
La conversación terminó ahí.
No porque todo estuviera dicho.
Porque Lian ya no quería sostenerlo más.

Daniel salió de la guesthouse con la sensación de haber recibido una sentencia sin tribunal. Antes de cruzar la verja, escuchó a Lian detrás.

—Daniel.
Se giró.
Ella estaba en la entrada del comedor.
—If Rafael comes here, I call police.

Daniel asintió.

—Good.

—If you come when Amara here, I send you away.

—Good.

—If you lie to me again...

No terminó.

No hacía falta.

Daniel esperó el final de la frase de todos modos, como si necesitara una condena completa.

Lian no se la dio.

Entró.

La puerta quedó abierta.

Pero no para él.

Esa tarde Daniel fue a buscar a Rafael.

Lo encontró en el mismo sitio, detrás de la tienda, sentado solo con un vaso de algo claro y el móvil sobre la mesa.

—Mira quién viene —dijo Rafael—. El hombre que descubre consecuencias en temporada alta.

Daniel se sentó frente a él.

—No voy a hacer favores.

Rafael lo observó.

—Mal comienzo.

—Te pagaré.

—No tienes dinero.

—Trabajaré.

—No tienes trabajo.

—Lo conseguiré.

—No tienes papeles.

Daniel se calló.

Rafael dio un sorbo.

—Podríamos seguir así toda la tarde, pero tengo aprecio por mi propia inteligencia.

—No tocarás a Lian.

—Sigues hablando como si estuvieras en posición de prohibir.

Daniel se inclinó hacia él.

—Rafael.

—Daniel.

El nombre verdadero sobre la mesa.

Como una carta más.

—No la metas.

Rafael suspiró.

—Yo no meto a nadie. Tú metes a la gente cuando la usas de escondite. Pero te concedo algo: no me interesa la señora. Ni la niña. Ni tu hija en Madrid, si es lo que te quema en la garganta.

Daniel no se movió.

—Me interesas tú.

—¿Para qué?

Rafael sonrió.

—Para algo pequeño. Muy digno de Mateo Santos. Traducción, compañía, presencia española. Un conocido mío va a cerrar una operación con dos compatriotas tuyos. Compra de un pequeño terreno, inversión turística, promesas de palmeras y rentabilidad. Necesitan a alguien que parezca de fiar y hable bonito. Tú hablabas bonito, ¿no?

Daniel sintió asco.

No por Rafael.

Por el reconocimiento.

—Quieres que venda.

—Quiero que acompañes.

—Quieres que mienta.

—Quiero que traduzcas el optimismo.

Daniel se levantó.

—No.

—Entonces pagarás de otra forma.

—¿Cuál?

Rafael lo miró.

—Con verdad.

Daniel se quedó quieto.

Rafael tocó el móvil.

—Un mensaje. Una publicación. Una llamada. Hay muchas formas de resucitar a un muerto. Algunas son casi religiosas. Otras solo requieren buena conexión.

Daniel sintió que el mundo volvía a estrecharse.

—Eres un cabrón.

—Sí. Pero también soy el único aquí que te habla como adulto.

—Me estás chantajeando.

—Tarde has tardado en llegar a una palabra exacta. Bienvenido de nuevo al español.

Daniel miró alrededor.

La tienda.

La carretera.

El calor.

La mesa.

La botella.

Todo era pequeño.

La amenaza, no.

—No voy a estafar a nadie —dijo.

Rafael levantó las cejas.

—Qué frase tan ambiciosa para un hombre que lleva años cobrando vida bajo identidad falsa.

Daniel no encontró respuesta.

—No es una estafa —continuó Rafael—. De momento. Es una operación gris. Nadie obliga a nadie. Los españoles quieren comprar futuro barato en una isla que no entienden. Alguien les va a vender futuro barato en una isla que no entienden. Tú solo haces que el idioma duela menos.

—No.

Rafael cogió el móvil.

Lo desbloqueó.

Lo giró hacia Daniel.

En pantalla estaba la página del vídeo de Irene.

No reprodujo nada.

No hacía falta.

Solo el título.

El nombre.

Irene Salcedo Molina.

Daniel sintió que la sangre se le iba de la cara.

—No la uses.

Rafael apagó la pantalla.

—Entonces paga.

Daniel cerró los ojos.

Ahí estaba la trampa completa.

No espectacular.

No cinematográfica.

Una mesa barata.

Una deuda pequeña.

Un favor sucio.

Un vídeo de su hija usado como cuerda.

Exactamente el tipo de mundo que Daniel había fabricado durante años, solo que ahora alguien con más talento había decidido vivir dentro.

—Una vez —dijo Daniel.

La frase salió baja.

Rafael sonrió.

—Claro.

Una vez.

La más antigua de todas.

Daniel se oyó a sí mismo y entendió que acababa de perder algo más que dinero.

Volvió a caminar hasta la guesthouse al caer la tarde, aunque sabía que no debía. No entró. Se quedó cerca de la carretera, mirando el comedor desde lejos.

Amara no estaba a la vista.

Lian sí.

Movía sillas.

Una escena normal.

Una mujer cerrando un día de trabajo.

Daniel pensó en acercarse y decirle la verdad.

La nueva.

Rafael quiere que haga algo sucio.

He dicho que sí.

Tengo miedo.

No sé parar.

Ayúdame o échame o llama a la policía.

Podía.

Otra vez, podía.

La oportunidad estaba allí, pequeña, limpia, suficiente.

Lian levantó la vista y lo vio.

No saludó.

Solo lo miró.

No con odio.

Con esa tristeza precisa de quien ve venir una mentira antes de escucharla.

Daniel cruzó la verja despacio.

Lian esperó en la entrada del comedor.

—Mateo —dijo.

No Daniel.

Mateo.

Quizá por costumbre.

Quizá por distancia.

Quizá porque todavía no sabía qué nombre usar para un hombre que había roto los dos.

—Are you in trouble? —preguntó.

Daniel sintió que el mundo entero se reducía a esa pregunta.

Podía decir que sí.

La oportunidad estaba entera.

Limpia.

Pequeña.

Suficiente.

Sí.

Estoy en problemas.

Lo he vuelto a hacer.

Rafael me tiene.

No sé cómo salir.

No quiero arrastraros.

Sí.

Una sílaba.

La verdad no siempre era complicada. A veces era insoportable, pero breve.

Daniel abrió la boca.

Y el viejo mecanismo llegó antes que él.
—No —dijo.
Lian no parpadeó.
El silencio posterior fue más largo que la mentira.
Daniel quiso corregirse.
Decir sí.
Decir espera.
Decir perdón.
Decir Daniel Salcedo es un hombre lento incluso para salvarse.
No dijo nada.
Lian asintió una vez.
Muy despacio.
—Then leave.
Daniel bajó la mirada.
—Lian...
—No trouble, no need stay.
La lógica era perfecta.
Cruel, exacta, hermosa.
Daniel dio un paso atrás.
Después otro.
Salió de la verja.
La puerta quedó entre ellos.
No cerrada.
Peor.
Abierta y aun así imposible.
Caminó hacia la carretera.
Detrás, Lian volvió al comedor.
No lo llamó.
No preguntó otra vez.
No le ofreció una tercera oportunidad.
Y así empezó otra vez.

Capítulo 22 — Rafael sabe demasiado

Rafael Mendoza no volvió a mencionar a Irene durante tres días.

Eso fue peor que haberlo hecho.

Daniel había aprendido a temer las amenazas directas, pero las pausas le daban más miedo. Una amenaza directa al menos tenía forma. Podía medirse, discutirse, esquivarse, insultarse. El silencio, en cambio, era un animal paciente. Se tumbaba cerca de la puerta y esperaba a que uno necesitara salir.

Durante esos tres días, Daniel intentó trabajar.

Intentó.

La palabra era generosa.

Fue a una tienda del pueblo donde necesitaban alguien que tradujera mensajes de huéspedes europeos. Ayudó a un conductor a responder a una pareja española que había confundido "cerca de la playa" con "encima de la playa, con una hamaca, un camarero y el universo entero adaptado a mi pereza". Reparó una cerradura. Cargó unas cajas. Cobró poco. Lo bastante para comprar comida y fingir que avanzaba hacia la deuda.

Pero cada moneda tenía ya dueño antes de tocarle la mano.

Mendoza.

El apellido se había vuelto una especie de impuesto.

Daniel llevaba el teléfono barato en el bolsillo, apagado casi siempre. Cuando lo encendía, aparecía la tentación del vídeo de Irene. No hacía falta abrirlo. El enlace guardado bastaba. Estaba allí como una astilla bajo la piel.

Irene Salcedo Molina.

A veces una persona no se va de una casa. Se queda viviendo en lo que no se dice.

Daniel había memorizado la primera frase.

Qué detalle tan bonito, memorizar por fin algo de su hija después de haberla dejado crecer sin él. Padre del año, categoría ultramar.

No volvió a la mesa de juego.

Tampoco volvió a la guesthouse de Lian.

Se acercó una vez, desde lejos. Vio el comedor abierto, dos huéspedes desayunando, una moto aparcada, ropa tendida, una silla de plástico junto a la entrada. No vio a Lian. No vio a Amara.

Se fue antes de que alguien pudiera verlo.

No por prudencia.

Por cobardía, que era como la prudencia pero con peor biografía.

El cuarto día, Rafael apareció donde Daniel lo esperaba sin admitirlo: en el banco de madera frente a la tienda donde compraba agua.

Llevaba camisa blanca, gafas de sol y una bolsa pequeña. Parecía descansado. Los hombres peligrosos tenían ese talento molesto: podían dormir bien dentro del daño ajeno.

—Mateo —dijo.

Daniel se quedó de pie.

—Daniel —corrigió Rafael.

El nombre verdadero cayó entre ellos como una moneda sobre una mesa vacía.

Daniel miró alrededor. Una mujer ordenaba frutas. Dos niños cruzaban la carretera con mochilas. Un perro dormía bajo una moto. Nadie prestaba atención.

Qué poco público necesitaban las catástrofes importantes.

—No me llames así aquí —dijo Daniel.

Rafael sonrió.

—¿Aquí? Qué delicado. Como si el nombre necesitara una sala privada.

—¿Qué quieres?

—Caminar.

—No.

—Entonces hablar aquí.

Daniel miró otra vez alrededor.

Rafael levantó una ceja.

—Ves. Caminamos.

Caminaron hacia una carretera secundaria, lejos de la tienda. El sol caía duro sobre los hombros. La isla olía a vegetación caliente, gasolina y fruta madura. Todo demasiado vivo para una

conversación que venía a recordarle que algunos muertos seguían debiendo dinero.

—Tu deuda no es grande —dijo Rafael.

Daniel soltó una risa seca.

—Qué alivio. Casi me siento libre.

—No te burles de las cantidades pequeñas. Las cantidades pequeñas han destruido más vidas que las grandes. Una deuda grande asusta. Una pequeña seduce.

Daniel no respondió.

Rafael siguió:

—Puedes pagarme en unas semanas, quizá meses, si comes poco, duermes peor y trabajas como un perro sin papeles.

—Suena a plan.

—Suena a penitencia. No es lo mismo. La penitencia te gusta porque parece dignidad. Pero no paga rápido.

—No voy a venderles una mentira a esos españoles.

—No les venderás nada. Solo estarás presente.

—Eso es vender.

Rafael sonrió.

—Ahí está el profesional.

Daniel se detuvo.

—No.

Rafael también se detuvo.

—Mira qué palabra tan bonita cuando aún no ha sido puesta a prueba.

—He dicho que no.

—Y yo te he oído. No soy sordo. Solo paciente.

Un triciclo pasó junto a ellos levantando polvo. Daniel esperó a que el ruido se alejara.

—Si quieres contar lo mío, cuéntalo.

Rafael lo miró con interés.

—Eso suena valiente. Casi me ofende.

—Hazlo.

—¿Seguro?

Daniel sostuvo su mirada.

No estaba seguro.

Por supuesto que no.

La seguridad, en Daniel, era casi siempre una actuación. Pero había ensayado aquella frase durante tres noches. Si Rafael contaba la verdad, la mentira se rompería. Quizá era mejor. Quizá no. Quizá cualquier cosa era mejor que seguir pagando intereses morales a un hombre como Mendoza.

Rafael sacó el móvil del bolsillo.

Daniel no se movió.

El gesto fue lento, deliberado. Rafael desbloqueó la pantalla, la miró y luego volvió a guardarla.

—No —dijo.

Daniel frunció el ceño.

—¿No?

—No. Demasiado fácil.

—¿Me estás perdonando?

Rafael soltó una carcajada breve.

—Dios me libre de ser tan vulgar. No, Daniel. No voy a contar tu historia porque tú todavía la necesitas escondida. Mientras la necesites escondida, me perteneces un poco. Si la cuento, te pierdo.

Daniel sintió un frío bajo el calor.

—Entonces sí es chantaje.

—Por fin. Otra palabra exacta. Qué bien te está sentando volver al español.

Daniel dio un paso hacia él.

—No voy a hacer ese favor.

—Sí lo harás.

—No.

—Lo harás porque no se trata solo de tu hija en Madrid. Eso ya lo sabes. Te dolió el vídeo, claro. Te vi la cara. Muy emotivo todo, dentro de lo repugnante. Pero el pasado, incluso el más terrible, está lejos. Lo que tienes cerca es más útil.

Daniel no preguntó.

No quería hacerlo.

Rafael lo hizo por él.

—Lian.

El nombre sonó demasiado limpio en su boca.

Daniel sintió la vieja violencia subirle.

—Te dije que no la metieras.

—Y yo te expliqué que no estás en posición de trazar fronteras. Escuchas fatal para ser vendedor.

—No te acerques a ella.

Rafael se inclinó apenas.

—Daniel, ya estás cerca de ella tú. Ese es el problema.

La frase lo dejó quieto.

—Yo puedo irme —dijo Daniel.

—Puedes. Pero no lo has hecho.

—Lo haré.

—No antes de pagar. Porque si te vas sin pagar, tendré que buscar otra forma de compensar la pérdida. Y cuando un hombre sin documentos, sin nombre limpio y con una muerte falsa encima desaparece dejando una deuda, la gente suele preguntar en los lugares donde ese hombre ha sido visto.

Daniel tragó saliva.

—No tiene nada que ver con ella.

—Eso díselo a los que pregunten.

Silencio.

Rafael se puso las gafas de sol.

—No soy un matón. No me interesa romper ventanas ni asustar niñas. Es ruido innecesario. Pero una pregunta puede hacer mucho daño en una casa pequeña.

Daniel pensó en Amara, en su mochila rosa, en su "then do".

Pensó en Lian diciendo: If your past comes here, you leave.

Tenía que haberse ido.

Antes.

Siempre antes.

Daniel había construido su vida como una serie de puertas que cerraba cuando ya había metido a alguien dentro de la habitación en llamas.

—¿Qué operación es? —preguntó.

Rafael sonrió.

No con triunfo.

Con reconocimiento.

—Dos españoles quieren entrar en un negocio turístico. Terreno pequeño, alojamiento futuro, permisos locales, inversión inicial. Hay sombras, claro. Siempre hay sombras. Pero nadie les está poniendo una pistola.

—Les vais a vender humo.

—No. Les vamos a vender posibilidad. El humo viene gratis con cualquier inversión.

—No voy a mentirles.

—Entonces no mientas. Haz lo que hacías antes, pero con menos entusiasmo: traduce, ordena, crea confianza. Si preguntan algo muy concreto, sonríe y mira a otro lado. España entera se construyó así.

Daniel cerró los ojos un segundo.

Qué fácil sería.

Ese era el horror.

Rafael no le pedía algo que no supiera hacer. Le pedía exactamente lo que había sido. Volver a ponerse una camisa, medir la voz, usar el español como herramienta, convertir dudas en frases transitables.

Daniel podía hacerlo.

Y esa posibilidad le dio más asco que la deuda.

—Una vez —dijo Daniel.

Rafael asintió.

—Por supuesto.

La mentira antigua entre los dos.

Una vez.

La frase con la que todo el mundo firmaba contratos con su peor versión.

—Después me dejas en paz.

Rafael sonrió con paciencia.

—Daniel, nadie deja en paz a alguien que todavía es útil. Pero puedes reducir tu deuda. Eso ya es una forma modesta de libertad. No pidamos poesía a la contabilidad.

Daniel lo miró.

—Eres peor que yo.

—Tal vez. La diferencia es que yo no hice llorar a una niña fingiendo ahogarme para poder empezar de nuevo como ayudante

de guesthouse. Así que en el ranking moral estamos disputando puestos feos, no el campeonato.

Daniel levantó la mano.

Durante un segundo estuvo a punto de golpearlo.

Rafael ni siquiera retrocedió.

—Hazlo —dijo—. Sería una mejora narrativa. Torpe, pero intensa.

Daniel bajó la mano.

No por autocontrol noble.

Porque Rafael tenía razón.

Golpearlo no resolvía nada. Solo añadía otra escena a la colección de pruebas contra sí mismo.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Mañana.

—No.

—Pasado, entonces. Me gusta negociar con hombres que fingen margen.

Rafael sacó una tarjeta doblada y se la dio. Había una dirección, una hora y un nombre escrito a mano.

—Ven limpio.

Daniel miró la tarjeta.

—No tengo ropa para parecer fiable.

—Todos los estafadores dicen eso la primera vez que se retiran de la estética. Te prestaré una camisa.

—Qué generoso.

—No, práctico. La generosidad crea expectativas horribles.

Rafael empezó a alejarse.

Daniel lo llamó.

—Rafael.

Él se giró.

—Si Lian recibe una sola pregunta...

—Entonces sabrás que no has entendido el acuerdo.

—No es un acuerdo.

—Claro que lo es. Solo que no te gusta la firma.

Rafael se fue.

Daniel se quedó en la carretera con la tarjeta en la mano.

El papel era pequeño.

La deuda también había empezado pequeña.

El préstamo.

La primera apuesta.

El primer billete.

La primera mentira.

El primer "no pasa nada".

El primer "maybe".

La primera vez que alguien lo llamó Mateo.

Todo lo importante en su vida había entrado primero como algo manejable.

Luego crecía.

Como moho.

Como interés compuesto.

Como culpa.

Esa noche Daniel volvió a ver el vídeo de Irene.

No entero.

No siempre podía.

A veces se quedaba solo en el principio, en su nombre. Otras en la frase de la casa. Esa noche lo vio hasta el final.

Irene leyó sin llorar.

El público aplaudió.

Ella volvió a su asiento.

Daniel pausó justo antes de que saliera del encuadre.

La pantalla quedó fija en su rostro.

—No sé cómo salir —dijo Daniel.

La imagen no respondió.

Por supuesto.

Una hija no debía ser consultada a través de un vídeo antiguo por el hombre que la había convertido en huérfana burocrática. Detalles éticos, esas tonterías.

Daniel guardó el teléfono.

No durmió.

Al día siguiente evitó la guesthouse.

Caminó por el interior de la isla, trabajó dos horas cargando sacos, comió arroz frío, compró agua y se sentó bajo un árbol junto a una carretera. La tarjeta de Rafael seguía en su bolsillo.

A media tarde, vio pasar a Amara con dos niñas del colegio.

No lo vio.

O fingió no verlo.

Daniel no supo cuál de las dos opciones dolía más.

Iba más alta. La mochila ya no parecía tan grande. Reía con una de las niñas. Hizo un gesto exagerado con las manos. Por un segundo, no fue símbolo ni espejo ni recordatorio de Irene. Fue solo Amara, viva, hablando de cosas suyas en una lengua que Daniel no entendía.

Eso lo golpeó de otra forma.

No tenía derecho a usarla como castigo.

No tenía derecho a convertir a Lian en redención posible.

No tenía derecho a colocar a nadie alrededor de su culpa y llamar a eso vínculo.

Amara desapareció por la curva.

Daniel se quedó sentado.

Pensó en irse esa misma noche.

Dejar la isla.

No pagar a Rafael.

No hacer el favor.

Desaparecer otra vez.

La idea apareció limpia, rápida, conocida.

Casi cómoda.

Otra huida.

Otro tramo de agua.

Otro nombre.

Otro lugar.

Podía hacerlo.

Y ahí estuvo la verdad horrible: podía hacerlo porque ya lo había hecho antes.

La primera vez siempre cuesta más.

Después el alma aprende el camino.

Se levantó.

Caminó hacia la guesthouse.

No entró.

Se quedó fuera de la verja hasta que Lian apareció con una cesta de ropa. Ella lo vio, pero siguió caminando hacia la cuerda donde tendía sábanas. Daniel abrió la verja despacio.

—Lian.

—Amara not here —dijo ella.

—Lo sé.

Ella lo miró.

—Then why?

Daniel sostuvo la tarjeta en la mano.

Podía dársela.

Podía decirlo.

Rafael me obliga a una operación sucia.

Te está usando para apretarme.

Tengo miedo de irme.

Tengo miedo de quedarme.

Tengo miedo de la verdad.

Podía.

Lian esperaba.

No con paciencia infinita.

Con cansancio.

—Rafael wants me to do something —dijo.

Ella dejó la sábana en la cesta.

—Bad?

Daniel miró la tarjeta.

—Yes.

—You said yes.

No era pregunta.

—Yes.

Lian cerró los ojos un segundo.

—Why you come?

La respuesta debería haber sido fácil.

Para pedir ayuda.

Para avisarte.

Para intentar no repetirlo.

Pero en cuanto intentó decirlo, Daniel vio la parte sucia debajo: también venía a descargar en ella una decisión que le pertenecía.

Venía a usar su mirada como freno. Venía a poner otra mujer entre él y su cobardía.

Vieja costumbre.

Nueva isla.

—No lo sé —dijo en español.

Lian no entendió las palabras, pero entendió el tono.

—You want me tell you no.

Daniel levantó la mirada.

Ella siguió:

—You want me be wall. So if you stop, good man. If you go, poor man with no help.

Daniel sintió vergüenza.

Exacta.

Intolerable.

—Maybe —dijo.

Lian soltó la sábana.

—No maybe.

—Yes.

Ella se acercó.

—You want truth? I tell you. If you do bad thing for Rafael, you choose. If you leave island, you choose. If you tell police, you choose. If you tell family, you choose. Stop making women doors for your choices.

Daniel se quedó quieto.

La frase no era solo para él.

Era para Daniel, Mateo, el padre, el muerto, el vendedor, el deudor, el hombre que siempre había necesitado que otra persona se quedara junto al incendio para poder decir después que nadie le había mostrado la salida correcta.

—You’re right —dijo.

Lian lo miró con dureza.

—That is not enough.

—No.

—Good.

Daniel dobló la tarjeta.

No la rompió.

Todavía.

Lian lo vio.

—You keep it.

Daniel bajó la mirada.

—Yes.

—Then you still going.

No respondió.

Lian recogió la cesta.

—Leave.

Daniel salió.

No volvió la vista.

A veces, pensó mientras caminaba, las personas te dan exactamente la frase que necesitas y aun así sigues caminando hacia el desastre. Porque la frase no era el problema. Nunca lo había sido.

El problema era lo que uno estaba dispuesto a obedecer.

Esa noche Rafael le mandó un mensaje.

"Camisa lista. Mañana 18:00."

Daniel miró el teléfono.

Podía no ir.

Podía ir a la policía.

Podía escribir a Clara.

Podía hacer mil cosas que hace seis años también había podido hacer, con otros nombres, en otros lugares, antes de que el mar se convirtiera en coartada.

En lugar de eso, puso una alarma.

Mañana.

La palabra seguía siendo su país favorito.

Se tumbó en la cama de su habitación barata y miró el techo.

Rafael sabía demasiado.

Lian veía demasiado.

Irene había crecido demasiado.

Clara había esperado demasiado.

Y Daniel, por fin, empezaba a entender que su verdadera condena no era que alguien descubriera quién había sido.

Era que, incluso descubierto, todavía podía elegir seguir siendo el mismo.

Capítulo 23 — Lian lo ve

Daniel llegó a la dirección de Rafael a las cinco y cuarenta y nueve.

Once minutos antes.

La puntualidad, pensó, era una forma miserable de obediencia cuando uno iba camino de hacer algo sucio.

El lugar estaba en una zona tranquila cerca de la carretera principal, una casa baja con terraza cubierta, plantas en macetas grandes y una verja de metal pintada de verde. No parecía oficina. No parecía trampa. Eso lo hacía peor. Las trampas buenas siempre parecían casas de alguien.

Rafael estaba sentado en la terraza, con una camisa blanca colgada del respaldo de una silla y dos vasos sobre la mesa.

—Llegas pronto —dijo.

—Estoy explorando nuevos defectos.

—No exageres. La puntualidad es útil. Solo se vuelve triste cuando la usas para llegar a tu propia degradación.

Daniel no contestó.

Rafael señaló la camisa.

—Póntela.

Daniel la miró.

—No voy a disfrazarme.

—Claro que sí. Llevas seis años disfrazado. Esto solo está mejor planchado.

Daniel cogió la camisa.

Entró en un baño pequeño que olía a jabón barato y humedad. Se quitó su camiseta, se puso la camisa y se miró en el espejo.

Durante un segundo vio al antiguo Daniel.

No completo.

No joven.

No limpio.

Pero sí reconocible.

La camisa le devolvía algo que Mateo había intentado perder: una forma de autoridad falsa, de hombre que sabía sentarse frente a

otros y hacer que una mentira pareciera una estructura. El pelo corto, la barba más descuidada y la piel castigada por el sol rompían la imagen, pero no lo suficiente.

Todavía podía parecer fiable.

Qué condena tan práctica.

Salió.

Rafael lo observó.

—Ahí está. El muerto con experiencia comercial.

—Cállate.

—No lo digo como insulto. Hay mercados para todo.

Daniel se acercó a la mesa.

—¿Quiénes vienen?

—Dos españoles. Uno de Alicante, otro de Zaragoza. Socios recientes, lo que en mi experiencia significa que ya desconfían el uno del otro pero aún no han perdido suficiente dinero para decirlo. Quieren invertir en una propiedad pequeña. Alojamiento turístico. Cuatro habitaciones, quizá seis si sobornan a la imaginación.

—¿Y el terreno?

—Existe.

—No he preguntado eso.

Rafael sonrió.

—Muy bien. El terreno existe, el vendedor existe, las dudas legales existen, los permisos existen como posibilidad estética y el optimismo de los compradores existe en cantidades industriales.

Daniel se pasó una mano por la cara.

—Esto es una estafa.

—No necesariamente. Es una operación con demasiada niebla.

—Eso es una estafa con sombrero.

—No seas burgués. En las islas todo tiene niebla. Propiedades, herencias, permisos, primos, títulos, caminos, lindes, promesas. Los europeos llegan queriendo papeles limpios en lugares donde la historia se ha escrito más con familias que con notarios.

—No me uses para venderles seguridad.

—No. Te uso para venderles comprensión. La seguridad es demasiado cara.

Daniel miró hacia la carretera.

Podía irse.

Todavía.

La puerta estaba detrás. La verja abierta. Sus piernas funcionaban. No había pistola, ni cadena, ni mano en el hombro. Solo deuda, miedo, vergüenza, Lian, Amara, Irene, Clara, Rafael y la vieja costumbre de seguir avanzando cuando la salida quedaba a la espalda.

Rafael le ofreció un vaso de agua.

Daniel lo rechazó.

—No bebas si no quieres —dijo Rafael—. Pero no pongas cara de mártir. Los mártires, por lo menos, suelen creer en algo.

A las seis y siete llegaron los españoles.

Uno se llamaba Víctor y llevaba camisa azul, reloj grande y esa energía de hombre que habla de inversiones como si hubiera descubierto el fuego en un curso de fin de semana. El otro, Andrés, era más callado, más joven, más nervioso. Miraba alrededor con una mezcla de ilusión y sospecha.

Daniel los reconoció al instante.

No a ellos.

A la especie.

Hombres que habían venido a comprar una salida. Un pequeño negocio en una isla. Una terraza con vistas. Habitaciones para turistas. Vida sencilla. Menos impuestos. Más sol. Un cambio. Una palabra muy bonita cuando no se ha leído la letra pequeña.

—Rafael —dijo Víctor, abriendo los brazos—. Por fin.

—El tiempo en Filipinas es una sugerencia —respondió Rafael—. Pero yo intento no abusar.

Miró a Daniel.

—Este es Mateo. Español también. Lleva años aquí. Nos ayuda con algunas cosas.

Mateo.

No Daniel.

La mentira salió de la boca de Rafael con comodidad perfecta.

Víctor le estrechó la mano.

—Joder, qué bien encontrar a alguien de los nuestros.

De los nuestros.

Daniel casi sintió náusea.

—Encantado —dijo.

Andrés también le estrechó la mano.

—¿De dónde eres?

La pregunta era simple.

La simpleza podía matar.

—Madrid.

—Ah. Nosotros hemos venido desde Alicante, pero yo soy de Zaragoza —dijo Andrés—. Bueno, lío largo.

—Aquí todos los líos son largos —dijo Daniel.

Rafael sonrió de lado.

Se sentaron.

La conversación empezó con cortesía: vuelos, calor, comida, lo complicado de entender ciertas cosas, lo barato que parecía todo hasta que dejaba de serlo, la belleza de la isla, los gallos, la humedad, las motos, el sueño de montar algo pequeño y vivir "más tranquilo".

Más tranquilo.

Daniel miró a Víctor mientras hablaba de tranquilidad con la mandíbula apretada, revisando cada tres minutos el móvil, corrigiendo a Andrés y mirando a Rafael como quien quiere confiar, pero no del todo.

No venían a vivir tranquilos.

Venían a comprar otra versión de sí mismos.

Daniel conocía el impulso.

Lo había llevado hasta el mar.

—El terreno está bien situado —decía Rafael—. No es primera línea, por eso el precio sigue siendo razonable. Pero está cerca de una zona con movimiento. Si se hace algo pequeño, con cabeza, sin querer construir Benidorm con gallinas, puede funcionar.

Víctor se rio.

Andrés no.

—¿Y el tema de permisos? —preguntó Andrés.

Rafael miró a Daniel.

Ahí estaba.

La pelota.

El gesto limpio.

Tu turno.

Daniel sintió el impulso antiguo subirle por la garganta. Tomar la duda, envolverla, convertirla en frase digerible.

Podía decir: es cuestión de gestionarlo bien.

Podía decir: aquí las cosas van por pasos.

Podía decir: hay que tener paciencia y alguien local.

Podía decir: no hay garantías, pero hay camino.

Todas eran frases útiles.

Ninguna era completamente falsa.

Esa era la belleza sucia del oficio.

Daniel bebió agua.

Sí había aceptado el vaso al final, al parecer. Ni siquiera recordaba haberlo cogido.

—No compréis nada sin abogado local independiente —dijo.

Rafael no movió la cara.

Víctor parpadeó.

—Sí, claro, eso lo damos por hecho.

—No lo deis por hecho. Hacedlo. Y que no lo recomiende nadie que cobre por la operación.

El silencio cambió.

Andrés miró a Víctor.

Víctor miró a Rafael.

Rafael siguió tranquilo.

—Mateo es prudente —dijo—. Por eso lo traje.

Daniel lo miró.

Hijo de puta.

Rafael era lo bastante bueno para adaptar la trampa en marcha.

—Claro, claro —dijo Víctor—. Nosotros queremos hacerlo bien. Pero también hay que moverse, porque si no, estas oportunidades vuelan.

Daniel reconoció la frase.

Oportunidades que vuelan.

Urgencia.

Escasez.

La música barata de cualquier venta peligrosa.

—Las oportunidades que necesitan que corras suelen llevar a alguien esperando con una factura al final —dijo Daniel.

Andrés lo miró con más atención.

—¿Tú comprarías?

Rafael apoyó la espalda en la silla.

No intervino.

Daniel supo que esa era la pregunta real.

Podía salvarlos.

O podía cumplir.

O podía intentar esa zona intermedia donde los cobardes se construyen una casa: advertir lo suficiente para sentirse limpios y callar lo suficiente para seguir cobrando.

—Yo no compraría sin ver papeles —dijo.

—¿Pero el sitio? —insistió Víctor—. El potencial.

Potencial.

Otra palabra criminal con perfume de escuela de negocios.

Daniel miró a Rafael.

Rafael sonrió apenas.

Como si dijera: muy bien, Daniel, muéstrame cuánto te pesa la conciencia cuando hay gente mirando.

Daniel volvió a Andrés.

—El sitio puede funcionar. Pero una cosa es que funcione un negocio y otra que funcione vuestra fantasía. Eso tenéis que separarlo.

Víctor se rio, incómodo.

—Hablas como mi ex.

—Entonces quizá tu ex tenía razón en algo.

Andrés sonrió sin querer.

La tensión bajó un poco.

Rafael aprovechó para entrar.

—Lo que Mateo quiere decir es que la isla no perdona a quien viene con prisa. Pero vosotros no venís con prisa. Venís a evaluar.

Mentira.

Venían con la cartera ardiendo.

Daniel vio cómo la frase de Rafael los acomodaba. Especialmente a Víctor. El hombre quería que alguien llamara evaluación a su

impulso.

Durante una hora hablaron de números, de reformas, de temporadas, de turistas, de costes aproximados, de contactos locales. Daniel intervino poco. Cada vez que Rafael intentaba que suavizara algo, Daniel ponía un borde. Cada vez que Víctor intentaba convertir el riesgo en anécdota, Daniel lo devolvía a la mesa.

No los salvó.

Tampoco los hundió.

Qué heroísmo más mediocre.

Al final, Rafael propuso ir al día siguiente a ver el terreno.

Víctor aceptó enseguida.

Andrés dijo que quería revisar algunas cosas antes.

Daniel sintió una pequeña gratitud hacia Andrés, un desconocido con la decencia mínima de tener miedo.

Cuando se fueron, Rafael esperó hasta que el ruido de la moto desapareció.

Luego aplaudió una vez.

—Precioso.

Daniel se quitó la camisa prestada allí mismo, en la terraza.

Rafael levantó una ceja.

—Tampoco hace falta erotizar la culpa.

Daniel le tiró la camisa sobre la mesa.

—No vuelvas a llamarme para esto.

—Has estado magnífico.

—He estado en contra.

—No. Has estado creíble. Mucho mejor.

Daniel sintió ganas de golpearlo otra vez.

—Les he dicho que busquen abogado independiente.

—Y eso los hará confiar más en ti. Un vendedor que advierte parece honesto. Un clásico. Creí que lo recordarías.

Daniel se quedó quieto.

Rafael tenía razón.

Otra vez.

Había intentado no vender.

Y vendió mejor.

Qué talento tan repugnante, el de seguir siendo útil para la mierda incluso cuando uno intenta resistirse.

—No voy mañana —dijo.

—Sí irás.

—No.

Rafael sacó su móvil.

No mostró el vídeo.

No hacía falta.

—No quiero usar siempre la misma carta —dijo—. Aburre. Pero funciona.

Daniel se acercó.

—Escúchame. Si tocas a Irene con esto...

—No tocaré a Irene. Ya te lo dije. No soy un monstruo de cuento. Soy algo peor: práctico. La pregunta es si tú quieres que la historia aparezca por donde menos conviene.

—Hazlo.

Rafael sonrió.

—No. Ya hablamos de eso.

Daniel respiró hondo.

—¿Cuánto se descuenta de la deuda?

—Poco.

—Entonces no voy.

—La deuda económica, poco. La otra, bastante.

Daniel lo miró sin entender.

—¿Cuál otra?

Rafael guardó el móvil.

—La que tienes conmigo por seguir siendo interesante.

—Estás enfermo.

—Sí. Pero de una forma más rentable que la tuya.

Daniel se fue sin despedirse.

No caminó hacia su habitación.

Caminó hacia la guesthouse.

Esta vez no se quedó fuera.

Entró.

Lian estaba cerrando el comedor. Al verlo, se detuvo. No parecía sorprendida. Tal vez había dejado de sorprenderse desde que supo

su nombre real.

—Amara? —preguntó Daniel.

—Sleeping.

—Good.

—You should not be here.

—I know.

Lian siguió recogiendo vasos.

—Then why?

Daniel se quedó de pie junto a una mesa.

—Because I did something.

Ella dejó un vaso.

—Bad?

—Yes.

—For Rafael?

—Yes.

Lian cerró los ojos un segundo.

—You come to confess to me?

Daniel tragó saliva.

—Maybe.

La mirada de Lian se endureció.

—No.

—Sorry. No maybe. Yes.

—Why?

Él no entendió.

—What?

—Why confess to me? I am not priest. I am not wife. I am not police.

Daniel bajó la mirada.

—Because I don’t know where else to put it.

La frase salió antes de que pudiera adornarla.

Lian se quedó callada.

Por una vez, no respondió enseguida.

—That is honest —dijo al fin—. But selfish.

Daniel asintió.

—Yes.

—What did you do?

Le contó.

No todo con detalle. Lo suficiente. Los españoles, el terreno, Rafael, la reunión, las advertencias, la forma en que incluso intentando poner límites había acabado sirviendo a la operación.

Lian escuchó sin interrumpir.

Eso lo empeoró.

Cuando terminó, ella se sentó en una silla.

Parecía cansada de una forma antigua.

—You still sell lies.

Daniel cerró los ojos.

—Yes.

—Even when you try not.

—Yes.

—Then stop going.

—Rafael—

—No.

La palabra salió seca.

—No Rafael. You.

Daniel abrió los ojos.

Lian lo miraba sin odio.

Ese era el problema. El odio habría sido un lugar más fácil.

—You say he knows. You say he can tell. You say he can hurt. Always he, he, he. But you go. You sit. You speak. You choose.

Daniel sintió que cada frase le quitaba una capa de excusa.

—If he tells the truth, it destroys them.

—Maybe truth destroys lie.

—And Irene?

Lian sostuvo su mirada.

—You already hurt Irene with lie. You think truth belongs to you because you are afraid of it.

Daniel no pudo responder.

Lian se levantó.

—You need leave island.

La frase llegó limpia.

Él levantó la cabeza.

—What?

—Leave.

—If I leave, Rafael—

—If you stay, Rafael. If you stay, trouble. If you stay, Amara ask more. If you stay, I become person holding your secret. I did not ask.

Daniel sintió una presión en el pecho.

—Lian.

—No.

—Please.

—You are not bad because you are broken. Many people broken. You are dangerous because you make broken thing into house and invite people inside.

Daniel se quedó inmóvil.

La frase le pareció tan exacta que durante un segundo no supo si la había oído o si Clara la había pronunciado años atrás en otra cocina.

—Leave —repitió Lian—. Not tomorrow. Soon.

Daniel miró alrededor.

El comedor.

Las mesas.

El ventilador.

La zona donde Amara hacía deberes.

La entrada.

La cocina.

Todo lo que había empezado a parecer una vida pequeña.

—Where? —preguntó.

Lian no suavizó la voz.

—Not here.

Daniel asintió despacio.

Se dio media vuelta.

—Daniel —dijo ella.

Él se detuvo.

—If you leave to repeat somewhere else, then Rafael wins even if you never see him again.

Daniel cerró los ojos.

Ahí estaba.

La salida habitual, bloqueada por una frase.

No geográficamente.

Moralmente.

Podía irse de la isla. De Filipinas. De cualquier sitio. Pero si se iba como siempre, la huida sería otro nombre de la misma enfermedad.

—What should I do? —preguntó sin girarse.

Lian tardó.

—Answer someone.

La frase fue pequeña.

Casi demasiado simple.

Responder a alguien.

A Clara.

A Irene.

A la policía.

A sí mismo.

A cualquiera.

Daniel salió sin decir nada más.

Esa noche no fue a su habitación.

Se sentó junto al mar, lejos del lugar donde había fingido morir y lejos de cualquier sitio que pudiera convertir en símbolo con demasiada facilidad.

Encendió el teléfono.

Abrió el chat inexistente que no podía abrir, porque no tenía el número de Clara allí, ni el de Irene, ni nada que conectara directamente con su vida anterior. No en ese teléfono. Esa había sido la idea. Cortar. Separar. No tener tentaciones.

Mentira.

No tener caminos de vuelta.

Pero los caminos existían.

Internet existía.

Los consulados existían.

Las embajadas existían.

Los correos existían.

Los números podían encontrarse.

Las verdades también.

Daniel buscó el vídeo de Irene una vez más.

Lo abrió.

Ella apareció en el escenario.

Irene Salcedo Molina.

A veces una persona no se va de una casa. Se queda viviendo en lo que no se dice.

Daniel pausó.

Miró el mar.

Luego la pantalla.

Luego el mar otra vez.

Durante seis años había creído que su castigo era no poder volver.

Ahora empezaba a entender que volver no era el castigo.

Era la primera respuesta.

Y él llevaba toda la vida evitando responder.

A la mañana siguiente no fue con Rafael a ver el terreno.

Apagó el teléfono.

Lo encendió.

Lo volvió a apagar.

A media tarde, Rafael apareció frente a su habitación barata.

Daniel abrió la puerta antes de que llamara por segunda vez.

—Qué decepción —dijo Rafael—. Y yo que había preparado elogios sobre tu compromiso profesional.

Daniel salió al pasillo.

—No voy a seguir.

—Eso dijiste antes de seguir.

—Esta vez no.

Rafael lo miró.

—Qué tono tan bonito. ¿Lian?

Daniel no respondió.

—Sí. Lian. Esa mujer debería cobrar por destruir coartadas.

—Déjala fuera.

—Daniel, no sabes hacer otra cosa que meterla dentro y luego pedirme que la saque.

Daniel tragó saliva.

Rafael observó su cara.

—Vas a hacer algo estúpido.

—Seguramente.

—¿Confesar?

La palabra apareció sin ceremonia.

Daniel no respondió.

Rafael sonrió, pero esta vez había menos diversión.

—No lo harás.

—¿No?

—No. Porque confesar no es decir "me equivoqué" con música triste. Confesar es permitir que los demás te nombren sin tu permiso. Y tú no soportas eso. Por eso fingiste morir. Para controlar la versión definitiva.

Daniel sintió que cada palabra encontraba un sitio.

Rafael se acercó.

—Si confiesas, Clara te odiará con derecho. Tu hija te mirará como se mira una ruina que se parece demasiado a una casa. Lian te perderá el poco respeto práctico que te queda. La policía te convertirá en papeles. La prensa quizá en anécdota. Y tú, por primera vez en años, no podrás elegir el encuadre.

Daniel respiró despacio.

—Lo sé.

Rafael lo estudió.

Algo cambió en su mirada.

Por primera vez, quizá, Rafael no parecía estar jugando del todo.

—Entonces no estás pensando en confesar —dijo—. Estás pensando en suicidarte socialmente.

Daniel soltó una risa baja.

—Ya fingí lo otro. Hay que innovar.

Rafael no sonrió.

—No seas idiota.

Daniel levantó la vista.

—¿Ahora me aconsejas?

—Ahora me estropeas un activo.

—Ahí está.

—Sí. Ahí está. Prefiero la honestidad sucia a la épica barata.

Daniel abrió la puerta de la habitación.

—Vete.

Rafael puso una mano contra el marco.
—Si lo haces, no podrás volver a ser Mateo.
Daniel lo miró.
—Mateo no existe.
—Funcionaba.
—Sí.
Daniel pensó en Lian.
En Amara.
En Irene.
En Clara.
En la mesa de juego.
En los españoles.
En la camisa blanca.
En el cuaderno.
En el mar.
—Ese era el problema —dijo.
Rafael lo sostuvo con la mirada.
Luego apartó la mano.
—Te doy veinticuatro horas.
Daniel casi sonrió.
—¿Para qué?
—Para arrepentirte de tu ataque de decencia.
—No es decencia.
—No. Es agotamiento moral. A veces se parecen. Veinticuatro horas.
—¿Y luego?
Rafael se puso las gafas.
—Luego recordaré que soy práctico.
Se fue.
Daniel cerró la puerta.
La habitación quedó en silencio.
Veinticuatro horas.
Otra cuenta atrás.
Otra oportunidad de correr.
Otra ocasión de elegir una cobardía conocida.
Daniel se sentó en la cama.

Por primera vez en mucho tiempo, no abrió el vídeo de Irene.
No buscó noticias.
No calculó dinero.
No pensó en rutas.
Solo pensó en una frase de Lian.
Answer someone.
Responder a alguien.
La verdad, entendió, no empezaba con una confesión completa.
Empezaba con dejar de aplazar.
Daniel encendió el teléfono.
Buscó el contacto del consulado español en Filipinas.
La página tardó en cargar.
La conexión era mala.
Por supuesto.
Hasta la red parecía pedirle que se lo pensara.
Cuando apareció el número, Daniel lo copió en una hoja.
No llamó.
Todavía no.
Pero escribió debajo:
Mi nombre es Daniel Salcedo.
Miró la frase.
Le temblaba la mano.
No por miedo al nombre.
Por miedo a que, esta vez, alguien respondiera.

Capítulo 24 — Irene encuentra una grieta

Irene encontró a su padre un domingo por la tarde, mientras buscaba otra cosa.

Eso le pareció, durante mucho tiempo, una falta de respeto.

Las verdades importantes deberían llegar con aviso. Con música grave. Con una tormenta decente, al menos. No en pijama, con una taza de leche fría al lado, el pelo recogido mal y una pestaña del navegador abierta a un trabajo de literatura que no pensaba terminar hasta el último minuto, porque algunas tradiciones familiares había que mantenerlas aunque dieran asco.

Tenía diecisiete años.

Casi dieciocho.

Edad suficiente para que la gente empezara a hablarle como si ya tuviera que saber qué hacer con su vida, y edad insuficiente para dejar de sentirse estúpida cuando algo la rompía por dentro.

Estaba haciendo un trabajo sobre textos autobiográficos contemporáneos. La profesora había pedido ejemplos de "memoria, identidad y relato personal". Irene había escrito el título en un documento en blanco y luego había pasado cuarenta minutos buscando vídeos que no necesitaba ver. Muy académico todo. Universidad de la procrastinación aplicada.

No sabía por qué buscó Filipinas.

Bueno.

Sí lo sabía.

Pero no lo admitió hasta después.

Primero buscó "desapariciones y memoria texto autobiográfico". Luego "personas desaparecidas duelo sin cuerpo". Luego "padres desaparecidos testimonios". Después, como quien resbala con toda la intención del mundo, escribió:

Daniel Salcedo Filipinas.

No esperaba nada.

Esa era la mentira del día.

Llevaba años buscando de vez en cuando. Cada vez menos. Los resultados eran los mismos: noticias viejas, páginas duplicadas, notas mal escritas, algún foro basura, un par de enlaces rotos. Su padre se había convertido en archivo pobre. Ni siquiera en misterio popular. No había documentales, ni hilos virales, ni teorías con música inquietante. Solo cinco o seis textos repetidos con fechas antiguas y palabras como "desaparecido", "Siquijor", "excursión marítima", "sin cuerpo".

La ausencia también tenía mala presencia digital.

Irene escribió la búsqueda, pulsó Enter y esperó.

Los resultados aparecieron.

Viejos.

Casi todos.

Uno nuevo, o al menos no recordaba haberlo visto.

No hablaba de Daniel.

Era un vídeo en una página de viajes pequeña, un canal de esos donde extranjeros enseñaban islas, cafés, playas, alojamientos baratos y consejos con una sonrisa tan constante que parecía una condición médica.

El título decía algo sobre "guesthouses auténticas en Siquijor" y "vida local".

Irene no habría hecho clic.

No normalmente.

Pero en la miniatura se veía una terraza con mesas de madera, una mujer de pie al fondo, una niña o adolescente cruzando con una mochila, y un hombre de espaldas junto a una puerta.

Nada especial.

Nada.

Un hombre cualquiera.

De espaldas.

Con el pelo corto.

Una camisa clara.

Una postura.

Irene no supo que era su padre.

Primero lo odió.

Después entendió por qué.

Hizo clic.

El vídeo empezó con música alegre, demasiado alta. Un chico con acento extranjero hablaba a cámara en inglés sobre la isla, la comida local, el ambiente tranquilo, las playas, el precio por noche. Irene entendía lo suficiente. Había aprendido inglés bien, en parte porque el mundo insistía en ponerle cosas importantes en idiomas que no había pedido.

Avanzó el vídeo.

Habitación.

Comedor.

Platos.

Perros.

Camino de tierra.

Mar.

Una mujer llamada Lian, según los subtítulos, sonreía apenas a cámara y explicaba algo sobre el alojamiento.

Irene no sabía quién era.

Todavía.

El chico decía que allí ayudaba también un español que llevaba años viviendo en la isla y que "conocía bien la zona".

Irene dejó de respirar bien.

No porque pensara en Daniel.

No aún.

Porque la frase produjo un pequeño ruido en alguna parte antigua de su cuerpo.

Un español.

Años.

Siquijor.

La cámara giró hacia el comedor.

El hombre de espaldas apareció otra vez.

El YouTuber lo llamó:

—Mateo!

El hombre se giró.

El vídeo duraba menos de tres segundos en ese plano.

Tres segundos eran muchísimo.

El pelo era más corto.

La cara más delgada.

La barba distinta.

La piel más oscura por el sol.

Más viejo.

Claro que más viejo.

Todo el mundo tenía derecho a envejecer menos los muertos, y aun así allí estaba aquella cara haciendo algo que se parecía peligrosamente a seguir viva.

Irene pausó el vídeo.

La imagen quedó congelada.

El hombre miraba hacia la cámara con una expresión molesta, como quien no quiere salir en un vídeo pero llega tarde a evitarlo.

Irene acercó la cara a la pantalla.

No.

No podía ser.

No.

La palabra no tuvo fuerza.

No era una negación.

Era una súplica.

Hizo zoom con el navegador. La imagen se pixeló. La cara se volvió más borrosa. Peor. A veces la mala calidad era más cruel que la nitidez, porque obligaba a la imaginación a terminar el trabajo.

Irene retrocedió unos segundos.

Volvió a reproducir.

—Mateo! —decía el chico.

El hombre se giraba.

Levantaba una mano, incómodo.

Decía algo que el micrófono no captaba bien.

La voz apenas se oía.

Pero el gesto.

La forma de levantar la mano.

La manera de tensar la boca antes de sonreír sin querer.

Irene sintió que el estómago se le cerraba.

Volvió a reproducirlo.

Una vez.

Otra.

Otra.

El vídeo siguió después. El chico reía. La cámara cambiaba de plano. El hombre salía de fondo un par de veces más, moviendo una silla, hablando con la mujer de la guesthouse, llevando una caja.

Mateo.

Lo llamaban Mateo.

Irene se levantó de la silla.

El mundo se inclinó un poco.

Fue al baño.

No vomitó.

Le habría gustado vomitar. Habría sido una reacción clara, casi elegante. Pero su cuerpo, siempre tan colaborador en las peores escenas, decidió limitarse a dejarla de pie frente al lavabo, con las manos apoyadas en la cerámica y la boca seca.

Se miró al espejo.

Tenía la cara pálida.

Los ojos enormes.

Parecía más pequeña.

Eso la enfadó.

Volvió al ordenador.

Pausó el vídeo en el mejor fotograma.

Hizo captura.

Luego otra.

Luego otra.

Las guardó en el escritorio con nombres absurdos:

captura1
captura2
captura3

Como si nombrar mal las pruebas pudiera reducir su tamaño.

Abrió una foto antigua de Daniel.

La de perfil de WhatsApp guardada en una carpeta.

Daniel con ella cuando tenía ocho años.

Parque.

Helado.

Gafas de sol.

Sonrisa.

Puso la foto junto a la captura.

No eran iguales.

Evidentemente.

Seis años podían hacer mucho.

El sol, el miedo, la culpa, una vida falsa y la pobreza también tenían sus opiniones sobre la cara de un hombre.

Pero los ojos.

La línea de la nariz.

La boca antes de sonreír.

Irene amplió.

Comparó.

No quería ver.

Vio.

El corazón le golpeaba tan fuerte que le parecía ridículo. Como si el cuerpo hubiera decidido actuar en una película mientras ella intentaba mantener un mínimo de dignidad frente a un archivo jpg.

Abrió el vídeo otra vez.

Leyó la descripción.

Fecha de publicación: hacía ocho meses.

Ocho meses.

No una reliquia de hace años.

No una grabación antigua.

Ocho meses.

El hombre estaba vivo hacía ocho meses.

O alguien con su cara.

O alguien con su gesto.

O alguien llamado Mateo en la isla donde Daniel había desaparecido.

La frase completa apareció por fin.

Mi padre está vivo.

No.

Mi padre podría estar vivo.

No.

Daniel podría estar vivo.

Eligió Daniel porque papá no le cabía en la boca.

Irene se levantó otra vez.

Fue al salón.

Clara estaba en la cocina, cortando verduras. Era domingo, y los domingos Clara cocinaba más de lo necesario, como si llenar la nevera fuera una forma de insultar al caos.

—Mamá.

Clara levantó la vista.

—¿Qué pasa?

Irene no supo qué decir.

La escena que había imaginado mil veces no empezaba así. En sus fantasías, ella encontraba a Daniel en un aeropuerto, en una calle, en una foto clara. Había gritos. Había frases perfectas. Había una versión de ella misma capaz de sostener el mundo con una mirada.

En la vida real, estaba descalza, con un pantalón de pijama viejo, y su madre tenía un cuchillo de cocina en la mano.

Muy épico todo.

—Necesito que vengas.

Clara dejó el cuchillo.

No preguntó.

Eso fue lo primero que asustó a Irene.

Su madre la conocía demasiado bien. O conocía demasiado bien el tono de las desgracias.

Entraron en la habitación.

Irene señaló el ordenador.

—Mira esto.

Clara se acercó.

La pantalla mostraba el vídeo pausado.

El hombre congelado de medio perfil.

La mujer al fondo.

Una mesa.

Una silla.

Luz tropical.

Clara tardó un segundo.

Luego otro.

Irene vio cómo el rostro de su madre perdía color.

No de golpe.

Como si alguien bajara lentamente una persiana.

—¿Dónde has encontrado esto? —preguntó Clara.

Su voz sonó demasiado baja.

—Internet.

—¿Dónde?

—Un vídeo de una guesthouse. En Siquijor.

Clara no tocó el ordenador.

—Ponlo.

Irene reprodujo el fragmento.

—Mateo! —dijo el chico del vídeo.

El hombre se giró.

Levantó una mano.

Dijo algo.

La cámara siguió.

Irene pausó.

Clara no respiraba bien.

—Otra vez —dijo.

Irene lo puso otra vez.

Luego otra.

A la tercera, Clara se sentó en la cama.

No lloró.

No gritó.

No dijo "no puede ser".

Eso, de alguna forma, confirmó lo peor.

—Mamá.

Clara levantó una mano, pidiendo unos segundos.

Irene se los dio, aunque quería arrancarle una respuesta a mordiscos.

Clara miraba la pantalla.

No como se mira a un fantasma.

Como se mira una factura que una esperaba desde hacía años y aun así duele al llegar.

—Puede no ser él —dijo Clara.

La frase era correcta.

Responsable.

Maternal.

Insoportable.

—Iba a decir eso yo para parecer adulta —respondió Irene—. Gracias por arruinarme el personaje.

Clara la miró.

En otro momento casi habría sonreído.

No ahora.

—Irene.

—Ya lo sé. Puede no ser él. Puede ser otro español con la misma cara, en la misma isla, usando otro nombre y apareciendo justo donde papá desapareció. Supernormal. Pasa cada martes, imagino.

La ironía salió afilada.

No la pudo evitar.

Clara cerró los ojos.

—Necesito pensar.

—Yo necesito no pensar y mira qué bien nos va.

Clara se levantó.

Se acercó al ordenador.

Miró la descripción, la fecha, el nombre del canal, la ubicación.

—No podemos hacer nada impulsivo.

Irene soltó una risa seca.

—Claro. Porque en esta familia los impulsos han funcionado fatal solo cuando los tengo yo.

—No es eso.

—¿Entonces qué es?

Clara giró hacia ella.

—Que si esto es él, no estamos hablando de encontrar una foto. Estamos hablando de que tu padre lleva años vivo.

La frase quedó en la habitación.

Tu padre lleva años vivo.

Irene sintió que algo se le abría dentro, pero no era esperanza.

Era una especie de violencia.

—No digas tu padre.

Clara la miró.

—Vale.

—Di Daniel.

—Daniel.

El nombre sonó sucio.

Necesario.

Irene volvió a mirar la pantalla.

El hombre congelado parecía mirarlas desde otro mundo, pero no. Ese era el problema. No era otro mundo. Era este. Internet, domingo, habitación, España, una isla que nunca se había terminado de ir de sus vidas.

—¿Tú lo crees? —preguntó Irene.

Clara no respondió enseguida.

No porque no supiera.

Porque la respuesta tenía demasiados años detrás.

—Creo que podría ser él.

Irene asintió.

La frase no la alivió.

No la destruyó.

Solo quitó la última capa fina que separaba sospecha de posibilidad real.

—¿Y ahora qué?

Clara miró otra vez el vídeo.

—Guardamos todo. El enlace, capturas, fecha, canal. No comentamos en el vídeo. No escribimos a nadie todavía. No le damos pistas a nadie.

—¿Pistas?

—Si es él, no sabemos quién es esa gente. No sabemos si ese vídeo sigue teniendo relación con él. No sabemos si alguien puede avisarle.

Irene la miró.

Había algo nuevo en Clara.

No la madre que consolaba.

No la mujer rota de la llamada.

Otra cosa.

La Clara que había sospechado durante años y ahora encontraba una grieta.

—Has pensado en esto muchas veces —dijo Irene.

Clara no fingió.

—Sí.

La respuesta dolió.

A Irene le habría gustado que su madre negara, que dijera no, cariño, nunca imaginé esto, qué locura tan inesperada. Pero Clara no le regaló esa mentira.

Bien.

Ya tenían bastantes.

—¿Por qué no me lo dijiste más? —preguntó Irene.

—Porque no tenía pruebas.

—Yo tampoco.

—Irene.

—No. Tengo un vídeo borroso de un hombre llamado Mateo. Qué maravilla. CSI: trauma familiar.

Clara se sentó a su lado.

—Tienes una grieta.

Irene miró la pantalla.

—¿Eso es bueno?

—No lo sé.

Qué respuesta tan honesta.

Qué asco.

Irene abrió una carpeta nueva y guardó las capturas. Copió el enlace en un documento. Escribió la fecha de publicación, el nombre del canal, el minuto exacto donde aparecía el hombre.

Sus manos temblaban, pero trabajaban.

Eso le dio rabia.

Ser eficiente en mitad del derrumbe era una herencia de Clara. O de la vida. O de las mujeres que habían tenido que ordenar los daños de Daniel durante demasiado tiempo. Una tradición familiar preciosa, como una vajilla rota que se pasa de generación en generación.

—No quiero que esté vivo —dijo Irene.

Clara no respondió.

—O sí. No sé. No quiero que esté muerto, pero tampoco quiero esto.

—Lo sé.

—No lo sabes.

La frase salió automática, vieja.

Clara no se defendió.

—Irene, si es él...

—Si es él, ¿qué?

Clara tragó saliva.

—Si es él, nos eligió perder.

Irene miró a su madre.

Ahí estaba la frase.

No una desaparición.

No un accidente.

No un mar.

Una elección.

Daniel no se habría caído.

Daniel no habría sido tragado por el agua.

Daniel habría dejado que ellas vivieran seis años con una silla vacía, un cuaderno azul, una pulsera, una caja, trámites, profesores con tono blando, mensajes sin respuesta, cumpleaños raros, sospechas que daban vergüenza.

Se habría quedado vivo mientras ellas aprendían a hablar de él en pasado.

Irene se puso de pie.

La habitación se le quedó pequeña.

—Voy a salir.

—Irene.

—No me sigas.

—No quiero que salgas así.

—Mamá, o salgo o rompo algo.

Clara la miró.

Después asintió.

—Llévate el móvil.

—Qué idea tan innovadora.

—No me castigues ahora.

Irene se quedó quieta.

La frase la detuvo.

No por culpa.

Bueno, sí.

También.

Clara parecía más vieja de pronto.

No mucho. Solo un poco más cansada. Como si el vídeo hubiera añadido años que ya estaban esperando turno.

—Perdón —dijo Irene.

—No pasa nada.

Irene la miró.

Clara también se dio cuenta.

No pasa nada.

La frase maldita.

Las dos casi sonrieron, pero no.

—Sí pasa —corrigió Clara.

—Muchísimo.

—Llévate el móvil.

—Vale.

Irene salió de casa con una sudadera negra, zapatillas y el móvil apretado en la mano.

Madrid estaba frío.

El cielo tenía ese color gris que parecía diseñado por funcionarios con depresión leve. Gente caminaba por la acera, una pareja discutía en voz baja, un niño llevaba un globo, una mujer paseaba un perro con jersey. Todo seguía.

Siempre seguía.

Eso era una de las cosas que Irene más odiaba del mundo.

Caminó sin rumbo claro.

Luego sí lo tuvo.

Fue hacia Madrid Río.

No porque quisiera.

Porque el cuerpo recordaba.

El domingo de la tarjeta rechazada.

El cuaderno azul.

La hamburguesería.

El "el mes que viene hacemos algo mejor".

Se sentó en un banco cerca del río.

Sacó el móvil.

Abrió la captura.

La miró.

El hombre congelado en la pantalla parecía menos claro que en el ordenador. Más borroso. Más discutible. Más fácil de negar.

Irene intentó imaginar que no era él.

De verdad.

Intentó construir al desconocido: Mateo, español, expatriado, cuarenta y tantos, gesto parecido, mala suerte facial. Un hombre con su propia vida, sus propios errores, su propia hija quizá, inocente de estar siendo comparado con un muerto que no era muerto.

Durante treinta segundos funcionó.

Luego miró la mano levantada.

La forma de la boca.

No.

Su cuerpo ya había decidido.

La cabeza, esa burócrata lenta, podía pedir más pruebas. El cuerpo no.

El cuerpo había reconocido antes de entender.

Le escribió a Marta.

"Creo que he encontrado algo de mi padre."

No envió.

¿Qué iba a decirle?

Hola, creo que mi padre que supuestamente murió en Filipinas quizá aparece vivo en un vídeo de YouTube con otro nombre. ¿Quedamos para café o prefieres llamar a Netflix?

Borró.

Abrió el chat de Daniel.

El viejo.

Papá.

Seguía allí.

Años de silencio debajo de mensajes que ya eran ruinas.

"El mes que viene no existe."

Ese era uno de los últimos.

Irene miró la caja de texto.

Podía escribir.

Qué absurdo.

Qué inútil.

Qué irresistible.

Escribió:

"Te he visto."

No envió.

La frase quedó en la pantalla.

Te he visto.

No "¿estás vivo?"

No "eres tú?"

No "vuelve".

Te he visto.

Como si el simple acto de verlo le quitara algo de poder.

La borró.

Guardó el móvil.

Respiró.

El aire olía a humedad, coches y hojas mojadas.

Años antes, en ese mismo Madrid, una niña había aprendido a decir no pasa nada para no romper a su padre.

Ahora esa niña tenía diecisiete años y acababa de encontrar una grieta en la tumba.

No sabía si quería abrirla.

No sabía si quería cerrarla con cemento y seguir viviendo.

No sabía si quería que Daniel pagara, volviera, desapareciera de verdad o mirarlo una sola vez para decirle la frase que llevaba años ensayando sin saber:

No.

Solo eso.

No.

Cuando volvió a casa, Clara estaba en el salón con el portátil abierto. Había copiado el vídeo en un disco externo, guardado capturas, escrito datos en una libreta, enviado un correo a sí misma con todo adjunto.

—Has montado una oficina del trauma —dijo Irene desde la puerta.

Clara levantó la vista.

—Aprendí del mejor. Tu padre convertía cualquier desastre en papeleo.

Irene dejó la sudadera sobre una silla.

—¿Y ahora?

Clara giró el portátil hacia ella.

En pantalla había una página oficial.

Consulado de España en Manila.

Embajada.

Teléfonos.

Correos.

Irene sintió que el estómago se le encogía.

—¿Vas a escribir?

—Vamos a escribir.

Irene se sentó.

Durante un momento, ninguna tocó el teclado.

La posibilidad estaba allí.

Real.

Enviar aquello significaba convertir la sospecha en acto. Sacarla del salón. Entregarla a otros. Dejar que el mundo, con su lentitud, su incompetencia y su afición a los formularios, empezara a moverse hacia Daniel.

Si era Daniel.

Si seguía allí.

Si no escapaba.

Si no lo avisaban.

Si no era demasiado tarde.

Siempre demasiados si.

Clara abrió un documento nuevo.

Asunto:

"Posible localización de ciudadano español desaparecido en Filipinas."

Irene leyó la frase.

Ciudadano español desaparecido.

Qué forma tan fría de decir papá.

Qué forma tan necesaria de decir Daniel.

Clara escribió el primer párrafo.

Irene la detuvo.

—No pongas "mi exmarido" primero.

Clara la miró.

—¿Qué pongo?

Irene tragó saliva.

—Pon "el padre de mi hija".

Clara asintió.

Tecleó.

El padre de mi hija.

Ahí sí.

La frase ocupó la pantalla con una gravedad nueva.

Irene sintió que algo se movía dentro de ella.

No esperanza.

No todavía.

Otra cosa.

Una voluntad.

Clara siguió escribiendo.

Irene añadió detalles: fecha del vídeo, minuto exacto, ubicación mencionada, capturas, nombre usado: Mateo.

Mateo.

El nombre falso apareció en el documento como un insecto sobre la mesa.

Irene lo miró con odio.

Mateo.

Seis letras para robarle un padre a una niña.

Cuando terminaron, Clara dejó el cursor sobre el botón de enviar.

—¿Estás segura? —preguntó.

Irene pensó en el cuaderno azul.

En la pulsera.

En el chat.

En el vídeo.

En Daniel girándose cuando alguien decía Mateo.

En su madre cortando cebolla.

En los años.

En la profesora preguntando por su padre.

En ella diciendo "murió" porque era más corto.

—No —dijo Irene.

Clara esperó.

Irene puso la mano sobre la de su madre.

—Pero envíalo.

Clara pulsó.

El correo salió.

No hubo trueno.

No hubo música.

No tembló la casa.

Solo un pequeño mensaje en pantalla:

Enviado.

Irene se quedó mirando esa palabra.

Enviado.

Después de seis años de mensajes que no recibían respuesta, una palabra mínima acababa de cruzar el mundo en dirección contraria.

Y por primera vez desde los doce años, Irene no esperó a que Daniel contestara.

Esperó a que el mundo lo alcanzara.

Capítulo 25 — Clara y la verdad imposible

El correo quedó enviado a las diecinueve cuarenta y dos.

Clara miró la hora.

Luego la pantalla.

Luego a Irene.

Como si el orden de esas tres cosas pudiera explicarle qué acababan de hacer.

No había pasado nada.

Esa fue la primera decepción.

Durante seis años, la verdad había sido una criatura enorme encerrada detrás de una puerta. Clara había imaginado muchas veces que, si alguna vez encontraba una grieta, el mundo se partiría con ruido. Pero no. Un correo enviado no hacía temblar las paredes. No apagaba las luces. No llamaba a la policía. No traía a Daniel de vuelta esposado, llorando o muerto de vergüenza.

Solo dejaba una palabra pequeña en pantalla.

Enviado.

Qué poco espectáculo para tanta destrucción.

Irene seguía sentada a su lado, con los brazos cruzados y la mirada fija en el portátil.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

Clara respiró despacio.

—Esperar.

Irene soltó una risa seca.

—Qué original. Nuestra especialidad familiar.

Clara no la corrigió.

Tenía razón.

Habían esperado llamadas. Cuerpos. Informes. Fechas. Cumpleaños menos dolorosos. Sueños sin mar. Una aceptación que nunca llegaba del todo. Ahora esperaban una respuesta de una institución.

Un progreso impresionante. Como pasar de ahogarse en el mar a ahogarse en una piscina municipal.

—También podemos llamar mañana —dijo Clara—. Hoy ya es tarde.

Irene se levantó.

—Para ellos no.

—Para nosotros sí.

—¿Desde cuándo descansamos por horario administrativo?

Clara cerró el portátil con cuidado.

—Desde que estoy intentando no hacer esto mal.

Irene la miró.

Esa frase sí la detuvo.

—Perdón.

—No tienes que pedir perdón por estar enfadada.

—Ya, pero igual debería variar un poco el repertorio.

Clara casi sonrió.

No llegó.

—Vamos a cenar algo.

—Iba a vomitar, pero cenar también suena muy europeo.

—Pan tostado y tortilla francesa.

—Alta cocina del trauma.

—No me queda energía para estrellas Michelin.

—Papá habría hecho un comentario.

La palabra salió sola.

Papá.

Irene se dio cuenta al mismo tiempo que Clara.

La habitación quedó quieta.

Durante años había usado "Daniel" cuando quería distancia, "mi padre" cuando quería ser correcta, "él" cuando no quería gastar nada. Papá aparecía cada vez menos, y cuando aparecía, dolía más porque ya no venía de la infancia: venía de algún sitio más profundo y más terco.

Irene bajó la mirada.

—No quería decirlo así.

Clara se levantó.

—Lo sé.

—Me da rabia.

—También lo sé.

—No sabes todo lo que sabes.

Clara recogió las tazas de la mesa.

—Es una de mis pocas habilidades. Junto con quemar tostadas y guardar papeles que nadie quiere leer.

Fueron a la cocina.

Clara sacó huevos de la nevera. Irene se sentó en la encimera baja, como cuando era pequeña, aunque ya tenía edad suficiente para que el gesto pareciera incómodo. No se bajó.

El silencio de la cocina era distinto al de la habitación. Allí había cosas concretas: plato, sartén, aceite, sal, pan, cuchillo. Los objetos domésticos tenían una nobleza extraña. No entendían la mentira, pero ayudaban a no caerse del todo.

Clara batió los huevos.

—Si responden —dijo Irene—, ¿qué crees que harán?

—No lo sé.

—Pero imagina.

Clara encendió el fuego.

—Supongo que intentarán comprobar la información. Contactar con autoridades locales. Quizá con la guesthouse. Quizá pedir más datos.

—¿Y si avisan a alguien y él se escapa?

La frase "él se escapa" salió natural.

No "si no es él".

No "si ese hombre".

Él.

Clara no lo señaló.

—Puede pasar.

—Qué tranquilizador.

—Prefiero decirte eso a prometerte que lo van a encontrar.

Irene miró la sartén.

—Ya.

El aceite empezó a calentarse.

—Mamá.

—Dime.

—Si es él, ¿qué hacemos?

Clara vertió el huevo en la sartén.

El sonido llenó unos segundos.

—No lo sé.

—Necesito una respuesta menos honesta y más útil.

—Pues no la tengo.

Irene apoyó la cabeza contra el armario.

—Genial.

Clara miró la tortilla como si allí hubiera instrucciones.

No había.

—Si es él —dijo al fin—, primero habrá que confirmar que está vivo. Luego... vendrán consecuencias.

—Consecuencias.

—Sí.

—Eso suena a adultos intentando no decir cárcel.

Clara apagó el fuego.

—No sé qué consecuencias legales habría exactamente. Fingir una muerte, abandonar obligaciones, posibles fraudes, deudas, documentación falsa... No lo sé.

—Pero algo.

—Sí. Algo.

Irene tragó saliva.

—¿Y nosotras?

Clara se giró.

—Nosotras qué.

—¿Qué consecuencias tenemos nosotras? Porque siempre parece que las consecuencias son para él. Pero si está vivo, yo llevo seis años siendo hija de un muerto que se fue a vivir a una isla con otro nombre. No sé, igual también nos corresponde una cesta de bienvenida al infierno.

Clara dejó la espátula sobre la encimera.

—Irene.

—No quiero que vuelva.

La frase salió de golpe.

Después de decirla, Irene pareció más pequeña y más adulta a la vez.

—O sí —añadió enseguida—. No sé. No quiero verlo entrando por esa puerta. No quiero que huela esta casa. No quiero que diga mi nombre. No quiero que me mire como si todavía tuviera doce años. Pero también quiero preguntarle todo. Y quiero que me vea. No como una niña. Que me vea ahora. Que vea lo que hizo.

Clara se acercó despacio.

No la abrazó.

No todavía.

—Todo eso puede ser verdad a la vez.

Irene cerró los ojos.

—Odio esa frase.

—Yo también.

—La dices mucho.

—Porque por desgracia sirve.

Irene respiró hondo.

—Si está muerto, lo perdimos.

Clara supo la frase antes de que Irene terminara.

—Si está vivo, nos eligió perder.

Irene abrió los ojos.

—Eso dijiste antes.

—Sí.

—No vuelvas a decirlo con tanta claridad. Parece una sentencia y me dan ganas de romper platos.

Clara miró el escurridor.

—Son de Ikea.

—Entonces tampoco sería una gran pérdida.

Esta vez sí sonrieron.

Un segundo.

Poco más.

Suficiente para recordar que seguían siendo madre e hija, no solo dos testigos en el juicio invisible de Daniel Salcedo.

Cenaron en silencio.

Irene comió poco. Clara también. La tortilla quedó a medias. El pan tostado se enfrió. Después recogieron sin hablar demasiado.

A las veintidós diecisiete llegó una respuesta automática.

Clara y Irene estaban en el salón. El sonido del correo entrante las hizo girarse a la vez hacia el portátil, como si allí hubiera ladrado un animal.

Clara abrió.

Era un mensaje estándar.

Acuse de recibo.

La información sería revisada.

Para emergencias, llamar al número correspondiente.

Gracias por contactar.

Gracias.

La palabra más inútil de la administración después de "lamentamos".

Irene leyó por encima del hombro de su madre.

—O sea, nada.

—O sea, recibido.

—Maravilloso. Hemos enviado una bomba emocional y nos han devuelto un ticket.

—Por algo se empieza.

—Dijo la mujer que lleva seis años esperando formularios.

Clara cerró el correo.

—Irene.

—Ya paro.

—No quiero que pares. Quiero que no me claves todo a mí.

Irene se quedó callada.

El golpe fue justo.

Demasiado justo.

—Perdón —dijo.

Clara se frotó la cara.

—No. Perdóname tú. Estoy cansada.

—Yo también.

—Lo sé.

—No sabes cuánto.

Clara la miró.

—No. No lo sé.

Esa respuesta desarmó a Irene más que cualquier consuelo.

Se sentó en el sofá.

—Me da miedo que sea él.

Clara se sentó a su lado.

—A mí también.

—Y me da miedo que no lo sea.

—Sí.

—Porque si no es él, volvemos a lo mismo.

—Sí.

Irene agarró un cojín.

—¿Cómo puede ser que las dos opciones sean una mierda?

Clara suspiró.

—Porque tu padre siempre tuvo talento para no dejar salidas limpias.

Irene la miró.

—Eso ha sido muy cruel.

—Sí.

—También bastante preciso.

—Lo sé.

Se quedaron en silencio.

Luego Irene dijo:

—No quiero que me pida perdón.

Clara no respondió.

—No al principio. Si aparece. No quiero que lo primero sea "perdón". Porque entonces tendría que hacer algo con eso. Y no quiero. No quiero recibir su perdón como si fuera un paquete. No quiero que llegue seis años tarde y encima me toque firmar.

Clara sintió un dolor lento.

—Puedes no aceptar nada.

—¿Eso se puede?

—Sí.

—¿Aunque todos esperen que lo haga?

—Sí.

—¿Aunque él llore?

Clara tragó saliva.

—También.

Irene miró al frente.

—¿Tú qué harías?

La pregunta llevaba años esperándola.

Clara pensó en Daniel joven, en Daniel antes de la deuda, en Daniel haciendo reír a Irene sobre sus hombros, en Daniel mintiendo en la cocina, en Daniel desaparecido, en Daniel posiblemente vivo bajo otro nombre, en Daniel quizá con otra vida, otra gente, otra mujer, otras mesas, otro país.

Pensó en la llamada desde Filipinas.

En el "no body found".

En la caja.

En el cuaderno.

En los aniversarios.

En la sospecha.

—No lo sé —dijo.

Irene cerró los ojos.

—Mamá.

—Lo digo en serio. Una parte de mí querría verlo. Otra parte querría no darle ni cinco minutos de mi vida. Otra querría preguntarle si durmió bien mientras tú llorabas. Otra querría que alguien más se encargara de él para no tener que volver a ordenarle el desastre.

—¿Y alguna parte lo quiere?

Clara no contestó rápido.

No por no saber.

Por respeto.

—Alguna parte quiso a quien era —dijo—. O a quien pensé que era. Eso no desaparece de forma limpia. Pero querer no siempre significa abrir la puerta.

Irene asintió despacio.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Eso sí me sirve.

Aquella noche Irene durmió en el sofá.

No porque no pudiera ir a su habitación.

Porque no quería estar sola.

Clara no se lo preguntó. Le trajo una manta y se sentó en el sillón con el portátil sobre las piernas, revisando una y otra vez el

correo enviado, el vídeo, las capturas, la página de la guesthouse, el canal donde había aparecido Mateo.

Irene fingía dormir.

Clara fingía no saberlo.

A las dos y media de la madrugada, Irene habló sin abrir los ojos.

—¿Crees que tiene otra familia?

Clara dejó de escribir.

La pregunta había estado allí desde el principio, por supuesto. Solo faltaba que alguien tuviera el valor de hacerla.

—No lo sé.

—Pero podría.

—Sí.

Irene abrió los ojos.

—Una hija no.

La voz salió baja.

Casi infantil.

—Por favor.

Clara se levantó del sillón y se sentó en el borde del sofá.

—No sabemos nada.

—Una hija no.

Clara le acarició el pelo.

Esta vez Irene no se apartó.

—No vamos a adelantar ese dolor —dijo Clara.

—¿Tenemos presupuesto limitado?

—Sí.

—Menos mal. Ya era hora de un recorte útil.

Clara le besó la frente.

Irene cerró los ojos.

—Si tiene otra hija, lo mato.

—Entiendo.

—No me digas que no diga eso.

—No lo haré.

—No lo digo de verdad.

—También lo sé.

—Pero un poco sí.

—Eso también.

Irene se quedó dormida cerca de las tres.

Clara no.

Abrió el vídeo otra vez sin sonido.

Mateo se giraba.

El rostro aparecía borroso, rápido, insoportable.

Clara pausó.

Lo miró.

Daniel.

Quizá.

No.

Sí.

Una parte de ella lo reconocía con una certeza animal.

Otra parte se negaba por supervivencia.

Si era él, Clara tendría que reescribir seis años.

No como error.

Como crimen.

Cada noche de Irene llorando.

Cada reunión con orientadoras.

Cada documento.

Cada vez que alguien dijo "lo siento".

Cada vez que Clara defendió la posibilidad de que Daniel hubiera muerto de verdad.

Cada vez que ella misma se sintió cruel por sospechar.

Todo eso cambiaría de sitio.

La muerte de Daniel había sido una herida abierta.

La vida de Daniel sería una profanación.

Clara cerró el vídeo.

Abrió un documento y escribió una lista.

1. Esperar respuesta oficial.
2. Llamar mañana al consulado.
3. No contactar con la guesthouse directamente.
4. Guardar todo.
5. Hablar con Irene sin mentir.
6. No romperme delante de ella todo el tiempo.

Miró el punto seis.

Lo borró.

Lo volvió a escribir.

Luego añadió:

7. Si es él, no protegerlo.

Se quedó mirando esa frase.

No protegerlo.

Clara había protegido a Daniel muchas veces. No porque él lo mereciera. Porque Irene era pequeña. Porque la vergüenza manchaba. Porque las deudas eran complejas. Porque la ludopatía era una enfermedad, sí, pero también una fábrica de daños, y explicar ambas cosas a una niña era como darle un cuchillo por el mango equivocado.

Pero ya no.

Si era él, la verdad no podía volver a convertirse en algo que Clara administrara para que Daniel pareciera menos monstruoso.

No esta vez.

Por la mañana, llamaron.

Número desconocido.

Clara respondió tan rápido que casi se le cayó el móvil.

—¿Sí?

Una voz masculina se identificó desde una oficina española.

Habían recibido el correo.

Necesitaban ampliar datos.

Confirmar relación con Daniel Salcedo.

Confirmar fecha de desaparición.

Confirmar si tenían más imágenes.

Clara contestó.

Irene se despertó en el sofá y se incorporó al instante.

Clara puso el altavoz.

El hombre hablaba con tono correcto, prudente, administrativo. Eso, por una vez, ayudó. La prudencia impedía que el pánico se desbordara.

—No podemos confirmar nada todavía —dijo—. Pero la información se trasladará para comprobación.

—¿Cuánto tardará? —preguntó Irene.

El hombre hizo una pausa.

—No puedo darle un plazo exacto.

Irene cerró los ojos.

—Claro.

Clara le tocó la rodilla.

—¿Van a contactar con la guesthouse? —preguntó Clara.

—Se valorarán las vías adecuadas. Es importante no alertar directamente a personas implicadas hasta poder verificar.

Personas implicadas.

Mateo.

Daniel.

Lian.

Quién sabe quién más.

—Irene —dijo el hombre con cuidado—, entiendo que esto puede ser muy difícil.

Irene miró el teléfono.

—No. No lo entiende.

Clara cerró los ojos.

El hombre no se ofendió.

Bien por él. Medalla administrativa.

—Tiene razón —dijo—. No puedo entenderlo. Lo que sí puedo decirle es que vamos a tramitar la información.

Irene no respondió.

Clara agradeció la llamada. Preguntó qué debían hacer. El hombre indicó que permanecieran localizables y que enviaran cualquier información adicional.

Cuando colgó, Irene se levantó.

—Me voy a duchar.

—¿Estás bien?

Irene miró a su madre.

—Mamá.

—Ya. Pregunta idiota.

—Nivel principiante, sí.

Se fue al baño.

Clara se quedó sola en el salón.

El piso parecía igual.

Pero ya no lo era.

La verdad había empezado a moverse fuera de ellas.

Eso no significaba que fuera a llegar rápido.

Ni limpia.

Ni completa.

Pero ya no estaba solo dentro de sus cuerpos.

Durante los días siguientes, Irene no fue al instituto.

Clara llamó y dijo que estaba enferma.

No era mentira.

No del todo.

Irene estaba enferma de posibilidad.

Comía poco, dormía a ratos, revisaba el correo de Clara cada hora, buscaba más vídeos del canal, rastreaba la guesthouse, intentaba encontrar a Lian, a Mateo, cualquier cosa. Clara la dejaba investigar, pero con límites.

—No escribas a nadie.

—Ya lo sé.

—No comentes.

—Ya lo sé.

—No publiques nada.

—Mamá, sé usar internet mejor que tú.

—Precisamente por eso te lo digo.

Encontraron más pistas.

Una reseña antigua mencionaba a "Mateo, el español que ayuda allí".

Otra foto borrosa en una red social mostraba a un hombre de perfil junto a una moto.

Un comentario decía: "Ask Mateo for Spanish translation, very helpful."

Very helpful.

Irene leyó esa frase y se quedó quieta.

—Ayuda a turistas —dijo.

Clara no respondió.

—Se murió para convertirse en recepcionista freelance. Ambición tremenda.

La ironía sonó demasiado fuerte.

Luego Irene se tapó la cara.

—No puedo.

Clara se sentó a su lado.

—Para.

—No.

—Para diez minutos.

—Iba a tener dieciocho sin saber esto.

—Lo sé.

—Ya casi lo había enterrado.

Clara no dijo nada.

—Mal, pero lo había enterrado. Con sospechas, con rabia, con todo. Pero había una tumba. Horrible, sin cuerpo, sin nombre claro, pero algo. Ahora no sé qué tengo. ¿Una tumba con puerta trasera? ¿Un padre en modo incógnito?

Clara la abrazó.

Irene esta vez se dejó.

—No quiero tener esperanza —dijo contra su hombro.

—No la tengas.

—¿Se puede no tener?

—No siempre.

—Iré preparando otra queja formal a la vida.

—Pide copia sellada.

Irene soltó una risa rota.

Lloró después.

Las dos cosas cabían.

Qué remedio.

La confirmación no llegó esa semana.

Ni la siguiente.

Llegaron mensajes de que seguían comprobando.

Solicitud de más datos.

Una llamada breve.

Otra.

Silencios.

La maquinaria empezó a moverse, pero como se mueven las maquinarias públicas cuando el dolor humano espera al otro lado: despacio, con ruedas oxidadas y formularios que no tienen prisa porque no sueñan por la noche.

Irene volvió al instituto.

No contó nada.

Marta notó algo.

—Estás rara.

Irene la miró.

—Gracias. Tú siempre tan precisa. Deberías trabajar en emergencias.

—Va en serio.

Irene dudó.

Durante un segundo quiso decirlo.

Creo que mi padre está vivo.

Pero la frase era demasiado grande para el pasillo, las mochilas, el ruido, los exámenes, las taquillas. Decirla allí habría sido como soltar un animal en una tienda pequeña.

—Cosas de casa —dijo.

Marta no insistió.

Bien.

O mal.

Irene ya no sabía qué prefería.

Una tarde, al volver, Clara estaba en el salón con el móvil en la mano.

No estaba llorando.

No estaba pálida.

Solo muy quieta.

Irene dejó la mochila en el suelo.

—¿Qué?

Clara levantó la vista.

—Irene.

—Dímelo.

Clara tragó saliva.

—Han contactado con autoridades locales. Y con la guesthouse.

El cuerpo de Irene se tensó.

—¿Y?

—La mujer del alojamiento confirmó que allí trabajó un hombre español llamado Mateo.

—Vale.

—No sabe dónde está ahora.

Irene cerró los puños.

—Claro.

—Pero dijo algo más.

Irene no respiró.

Clara tenía los ojos llenos de algo que no era solo miedo.

—Dijo que se llamaba Daniel.

El piso se quedó sin sonido.

No del todo.

Nunca del todo.

Un coche pasó fuera.

Una puerta se cerró en otro piso.

La nevera hizo un ruido mínimo.

Pero para Irene todo cayó en una especie de silencio grueso.

Daniel.

Lian lo sabía.

O lo había sabido.

O lo había oído.

—¿Está confirmado?

Clara negó despacio.

—No oficialmente. Pero...

No terminó.

No hacía falta.

Irene se sentó en el suelo.

No en una silla.

En el suelo, como si el cuerpo hubiera decidido que las estructuras humanas eran demasiado ambiciosas para ese momento.

—Está vivo —dijo.

Clara se arrodilló frente a ella.

—Parece que sí.

Irene miró a su madre.

—No digas parece.

Clara respiró.
—Creemos que sí.
—No.
La voz de Irene cambió.
No era negación.
Era orden.
—Dilo.
Clara entendió.
Le costó.
Pero entendió.
—Daniel está vivo.
Irene cerró los ojos.
La frase que había esperado y temido durante seis años no trajo alegría.
Trajo una rabia tan grande que al principio pareció calma.
—Entonces no desapareció —dijo Irene.
Clara no respondió.
—Nos dejó.
Clara asintió.
Irene abrió los ojos.
No lloraba.
Todavía.
—Mamá.
—Estoy aquí.
—No quiero que me consueles.
—Vale.
—Quiero que lo encuentren.
Clara sostuvo su mirada.
—Yo también.
—I no para abrazarlo.
—Lo sé.
Irene tragó saliva.
—Quiero que sepa que ya no puede decidir cuándo aparece.
Clara asintió.
—Sí.
—Quiero que sepa que la espera se acabó.

Clara le cogió la mano.

Esta vez Irene no la soltó.

Durante años habían vivido dentro de una pregunta.

Ahora la pregunta empezaba a convertirse en una respuesta imposible.

Y la respuesta, como Clara había sospechado, no curaba nada.

Solo decidía de qué manera iba a doler todo lo demás.

Capítulo 26 — El último patrón

Daniel recibió la primera llamada del consulado a las nueve y veintidós de la mañana.

No contestó.

El teléfono barato vibró sobre la mesa de la habitación, junto a la hoja donde había escrito:

Mi nombre es Daniel Salcedo.

Debajo, el número del consulado.

Debajo, otra frase que había añadido de madrugada, con letra más pequeña:

No llamar también es una respuesta.

Qué maravilla.

Hasta cuando intentaba ser honesto, Daniel conseguía escribir frases que parecían fabricadas para justificar la siguiente cobardía. Si alguna vez fundaban un museo de la evasión moral, él podría donar libretas enteras. Con audioguía, naturalmente.

El móvil vibró hasta apagarse.

Silencio.

Daniel se quedó mirando la pantalla.

Número desconocido.

No era Rafael.

No era Lian.

No era nadie de la isla.

Era el mundo exterior golpeando la puerta que él había empezado a abrir y ahora no se atrevía a cruzar.

Pasaron treinta segundos.

Luego llegó un mensaje.

En inglés.

"Mr. Daniel Salcedo, please contact us regarding urgent consular matter."

Daniel leyó la frase varias veces.

Mr. Daniel Salcedo.

Señor Daniel Salcedo.

El nombre oficial.

El nombre de pasaporte.

El nombre de padre desaparecido.

El nombre que Clara habría pronunciado con rabia.

El nombre que Irene quizá ya estaría viendo en alguna pantalla, esperando que la burocracia hiciera lo que su padre no había sabido hacer: responder.

Daniel dejó el móvil boca abajo.

No funcionó.

La frase seguía allí aunque no la viera.

A las diez y media Rafael llamó.

Daniel contestó.

—¿Has dormido? —preguntó Rafael.

—No.

—Bien. La lucidez está sobrevalorada. La culpa, en cambio, trabaja mejor sin descanso.

—¿Qué quieres?

—Preguntarte si ya has tenido tu momento bíblico.

Daniel cerró los ojos.

—Rafael.

—No me digas que no te han llamado. Estas cosas se mueven despacio, pero cuando huelen sangre administrativa, avanzan.

Daniel no respondió.

Rafael soltó una risa baja.

—Ah. Te han llamado.

—No es asunto tuyo.

—Todo lo que afecta a mi inversión emocional en tu desastre es asunto mío.

—No soy tu inversión.

—No. Eres peor. Eres entretenimiento con consecuencias.

Daniel se levantó y caminó por la habitación.

Era pequeña, demasiado pequeña para una conversación así. Cama estrecha, ventilador, una mesa, una silla, una bolsa con ropa. Todo lo que Mateo Santos poseía cabía en un inventario triste. Todo lo que Daniel Salcedo debía, no.

—Voy a pagarte —dijo Daniel.

Rafael guardó silencio un segundo.

—Qué frase tan adorablemente vieja.
—Te pagaré y me iré.
—Ahí está. El clásico. Pagar un poco, irse mucho.
Daniel apretó el móvil.
—No voy a confesar.
La frase salió antes de que pudiera medirla.
Y en cuanto salió, entendió que era verdad.
Al menos esa mañana.
Al menos durante ese minuto.
Rafael no dijo nada.
Luego:
—Claro que no.
Daniel sintió rabia.
—No lo digas así.
—¿Cómo?
—Como si ya lo supieras.
—Daniel, te conozco lo suficiente para saber que cuando estás a un centímetro de hacer algo digno, tu instinto busca una salida lateral. Es casi elegante. Patético, pero elegante.
Daniel miró la hoja sobre la mesa.
Mi nombre es Daniel Salcedo.
La frase parecía escrita por otro hombre.
Uno mejor.
O uno más cansado.
—Me voy de la isla —dijo Daniel.
—¿A dónde?
—No lo sé.
—Precioso. La geografía como plan de rehabilitación. Nunca falla, salvo todas las veces anteriores.
—No te debo explicaciones.
—Me debes dinero.
—Te lo conseguiré.
Rafael suspiró.
—¿Cómo?
Daniel no respondió.
Porque ahí estaba el problema.

El dinero.

Siempre el dinero.

Madrid había empezado a derrumbarse con dinero.

Mateo se estaba derrumbando con dinero.

Qué falta de imaginación, de verdad. Después de fingir una muerte, cruzar países y vivir con otro nombre, acabar otra vez en una cuenta pendiente era casi ofensivo para la literatura. Un editor decente le habría exigido más variedad.

—Tengo opciones —dijo Daniel.

Rafael se rio.

—No. Tienes impulsos con vocabulario ejecutivo.

—No voy a hacer tu operación.

—Ya no importa.

Daniel se quedó quieto.

—¿Qué?

—La operación se enfría. Andrés, el prudente, hizo preguntas. Víctor empezó a dudar porque Andrés dudaba. Un desastre. La conciencia a veces tiene efectos secundarios comerciales.

—Mejor.

—Para ellos, quizá. Para ti, no.

Daniel entendió.

—Quieres cobrar.

—Qué vulgar suena cuando lo dices tú. Pero sí.

—Necesito tiempo.

—No tienes.

—Dame una semana.

—No.

—Tres días.

—No.

—Rafael.

—Daniel.

Los dos nombres chocaron por el teléfono.

—Te doy hasta esta noche —dijo Rafael—. Dinero o decisión.

—¿Qué significa decisión?

—Significa que si no pagas, yo decido qué hacer con lo que sé.

Daniel sintió el estómago caer.

—Dijiste que no ibas a escribir a Irene.

—Y no lo haré si no hace falta.

—No la toques.

—Esa frase empieza a aburrirme. No la tocaré. Pero puedo tocar el mundo alrededor. Consulado, policía local, algún contacto español, incluso tu querida Lian, que ya sabe bastante y probablemente se arrepiente de no saber menos.

Daniel respiró mal.

—Déjala.

—Entonces deja de esconderte detrás de ella.

La llamada terminó.

Daniel se quedó con el móvil en la mano.

Dinero o decisión.

Rafael era un cabrón, sí.

Pero también había elegido las palabras correctas.

Dinero o decisión.

Daniel llevaba toda la vida evitando decisiones con dinero. Préstamos, adelantos, apuestas, favores, refinanciaciones, tarjetas, cuotas, plazos. El dinero no solucionaba. Compraba retrasos. Y Daniel había confundido durante años los retrasos con salidas.

Miró la hoja.

Mi nombre es Daniel Salcedo.

Luego el teléfono.

Luego la puerta.

Podía llamar al consulado.

Podía hacerlo ahora.

Podía decir:

Soy Daniel Salcedo. Estoy vivo.

Cinco palabras.

Cinco.

No hacía falta escribir una novela.

La novela ya la había escrito el daño.

Cogió el móvil.

Marcó el número.

El dedo quedó sobre el botón de llamada.

No pulsó.

Pensó en Irene.

No en la Irene del vídeo.

En la Irene real, ahora, al otro lado del mundo, quizá con diecisiete años, quizá sentada junto a Clara, quizá sabiendo ya demasiado, quizá esperando que alguien confirmara que su padre había estado vivo todo ese tiempo.

Pensó en Clara.

No como exmujer.

Como testigo.

Como la persona que había tenido que convertir su desaparición en trámites.

Pensó en Lian.

En su frase:

Answer someone.

Responder a alguien.

El dedo bajó un poco.

Entonces pensó en la cárcel.

En titulares.

En la policía.

En volver a España como monstruo vivo.

En ver a Irene no en vídeo, sino delante.

En que ella no lo llamara papá.

En que no lo llamara nada.

El dedo se retiró.

Daniel soltó el teléfono sobre la cama.

Otra vez.

Otra magnífica actuación de la cobardía en formato minimalista.

Se vistió rápido.

No pensó.

Pensar se había convertido en un lujo peligroso, así que eligió moverse. Viejo recurso. Si el cuerpo camina, la conciencia tarda un poco más en alcanzarlo. No mucho. Lo justo para cometer otro error.

Fue al pueblo.

Buscó al hombre que a veces cambiaba dinero a turistas con peor comisión pero menos preguntas. Vendió el teléfono de mejor calidad que había comprado meses atrás y que casi no usaba. Vendió una

chaqueta. Vendió una herramienta que no era suya del todo, pero que había terminado en su bolsa después de una reparación en otro alojamiento.

Consiguió poco.

Ridículo.

Nada.

El dinero en su mano parecía una burla.

Rafael no aceptaría aquello.

No completo.

Necesitaba más.

Y ahí, en mitad de la carretera, Daniel sintió cómo el viejo mecanismo empezaba a montarse solo.

Primero, cálculo.

Luego, posibilidad.

Después, excusa.

Había una partida esa tarde.

No la de Rafael.

Otra.

Lo sabía por un conductor, por una conversación escuchada, por esa red pequeña de información que siempre rodea al juego como moscas alrededor de fruta demasiado madura.

Una partida privada.

Turistas.

Locales.

Dinero más alto.

Entrada posible.

Si ganaba una vez, solo una vez, podía pagar a Rafael. Irse. Evitar que Lian quedara más cerca. Evitar que el consulado avanzara. Evitar la confesión.

Evitar.

La palabra más honesta de su vida.

Daniel se detuvo junto a una tienda cerrada.

No.

No iba a hacerlo.

Era exactamente el patrón.

Exactamente.

Ni siquiera una versión sofisticada. Era casi ofensivamente obvio.

Deuda.

Miedo.

Apuesta.

Mentira.

Promesa de pagar.

Daño ajeno.

El circuito completo, con iluminación de emergencia.

Y aun así, una parte de él calculaba.

Si apostaba todo lo que tenía, si jugaba con cuidado, si no bebía, si se levantaba al primer beneficio, si no permitía que la adrenalina mandara, si…

Si.

La sílaba fundacional de toda estupidez.

Caminó hacia la guesthouse de Lian.

No sabía por qué.

Sí lo sabía.

Quería que ella lo detuviera.

Otra vez.

Quería llegar, decir una verdad incompleta, provocar una mirada, usar su decepción como muro. Lian se lo había dicho. No uses mujeres como puertas. Y ahí iba él, con su inteligencia de vendedor y su alma de perro mojado, buscando la misma puerta con distinto pomo.

Se detuvo antes de la verja.

Amara estaba en el comedor.

Daniel la vio antes de entrar.

La niña —ya no tan niña— estaba sentada con una libreta, hablando con Lian. Reía. Luego se puso seria. Luego volvió a escribir.

La escena lo frenó.

No por grandeza moral.

Por vergüenza.

Amara no tenía que verlo allí. No tenía que aprender otra vez que los adultos rotos aparecían en puertas ajenas buscando absolución con cara de urgencia.

Daniel retrocedió.

Pero Lian lo vio.

Salió hasta la entrada.

No cruzó la verja.

—Daniel.

El nombre ya no la sorprendía.

Eso dolía.

—No puedo entrar —dijo él.

—Then why here?

Buena pregunta.

Una de esas preguntas que la gente decente hace como si el mundo mereciera respuestas.

Daniel miró hacia la carretera.

—Rafael quiere dinero hoy.

Lian no cambió la expresión.

—And?

—No tengo suficiente.

—And?

La repetición lo golpeó.

Y.

Y qué.

La vida seguía después de cada excusa.

—Hay una partida —dijo.

Lian lo miró.

No con sorpresa.

Con cansancio.

—You came for me to say no.

Daniel cerró los ojos.

—Yes.

La verdad salió pequeña.

Fea.

Pero salió.

Lian no respondió enseguida.

Amara seguía dentro, sin mirar.

O fingiendo.

—No —dijo Lian.

Daniel abrió los ojos.

—Thank you.

—No.

La palabra cambió de sentido.

Lian se acercó a la verja.

—No, I will not be your wall.

Daniel tragó saliva.

—Lian.

—You already know no. You do not need me. You want witness. You want if you go, I failed. If you stop, I saved. No.

La vergüenza le subió a la cara.

Ella tenía razón.

Otra vez.

Qué agotador debía ser estar tan a menudo en lo cierto cerca de Daniel Salcedo.

—Then what? —preguntó él.

—You choose.

—If I don’t pay, he can hurt you.

—If you gamble, you hurt us.

—No es lo mismo.

—Yes. Same road.

Daniel apretó los dientes.

—No sabes cómo es.

Lian abrió la verja.

Salió.

La cerró detrás de sí.

Ahora estaban los dos en la carretera.

—Then tell me —dijo.

Daniel no entendió.

—What?

—Tell me how is. No poetry. No smart mouth. Tell.

Daniel miró al suelo.

Durante unos segundos no pudo hablar.

Luego lo hizo.

—Es como si todo se redujera a un punto. Todo lo demás se calla. La culpa, el miedo, las deudas, Irene, Clara, tú, Rafael, el

consulado. Todo se vuelve ruido de fondo. Y delante hay una posibilidad. Una sola. Si acierto, respiro. Si gano, compro tiempo. Si compro tiempo, quizá arreglo algo. Y sé que es mentira. Lo sé. No soy idiota. Pero durante ese minuto la mentira parece más real que todo lo demás.

Lian escuchó.

No lo interrumpió.

Daniel siguió:

—Y cuando pierdo, no siento que haya terminado. Siento que ahora sí tengo que seguir porque parar sería aceptar que lo he perdido por nada. Entonces juego para recuperar la pérdida. Después para recuperar lo que perdí intentando recuperar. Y al final ya no juego por ganar. Juego para que el último movimiento no sea el último.

Lian lo miraba con una dureza triste.

—That is sickness.

—Yes.

—And excuse.

Daniel cerró la boca.

Lian dio un paso más cerca.

—Both.

Eso era lo insoportable.

Las dos cosas.

Enfermedad y excusa.

Daño y síntoma.

Herida y arma.

Daniel había intentado durante años elegir una versión, porque elegir una versión permitía defenderse. Si era enfermedad, era víctima. Si era culpa, era monstruo. Pero las dos juntas exigían algo más difícil: responsabilidad sin negar el abismo.

—Call consulate —dijo Lian.

Daniel sintió el golpe.

—No puedo.

—Yes.

—No sabes lo que pasará.

—No. But this I know: if you gamble, you stay same. If you run, same. If you lie, same. If you confess, maybe not same.

Maybe not same.

Quizá no igual.

No redención.

No perdón.

No final feliz.

Solo una grieta en el patrón.

Daniel se pasó una mano por la cara.

—Rafael—

—Rafael is not god.

—No. Es peor. Es práctico.

Lian no sonrió.

—Then be more practical.

—¿Cómo?

—Police. Consulate. Truth. Before he uses.

Daniel se quedó callado.

La respuesta era obvia.

Tan obvia que llevaba días rodeándola como un imbécil dando vueltas alrededor de una puerta abierta buscando una ventana por la que saltar.

Dentro del comedor, Amara miró hacia ellos.

Daniel la vio.

Lian también.

La niña sostuvo la mirada un segundo, luego bajó la vista a su libreta.

—She knows something wrong —dijo Lian.

Daniel bajó la cabeza.

—Sorry.

—Do not say sorry to me now. Do better somewhere else.

Hazlo.

La frase de Amara volvió.

Then do.

Daniel sacó el dinero que había reunido. Se lo mostró a Lian.

—No es suficiente.

—No.

—Si se lo doy, ganaría tiempo.
Lian negó.
—No. He owns time then.
Daniel miró los billetes.
Tenía razón.
Pagar poco no cerraría nada.
Solo compraría otra habitación en la cárcel de Rafael.
—Take it —dijo Daniel.
Lian retrocedió.
—No.
—For Amara. For anything. I don't want—
—No.
La voz de Lian se endureció.
—You do not clean guilt with money here.
Daniel bajó la mano.
Claro.
Otra vez dinero intentando hacerse pasar por reparación.
Qué cansancio de sí mismo.
Guardó los billetes.
—I have to go.
—Where?
Daniel miró hacia la carretera que llevaba al pueblo.
La partida estaba hacia un lado.
Su habitación hacia otro.
El consulado, en el teléfono.
Rafael, en todas partes.
—A responder —dijo en español.
Lian no entendió la palabra, pero quizá entendió el gesto.
Daniel se alejó.
No hacia la partida.
Durante los primeros diez pasos, eso no significó nada. Todavía podía cambiar de dirección. Su cuerpo lo sabía. Su enfermedad también. Cada cruce era una oportunidad de traicionarse.
En el primer cruce, se detuvo.
A la izquierda: la zona donde sería la partida.
A la derecha: su habitación.

Sacó el móvil.
Lo encendió.
El mensaje del consulado seguía allí.
Rafael había enviado otro:
"Última oportunidad. No seas poeta."
Daniel casi rió.
Por una vez, buen consejo.
No seas poeta.
Llamó al consulado.
El tono sonó una vez.
Dos.
Tres.
Daniel estuvo a punto de colgar.
A la cuarta, una voz contestó en español.
—Consulado de España, buenos días.
Daniel cerró los ojos.
La carretera, la isla, el calor, el miedo, Rafael, Lian, Amara, Clara, Irene, Madrid, el mar: todo se juntó en la garganta.
—Buenos días —dijo.
Su voz sonó extraña.
Vieja.
Verdadera, tal vez.
—Necesito hablar con alguien sobre un ciudadano español desaparecido en Filipinas.
—¿Me puede indicar el nombre?
Daniel miró hacia el lado izquierdo del cruce.
La partida.
La última apuesta.
El último patrón.
Luego miró hacia la derecha.
Nada.
Solo carretera.
—Daniel Salcedo —dijo.
Hubo un silencio administrativo.
Tecleo.
—¿Usted tiene información sobre Daniel Salcedo?

Daniel respiró.
Podía colgar.
Aún.
Siempre podía colgar.
La cobardía era generosa con las salidas hasta el último segundo.
—Sí —dijo.
—¿Cuál es su relación con él?
Daniel cerró los ojos.
Ahí estaba.
La pregunta.
La primera puerta.
La más pequeña.
La más grande.
—Soy él.
El mundo no se detuvo.
Por supuesto que no.
Un perro ladró a lo lejos.
Una moto pasó por la carretera.
Una hoja se movió con el aire.
La voz al otro lado tardó apenas un segundo en responder, pero a Daniel le pareció suficiente para envejecer varios años.
—¿Perdón?
Daniel abrió los ojos.
—Soy Daniel Salcedo. Estoy vivo.
La frase salió entera.
Sin metáfora.
Sin broma.
Sin vender nada.
Al otro lado hubo más silencio.
Luego la voz cambió.
No mucho.
Lo suficiente.
—Señor, permanezca en línea, por favor.
Señor.
Daniel miró el cruce.
No se movió.

La partida seguía existiendo a la izquierda.

Rafael seguía existiendo.

La deuda seguía existiendo.

La vergüenza acababa de nacer de otra manera.

Pero durante ese instante, pequeño y brutal, Daniel no caminó hacia la mesa.

No buscó una apuesta.

No pidió otro plazo.

No hizo de Lian una puerta.

No hizo de Irene una excusa.

Solo permaneció en línea.

Y para un hombre que había convertido toda su vida en huida, quedarse al otro lado de una llamada fue casi una forma de violencia contra sí mismo.

La primera que no dañaba a nadie más.

Capítulo 27 — Daniel Salcedo responde

La voz del consulado le pidió que repitiera su nombre tres veces.

Daniel no la culpó.

Él también llevaba seis años intentando creérselo.

—Daniel Salcedo —dijo por tercera vez—. Daniel Salcedo Molina no. Salcedo. Daniel Salcedo. DNI...

Se detuvo.

Durante unos segundos no recordó el número.

Eso le dio miedo.

No porque fuera importante en sí. Había olvidado muchas cosas: contraseñas, fechas, nombres de clientes, promesas, pagos, domingos. Pero el DNI era otra clase de olvido. Era una de esas cifras que te acompañan como una sombra administrativa desde la adolescencia. Olvidarla en aquel momento era como si Daniel Salcedo estuviera realmente mal enterrado y hubiera que cavar para encontrarlo.

Luego volvió.

Lo dijo.

Al otro lado, la mujer —ya no la primera voz, sino otra, más seria, más preparada para emergencias extrañas— le pidió que permaneciera en línea.

Daniel miró el cruce.

La carretera a la izquierda seguía llevando a la partida.

La carretera a la derecha seguía llevando a su habitación.

La llamada lo llevaba a un sitio que no tenía geografía todavía.

—Necesitamos verificar su identidad —dijo la mujer—. ¿Puede indicarnos su fecha de nacimiento?

Daniel la dijo.

—¿Lugar de nacimiento?

—Madrid.

—¿Nombre completo de su hija?

El golpe fue tan directo que Daniel tuvo que cerrar los ojos.

La mujer no lo preguntó con crueldad. Claro que no. Era una pregunta de seguridad. Una forma de comprobar que aquel hombre que decía ser un muerto no fuera otro loco, otro estafador, otro turista borracho jugando con un expediente.

Pero Irene no era una pregunta de seguridad.

Irene era una persona.

Irene tenía diecisiete años.

Irene había escrito sobre sillas vacías.

Irene había dicho "no te mueras".

Irene había crecido con su padre convertido en hueco.

Daniel abrió los ojos.

—Irene Salcedo Molina.

La voz tardó una fracción de segundo.

—Gracias.

Gracias.

Qué palabra tan rara para aquello.

—¿Nombre de su expareja?

—Clara Molina.

Decirlos en voz alta fue peor que escribirlos.

Los nombres salieron de él y entraron en una línea telefónica oficial, como si por fin abandonaran el sótano donde los había guardado para que Mateo pudiera respirar.

—Señor Salcedo —dijo la mujer—, ¿se encuentra usted en peligro inmediato?

Daniel miró de nuevo la carretera.

Rafael existía.

La deuda existía.

Pero el peligro más antiguo era él mismo, y explicar eso por teléfono habría sido muy poco operativo.

—No lo sé —dijo.

La mujer guardó silencio.

—Necesito que me responda con la mayor claridad posible. ¿Hay alguien amenazándole ahora mismo? ¿Está retenido? ¿Necesita asistencia urgente?

Daniel casi dijo que no.

La vieja respuesta.

La respuesta útil.

La respuesta que mantenía todo un poco más bajo control.

Pero ya había dicho una verdad. Una verdad, descubrió, abría la puerta a otra con muy mala educación.

—Hay un hombre que sabe quién soy —dijo—. Me está chantajeando. Le debo dinero.

La frase sonó pequeña al decirla.

Ridículamente pequeña.

Un hombre que fingió morir, que dejó a su hija llorándolo, que vivió con nombre falso en una isla, volvía a la vida diciendo que debía dinero.

La literatura tenía derecho a sentirse insultada.

—¿Ese hombre está con usted ahora?

—No.

—¿Puede desplazarse a un lugar seguro?

Daniel miró alrededor.

Lugar seguro.

Qué concepto tan optimista.

—Sí.

—No cuelgue. Voy a indicarle cómo proceder.

Daniel escuchó.

La mujer hablaba de permanecer localizable, de no contactar con terceros, de acudir a una autoridad local o a un punto indicado, de coordinar asistencia consular, de registrar la situación, de enviar ubicación si era posible, de conservar el teléfono encendido.

El mundo oficial, cuando despertaba, lo hacía con frases largas.

Daniel intentó seguirlas.

Pero su cabeza se iba.

No lejos.

Atrás.

A Madrid.

A Clara.

A Irene.

A la caja.

A la llamada que ellas debían haber recibido hacía poco o recibirían pronto.

Alguien tendría que decirles que el muerto hablaba.

¿Quién era la persona adecuada para hacer eso?

Nadie.

No existía un cargo suficientemente cruel.

La mujer le pidió una ubicación aproximada.

Daniel la dio como pudo.

Tardó en explicar dónde estaba porque su vida en Siquijor también había sido una sucesión de lugares mal nombrados: la tienda de agua, el cruce, la carretera interior, la guesthouse de Lian sin decir Lian, el alojamiento barato sin nombre que quizá sí lo tenía.

—Necesitamos que vaya a un punto donde pueda ser localizado —dijo ella—. ¿Puede llegar al puesto de policía local más cercano?

Daniel sintió que la palabra policía le cerraba la garganta.

—Sí.

Mentira.

No sabía si podía.

No físicamente.

Físicamente podía caminar.

Lo otro era el problema.

—Señor Salcedo.

Daniel casi se rio.

Señor Salcedo.

Aquel tratamiento debería haber caducado con su muerte falsa.

—Sí.

—Entiendo que esto es complicado, pero necesito que no desaparezca de nuevo.

La frase fue profesional.

Correcta.

Probablemente dicha sin segunda intención.

Aun así, Daniel se quedó quieto.

No desaparezca de nuevo.

La mujer no sabía cuánto acababa de resumir.

—No —dijo Daniel.

Luego corrigió, porque un "no" solo era otra puerta mal cerrada.

—No voy a desaparecer.

Al decirlo, supo que no bastaba.

Las promesas de Daniel no valían nada. Ni por teléfono, ni en portales, ni en cocinas, ni junto al mar. Pero quizá, si alguien las registraba al otro lado de una línea oficial, si quedaban dentro de una maquinaria que no dependía de su voluntad, podían empezar a pesar un poco más que antes.

La llamada duró casi cuarenta minutos.

Al final, Daniel tenía instrucciones, un contacto, una hora aproximada y la sensación de haber salido de una habitación para entrar en un edificio entero lleno de puertas que no controlaba.

Colgó.

El silencio posterior fue enorme.

El móvil quedó caliente en su mano.

Daniel miró el cruce por última vez.

A la izquierda, la partida.

A la derecha, su habitación.

Frente a él, la carretera hacia el pueblo.

Caminó hacia el pueblo.

Cada paso parecía una negociación.

No porque dudara de la dirección, sino porque su cuerpo no estaba acostumbrado a avanzar hacia una consecuencia sin intentar rodearla. Era como obligar a un animal viejo a aprender un truco nuevo. El animal obedecía, pero miraba con rencor.

El primer mensaje de Rafael llegó a mitad de camino.

"¿Dónde estás?"

Daniel lo leyó.

No respondió.

Segundo mensaje:

"No me digas que te ha entrado conciencia. Me aburren los milagros baratos."

Daniel siguió caminando.

Tercero:

"Contesta."

Daniel apagó la pantalla, pero no el teléfono.

La diferencia importaba.

Pequeña, ridícula, pero importaba.

En la entrada del pueblo se cruzó con un grupo de niños saliendo de clase. Uno llevaba una pelota. Dos discutían. Una niña reía con la boca abierta, sin vergüenza. Daniel apartó la mirada porque todavía tenía la mala costumbre de convertir a cada niña en una sentencia.

Luego pensó:

No.

No cada niña.

Irene era Irene.

Amara era Amara.

Clara era Clara.

Lian era Lian.

Los nombres importaban.

Había pasado años escondiéndose en categorías: familia, hija, exmujer, huéspedes, locales, españoles, turistas, vivos, muertos. Las categorías ayudaban a no mirar. Los nombres, en cambio, llamaban a la puerta.

Llegó al puesto de policía con la camisa pegada a la espalda.

Era un edificio sencillo, de paredes claras, ventilador lento, sillas de plástico y una bandera que parecía cansada de estar allí. Dentro, dos hombres hablaban con una mujer mayor. Un agente joven levantó la vista.

Daniel entró.

Durante un segundo no supo qué idioma usar.

El inglés le pareció una máscara.

El español, inútil.

El silencio, conocido.

Eligió el inglés.

—Hello. I need help. Spanish consulate told me to come.

El agente lo miró con una mezcla de atención y aburrimiento administrativo.

—Problem?

Daniel sostuvo el móvil.

—My name is Daniel Salcedo.

El nombre no significó nada allí.

Todavía.

Qué extraño: en unas bocas era bomba, en otras ruido.

—Spanish consulate —repitió Daniel—. They call. Missing person. Me.

El agente frunció el ceño.

—You missing?

Daniel casi sonrió.

—Yes.

Era la respuesta más absurda y más exacta.

El agente llamó a otro. Empezaron preguntas. Daniel respondió con frases cortas. Un teléfono sonó. Alguien pidió esperar. Alguien le ofreció agua. Daniel aceptó porque las verdades grandes daban sed.

Mientras esperaba, Rafael llamó.

La pantalla mostró su nombre.

Rafael Mendoza.

Daniel dejó sonar.

El agente joven miró el teléfono.

—You answer?

Daniel negó.

—No.

La llamada se cortó.

Mensaje:

"Última oportunidad, Daniel."

Daniel leyó la frase.

Última oportunidad.

Cuántas últimas oportunidades había tenido.

Cuántas había convertido en prólogos.

Esta vez, en un gesto mínimo y casi infantil, mostró el mensaje al agente.

—This man —dijo—. Problem.

El agente leyó.

No pareció impresionado, pero llamó a alguien más.

El mundo empezó a tener testigos.

Eso fue nuevo.

Y aterrador.

Porque cuando hay testigos, una mentira deja de ser íntima. Ya no puedes editarla solo.

Lo llevaron a una sala pequeña.

No era interrogatorio de película. No había lámpara directa, ni golpe sobre la mesa, ni policía con mirada de acero. Había un ventilador, una mesa, tres sillas, una botella de agua, papeles y una pared con manchas de humedad.

Mucho más real.

Mucho peor.

Una mujer llegó media hora después. Hablaba mejor inglés. Se presentó con un cargo que Daniel entendió a medias. Venía a coordinar con autoridades y consulado.

Le pidieron que contara.

Daniel dijo:

—Where from?

La mujer no entendió.

—Sorry?

Daniel cerró los ojos.

¿Desde dónde se cuenta una vida así?

¿Desde la deuda?

¿Desde la primera apuesta?

¿Desde Clara dejando de gritar?

¿Desde Irene diciendo "no pasa nada"?

¿Desde Bali?

¿Desde Manila?

¿Desde el mar?

¿Desde Mateo?

¿Desde Rafael?

Toda confesión exigía elegir un principio, y Daniel no confiaba en sí mismo para elegir uno que no lo favoreciera demasiado.

—From Spain —dijo al fin—. I left Spain. I was in debt. Gambling. Family problems. I came to Indonesia. Then Philippines.

La mujer tomó notas.

Daniel siguió.

Las frases salieron rotas. No bonitas. No literarias. No dignas.

Me llamo Daniel Salcedo.

En España me creen muerto.

Fingí desaparecer en el mar.

Viví como Mateo Santos.

Mi familia no sabía.
Tengo una hija.
Tengo una exmujer.
Hay un hombre que sabe.
Me chantajea.
Debo dinero.
Quiero entregarme.
Quiero...
Se detuvo.
¿Qué quería?
No perdón.
No ayuda.
No exactamente.
—Quiero que sepan la verdad —dijo en español.
La mujer lo miró.
—Please, in English.
Daniel tragó saliva.
—I want them to know the truth.
La mujer escribió.
La verdad entró en el papel.
No toda.
Todavía no.
Pero una parte.
Daniel firmó una declaración inicial.
Su mano tembló al firmar.
No por el miedo habitual.
Por la firma.
Daniel Salcedo.
Hacía años que no firmaba así delante de nadie.
La primera letra salió torpe. La segunda, demasiado grande. El apellido se inclinó de forma rara. Parecía la firma de un hombre suplantándose a sí mismo.
Muy apropiado.
Cuando terminó, la mujer tomó el papel.
—You understand this has legal consequences?
Daniel asintió.

—Yes.

—In Philippines. In Spain. Possibly both.

—Yes.

—You may need legal assistance.

—Yes.

Sí.

Sí.

Sí.

Qué fácil era decir sí cuando la vida ya estaba ardiendo y uno, por fin, dejaba de discutir con el humo.

Le pidieron que permaneciera disponible. Que no abandonara la zona. Que entregara el teléfono para registrar mensajes o al menos preservarlos. Que indicara dónde estaba alojado. Que no contactara con Rafael. Que esperara nuevas instrucciones.

Esperar.

Otra vez.

Pero esta espera era distinta.

No era esperar a que pasara algo para no decidir.

Era esperar después de haber decidido.

Daniel no sabía si eso era mejor.

Solo era más limpio.

A media tarde, la mujer recibió una llamada.

Salió de la sala.

Daniel se quedó solo.

El ventilador giraba.

En la mesa había una botella de agua medio vacía.

Por la ventana estrecha se veía una pared y un trozo de cielo blanco.

El teléfono, sobre la mesa, vibró otra vez.

Rafael.

No contestó.

Otro mensaje:

"Lo has hecho, ¿verdad?"

Daniel miró la pantalla.

No respondió.

Otro:

"Idiota."

Daniel casi sonrió.

Ahí estaba.

Por fin una opinión breve y honesta.

Otro mensaje:

"Crees que esto te limpia."

Daniel miró esa frase más tiempo.

No.

No lo limpiaba.

Eso era lo primero que había entendido bien en años.

La verdad no era jabón.

Era ácido.

Quitaba capas, sí, pero también piel.

Daniel escribió una respuesta.

No debería.

Lo sabía.

Pero la escribió.

"No me limpia. Solo te quita sitio."

La leyó.

Demasiado buena.

Demasiado Daniel.

La borró.

No respondió.

Eso fue mejor.

Menos elegante.

Más difícil.

Al caer la tarde, le permitieron hacer una llamada supervisada al contacto consular que llevaba el caso. La voz masculina al otro lado habló en español.

—Señor Salcedo, tenemos que informarle de que se va a comunicar su localización y estado a sus familiares de referencia.

Familiares de referencia.

Daniel cerró los ojos.

Clara e Irene convertidas otra vez en categoría.

—Sí.

—Es posible que quieran contactar con usted, pero recomendamos que cualquier comunicación se gestione de forma ordenada.

Ordenada.

Daniel casi rió.

No por burla.

Por imposibilidad.

No había forma ordenada de decirle a tu hija que llevabas seis años vivo. Ni con formulario, ni con mediador, ni con agua mineral sobre una mesa.

—Lo entiendo —dijo.

—También necesitaremos que preste declaración ampliada. Y tendrá que consultar su situación legal. Esto puede implicar investigaciones tanto aquí como en España.

—Lo entiendo.

—¿Tiene usted abogado?

Daniel miró la pared.

—No.

—Se le facilitará información.

—Vale.

Hubo una pausa.

La voz cambió un poco. No dejó de ser profesional, pero se volvió menos papel.

—Señor Salcedo.

—Sí.

—Su hija y su expareja han sido quienes aportaron la información reciente.

Daniel sintió que algo se rompía en silencio.

No porque no lo hubiera imaginado.

Porque oírlo era otra cosa.

Irene lo había encontrado.

Clara lo había enviado.

El mundo no lo había alcanzado por justicia divina, ni por su valentía, ni por Rafael.

Lo había alcanzado porque su hija, la hija a la que había dejado mirando el mar en una pantalla, había visto una grieta y no había

apartado la mirada.

—¿Mi hija? —preguntó, aunque la respuesta ya estaba.

—Sí.

Daniel apoyó la mano libre sobre la mesa.

Le temblaban los dedos.

Irene lo había visto.

Te he visto, pensó, sin saber que ella había escrito esa frase y la había borrado.

La coincidencia lo atravesó como si existiera algún tipo de crueldad organizada en el universo.

—¿Ella sabe? —preguntó.

—Se les comunicará oficialmente lo que corresponda. No puedo darle más detalles ahora.

Claro.

La información ya no era suya.

La historia ya no era suya.

Por fin.

Al colgar, Daniel se quedó quieto.

La sala parecía más pequeña.

No por la policía.

No por Rafael.

Por Irene.

Durante años había tenido miedo de que ella descubriera la verdad.

Ahora que sabía que ella la había empujado hasta él, el miedo cambió de forma.

Ya no era miedo a ser encontrado.

Era miedo a ser visto.

De verdad.

A las siete y algo, una autoridad local le pidió que los acompañara a su alojamiento para recoger sus cosas.

Daniel dijo que sí.

Fueron en un vehículo sencillo. Dos agentes, él, una carretera que conocía demasiado bien. El cielo empezaba a oscurecer. La isla seguía funcionando: motos, tiendas, niños, perros, humo de cena, gallos confundidos. Todo igual. Todo distinto.

Al pasar cerca de la guesthouse de Lian, Daniel miró hacia la entrada.

No esperaba verla.

La vio.

Estaba de pie junto a la verja.

No sola.

Amara estaba detrás, parcialmente oculta, mirando con los ojos muy abiertos.

El vehículo redujo un poco por la curva.

Durante un segundo, Daniel y Lian se miraron.

Ella entendió.

No todo.

Lo suficiente.

Daniel no levantó la mano.

No habría servido.

Lian tampoco.

Pero su mirada no tenía sorpresa.

Tampoco perdón.

Había algo más difícil.

Una especie de reconocimiento grave.

Como si dijera: ahora sí, al menos estás yendo hacia el incendio correcto.

Amara miraba sin entender del todo.

O entendiendo demasiado, que con los niños nunca se sabe y por eso conviene no destruirles la vida, detalle que Daniel había pasado por alto de forma bastante espectacular.

El vehículo siguió.

Daniel no volvió la cabeza.

En su alojamiento, recogió sus pocas cosas.

Ropa.

Papeles.

Una libreta.

El teléfono.

Dinero.

La hoja donde había escrito:

Mi nombre es Daniel Salcedo.

La dobló y la guardó.

No como símbolo.

No como reliquia.

Como prueba privada de que, por una vez, había escrito una frase y luego la había obedecido.

Al salir, uno de los agentes recibió una llamada.

Habló rápido.

Daniel no entendió.

Luego el agente miró hacia la carretera.

Un triciclo se detuvo a unos metros.

Rafael bajó.

Por supuesto.

El hombre siempre había tenido buen sentido de la escena.

Llevaba gafas de sol aunque ya casi no había sol.

Caminó hacia ellos sin prisa.

Uno de los agentes le cortó el paso y le habló. Rafael respondió en inglés tranquilo. Señaló a Daniel. Sonrió.

Daniel no oyó todo.

No hacía falta.

Rafael intentaba parecer ciudadano útil.

Testigo.

Conocido.

Hombre preocupado.

Un clásico.

La mujer que coordinaba el caso no parecía impresionada.

Bien por ella.

Rafael miró a Daniel por encima del hombro del agente.

—Daniel —dijo en español—. Todavía puedes decir que te confundiste.

Daniel lo miró.

Durante años, aquella frase habría encontrado una puerta.

Confusión.

Malentendido.

Crisis.

Error.

Pánico.

Accidente.

Siempre había una forma de volver borroso lo nítido.

—No —dijo Daniel.

Rafael sonrió apenas.

—Qué desperdicio.

—Sí.

Rafael pareció disfrutar de la respuesta.

—Te van a destrozar.

Daniel sintió miedo.

Claro que sí.

—Ya lo hice yo primero.

Por una vez, la frase no fue una broma.

Rafael lo entendió.

Su sonrisa se apagó un poco.

—Crees que esto te hace mejor.

Daniel negó.

—No.

—Entonces, ¿qué?

Daniel miró el vehículo.

Los agentes.

La carretera.

La isla.

La dirección donde quedaba la guesthouse.

El mar detrás de todo.

—Me hace localizable.

Rafael se quedó callado.

No era una gran frase.

No era épica.

No era redención.

Pero era verdad.

Y Rafael, que vivía de convertir las verdades ajenas en instrumentos, pareció reconocer que aquella no podía usarla tan fácilmente.

—Nos veremos —dijo Rafael.

Daniel asintió.

—Supongo.

—Eso no ha terminado.

—No.

—Tu deuda sigue.

Daniel lo miró.

—Sí.

—Tu hija sigue.

El golpe fue bajo.

Intencionado.

Daniel lo recibió.

—Sí.

—Clara sigue.

—Sí.

—Lian sigue.

Daniel miró hacia la carretera.

—Sí.

Rafael dio un paso más cerca, hasta donde el agente se lo permitió.

—Entonces no has escapado de nada.

Daniel sostuvo su mirada.

—Exacto.

Y esa fue la primera vez que decirlo no sonó a derrota.

Lo llevaron de vuelta al puesto local para seguir con las gestiones.

La noche cayó mientras Daniel esperaba en otra sala.

Más llamadas.

Más papeles.

Más preguntas.

Más nombres.

El proceso empezaba.

No sabía si acabaría detenido formalmente, repatriado, investigado, expuesto, demandado, odiado, olvidado de otra manera. No sabía qué haría Clara. No sabía qué haría Irene. No sabía si algún día podría mirarla sin que ella quisiera romperle la cara o, peor, sin que ella no quisiera nada.

No sabía casi nada.

Pero sabía una cosa.

Cuando la voz oficial le preguntó otra vez su nombre completo para registrar la declaración ampliada, Daniel no tardó.

—Daniel Salcedo —dijo.

Luego añadió:

—Estoy vivo.

La mujer levantó la vista.

—Eso ya consta.

Daniel asintió.

Consta.

Qué palabra tan fría.

Qué palabra tan necesaria.

Durante seis años había sido un hombre vivo escondido detrás de un ahogado.

Ahora, al menos, constaba.

Y por primera vez desde que el mar aceptó su mentira, Daniel Salcedo no tuvo que seguir nadando.

Capítulo 28 — La llamada

Clara recibió la llamada a las siete y doce de la mañana.

Estaba despierta desde las cinco.

No porque quisiera. Querer hacía tiempo que no pintaba gran cosa en ciertas partes de su vida. Estaba despierta porque el cuerpo, cuando ha vivido demasiados años esperando noticias imposibles, desarrolla una especie de guardia nocturna. Una parte se acuesta. Otra se queda de pie junto a la puerta.

El móvil vibró sobre la mesa de la cocina.

Número desconocido.

Clara miró la pantalla.

Durante seis años, los números desconocidos habían sido muchas cosas: trámites, bancos, llamadas perdidas, silencios, actualizaciones inútiles, gente que decía "lo sentimos" con voz de oficina. Aquella mañana el número desconocido fue todas esas cosas y una más.

Una respuesta.

Irene dormía en el sofá.

O fingía.

Desde que apareció el vídeo, dormir en casa se había vuelto una actividad teórica. Las dos descansaban a ratos, como guardias de hospital, esperando que algo sonara, que algo llegara, que alguien en algún lugar del mundo decidiera por fin ordenar el desastre.

Clara cogió el móvil.

No contestó enseguida.

Dos vibraciones.

Tres.

La cocina olía a café recalentado y a pan de molde sin tostar. En la encimera seguía una libreta abierta con apuntes: consulado, contacto, vídeo, minuto exacto, Lian, Mateo, Daniel.

Daniel.

El nombre estaba escrito varias veces.

Cada vez parecía de una persona distinta.

Clara contestó.

—¿Sí?

Una voz masculina se identificó.

Española.

Formal.

Prudente.

Demasiado prudente.

Clara sintió que el cuerpo se le preparaba para una caída.

—¿Hablo con Clara Molina?

—Sí.

Irene abrió los ojos en el sofá.

No se movió.

Pero Clara la vio despertar entera.

—Señora Molina, llamamos en relación con Daniel Salcedo.

Clara cerró los ojos.

La frase ya no era nueva.

La había oído de muchas formas.

Daniel Salcedo desaparecido.

Daniel Salcedo sin localizar.

Daniel Salcedo objeto de búsqueda.

Daniel Salcedo, ciudadano español.

Daniel Salcedo, expediente.

Nunca Daniel Salcedo vivo.

Todavía no.

—Dígame —dijo Clara.

Irene se incorporó despacio.

El hombre al otro lado respiró.

O quizá Clara imaginó esa pausa porque necesitaba odiar a alguien por tardar.

—Hemos recibido confirmación preliminar de que Daniel Salcedo se ha presentado ante autoridades locales en Filipinas.

El mundo no se detuvo.

No con dramatismo.

No con música.

No con esa decencia narrativa que uno espera de las cosas irreparables.

La nevera siguió zumbando.

Un coche pasó por la calle.

En algún piso cercano, alguien arrastró una silla.

Clara apoyó una mano sobre la mesa.

—¿Está vivo? —preguntó.

La voz respondió:

—Sí.

Una sílaba.

Seis años.

Sí.

Irene se levantó del sofá.

No preguntó.

No hizo falta.

Clara la miró y, durante un segundo, no supo si era su hija de diecisiete años o aquella niña de doce que había escrito "papá contesta" a un teléfono muerto.

—Está vivo —dijo Clara.

Irene no cambió la cara.

Eso fue lo primero que asustó a Clara.

No lloró.

No gritó.

No se llevó las manos a la boca.

Se quedó quieta, de pie en medio del salón, con el pelo revuelto y una manta caída a sus pies, como si alguien le hubiera anunciado algo que ya sabía y aun así no pudiera permitirse entender.

Clara volvió al teléfono.

—¿Está detenido?

—La situación se está gestionando con autoridades locales. Todavía no puedo darle todos los detalles. Está prestando declaración y se está verificando su identidad formalmente.

Verificando su identidad.

Clara sintió una risa absurda queriendo subir.

Claro.

Había que verificar que el hombre que había destruido sus vidas fuera, en efecto, el hombre que había destruido sus vidas. No fuera a haber un error administrativo en el infierno, por favor, que luego todo son reclamaciones.

—¿Él ha dicho que es Daniel? —preguntó Clara.

—Sí.

Irene cerró los ojos.

Ahí sí.

Un cambio mínimo.

Como si la frase le hubiera tocado por dentro.

—¿Desde cuándo...? —Clara se detuvo.

No sabía hacer la pregunta.

¿Desde cuándo está vivo?

Qué estupidez.

Desde siempre.

Desde el primer día.

Desde que Irene lloraba.

Desde que Clara doblaba camisetas.

Desde que la caja llegó.

Desde que el cuaderno azul quedó vacío.

Desde que cada persona bienintencionada dijo "lo siento".

—¿Ha dicho qué pasó? —preguntó al fin.

El hombre mantuvo el tono.

—Ha manifestado que fingió su desaparición.

La frase entró limpia.

Sin eufemismo.

Sin "posible".

Sin "presuntamente", aunque quizá vendría después en los papeles.

Fingió su desaparición.

Clara miró la mesa.

Sus dedos estaban apoyados sobre la libreta.

Daniel.

Mateo.

Lian.

Irene.

Fingió.

La palabra era pequeña.

Demasiado pequeña.

No cabía dentro todo lo que había hecho.

Fingir era llegar tarde y decir que había tráfico.

Fingir era sonreír en una reunión.

Fingir era decir "no pasa nada" cuando sí pasaba.

Lo de Daniel no había sido fingir.

Había sido fabricar una tumba y obligar a su hija a sentarse delante durante seis años.

—¿Clara? —preguntó Irene.

Su voz sonó tranquila.

Demasiado.

Clara tapó un segundo el micrófono.

—Ha dicho que lo fingió.

Irene asintió.

Como quien recibe una factura esperada.

Luego se sentó en el suelo.

No en el sofá.

En el suelo.

Otra vez.

Clara quiso acercarse, pero el teléfono seguía pegado a su oído.

El hombre continuó explicando.

Procedimientos.

Declaración.

Situación legal.

Coordinación.

Posibilidad de contacto posterior.

Recomendación de no intentar comunicación directa todavía.

Asistencia psicológica.

Asistencia consular.

Investigación.

Clara escuchaba y no escuchaba.

La voz convertía a Daniel en proceso.

Otra vez.

Solo que ahora el proceso tenía pulso.

—¿Él sabe que nosotras sabemos? —preguntó Clara.

—Se le ha informado de que ustedes aportaron la información que permitió localizarlo.

Clara miró a Irene.

Irene estaba sentada con las piernas recogidas, mirando un punto fijo de la alfombra.

Él sabe.

Daniel sabía que Irene lo había visto.

Bien.

Bien no.

Nada estaba bien.

Pero aquello sí tenía una forma de justicia pequeña, una de esas monedas torcidas que la vida deja caer de vez en cuando para que no incendiemos el edificio entero.

—¿Ha preguntado por ella? —dijo Clara.

La pregunta salió antes de que pudiera evitarla.

Se odió por hacerla.

Se odió por necesitar saberlo.

El hombre guardó una pausa.

—Ha preguntado si su hija estaba informada.

Clara cerró los ojos.

No era suficiente.

Por supuesto que no.

Nada lo sería.

Pero la pregunta existía.

Y eso también dolía.

—¿Qué quiere él? —preguntó Clara.

—Por ahora está colaborando.

Clara casi soltó una carcajada.

Colaborando.

Daniel siempre llegaba tarde hasta a la colaboración.

—No le estoy preguntando por el expediente —dijo, más seca de lo que pretendía—. Le pregunto qué quiere él.

El hombre tardó.

—Ha manifestado que quiere que ustedes conozcan la verdad.

Clara miró la cocina.

La taza de café.

La libreta.

La silla donde Irene desayunaba de niña.

La ventana.

La vida entera que había tenido que seguir sin Daniel.

—Qué considerado —dijo.

El hombre no respondió.

Bien.

Quizá también sabía callarse.

Clara respiró.

—¿Podremos hablar con él?

Irene levantó la cabeza.

No con esperanza.

Con alarma.

Clara le sostuvo la mirada.

No decía ahora.

No decía pronto.

Solo hacía la pregunta que alguien tenía que hacer.

—Se valorará la forma adecuada —respondió el hombre—. Dada la situación, recomendamos que cualquier contacto inicial sea mediado o, al menos, acordado previamente.

—¿Por videollamada?

—Es una posibilidad.

Irene negó con la cabeza.

Una vez.

Muy despacio.

Clara la vio.

—No ahora —dijo al teléfono—. No todavía.

—Lo entiendo.

No, pensó Clara.

No lo entiendes.

Pero gracias por no fingir demasiado.

La llamada terminó después de más instrucciones, números de referencia y promesas de actualización.

Clara colgó.

El móvil quedó sobre la mesa.

Ni ella ni Irene hablaron durante varios segundos.

Luego Irene dijo:

—Dilo otra vez.

Clara sintió que se le cerraba la garganta.

—Daniel está vivo.

Irene miró al suelo.

—Y lo fingió.

Clara asintió.

—Sí.

—Dilo.

—Fingió su desaparición.

Irene cerró los ojos.

—No. Todo.

Clara tardó.

No quería.

Pero Irene no estaba pidiendo crueldad.

Estaba pidiendo una frase completa. Una pared donde apoyar la rabia.

Clara se acercó y se sentó en el suelo frente a ella.

—Tu padre está vivo. Fingió su desaparición en Filipinas. Nos dejó creer que había muerto.

Irene abrió los ojos.

No lloraba.

Todavía.

—Seis años —dijo.

—Sí.

—Me dejó escribirle.

Clara no respondió.

—Me dejó decirle que contestara.

—Sí.

—Me dejó pensar que el mar...

No terminó.

El mar, de pronto, quedaba absuelto de algo.

No de todo.

Nunca de todo.

Pero de aquello sí.

El mar no le había quitado a su padre.

Daniel había usado el mar como coartada.

Irene soltó una risa breve.

Fea.

—Qué hijo de puta.

Clara no la corrigió.

No esa mañana.

Había frases que una madre debía permitir aunque quemaran la lengua.

—Qué hijo de puta —repitió Irene, más bajo.

Y entonces lloró.

No como a los doce.

No con el cuerpo pequeño buscando a su madre.

Lloró con rabia.

Con vergüenza.

Con alivio.

Con duelo traicionado.

Con todos los años cayendo a la vez desde estanterías distintas.

Clara la abrazó.

Irene primero se tensó.

Luego se agarró a ella con fuerza.

—No quiero verlo —dijo.

—Vale.

—No quiero oírlo.

—Vale.

—No quiero que me diga perdón.

—Vale.

—No quiero que exista.

Clara cerró los ojos.

—Lo sé.

Irene lloraba contra su hombro.

—Pero existe.

—Sí.

—El muy cabrón existe.

Clara le acarició el pelo.

—Sí.

Durante mucho rato, eso fue todo.

Sí.

La palabra que confirmaba.

La palabra que destruía.

La palabra que, por fin, dejaba de ser pregunta.

A media mañana llamó la hermana de Clara.

Clara no quería contestar.

Contestó.

No porque tuviera energía, sino porque algunas noticias no podían quedarse dentro del piso sin pudrir el aire.

—Lo encontraron —dijo Clara.

Su hermana guardó silencio.

—¿Está vivo?

Clara miró a Irene, que estaba en el sofá con una manta encima, mirando nada.

—Sí.

Al otro lado hubo una respiración rota.

—Dios mío.

—No digas eso.

—Perdón.

—Lo fingió.

La frase salió más fácil la segunda vez.

No menos dolorosa.

Más fácil.

Su hermana no dijo nada durante varios segundos.

Luego:

—Voy para allá.

—No hace falta.

—Voy para allá.

Clara no discutió.

Había aprendido a aceptar ayuda cuando no tenía fuerzas ni para fingir que no la necesitaba.

Después llamó al instituto.

No explicó todo.

Dijo que Irene no iría.

Que era un asunto familiar grave.

La secretaria, probablemente la misma de otros años o una voz parecida en el engranaje eterno de los centros educativos, dijo que lo entendía.

Clara pensó:

No, no lo entiendes.

Pero al menos no preguntó.

Irene pasó la mañana en silencio.

No quiso desayunar.

No quiso ducharse.

No quiso hablar con su tía cuando llegó, aunque permitió que se sentara cerca.

Eso ya era mucho.

La hermana de Clara abrazó primero a Clara en la cocina.

Sin frases.

Bien.

Luego fue al salón y se sentó en una butaca.

—Irene —dijo.

Irene no la miró.

—Está vivo.

—Sí —dijo su tía.

—Todos estos años.

—Sí.

—Y yo diciendo que estaba muerto porque era más corto.

La tía de Irene cerró los ojos.

No dijo "no podías saberlo".

No dijo "hiciste lo que pudiste".

Quizá porque esas frases vendrían luego.

Quizá porque había momentos en que la única forma decente de acompañar era no echar ambientador sobre una fosa abierta.

Irene miró hacia la ventana.

—¿Sabes qué es lo peor?

Nadie respondió.

Bien.

—Que una parte de mí está aliviada.

Clara sintió el golpe.

Irene siguió:

—Está vivo. O sea, no se ahogó. No tuvo miedo debajo del agua. No murió solo. No... no sé. No pasó eso. Y eso debería ser bueno.

Se llevó una mano a la boca.

—Pero si no pasó eso, entonces pasó otra cosa peor.

Clara se sentó a su lado.

—Irene.

—No. No me toques ahora.

Clara retiró la mano.

Irene respiró.

—Si hubiera muerto, al menos no habría elegido. Pero eligió.

Eligió.

Esa era la palabra.

La palabra que iba a reorganizarlo todo.

La muerte de Daniel había sido una tragedia.

La vida de Daniel era una decisión prolongada.

—Quiero verlo —dijo Irene de pronto.

Clara la miró.

—Irene...

—No ahora. No sé. Pero quiero. No. Quiero que él me vea. Eso es distinto.

La tía de Irene se limpió una lágrima.

Irene la vio.

—No llores por él.

—No lloro por él.

Irene no respondió.

Clara dijo:

—No tienes que decidir hoy.

—Ya lo sé.

—De verdad.

Irene la miró con cansancio.

—Mamá, sé que no tengo que decidir hoy. Pero todo el mundo lleva años decidiendo cosas por mí porque "no era el momento". Él decidió irse. Tú decidiste no contarme toda la sospecha hasta que fue imposible. Los adultos decidisteis cómo decir muerto, desaparecido, duelo, trámites. Así que déjame odiar la frase "no tienes que decidir hoy" aunque tengas razón.

Clara recibió el golpe.

Lo merecía en parte.

No todo.

Pero en parte.

—Vale —dijo.

—Gracias.

La gratitud sonó triste.

Por la tarde llegó otro correo.

Información complementaria.

Daniel seguía bajo supervisión de autoridades locales.

Había reconocido su identidad.

Se iniciarían comunicaciones formales.

Se recomendaba, de nuevo, que cualquier contacto familiar fuera mediado.

Irene leyó el correo dos veces.

—"Reconocido su identidad" —dijo—. Qué bien. Ha tardado solo seis años. Un récord administrativo.

Clara no dijo nada.

—¿Crees que va a volver a España?

—Supongo.

—¿Supongo?

—No sé cómo será el proceso. Pero tendrá que responder.

Irene asintió.

—Responder.

La palabra quedó allí.

Como si perteneciera a otro idioma.

—¿Y si no quiero escucharlo?

—No lo escuchas.

—¿Y si quiero?

—Lo escuchas.

—¿Y si cambio de idea a mitad?

—Paras.

Irene la miró.

—Lo dices como si fuera fácil.

—No. Lo digo como si tuvieras derecho.

Eso sí la dejó callada.

Derecho.

Durante años, Daniel había ocupado el centro del dolor sin estar. Su desaparición había dictado silencios, fechas, conversaciones,

gestos. Incluso ausente, organizaba la habitación. Clara quería que eso terminara.

No podía curar a Irene.

Pero podía darle algo que Daniel le había robado: control sobre su propia respuesta.

Esa noche, Irene sacó el cuaderno azul.

El de Manila.

Lo puso sobre la mesa del salón.

Clara lo vio y no preguntó.

La pulsera seguía dentro, entre las primeras páginas.

Irene la sacó.

La dejó al lado.

—No sé qué hacer con esto —dijo.

—No tienes que...

Irene la miró.

Clara se detuvo.

—Perdón. Costumbre.

Irene abrió el cuaderno.

Páginas blancas.

Durante años, aquella blancura había sido una provocación.

Ahora era otra cosa.

Una superficie que Daniel no había tocado.

Eso importaba.

Irene cogió un bolígrafo.

Clara se quedó quieta.

La primera página recibió una frase.

Irene escribió despacio:

Está vivo.

Se quedó mirando las dos palabras.

Luego añadió:

Y yo también.

Clara sintió que se le llenaban los ojos.

Irene no la miró.

—No llores.

—No puedo prometer eso.

—Al menos hazlo con elegancia.

—Nunca fue mi fuerte.

Irene cerró el cuaderno.

No escribió más.

Solo eso.

Está vivo.

Y yo también.

Guardó la pulsera dentro otra vez, pero no en la primera página. Más adelante. Como si hubiera cambiado de sitio una pieza de la historia.

Después dejó el cuaderno sobre la mesa.

—No es para él —dijo.

—Lo sé.

—No significa que lo perdone.

—Lo sé.

—Ni que quiera ser profunda.

—Eso me tranquiliza. Dos escritoras intensas en casa serían muchas.

Irene casi sonrió.

Luego se puso seria.

—Si hablo con él, quiero que sea por videollamada primero.

Clara asintió.

—Vale.

—No quiero que aparezca aquí.

—No aparecerá aquí.

—Promételo.

Clara sostuvo su mirada.

—Te lo prometo.

Irene tragó saliva.

—Y tú estarás.

—Sí.

—Pero no hablarás por mí.

Clara sintió el peso de esa frase.

—No hablaré por ti.

—Aunque me quede callada.

—Aunque te quedes callada.

—Aunque llore.

—Aunque llores.

—Aunque lo insulte.

Clara respiró.

—Intentaré no interrumpir.

Irene asintió.

—Eso cuenta.

Clara quiso abrazarla.

No lo hizo.

Irene había pedido espacio sin decirlo.

Aquella noche, por primera vez desde que enviaron el correo, Irene durmió en su habitación.

Clara se quedó en el salón.

No porque Irene lo necesitara.

Porque ella no sabía dónde ponerse.

Abrió la libreta y escribió:

Daniel está vivo.

Debajo:

No protegerlo.

Luego:

Proteger a Irene no significa suavizar la verdad.

Miró esa frase.

La subrayó.

No era una frase bonita.

Era una instrucción.

Las madres también necesitan instrucciones cuando el mundo decide convertirse en una broma pesada con documentación internacional.

A las tres de la madrugada, Clara abrió el chat de Daniel.

El antiguo.

El último mensaje de él seguía años atrás, congelado en una normalidad que ahora parecía criminal.

"Ya te mandaré fotos."

Clara miró la frase.

Fotos.

Sí.

Había mandado fotos.

Del mar.

De la mentira.

De la distancia.

Clara escribió en la caja de texto:

Irene sabe que estás vivo.

No envió.

Borró.

Escribió:

No vuelvas a hacer que ella espere.

Borró también.

El chat no era el lugar.

Daniel había vuelto al mundo oficial. Bien. Que la verdad pasara por ahí primero. Que aprendiera a no entrar por las ventanas emocionales que él mismo había roto.

Clara bloqueó el móvil.

Se quedó mirando la oscuridad del salón.

Pensó en la primera llamada, la de seis años atrás.

Missing at sea.

Pensó en aquella mañana.

Está vivo.

Las dos llamadas se parecían demasiado.

Una había matado a Daniel.

La otra lo había resucitado.

Ambas habían dejado a Clara con el mismo trabajo: sostener a Irene mientras el padre de Irene convertía su existencia en un problema.

Pero esta vez había una diferencia.

La primera vez Clara no sabía contra qué luchaba.

Esta vez sí.

No era el mar.

No era el destino.

No era una tragedia.

Era Daniel.

Y Daniel, vivo al fin, tendría que aprender algo que los muertos se ahorran:

los vivos no podían esconderse detrás del dolor que causaban.

Los vivos tenían que responder.

Capítulo 29 — Irene frente a Daniel

La videollamada se programó para un jueves a las once de la mañana.

La palabra **programó** le dio ganas de reír a Irene.

Como si aquello fuera una tutoría.

Una revisión médica.

Una entrevista de trabajo.

"Buenos días, hemos reservado un espacio para que pueda mirar a su padre, que fingió morir durante seis años y la dejó crecer dentro de una mentira. Duración estimada: cuarenta minutos. Por favor, compruebe su conexión a internet."

El mundo moderno tenía una capacidad espectacular para meter el horror en calendarios.

Clara preparó el portátil en la mesa del salón.

No en la habitación de Irene.

No en la cocina.

En el salón.

Territorio neutral, si es que una casa podía tener algo neutral después de tanto año de fantasmas ocupando metros cuadrados sin pagar alquiler, muy al estilo Daniel, por otra parte.

Había una botella de agua sobre la mesa. Pañuelos. Un cuaderno. El móvil de Clara. El móvil de Irene. Una libreta con el número de referencia del caso. El cuaderno azul estaba en la habitación de Irene, cerrado dentro del cajón.

Irene no quiso traerlo.

—No es una reunión familiar —dijo.

Clara no discutió.

A las diez y cincuenta, Irene estaba de pie junto a la ventana.

Llevaba vaqueros negros, camiseta negra y el pelo suelto. No se había vestido para estar guapa. Tampoco para parecer fuerte. Se había vestido como alguien que no quería que nada en su cuerpo pareciera una invitación a la ternura.

Clara lo entendió.

Daniel no tenía derecho a encontrar una niña.

Irene ya no era la niña del chat.

Ya no era la niña de "no te mueras".

Ya no era la niña del cuaderno.

Si Daniel quería mirar, que mirara lo que había quedado después.

A las diez y cincuenta y siete, Clara preguntó:

—¿Quieres que me siente contigo?

Irene no se giró.

—Sí.

—¿A tu lado?

—Un poco detrás.

Clara asintió.

Un poco detrás.

No delante.

No hablando por ella.

No sustituyéndola.

No protegiéndola hasta borrarla.

A las once en punto llegó el enlace.

La llamada estaría mediada por una persona del consulado. Daniel estaba en Filipinas, en una sala habilitada para la comunicación. No era una llamada privada. Mejor así. La intimidad con Daniel era un sitio peligroso; siempre acababa uno pagando algo que no había comprado.

Clara hizo clic.

Pantalla de espera.

Irene se sentó.

Puso las manos sobre las rodillas.

No temblaban.

Eso la preocupó.

Le habría gustado temblar. Habría sido más humano, quizá. Pero estaba quieta. Demasiado quieta. Como si su cuerpo hubiera decidido convertirse en estatua hasta que terminara el bombardeo.

Primero apareció un funcionario.

Español.

Rostro serio.

Voz cuidadosa.

Explicó las condiciones: podían terminar la llamada en cualquier momento, nadie estaba obligado a hablar, se recomendaba mantener la calma, aquello no sustituía procedimientos legales ni declaraciones oficiales.

Irene lo escuchó con una paciencia que no sentía.

Cuando terminó, dijo:

—¿Está él ahí?

El funcionario asintió.

—Sí. Voy a incorporarlo.

Incorporarlo.

Como si Daniel fuera un archivo adjunto.

La pantalla cambió.

Y allí estaba.

Daniel Salcedo.

Vivo.

La primera impresión fue absurda.

Estaba más viejo.

Eso fue lo primero que pensó Irene.

No "está vivo".

No "es él".

No "lo odio".

Viejo.

El pelo más corto. Más gris. La cara más delgada. Arrugas nuevas alrededor de los ojos. Barba mal recortada. Piel más oscura. Una camisa sencilla. Un fondo blanco detrás. Luz mala. Cámara mediocre.

Un hombre.

No un fantasma.

No una tumba abierta.

No una explicación.

Un hombre sentado frente a una pantalla.

Daniel miró primero a Clara.

Luego a Irene.

Cuando sus ojos llegaron a ella, algo en su cara se rompió.

No mucho.

Suficiente.

—Irene —dijo.

Su voz.

Seis años y seguía siendo su voz.

Más áspera.

Más baja.

Pero suya.

Irene sintió un golpe en el pecho tan fuerte que casi le dio rabia tener cuerpo.

Había imaginado esa voz muerta.

Había imaginado esa voz viva.

Había imaginado insultarla, apagarla, desearla, odiarla.

Y ahora estaba ahí, saliendo de los altavoces del portátil, como si la tecnología no tuviera ni una mínima vergüenza moral.

Irene no contestó.

Daniel tragó saliva.

—Hola, Clara.

Clara respondió:

—Daniel.

Nada más.

Ni hola.

Ni qué tal.

Ni gracias por resucitar, qué detalle, nos pillas fatal pero bueno.

Solo Daniel.

El nombre como una puerta cerrada.

El funcionario dijo algo sobre que estaría presente, pero en segundo plano. Irene apenas lo escuchó.

Daniel seguía mirándola.

—No sé cómo empezar —dijo.

Irene se inclinó un poco hacia delante.

—Qué raro. Tú siempre fuiste buenísimo empezando cosas que no sabías terminar.

Daniel cerró los ojos un segundo.

Clara no habló.

Bien.

—Irene...

—No.

La palabra salió limpia.

Daniel abrió los ojos.

—No me llames como si tuvieras derecho a sonar triste.

Él bajó la mirada.

—Tienes razón.

—Eso va a ser muy cansado si lo dices cada vez que tengo razón. Te recomiendo hidratarte.

Daniel casi sonrió.

No llegó.

Mejor.

Si hubiera sonreído, Irene probablemente habría cerrado el portátil.

—No voy a defenderme —dijo él.

—Qué generoso.

—No. No lo es.

—Mira, ahí sí estamos de acuerdo.

Silencio.

La imagen de Daniel se congeló medio segundo y volvió. La conexión decidió aportar su cuota de miseria técnica, porque claro, seis años de dolor necesitaban buffering.

Irene respiró.

Había escrito preguntas.

Muchas.

Las tenía en una hoja dentro de su bolsillo.

No quería sacarla.

Sacarla parecía concederle a Daniel una entrevista organizada, y aquello no era una entrevista. Era una colisión.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

Daniel levantó la vista.

—Desde el principio.

Irene asintió despacio.

—Define principio. Me encantan los detalles. Últimamente son como cuchillos, pero al menos cortan recto.

Daniel miró a Clara.

Clara no lo ayudó.

—Desde el día de la barca —dijo él—. Fingí el accidente. Fingí la desaparición.

Irene sintió que la frase le entraba en el cuerpo con retraso.

Fingí.

Accidente.

Desaparición.

—Entonces cuando yo te escribí —dijo—, estabas vivo.

Daniel cerró los ojos.

—Sí.

—Cuando escribí "papá contesta".

—Sí.

—Cuando mamá llamó a números que no servían.

—Sí.

—Cuando llegaron tus cosas.

—Sí.

—Cuando cumplí trece.

Daniel no respondió enseguida.

Irene golpeó la mesa con la palma.

—Di sí.

Daniel abrió los ojos.

—Sí.

—Cuando cumplí catorce.

—Sí.

—Quince.

—Sí.

—Dieciséis.

—Sí.

—Cuando dije en clase que estabas muerto porque era más corto.

Daniel se quedó inmóvil.

No podía saber eso.

Ahora lo sabía.

—Sí —dijo, casi sin voz.

Irene sintió que algo dentro de ella quería llorar.

Lo sujetó.

No por orgullo.

Porque todavía no.

—¿Pensaste en mí? —preguntó.

Daniel respiró.

—Todos los días.

Irene soltó una risa seca.

—No.

Daniel se quedó callado.

—No me des esa frase. Esa frase es de padre de película barata. "Pensé en ti todos los días." Precioso. Muy emotivo. Casi falta una puesta de sol y un violín para que me vomite encima.

Daniel agachó la cabeza.

—Pensar no sirvió de nada —dijo.

Irene se quedó quieta.

Esa respuesta no era la que esperaba.

—No —dijo ella—. No sirvió de nada.

Daniel levantó la vista.

—Pensé en ti y no volví. Pensé en ti y seguí escondido. Pensé en ti y dejé que crecieras creyendo que estaba muerto. Así que si te digo que pensé en ti, no es una defensa. Es parte de la culpa.

Clara cerró los ojos.

Irene miró a su padre.

Por primera vez desde que empezó la llamada, algo en su rabia cambió de textura. No se redujo. No se suavizó. Solo encontró otra pared.

Daniel no estaba excusándose.

Eso la enfadó de otra manera.

Era más fácil odiar a alguien que intentaba venderte su versión.

Daniel, al menos en ese momento, no vendía.

Llegaba tarde hasta a eso.

—¿Por qué? —preguntó Irene.

La pregunta era enorme.

Demasiado grande.

Ridícula en una videollamada con conexión dudosa.

Pero era la pregunta.

Daniel se quedó mucho tiempo sin responder.

—Porque era cobarde —dijo al fin.

Irene esperó.

—Sigue.

—Porque tenía deudas. Porque había perdido el control. Porque no sabía enfrentar lo que había hecho. Porque creí que si desaparecía, todo el mundo estaría mejor sin mí.

Irene levantó una mano.

—No.

Daniel se calló.

—No hagas eso.

—¿Qué?

—Eso de "estaríais mejor sin mí". Eso te pone triste a ti en el centro. Otra vez. Qué sorpresa. Daniel Salcedo protagonizando hasta su muerte falsa. Una innovación tremenda.

Daniel recibió el golpe.

—Tienes razón.

—Te dije que iba a cansar.

—Lo hice porque quería escapar —dijo él.

Esta vez más claro.

—De las deudas. De la vergüenza. De Clara. De ti. De mirarte y saber que te estaba fallando. De todo. No fue por vosotros. Fue por mí.

Irene se quedó en silencio.

Esa frase sí cortó.

No porque curara.

Porque no mentía.

—Gracias —dijo ella.

Daniel parpadeó, sorprendido.

—¿Por qué?

—Por no insultarme diciendo que lo hiciste por amor.

Él bajó la mirada.

—Nunca fue amor.

Irene sintió un golpe.

Daniel corrigió rápido, pero sin intentar suavizarlo demasiado.

—No la huida. La huida no fue amor. Yo te quería. Te quiero. Pero lo que hice no fue amor.

Irene notó que Clara se movía detrás de ella, apenas.

La palabra **te quiero** cayó sobre la mesa como un objeto que nadie había pedido.

Irene la miró desde dentro.

Durante años habría matado por oírla.

Ahora no sabía dónde ponerla.

—No digas eso todavía —dijo.

Daniel asintió.

—Vale.

—No porque sea mentira.

Se sorprendió de decirlo.

Daniel también.

Irene tragó saliva.

—No sé si es mentira. Eso es lo peor. Si no me quisieras, sería más fácil. Serías un monstruo completo y ya está. Pero tú... tú eres peor escrito que eso.

Daniel soltó una respiración que casi fue risa y casi fue llanto.

—Sí.

—No te rías.

—No me río.

—Bien.

Silencio.

El funcionario se movió en una ventanita pequeña de la pantalla, incómodo y profesional. Irene lo había olvidado. Pobre hombre. Le tocó el turno de presenciar una carnicería emocional con auriculares. Oposiciones, decían. Estabilidad laboral, decían.

Clara habló por primera vez.

—Daniel.

Él la miró.

—Clara.

—¿Hay más?

Daniel cerró los ojos.

—Sí.

Irene miró a su madre.

Clara estaba pálida, pero firme.

—Dilo —ordenó Clara.

No preguntó.

Daniel respiró.

—Viví con otro nombre. Mateo Santos. Trabajé en alojamientos. Conocí gente. Lian...

Se detuvo.

Irene se tensó.

—¿Quién es Lian?

Daniel miró a Clara.

Luego a Irene.

—Una mujer de la isla. Me ayudó. Después supo parte de la verdad. Luego más.

—¿Estuviste con ella? —preguntó Irene.

Clara cerró los ojos.

Daniel tardó.

—Irene...

—No me Irene. Pregunta fácil. ¿Estuviste con ella?

—No como pareja.

—Define no como pareja. Porque tu capacidad de definir cosas a conveniencia es bastante histórica.

Daniel aceptó el golpe.

—Hubo afecto. Dependencia. Cercanía. No una relación formal. No una familia.

Irene sintió náusea.

—¿Tiene hijos?

—Una sobrina. Amara.

Irene soltó aire.

No una hija.

La palabra no se dijo, pero estuvo allí.

Daniel la entendió.

—No tengo otra hija —dijo.

Irene lo miró con odio limpio.

—Felicidades. Has despejado el listón que estaba enterrado bajo tierra.

Daniel bajó la mirada.

—¿Ella sabía de mí? —preguntó Irene.

—No al principio. Después supo que tenía una hija.

—¿Le dijiste mi nombre?

Daniel cerró los ojos.

—Sí.

Irene sintió una punzada rara.

Su nombre en Filipinas.

En boca de Daniel.

Junto a otra mujer.

En otra vida.

—¿Y lloraste mucho al decirlo? —preguntó con crueldad—. ¿Te pusiste interesante?

Daniel no respondió.

Eso fue respuesta suficiente.

Irene se levantó de golpe.

Clara también.

—Irene.

—Estoy bien.

Mentira.

Pero la frase salió por costumbre.

No pasa nada, versión adolescente con ropa negra y rabia premium.

Caminó hasta la ventana.

Le dio la espalda a la pantalla.

No quería que Daniel la viera respirar mal.

No quería regalarle eso.

Daniel habló desde los altavoces.

—No tienes que seguir.

Irene se giró.

—¿Perdona?

—Podemos cortar.

—Ah, no. No. Tú no me das permiso para irme. Esa parte se terminó.

Daniel cerró la boca.

Irene volvió a la silla, pero no se sentó. Apoyó las manos sobre la mesa.

—Yo decido cuándo corto.

—Sí.

—Yo decido si vuelvo a hablar contigo.

—Sí.

—Yo decido si quiero verte.

—Sí.

—Y tú no vas a aparecer en Madrid un día con cara de perro atropellado esperando que la ciudad te haga de escenario.

—No lo haré.

—No prometas.

Daniel se quedó quieto.

Irene sintió que le ardían los ojos.

—No prometas nada. Tu palabra no vale. Todavía no. Quizá nunca.

Daniel asintió despacio.

—Lo entiendo.

—No. Lo estás empezando a entender. Es distinto.

Clara miró a su hija con algo parecido al orgullo y al dolor mezclados, esa combinación tan de madre que debería venir con manual de primeros auxilios.

Irene se sentó otra vez.

Sacó la hoja de preguntas del bolsillo.

La miró.

No necesitaba casi ninguna.

—¿Viste mi vídeo? —preguntó.

Daniel palideció un poco.

—Sí.

—¿Cómo?

—Rafael me lo enseñó primero. Después lo busqué.

—Rafael es el hombre que te chantajeó.

—Sí.

—¿Y te enseñó mi vídeo para hacerte daño?

—Sí.

Irene sonrió sin alegría.

—Por fin alguien usa internet para su función real: empeorar la especie.

Daniel no dijo nada.

—¿Qué sentiste?

La pregunta salió más baja.

Daniel la miró.

—Que no te conocía.

Irene sintió que algo se le rompía por dentro.

No del todo.

Una grieta nueva.

Daniel siguió:

—Que habías crecido sin mí. Que eras mi hija y una desconocida. Que yo había fingido morir para no ver las consecuencias, y las consecuencias estaban ahí, hablando con tu voz.

Irene no pudo evitarlo.

Una lágrima le cayó.

Una.

La odió inmediatamente.

Daniel la vio.

Eso la enfadó.

—No hagas esa cara —dijo.

Él bajó la mirada.

—Perdón.

Irene se levantó otra vez, pero esta vez Clara puso una mano en su brazo.

No para detenerla.

Para estar.

Irene no se apartó.

—¿Sabes qué pensé cuando vi el vídeo donde aparecías? —preguntó Irene.

Daniel negó.

—Primero no pensé que eras tú. Primero te odié. Antes de reconocerte. Mi cuerpo te odió antes que mi cabeza supiera por qué. ¿Sabes lo horrible que es eso?

Daniel cerró los ojos.

—No.

—Bien. Porque no quiero que digas que sí.

Silencio.

Irene respiró.

—Durante años pensé que el mar te había quitado.

Daniel abrió los ojos.

Irene sostuvo su mirada.

—Y eras tú.

La frase entró en la pantalla y la atravesó.

—Siempre fuiste tú.

Daniel no habló.

Bien.

Por fin.

—Yo no perdí a mi padre —dijo Irene—. Me lo robaste tú.

Clara se tapó la boca con una mano.

Daniel no se movió.

La imagen se pixeló un instante.

Volvió.

Sus ojos estaban llenos.

No lloraba del todo.

Quizá no se atrevía.

Quizá por fin entendía que sus lágrimas no eran el centro.

—Irene —dijo, muy bajo—. No puedo devolverte lo que hice.

—No.

—No puedo arreglarlo.

—No.

—No puedo pedirte que me perdones.

—No.

—No voy a hacerlo.

Irene lo miró.

—¿Entonces qué vas a hacer?

La pregunta quedó en la llamada.

Daniel respiró.

—Responder. A todo. A la ley. A Clara. A ti, si algún día quieres preguntar más. Sin aparecer cuando no me llamen. Sin exigir. Sin explicar para que duela menos. Sin usar la culpa como excusa.

Irene lo estudió.

—Suena ensayado.

Daniel asintió.

—Lo he pensado mucho.

—Normal. Tuviste seis años libres, entre otras cosas.

Él bajó la cabeza.

—Sí.

Irene apoyó la espalda en la silla.

Estaba cansada.

De pronto, brutalmente cansada.

La rabia seguía allí, pero el cuerpo empezaba a pasar factura. Se sentía como si hubiera estado sosteniendo una puerta contra un incendio y acabara de descubrir que el fuego también estaba dentro.

—No sé qué quiero de ti —dijo.

Daniel la miró.

—Está bien.

—No digas está bien. Nada está bien.

—Tienes razón.

Irene levantó una ceja.

Daniel cerró la boca.

Aprendía rápido cuando le iba la vida en ello. Lástima que antes no se le ocurriera aplicarlo a, no sé, no fingir ahogarse.

Clara habló.

—Daniel, la llamada tiene que terminar pronto.

El funcionario asintió discretamente desde su ventanita.

Irene miró la pantalla.

No quería terminar.

Sí quería.

Quería apagarlo y no volver a verlo nunca.

Quería preguntarle mil cosas más.

Quería que sufriera.

Quería que no sufriera de una forma que lo volviera otra vez el protagonista.

Quería tener doce años y que todo fuera mentira.

Quería tener diecisiete y no necesitar nada.

Qué desastre tan mal repartido.

—No voy a perdonarte hoy —dijo Irene.

Daniel asintió.

—Lo sé.

—Ni mañana.

—Lo sé.

—Igual nunca.

Daniel tragó saliva.

—Lo sé.

—Y si algún día hablo contigo, no será para hacerte sentir mejor.

—Lo entiendo.

—Será porque yo quiera.

—Sí.

Irene se inclinó hacia la cámara.

—Y escúchame bien, Daniel.

Él levantó la mirada.

Daniel.

No papá.

No todavía.

Quizá nunca.

—El mes que viene no existe.

Daniel cerró los ojos.

La frase lo golpeó con una precisión que él no podía entender del todo, porque no había estado allí cuando Irene la escribió por primera vez. No había visto a la niña doblar esa frase dentro de una noche sin dormir. No había visto cómo una hija convertía una promesa vieja en sentencia.

Pero entendió lo suficiente.

—Lo sé —dijo.

—No. Ahora lo vas a aprender.

Silencio.

Irene miró a Clara.

Luego al funcionario.

Luego otra vez a Daniel.

—Corta tú —dijo.

Daniel parpadeó.

—¿Qué?

—Quiero verte cortar. Una vez en tu vida, termina algo de frente.

Daniel se quedó inmóvil.

Clara cerró los ojos.

Daniel asintió.

—Adiós, Irene.

Ella no respondió.

Daniel miró a Clara.

—Adiós, Clara.

Clara dijo:

—Adiós, Daniel.

La palabra adiós sonó distinta.

No como cierre.

Como límite.

Daniel miró otra vez a Irene.

No dijo te quiero.

Bien.

Quizá había aprendido una cosa.

Movió la mano hacia algún punto fuera de cámara.

La pantalla quedó congelada un segundo.

Luego desapareció.

La llamada terminó.

El funcionario aún estaba en pantalla. Dijo algo sobre seguimiento, próximos pasos, contacto posterior. Clara respondió. Irene no escuchó.

Solo miraba el espacio donde había estado la cara de Daniel.

Cuando todo terminó, el portátil volvió al escritorio.

Fondo azul.

Silencio.

Irene se levantó.

Caminó hasta su habitación.

Clara la siguió hasta la puerta, pero no entró.

Dentro, Irene abrió el cajón.

Sacó el cuaderno azul.

Lo puso sobre la mesa.

Sacó la pulsera.

La dejó aparte.

Abrió la primera página.

Está vivo.

Y yo también.

Debajo, escribió:

Hoy lo vi.

Se detuvo.

Luego añadió:

No lo perdoné.

Pasó el bolígrafo entre los dedos.

Después escribió una tercera línea:

Y no se acabó el mundo.

Leyó las tres frases.

Le tembló la mano por fin.

El temblor llegó tarde, como casi todo en aquella familia.

Se sentó en la cama, con el cuaderno abierto sobre las piernas.

Lloró.

Esta vez no intentó hacerlo en silencio.

Clara entró unos minutos después.

No preguntó.

Se sentó a su lado.

Irene apoyó la cabeza en su hombro.

—No le dije papá —murmuró.

—No tenías que hacerlo.

—Pero lo pensé.

Clara le acarició el pelo.

—También vale.

Irene cerró los ojos.

—Odio que todo valga.

—Yo también.

—Estoy muy cansada.

—Lo sé.

—No, mamá. Estoy cansada de años.

Clara la abrazó más fuerte.

—Yo también.

El cuaderno quedó abierto sobre las piernas de Irene.

La pulsera azul y blanca descansaba sobre la sábana, ya no como regalo, ni como prueba, ni como herida limpia.

Solo como un objeto pequeño.

Por primera vez en años, Irene pensó que quizá algún día podría tirarla.

O guardarla.

O olvidarla en un cajón sin que decidiera nada.

No hoy.
Hoy bastaba con haber mirado a Daniel y seguir respirando.
Una victoria pequeña.
Ridícula.
Insuficiente.
Suya.

Capítulo 30 — Nadie reclama a los vivos

Daniel Salcedo volvió a España escoltado por dos funcionarios, tres formularios y una vergüenza que no cabía en el equipaje de mano.

No hubo escena cinematográfica.

No hubo periodistas en la puerta del aeropuerto.

No hubo flashes, ni titulares gritados, ni una multitud esperando al hombre que había regresado de entre los muertos. El mundo, con esa crueldad administrativa suya, recibió a Daniel casi igual que había recibido su desaparición: con pasillos, sellos, preguntas, esperas y sillas incómodas.

Barajas.

Madrid.

La palabra en los carteles le produjo una náusea lenta.

Madrid no había cambiado lo suficiente.

Ese fue el primer golpe.

Daniel, en algún rincón estúpido de su cabeza, había imaginado una ciudad distinta. Más dura, más ajena, más evidente en su paso del tiempo. Pero Madrid seguía allí, funcionando con su arrogancia habitual: cafeterías caras, familias arrastrando maletas, taxistas, pantallas, anuncios, gente mirando el móvil, alguien discutiendo por teléfono, niños cansados, ruedas de equipaje golpeando juntas del suelo.

La ciudad no se había detenido a esperarlo.

Qué falta de consideración, la verdad. Uno fingía morir seis años y la capital ni siquiera tenía la decencia de cambiar de peinado.

A Daniel lo condujeron por trámites.

Preguntas.

Identificación.

Declaraciones.

Más preguntas.

No todas ese día. No todas allí. Pero el proceso ya tenía hambre.

Falsedad.

Fraude.

Abandono.

Responsabilidades económicas.

Procedimientos en Filipinas.

Procedimientos en España.

Posibles delitos.

Posibles reclamaciones.

Posibles consecuencias.

La palabra **posible** apareció tantas veces que Daniel pensó que quizá esa era su condena más exacta: vivir durante un tiempo en el país de lo posible, igual que Clara e Irene habían vivido durante años en el país del quizá.

No fue a casa de Clara.

No podía.

No debía.

No se le permitió tampoco, pero eso casi fue un alivio. Que alguien externo pusiera límites le ahorraba la tentación de fingir que los había puesto él por madurez.

Le asignaron un alojamiento temporal mientras se resolvían las primeras gestiones y comparecencias. Una habitación limpia, pequeña, impersonal. Cama estrecha, escritorio, baño, ventana a una calle secundaria, paredes blancas.

Daniel dejó la bolsa sobre la cama.

Se quedó de pie en medio de la habitación.

España olía distinto.

No mejor.

No peor.

Distinto.

A calefacción vieja, polvo urbano, detergente, humedad fría, café de máquina, tráfico. Durante años había olido sal, comida frita, madera mojada, ropa que no secaba, gasolina de motos, vegetación caliente. Ahora Madrid entraba por la ventana como una deuda que sabía dónde vivía.

El móvil que le habían devuelto vibró.

No era Clara.

No era Irene.

Era un número de su abogado de oficio, o de la persona que lo estaba orientando, o de alguien dentro de esa nueva cadena de adultos serios que hablaban de él como caso.

Daniel no contestó enseguida.

La pantalla siguió vibrando.

Durante un segundo, el viejo instinto apareció.

Dejarlo sonar.

Esperar.

Responder luego.

Decir que no lo había visto.

Perder cobertura dentro de una ciudad con cinco barras de señal, innovación técnica del cobarde moderno.

Contestó.

—Sí.

No porque quisiera.

Porque esa era la nueva regla.

Responder antes de que la mentira empezara a vestirse.

Los días siguientes fueron una sucesión de habitaciones.

Despachos.

Pasillos.

Salas de espera.

Sillas.

Botellas de agua.

Grabadoras.

Papeles.

Un juez con rostro cansado.

Un abogado que no intentaba hacerlo sentir mejor, detalle que Daniel agradeció casi con cariño.

—No hable más de lo necesario —le dijo el abogado antes de una declaración.

Daniel casi sonrió.

Era la primera vez en su vida que un consejo legal coincidía tan bien con una necesidad moral.

Habló.

No bonito.

No como vendedor.

No como hombre que intentaba ordenar su culpa para que pareciera una historia inevitable.

Dijo lo que había hecho.

Con pausas.

Con vergüenza.

Con lagunas.

Con correcciones.

Porque incluso diciendo la verdad, Daniel descubrió que la mentira dejaba tics en la boca. A veces empezaba una frase suavizando algo y tenía que detenerse.

No, así no.

Otra vez.

"Me fui" no bastaba.

"Fingí mi muerte."

"Dejé que mi hija creyera que había muerto."

"Viví con otro nombre."

"Volví a apostar."

"Volví a endeudarme."

Las frases se volvieron más cortas.

Mejor.

Las frases largas eran peligrosas.

En una declaración, alguien le preguntó:

—¿Por qué decidió entregarse ahora?

Daniel miró sus manos.

Podía decir muchas cosas.

Rafael.

Lian.

El consulado.

El vídeo de Irene.

La deuda.

El cansancio.

El miedo.

Todo era cierto.

Nada era suficiente.

—Porque iba a repetirlo —dijo al fin.

El funcionario levantó la vista.

—¿A qué se refiere?

Daniel tragó saliva.

—A destruir otra vida para salvar la mía un poco más de tiempo.

Nadie escribió esa frase tal como la dijo.

En los papeles quedó de otra manera, más limpia, más pobre.

Pero Daniel la había dicho.

Eso importaba.

No mucho.

Pero algo.

Clara no fue a verlo.

No al principio.

Mandó un mensaje a través del canal acordado:

"Irene decidirá si quiere volver a hablar contigo. Yo también. No vengas a casa. No llames sin avisar. No escribas directamente a Irene. Cualquier contacto será acordado."

Daniel leyó el mensaje muchas veces.

No había insultos.

No había reproches.

No había una sola palabra de más.

Eso era muy de Clara.

Incluso destrozada, seguía sabiendo cortar recto.

Respondió:

"Entiendo. Lo respetaré."

Lo escribió.

Lo miró.

Lo borró.

No por falso.

Porque sonaba a comunicado.

Escribió:

"Sí."

Lo envió.

Una palabra.

Menos espacio para estropearla.

Irene no escribió.

Durante semanas, Irene no escribió.

Daniel no preguntó por ella directamente más de lo necesario. A través de mediadores supo que seguía con su vida, expresión absurda y ofensiva. Como si la vida fuera una mochila que una pudiera volver a colgarse bien después de que alguien metiera piedras dentro.

Seguía estudiando.

Seguía en casa.

Seguía con Clara.

Seguía.

La palabra le dolió.

Bien.

Había palabras que debían dolerle.

Una tarde, Daniel recibió una carta de Lian.

No llegó a su dirección. Llegó digitalizada, reenviada desde un contacto en Filipinas dentro de las gestiones del caso. No era larga.

Daniel la abrió en la pantalla de un ordenador prestado.

Estaba escrita en inglés simple.

No había "dear".

No había ternura decorativa.

Lian, por supuesto, no desperdiciaba azúcar donde hacía falta sal.

"Daniel,

Amara knows you left because trouble. She does not know all. She does not need all.

Do not write to her.

Do not write to me if it is for sorry.

If you want to do something good, stay where people can find you.

You were not monster all the time. This does not make the bad smaller.

Lian."

Daniel leyó la frase varias veces.

You were not monster all the time.

No eras monstruo todo el tiempo.

Aquello dolía más que un insulto.

Porque dejaba espacio.

Y el espacio, cuando uno ha hecho algo imperdonable, puede sentirse como una crueldad. Los monstruos completos no tienen tareas pendientes. Los hombres que no fueron monstruos todo el tiempo sí.

Escribió una respuesta.

La borró.

Escribió otra.

La borró.

Al final no envió nada.

Lian había sido clara.

No escribas si es para pedir perdón.

Y Daniel, por mucho que quisiera disfrazarlo de gratitud, de cierre, de madurez, sabía que su impulso principal era ese: dejar una disculpa sobre la mesa de otra persona y esperar que el peso cambiara de dueño.

No lo hizo.

Pequeña victoria.

Ridícula.

Insuficiente.

Pero nueva.

Rafael Mendoza fue localizado semanas después.

No por Daniel únicamente.

Por otras cosas.

Rafael, al parecer, llevaba años dejando pequeñas sombras en demasiados sitios. Daniel no supo todos los detalles. Tampoco le correspondía. Mendoza no era su villano privado, por mucho que una parte narrativa de su ego quisiera convertirlo en eso.

Rafael era un hombre peligroso que había encontrado a otro hombre peligroso y lo había usado.

Nada más.

Nada menos.

En una declaración complementaria, Daniel contó lo que sabía de las partidas, de las presiones, de la operación con los españoles, de los mensajes, de la deuda. Entregó capturas. Nombres. Lugares. Fechas aproximadas.

No para quedar limpio.

No quedaba limpio.

Para que Rafael tuviera menos sitio.

Rafael le envió un último mensaje antes de desaparecer del todo de su teléfono:

"Al final sí eras poeta. Qué decepción."

Daniel lo leyó.

No respondió.

Ya casi se le estaba haciendo costumbre.

Clara aceptó verlo dos meses después del regreso.

No en casa.

Nunca en casa.

Eligió una cafetería tranquila cerca de una plaza donde no iban con Irene de pequeña. Terreno neutral. Sin fantasmas familiares pidiendo mesa.

Daniel llegó diez minutos antes.

Otra vez la puntualidad.

Esta vez no quiso darle demasiada importancia. La puntualidad no reparaba seis años. Pero llegar tarde habría sido casi una obra conceptual de mal gusto, incluso para él.

Clara entró a la hora exacta.

Llevaba abrigo gris, el pelo recogido, ojeras discretas y una expresión que Daniel no supo leer del todo.

Más vieja.

No por edad.

Por haber tenido razón demasiado tiempo.

Daniel se levantó.

Ella no lo abrazó.

No le dio dos besos.

No le ofreció la mano.

Se sentó.

Daniel también.

Durante unos segundos, ninguno habló.

El camarero llegó.

Clara pidió café solo.

Daniel pidió agua.

El camarero se fue, benditamente ignorante de que estaba atendiendo una escena que llevaba seis años pendiente. El sector servicios siempre sosteniendo civilizaciones sin saberlo. Héroes con bandeja.

Clara fue la primera.

—No vengo a entenderte.

Daniel asintió.

—Bien.

—No vengo a perdonarte.

—Lo sé.

—No vengo a insultarte, aunque sería razonable y bastante terapéutico.

Daniel bajó la mirada.

—Sí.

Clara lo observó.

—Vengo porque Irene necesita saber que puedo mirarte sin romperme. Aunque sea mentira a medias.

Daniel sintió el golpe.

Incluso allí, incluso frente a él, Clara pensaba en Irene primero.

Qué diferencia tan elegante respecto a su propia biografía.

—¿Cómo está? —preguntó Daniel.

Clara no respondió enseguida.

—Viva.

Daniel cerró los ojos.

Viva.

La misma palabra que él había usado como botín durante años.

En Irene sonaba a resistencia.

—No tienes derecho a más detalles de los que ella quiera darte —dijo Clara.

—Lo sé.

—No, Daniel. Lo estás aprendiendo.

Él abrió los ojos.

—Sí.

Clara tomó el café cuando llegó.

No bebió.

Miró la taza.

—Durante años pensé que estabas vivo.

Daniel no dijo nada.

—Luego me odiaba por pensarlo. Luego pensaba que no. Luego volvía. Le hice daño a Irene intentando no hacerle daño. No sé si entiendes esa frase.

—Creo que sí.

Clara lo miró.

—No uses "creo" para sonar humilde.

Daniel se calló.

Bien.

—Yo sospeché —continuó ella—. Y aun así, cuando confirmaron que estabas vivo, fue peor. Porque una cosa es sospechar un monstruo y otra verlo sentado en una silla oficial.

Daniel aceptó la frase sin moverse.

Monstruo.

Bien.

No todo el tiempo, había escrito Lian.

Pero suficiente.

—No voy a pedirte que me expliques por qué —dijo Clara—. Ya lo hiciste en la llamada con Irene. Cobardía, deuda, vergüenza, huida. Todo eso. Supongo que es verdad. También supongo que da igual.

Daniel levantó la vista.

Clara bebió café.

—Lo que quiero saber es otra cosa.

—Dime.

—¿Vas a intentar convertir tu culpa en una forma de estar presente?

Daniel no entendió del todo.

Clara lo vio.

—Vas a sufrir. Mucho. Bien. Qué sorpresa, las consecuencias existen. Pero no quiero que uses ese sufrimiento para reclamar atención. No quiero mensajes a Irene diciendo que no puedes dormir. No quiero que tu dolor se convierta en otra carga para ella. No quiero que vuelvas vivo para que tengamos que cuidarte como antes cuidábamos tus ruinas.

Daniel sintió una vergüenza nueva.

Más sobria.

—No lo haré.

Clara lo miró.

—No prometas.

Daniel respiró.

—Intentaré no hacerlo y aceptaré que me lo impidas si lo hago.

Clara lo estudió.

—Eso está mejor.

No era perdón.

No era ternura.

Era una evaluación técnica.

Daniel casi la agradeció.

—¿Y tú? —preguntó él, antes de poder detenerse.

Clara levantó una ceja.

—¿Yo qué?

—¿Cómo estás tú?

Clara lo miró tanto tiempo que Daniel entendió su error.

No por preguntar.

Por haber tardado seis años y dos meses en hacerlo de una forma que no sirviera para entrar en su propia escena.

—No lo sé —dijo ella al fin—. Pero ya no te corresponde ser la persona a la que se lo explique.

Daniel bajó la mirada.

—Tienes razón.

—Sí.

Por primera vez, Clara sonrió un poco.

Sin alegría.

—Y ahora sí puedes decir que va a ser cansado, porque lo será.

Daniel soltó una risa breve.

No feliz.

Humana, quizá.

Clara bebió otro sorbo.

—Irene quizá quiera verte otra vez. Quizá no. Está escribiendo. Está estudiando. Está enfadada. Está viva. No te voy a dar más.

—Gracias.

—No me agradezcas eso. No es para ti.

Daniel asintió.

La reunión duró veintitrés minutos.

Clara pagó su café.

Daniel no discutió.

Otra pequeña señal de progreso: no intentar comprar dignidad con dos euros.

Al salir, Clara se detuvo en la puerta.

—Una cosa más.

Daniel la miró.

—Si algún día Irene te llama papá, no actúes como si hubieras recuperado algo.

Daniel tragó saliva.

—No.

—Si lo hace, será algo que ella decida darte en ese momento. No algo que vuelve a ser tuyo.

Daniel sintió que la frase se quedaba dentro.

—Lo entiendo.

Clara lo miró.

—No. Pero puedes aprenderlo.

Se fue.

Daniel se quedó en la acera.

Madrid seguía pasando.

Gente.

Autobuses.

Un repartidor.

Una pareja discutiendo.

Un niño llorando porque se le había caído algo.

La vida con su variedad de pequeñas catástrofes, todas más honestas que la suya.

Irene tardó cuatro meses en pedir otra llamada.

No una visita.

Una llamada.

Sin vídeo al principio.

Solo voz.

Daniel recibió la notificación a través de Clara.

Condiciones:

Veinte minutos.
Clara presente al principio, luego Irene decidiría.
Sin preguntas sobre su vida diaria salvo que ella las permitiera.
Sin "te quiero" si ella no abría esa puerta.
Sin pedir perdón como primera frase.
Daniel leyó la lista.
Le pareció perfecta.
Dolorosa.
Pero perfecta.
La llamada fue un sábado.
Irene no dijo hola.
Dijo:
—Tengo preguntas nuevas.
Daniel se sentó en la cama de su habitación.
—Vale.
—No digas vale como si fueras bueno obedeciendo.
Daniel cerró los ojos.
—De acuerdo.
—Eso es casi peor, pero lo acepto por hoy.
Clara estaba en la llamada, silenciosa.
Irene preguntó cosas concretas.
Dónde durmió la primera noche.
Cuándo usó por primera vez el nombre Mateo.
Quién era Lian de verdad.
Qué sabía Amara.
Cuándo volvió a apostar.
Cuándo vio su vídeo.
Qué sintió al verlo.
Si alguna vez había escrito un mensaje a Irene y no lo envió.
Daniel respondió.
No siempre bien.
A veces tuvo que decir:
—No sé responder sin sonar como si me estuviera justificando.
Irene dijo:
—Pues inténtalo otra vez.
Y él lo intentó.

No porque creyera que cada respuesta curaba.

Sino porque cada respuesta era una forma de quedarse.

Cuando la llamada terminó, Irene dijo:

—No te perdono.

—Lo sé.

—Pero quizá te pregunte más cosas.

—Estaré.

Irene guardó silencio.

Daniel también.

—No digas estaré como promesa bonita —dijo ella.

—No.

—Dilo como obligación.

Daniel tragó saliva.

—Estaré como obligación.

Irene colgó sin despedirse.

Daniel dejó el móvil sobre la mesa.

Lloró después.

Solo.

Bien.

Esa era la forma correcta.

No todas las heridas necesitaban testigos.

Los meses siguientes fueron feos.

No trágicos de forma elegante.

Feos.

Cartas.

Citas.

Deudas antiguas que volvían como perros flacos.

Consecuencias legales avanzando con lentitud.

Un trabajo temporal conseguido gracias a alguien que no conocía toda la historia o que la conocía y necesitaba mano de obra barata. Daniel cargó cajas en un almacén durante una temporada. Le dolía la espalda. Cobró poco. Pagó cosas pendientes. No apostó.

No porque estuviera curado.

Porque empezó a ir a reuniones.

Al principio le parecieron insoportables.

Gente sentada en círculo, hablando de apuestas, de recaídas, de mentiras, de familias rotas, de dinero perdido, de vergüenza. Daniel escuchaba y tenía ganas de levantarse. No porque no se reconociera. Porque se reconocía demasiado.

Un hombre dijo una noche:

—Yo creía que jugaba para ganar. Luego entendí que jugaba para no estar donde estaba.

Daniel miró el suelo.

Sí.

Exacto.

Qué poca originalidad tenía incluso su abismo.

Después de varias sesiones, habló.

No contó todo.

No al principio.

Dijo:

—Me llamo Daniel. Soy ludópata. He hecho daño a mi familia.

La frase era simple.

El grupo respondió con esa aceptación sobria de quienes no se impresionan fácilmente porque cada uno trae su propio incendio en una bolsa.

Daniel agradeció no ser especial.

La excepcionalidad había sido otra coartada.

Irene cumplió dieciocho.

Daniel no fue invitado.

Envió un mensaje acordado previamente, revisado por Clara y aceptado por Irene con condiciones.

"Feliz cumpleaños, Irene. No espero respuesta."

Eso fue todo.

Irene no respondió ese día.

Respondió tres días después:

"Gracias."

Daniel miró la palabra mucho rato.

No lloró.

O sí.

Un poco.

Luego apagó el móvil y fue a trabajar.

Muy heroico todo: recibir un "gracias" de tu hija adulta después de seis años muerto y luego ir a mover cajas. La redención, cuando no la maquilla Hollywood, tiene mucho de dolor lumbar.

Un año después de su regreso, Daniel vio a Irene en persona.

No en casa.

Nunca en casa.

En un parque.

Con Clara cerca, sentada en un banco a distancia suficiente para no invadir y cerca suficiente para partirle la cara a Daniel metafóricamente si hacía falta. O físicamente. Clara estaba en una edad maravillosa: la metáfora ya no era obligatoria.

Irene llegó con abrigo negro, pelo más corto y el cuaderno azul bajo el brazo.

Daniel lo reconoció.

Sintió que el cuerpo se le tensaba.

Ella lo vio.

—No es para ti —dijo.

—Vale.

—Es mío.

—Sí.

Se sentaron en un banco.

No se abrazaron.

Hablaron poco.

Irene le contó que había empezado a estudiar algo relacionado con literatura y comunicación, aunque aún no sabía si quería eso o solo quería convertir su trauma en créditos universitarios, que al menos salía más barato que terapia privada.

Daniel sonrió apenas.

—Eso ha sido muy Daniel —dijo ella.

La sonrisa se le borró.

—Irene...

—No. No lo digo como cumplido ni insulto. Solo... pasa. A veces hablo como tú. Me da rabia. Pero también es mío, supongo.

Daniel miró sus manos.

—Ojalá no te hubiera dejado eso.

—Me dejaste cosas peores.

—Sí.

Irene abrió el cuaderno.

Había páginas escritas.

No todas.

Pero muchas.

Daniel no intentó leer.

Bien por él.

Irene pasó una página y dijo:

—Al principio pensé que este cuaderno era una prueba tuya. Luego una herida. Luego una mierda azul con pretensiones simbólicas.

Daniel no pudo evitar una risa breve.

Irene lo miró.

—No te emociones. Sigue siendo un poco eso.

—Ya.

—Pero ahora escribo aquí porque quiero. No porque tú lo compraste.

Daniel asintió.

—Me alegro.

Irene lo miró con dureza.

—Cuidado con alegrarte demasiado.

—Perdón.

Ella cerró el cuaderno.

—No sé si algún día te perdonaré.

—Lo sé.

—A veces creo que no.

—Lo entiendo.

—A veces creo que quizá alguna parte sí, pero no me apetece ayudarte a llegar ahí.

—No tienes que hacerlo.

Irene miró hacia Clara.

Su madre fingía mirar el móvil.

Fingía fatal.

—Mamá está mejor —dijo Irene.

Daniel no respondió.

—No gracias a ti.

—No.
—Pero está mejor.
—Me alegro por ella.
Irene volvió a mirarlo.
—Eso sí puedes decirlo.
Daniel asintió.
Pasaron unos segundos.
Luego Irene dijo:
—Hoy no voy a llamarte papá.
Daniel sintió el golpe.
No por sorpresa.
Por la palabra **hoy**.
No era promesa.
No era puerta abierta.
No era esperanza decorada.
Solo hoy.
Y aun así, en la vida de un hombre que había destruido años, hoy era más de lo que merecía.
—Está bien —dijo.
Irene levantó una ceja.
Daniel corrigió:
—Lo respeto.
—Mejor.
El encuentro duró media hora.
Al despedirse, Irene no lo abrazó.
Pero tampoco salió corriendo.
Clara se acercó.
Irene fue hacia ella.
Daniel las vio caminar juntas unos metros.
Madre e hija.
No entorno.
No familia de referencia.
No víctimas en un expediente.
Clara e Irene.
Vivas.
Cansadas.

Enteras de una forma imperfecta.

Daniel entendió entonces algo que debería haber entendido mucho antes: su regreso no era el centro de su recuperación. Quizá ni siquiera era necesario para ella. Irene no iba a curarse porque él hubiera vuelto. Si algún día sanaba algo, sería porque ella lo construyera lejos de su control.

Él no era medicina.

Era causa.

Y una causa, cuando vuelve, debe tener la decencia de no llamarse remedio.

Esa noche, Daniel escribió en una libreta:

Nadie reclama a los ahogados.

Debajo:

A los vivos sí.

Miró la frase.

No le pareció bonita.

Bien.

Las frases bonitas le daban desconfianza.

Siguió escribiendo:

Los vivos responden.
Los vivos comparecen.
Los vivos pagan.
Los vivos escuchan.
Los vivos no deciden cuándo termina el dolor de los demás.

Se detuvo.

Luego añadió:

Los vivos no son reclamados para volver a ser queridos.
Son reclamados para dejar de esconderse.

Cerró la libreta.

No era un final.

Qué manía con los finales.

Era apenas una página.

Clara no volvió con él.

Por supuesto.

Lian no volvió a escribirle.

Amara quedó en la isla, creciendo sin que Daniel la usara como espejo.

Rafael siguió siendo problema de varias personas y varios papeles, ya no el dueño privado de su miedo.

Irene siguió llamándolo Daniel.

Al menos durante mucho tiempo.

Y Daniel, que había fingido morir para escapar de las consecuencias, descubrió al final que las consecuencias no eran una tormenta.

Eran clima.

Se vivía dentro de ellas.

Se respiraban.

Se trabajaba bajo ellas.

Algunos días parecían aflojar.

Otros volvían con fuerza.

Pero ya no podía esconderse detrás del mar.

El mar había aceptado su mentira una vez.

Los vivos no.

Los vivos tenían memoria.

Tenían preguntas.

Tenían horarios.

Tenían cumpleaños.

Tenían cuadernos.

Tenían derecho a no perdonar.

Y Daniel Salcedo, vivo al fin de una manera verificable, empezó a aprender que responder no significaba ser absuelto.

Significaba quedarse cuando la respuesta no alcanzaba.

Esa fue su condena.

Y, quizá, lo más parecido a una vida que todavía podía merecer.

Epílogo — El cuaderno azul

Irene no tiró la pulsera.

Tampoco la usó.

Durante mucho tiempo, aquella fue su forma de justicia.

La pulsera siguió dentro del cuaderno azul, entre páginas cada vez menos blancas, como un animal pequeño al que nadie alimentaba pero que tampoco se atrevía a echar de casa. Azul y blanca. Barata. Turística. Comprada por un hombre que había confundido demasiadas veces los objetos con las reparaciones.

El cuaderno, en cambio, dejó de estar vacío.

Eso no ocurrió de golpe.

Nada que importara ocurría de golpe, aunque Daniel Salcedo hubiera dedicado media vida a intentar convertir los golpes de efecto en biografía.

Primero Irene escribió frases sueltas.

Está vivo.

Y yo también.

Hoy lo vi.

No lo perdoné.

Y no se acabó el mundo.

Luego listas.

Cosas que no pienso decirle todavía.

Cosas que me dan rabia de parecerme a él.

Cosas que mamá hizo bien aunque yo no se lo dijera.

Cosas que no eran culpa mía.

Esa última lista fue la más difícil.

No porque faltaran cosas.

Porque sobraban.

A los diecinueve años, Irene empezó a llevar el cuaderno a la universidad.

No siempre.

No como amuleto.

Los amuletos le parecían sospechosos. Demasiado parecidos a las promesas: pequeños, brillantes, cómodos de guardar en el bolsillo

mientras el mundo seguía haciendo exactamente lo que le daba la gana.

Lo llevaba algunos días.

Cuando sabía que tendría una clase aburrida.

Cuando pensaba quedarse en una cafetería.

Cuando Madrid amanecía con lluvia y las calles parecían recién fregadas por alguien que odiaba su trabajo.

Cuando Daniel escribía.

Daniel no escribía mucho.

Eso era parte del acuerdo.

No mensajes largos.

No disculpas enrolladas.

No "hoy he pensado en ti" con olor a culpa buscando sofá.

No frases diseñadas para que Irene tuviera que contestar algo bonito.

Al principio, cada mensaje de Daniel llegaba a través de Clara.

Luego, después de meses, Irene aceptó que pudiera escribirle directamente una vez cada cierto tiempo. Con normas.

Ella las escribió.

Él las aceptó.

Milagro administrativo menor.

Las normas eran simples:

No exigirme respuesta.
No escribirme cuando estés mal para que yo te cuide.
No mandarme recuerdos como si fueran regalos.
No decir "princesa".
No prometer.
No usar "el mes que viene".
Nunca.

Daniel cumplió.

No siempre perfectamente.

Pero cumplió lo suficiente como para que Irene no tuviera que bloquearlo.

Qué victoria tan absurda.

Mi padre no me obliga a bloquearlo.

Medalla olímpica para la familia funcional, categoría escombros.

A veces él escribía:

"Hoy tengo reunión."

O:

"Hoy he pagado una parte."

O:

"He ido al grupo."

O simplemente:

"Estoy aquí. No hace falta que respondas."

Irene odiaba un poco esa última frase.

También la necesitaba un poco.

Ambas cosas convivían, como casi todo.

Clara estaba mejor.

No "bien", porque bien era una palabra que pedía demasiada limpieza, pero sí mejor. Había cambiado muebles del salón. Había pintado una pared. Había dejado de guardar algunas cartas en la caja equivocada. Había empezado a salir con amigas sin mirar el móvil cada veinte minutos.

Una noche, Irene la encontró riéndose por teléfono en la cocina.

Risa real.

No risa de cortesía.

No risa de "estamos sobreviviendo y vamos a fingir que esto cuenta como conversación normal".

Risa.

Irene se quedó en el pasillo, escuchándola unos segundos.

Luego se fue a su habitación sin decir nada.

No quería interrumpir.

Hay sonidos que una no debe tocar.

A Daniel lo vio tres veces más aquel año.

Siempre en lugares públicos.

Siempre con Clara sabiendo dónde.

Siempre con una salida clara.

La primera vez tomaron café.

Irene pidió té, aunque no le gustaba demasiado, porque pedir café delante de Daniel le pareció una intimidad innecesaria. Él pidió agua. Otra vez. La penitencia líquida del señor.

Hablaron de cosas pequeñas.

La universidad.

El trabajo temporal de Daniel.

Una reunión.

Un libro que Irene estaba leyendo.

Nada de perdón.

Nada de futuro.

Nada de "recuperar el tiempo perdido", esa frase criminal que alguna gente bienintencionada había usado cerca de ella.

El tiempo perdido no se recupera.

A lo sumo, una deja de ponerle flores.

La segunda vez discutieron.

Daniel dijo algo torpe. No terrible. Torpe.

—Me habría gustado estar cuando empezaste la universidad.

Irene lo miró.

—Pues haber estado.

Daniel cerró la boca.

Bien.

Antes habría explicado.

Ahora aprendía a quedarse en la frase que merecía.

La tercera vez, Irene le preguntó por Lian.

No sabía por qué.

O sí.

Quería saber si había dejado otra casa ardiendo al marcharse.

Daniel respondió con cuidado.

Lian seguía en la guesthouse.

Amara estudiaba.

No le escribía.

No las molestaba.

Irene escuchó.

—Bien —dijo.

Daniel asintió.

—Sí.

—No eran personajes tuyos.

Él bajó la mirada.

—No.

—Nosotras tampoco.

Daniel levantó la vista.

No dijo nada.

Exacto.

Una aprende.

Una tarde de noviembre, Irene llevó el cuaderno azul a Madrid Río.

No era una fecha especial.

Eso le gustó.

Las fechas especiales estaban demasiado vigiladas. Aniversarios, cumpleaños, días del padre, días de desaparición, días de aparición. Demasiada gente esperando que una sintiera algo con formato.

Ella prefería los días normales.

Los días normales eran más honestos.

Se sentó en un banco cerca del agua.

No el mar.

Solo un río domesticado, urbano, bastante menos dramático. Un agua que no podía fingir grandeza oceánica aunque quisiera. Muy madrileño todo: incluso la naturaleza parecía haber pasado por urbanismo.

Sacó el cuaderno.

La pulsera seguía dentro.

La sostuvo entre los dedos.

Durante años había pensado que algún día tendría que decidir qué hacer con ella.

Tirarla.

Guardarla.

Devolverla.

Quemarla.

Mandarla a Daniel.

Enterrarla.

Hacer algo simbólico, claro, porque la gente herida parecía estar obligada a producir símbolos como si fueran recibos.

Pero aquella tarde entendió que no tenía por qué hacer nada grande.

Podía simplemente quitarla de allí.

La sacó del cuaderno y la metió en un bolsillo de la mochila, entre un paquete de pañuelos, un boli sin tapa y un recibo viejo de supermercado.

Qué final tan poco solemne para un objeto tan pesado.

Perfecto.

La pulsera dejó de ser reliquia.

Pasó a ser cosa.

Una cosa más.

No curaba.

No borraba.

No perdonaba.

Pero ya no mandaba.

Irene abrió una página nueva.

Durante mucho rato no escribió.

Miró el río.

Una pareja paseaba con un perro.

Dos niños discutían por una bicicleta.

Un corredor pasó respirando como si estuviera pagando pecados menores.

Madrid seguía.

Pero ya no le pareció una ofensa.

Solo una ciudad.

Eso también era nuevo.

Al final escribió:

No sé si algún día perdonaré a Daniel.

Se detuvo.

Tachó Daniel.

Escribió debajo:

No sé si algún día perdonaré a mi padre.

Miró la frase.

No sonaba bien.

No porque fuera falsa.

Porque todavía no sabía qué significaba.

Pasó la página.

Empezó otra vez.

Hoy no voy a resolver nada.

Eso sí le gustó.

Debajo añadió:

Hoy no voy a esperar.

Se quedó mirando esa frase.

La primera vez que había escrito algo parecido, tenía quince años y estaba intentando dejar de obedecer a un fantasma.

Ahora el fantasma tenía cuerpo, papeles, obligaciones, voz, culpa, horarios de grupo y dolor lumbar de almacén.

Muy poco espectral, la verdad.

Pero ella ya no esperaba igual.

No esperaba que volviera.

Ya había vuelto.

No esperaba que explicara todo.

Algunas cosas no se explican: se cargan.

No esperaba despertarse un día sin rabia.

La rabia también tenía derecho a pagar alquiler hasta que encontrara otro sitio.

No esperaba perdonar.

No esperaba odiar para siempre.

No esperaba ser una versión perfecta de una hija rota.

No esperaba que Clara estuviera bien todos los días.

No esperaba que Daniel dejara de ser Daniel por el simple hecho de haber respondido al teléfono una vez.

No esperaba que el pasado se ordenara porque ella escribiera frases en un cuaderno.

Solo escribió.

Y escribir, descubrió, no era esperar.

Era ocupar la página antes de que otros volvieran a hacerlo por ella.

Su móvil vibró.

Lo sacó.

Daniel.

El mensaje decía:

“Hoy he terminado de pagar una parte de la deuda antigua. No hace falta que respondas.”

Irene miró la pantalla.

No sintió ternura.

No sintió odio limpio.

Sintió algo cansado, mezclado, humano.

Qué molestia.

Bloqueó el móvil sin responder.

Lo guardó.

Luego lo sacó otra vez.

No para contestar.

Para leer el mensaje una vez más.

Después lo guardó definitivamente.

En el cuaderno, debajo de "Hoy no voy a esperar", escribió:

Pero mañana existe.

Se quedó mirando esas tres palabras.

No eran optimistas.

Bien.

El optimismo le parecía un vendedor con dientes demasiado blancos.

Eran otra cosa.

Una autorización mínima.

Mañana existía.

No como promesa de Daniel.

No como deuda de Clara.

No como consuelo barato.

No como final feliz.

Mañana existía porque ella estaba viva y aún no había terminado de decidir quién quería ser.

Cerró el cuaderno.

Lo apoyó sobre las rodillas.

Por primera vez en mucho tiempo, el azul de la portada no le pareció una provocación.

Solo un color.

El cielo sobre Madrid estaba feo, gris, práctico.

El río seguía bajando, obediente, pequeño, sin aspiraciones de tragedia.

Irene respiró.

No profundamente.

No de forma simbólica.

Respiró normal.

Eso fue suficiente.

Luego se levantó, guardó el cuaderno en la mochila y caminó hacia casa.

Sin mirar atrás.

Sin esperar ningún mensaje.

Sin perdonar todavía.

Sin necesitar que esa frase fuera triste.

Porque el mes que viene no existía.

Pero mañana sí.